

EPISODIO II: EL ATAQUE DE LOS CLONES



BASADA EN EL ARGUMENTO
Y EL GUIÓN DE GEORGE LUCAS Y JONATHAN HALES

timunmas

Hay una gran perturbación en la Fuerza… El descontento reina en todas partes: desde las estilizadas naves que sobrevuelan la deslumbrante Coruscant hasta los exuberantes jardines del idílico mundo de Naboo. La República se desmorona, incluso bajo el mandato del Canciller Supremo Palpatine, elegido diez años antes para intentar recomponer el fragmentado gobierno. Los separatistas amenazan con la guerra, y el Senado, que ha perdido toda esperanza, no sabe si armar un ejército para la batalla o tratar de conservar la frágil paz. Se ha alcanzado un punto muerto que, una vez cruzado, puede conducir al caos en toda la galaxia.

El inquieto, osado, y a veces imprudente Anakin Skywalker ha llegado a la mayoría de edad en una época de grandes acontecimientos. El aprendiz de veinte años de Obi-Wan Kenobi es, además de un desafío para su propio Maestro, un enigma para el Consejo Jedi. El paso del tiempo no ha atenuado la ambición de Anakin, y su entrenamiento de Jedi no le ha hecho olvidar sus ansias de independencia. La senadora Padmé Amidala está a punto de perder la vida en un atentado, lo que provoca su reunión con el joven Jedi, diez años después de su primer encuentro. Y en ese momento queda claro que el tiempo tampoco ha mermado el intenso amor que Anakin siente hacia la hermosa diplomática.

El ataque a la senadora Amidala, que ocurre justo antes de una crucial votación, coloca a la República al borde del desastre. Los Maestros Yoda y Mace Windu sienten una enorme inquietud. El Lado Oscuro está creciendo y enturbia la percepción de los acontecimientos por parte de los Jedi. Sin que éstos lo sepan, lo que empezó como un leve rumor se está convirtiendo en el estruendo de cientos de soldados dispuestos a la batalla. Pero incluso con la República tambaleándose a su alrededor, Anakin y Padmé conectan de forma tan intensa que todo lo demás empieza a perder importancia. Anakin se desviará del camino y provocará su propia perdición por culpa de las emociones. Algo que a un Jedi, que ha jurado lealtad sólo a la Orden, se le ha prohibido tener.



Episodio II

El ataque de los clones

R. A. Salvatore



LEYENDAS

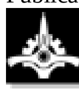
Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Episode II: Attack of the Clones*

Autor: Robert Anthony Salvatore

Traducción: Lorenzo F. Díaz

Publicación del original: 2002

 22 años antes de la batalla de Yavin

Esta novela fue publicada en castellano originalmente por Alberto Santos Editor, y reeditada posteriormente por Timun Mas. Sin embargo, ambas ediciones tienen una grave omisión: al capítulo 10 le falta más de la mitad. Para esta versión, se ha agregado la traducción de Javi-Wan Kenobi de la parte faltante.

Revisión: ...

Maquetación: Bodo-Baas (versiones anteriores Bodo_Baas y LittleAngel)

Versión 2.0

23.04.15

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…

Preludio

Su mente asimiló la escena que tenía delante: era tan tranquila, calmada y… normal.

Ésa era la vida que siempre había deseado tener. Era una reunión de amigos y familiares y, aunque la única persona a la que reconocía era su querida madre, sabía que eran precisamente eso.

Así era como se suponía que debían ser las cosas. Con esa calidez y ese amor, con las risas y los momentos de paz. Así era como siempre había soñado que sería, como siempre había rezado que fuera. Con esas sonrisas cálidas e invitadoras. Con esa agradable conversación (aunque no podía oír las palabras). Con las palmadas amables en el hombro.

Y por encima de todo ello destacaba la sonrisa de su querida madre, feliz, sin ser ya esclava. Ella le miró, y él se dio cuenta de todo eso y de mucho más, y vio lo orgullosa que estaba de él, lo gozosa que era ahora su vida.

Ella se le acercó con el rostro alegre, alargando la mano hacia él para acariciarle suavemente la cara. Su sonrisa se animó, se hizo más abierta.

Demasiado abierta.

Por un momento pensó que la exageración era consecuencia de un amor que iba más allá de lo normal, pero esa sonrisa continuó creciendo, deformando y estirando extrañamente el rostro de su madre.

Ella parecía moverse a cámara lenta. Como todos los demás, que se movían más despacio, como si sus extremidades se hubieran tornado más pesadas.

No, no más pesadas, se dio cuenta, y la sensación de paz se volvió de pronto ardiente. Era como si su madre, y esos amigos, se pusieran más rígidos, como si se convirtieran en algo inferior a los seres humanos que viven y respiran. Miró esa caricatura de sonrisa, ese rostro deformado, y reconoció el dolor que había tras él, su evidente agonía.

Intentó llamarla, preguntarle qué necesitaba que él hiciera, preguntarle cómo podía ayudarla.

El rostro de ella se deformó aún más, de sus ojos brotó sangre. Su piel se cristalizó, tornándose casi translúcida, casi como el cristal.

¡Cristal! ¡Era cristal! La luz corrió por sus bordes cristalinos, la sangre se deslizaba con rapidez por la lisa superficie. Y su expresión era una mirada de resignación y perdón, una mirada que decía que ella le había fallado y que él le había fallado a ella, que se clavó en el impotente corazón de quien miraba.

Intentó cogerla, intentó salvarla.

En el cristal aparecieron grietas. Oyó el ruido que hacían las grietas al prolongarse.

Gritó una y otra vez, y alargó desesperado la mano hacia ella. Pensó en la Fuerza, y envió sus pensamientos en la Fuerza con todo el poder de su voluntad, para poder envolverla en su energía.

Pero, entonces, ella se hizo pedazos.

***

El padawan de Jedi se incorporó sobresaltado en el lecho de la nave estelar, con los ojos muy abiertos, la frente perlada de sudor y el aliento brotando en jadeos.

Un sueño. Sólo había sido un sueño.

Se lo repitió una y otra vez mientras intentaba volver a tumbarse en el lecho. Sólo había sido un sueño.

¿O no?

Después de todo, podía ver cosas antes de que éstas sucedieran.

—¡Llegamos a Ansion! —dijo alguien en la parte delantera de la nave, con la voz familiar de su Maestro.

Sabía que debía olvidar el sueño, concentrarse en el presente, en la misión que le esperaba junto a su Maestro, pero era más fácil decirlo que hacerlo.

Pues seguía viendo a su madre, a su cuerpo volviéndose rígido, cristalizándose, explotando en un millón de agrietadas partículas.

Miró hacia adelante para ver a su Maestro ante los controles, preguntándose si debía contárselo, preguntándose si podría ayudarlo. Pero ese pensamiento se desvaneció apenas pasó por su mente. Su Maestro, Obi-Wan Kenobi, no podía ayudarlo. Los dos estaban demasiado concentrados en otras cosas, en su entrenamiento, en misiones menores como la disputa fronteriza que les alejaba tanto de Coruscant.

El padawan quería volver lo antes posible a Coruscant. Necesitaba una guía, pero no la que podía proporcionarle Obi-Wan.

Necesitaba volver a hablar con el Canciller Palpatine, oír sus reconfortantes palabras. A lo largo de los últimos diez años, Palpatine se había interesado mucho por él, arreglándoselas para que siempre pudiera hablar con él cuando estuviera en Coruscant.

El padawan encontró consuelo al pensar en ello, pese a estar el terrible sueño aún vívido en sus pensamientos. El Canciller, el sabio líder de la República, le había prometido que sus poderes crecerían hasta alcanzar cumbres desconocidas, que se convertiría en alguien poderoso incluso entre los poderosos Jedi.

Puede que ése fuera su destino. Puede que el más poderoso de los Jedi, el más poderoso de los poderosos pudiera fortalecer el frágil cristal.

—Llegamos a Ansion —volvió a llamar la voz de la proa—. ¡Ven aquí, Anakin!

Capítulo 1

Shmi Skywalker Lars estaba parada en la berma de arena que marcaba el perímetro de la granja de humedad, con una pierna doblada y apoyada en lo alto del reborde y la otra arrodillada. La mujer de edad mediana, cabellos oscuros ligeramente grises y rostro cansado, apoyaba una mano en la rodilla y contemplaba los muchos puntos de luz estelar que se veían esa tonificante noche de Tatooine. Ningún borde cortante interrumpía el paisaje que la rodeaba, sólo las formas suaves y redondeadas de las dunas azotadas por el viento de este planeta de arenas aparentemente interminables. Una criatura rugió en alguna parte, en la distancia, con un sonido lastimero que esa noche tuvo un profundo eco en ella.

Esa noche especial.

Su hijo Anakin, su querido y pequeño Annie, cumplía esa noche veinte años. Era un cumpleaños que ella celebraba cada año aunque ya hacía una década que no veía a su amado hijo. ¡Cómo debía haber cambiado! ¡Qué alto, fuerte y sabio en los caminos de los Jedi debía haberse vuelto! Shmi, que siempre había vivido en una pequeña zona del parduzco Tatooine, sabía que no podía ni imaginar las maravillas que habría podido encontrar su niño en las estrellas, en planetas tan diferentes al suyo, de colores más brillantes, de aguas que llenaban valles enteros.

Una sonrisa de nostalgia ensanchó el aún hermoso rostro de la mujer cuando recordó los días en que su hijo y ella eran esclavos del sinvergüenza de Watto. Annie, con sus travesuras y sus sueños, con su actitud independiente y su valor sin igual, no paraba de enfurecer al chatarrero toydariano. Habían pasado buenos momentos en aquel entonces, pese a las penurias de la vida de esclavo, pese a los escasos alimentos y las escasas posesiones, pese a las constantes quejas y órdenes de Watto, aun así siempre había estado con su querido hijo Annie.

—Deberías volver ya —le dijo una voz suave detrás de ella.

La sonrisa de Shmi se ensanchó aún más y se volvió para ver a su hijastro, Owen Lars, caminando en su dirección. Era un muchacho fuerte y robusto, de la misma edad que Anakin, de cortos cabellos castaños, algunos de ellos en punta, y un rostro ancho que no podía ocultar nada de lo que había en su corazón.

Ella le revolvió el pelo cuando él llegó a su lado, y éste respondió rodeándola los hombros con un brazo y besándola en la mejilla.

—¿Esta noche no hay naves espaciales, mamá? —preguntó de buen humor, pues sabía por qué estaba allí, por qué iba tan a menudo en la paz de la noche.

Shmi giró la mano, sonriente, y acarició con suavidad la cara de Owen. Quería a ese joven como había querido a su propio hijo, y él había sido bueno con ella, comprensivo con el vacío que permanecía en su corazón. Había aceptado su dolor sin juzgarlo, sin sentir celos, y siempre le había ofrecido un hombro en el que apoyarse.

—Esta noche no hay nave espacial —replicó ella, mirando a la bóveda llena de estrellas—. Anakin debe estar muy ocupado salvando la galaxia, o persiguiendo traficantes o a cualquier otro fuera de la ley. Ahora tiene que hacer esas cosas, ¿sabes?

—Entonces, dormiré mucho más tranquilo a partir de hoy —repuso él con una sonrisa.

Aunque, por supuesto, Shmi estaba bromeando, también se daba cuenta de que algo de verdad había en su presunción sobre Anakin. Había sido un niño especial, que se salía de la norma, incluso para un Jedi, pensaba ella. Siempre destacó entre los demás. Aunque no físicamente, pues lo recordaba como a un niño pequeño y sonriente, con ojos curiosos y cabello del color de la arena. Pero Annie podía hacer muchas cosas, y hacerlas muy bien. Pese a ser sólo un niño, había participado en carreras de vainas, derrotando a algunos de los mejores corredores de todo Tatooine, y siendo el primer humano que ganaba, ¡y lo había hecho cuando sólo contaba con nueve años de edad! Y en una vaina que él mismo había construido con piezas cogidas de la chatarrería de Watto, recordó con una sonrisa más amplia aún.

Pero es que Anakin era especial, ya que no era como los demás niños, ni siquiera como los demás adultos. Podía «ver» las cosas antes de que sucedieran, como si estuviera tan en sintonía con el mundo que lo rodeaba que podía comprender de forma innata cuál sería la consecuencia de cualquier cadena de acontecimientos. Por ejemplo, a veces podía sentir los problemas que tendría con su vaina de carreras mucho antes de que esos problemas se manifestasen de manera catastrófica. Y una vez hasta le confesó que podía sentir los obstáculos de la pista antes de llegar a verlos. Ése era su don especial, y lo que hizo que los dos Jedi que llegaron a Tatooine reconocieran la especial naturaleza del muchacho, liberándolo de Watto para ponerlo bajo su cuidado e instrucción.

—Tuve que dejarle marchar —dijo Shmi con voz queda—. No podía retenerle a mi lado, si de ese modo tenía la vida de un esclavo.

—Lo sé —le aseguró Owen.

—No habría podido retenerle ni aunque no fuéramos esclavos —siguió diciendo ella, y miró a su hijastro como si se sorprendiera ante sus propias palabras—. Annie tenía mucho que dar a la galaxia. Su don no podía verse confinado a Tatooine. Debía estar ahí fuera, volando entre las estrellas, salvando mundos. Nació para ser un Jedi, nació para dar mucho a muchos.

—Por eso duermo mejor por las noches —reiteró Owen, y Shmi, al mirarle, se dio cuenta de que la sonrisa del muchacho era más amplia que nunca.

—¡Oh, te estás burlando de mí! —dijo ella, golpeando en el hombro a su hijastro. Éste se limitó a encogerse de hombros.

El rostro de Shmi recuperó su expresión seria.

—Annie quería irse —continuó diciendo, repitiendo lo mismo que ya le había contado antes a Owen, lo mismo que se había repetido a sí misma cada noche de los últimos diez años—. Tenía el sueño de volar a las estrellas, de ver todos los mundos de la

galaxia, de hacer grandes cosas. Nació siendo un esclavo, pero no nació *para ser* un esclavo. No, mi Annie, no. Mi Annie, no.

Owen le apretó los hombros.

—Hiciste lo que debías. Si yo hubiera sido Anakin, me sentiría agradecido. Comprendería que hiciste lo mejor para mí. No hay amor más grande que ése, mamá.

Ella volvió a acariciarle el rostro, y hasta consiguió forzar una sonrisa nostálgica.

—Vamos, mamá —dijo el muchacho, cogiéndola de la mano—. Es peligroso estar aquí fuera.

Shmi asintió y no se resistió cuando él tiró de ella. Pero se detuvo bruscamente, y miró con dureza a su hijastro cuando éste se volvió para mirarla.

—Estar allí fuera es más peligroso aún —dijo ella, respirando entre dientes, con la voz rota. La alarma se pintó en su rostro, volvió a mirar hacia atrás, al vasto cielo abierto—. ¿Y si está herido, Owen? ¿O ha muerto?

—Es preferible morir mientras se lucha por tus sueños a llevar una vida sin esperanza —dijo Owen con poca convicción.

Shmi le devolvió la mirada, sonriendo nuevamente. El joven era igual que su padre, con los pies tan plantados en el pragmatismo como no podía estarlo más un hombre. Comprendía que había dicho eso sólo para tranquilizarla, y eso le hacía más especial aún.

Dejó de resistirse mientras Owen volvía a tirar de ella en dirección a la humilde morada de Cliegg Lars, su marido y padre de Owen.

Había hecho lo que debía con su hijo, se decía a cada paso que daba. Eran esclavos sin posibilidad alguna de conseguir su libertad de otro modo que no fuera la oferta de los Jedi. ¿Cómo iba a retener a Anakin en Tatooine, cuando los Caballeros Jedi prometían hacer realidad todos sus sueños?

Por supuesto, por aquel entonces, Shmi no sabía que un día conocería a Cliegg Lars en Mos Espa, y que el granjero de humedad se enamoraría de ella y la compraría a Watto para liberarla, y que sólo entonces, cuando ya era una mujer libre, él la pediría en matrimonio. ¿Habría dejado ir a Anakin de saber lo mucho que cambiaría su vida tan poco tiempo después de su partida?

¿No sería ahora su vida mucho mejor, más completa, de tener a Anakin a su lado?

Shmi sonrió al pensar en ello. Se dio cuenta de que no, de que aun así habría querido que se fuera, aunque hubiera previsto los dramáticos cambios que tendrían lugar en su vida. No por sí misma, sino por Anakin. Pues su sitio estaba allí fuera. Y lo sabía.

Meneó la cabeza, abrumada por la enormidad de la situación, por los muchos desvíos que tomaba el camino de su vida, o de la vida de Anakin. Ni siquiera ahora podía estar segura de que la presente situación era la mejor posible para los dos.

Aun así, en su corazón seguía habiendo un profundo vacío.

Capítulo 2

—Yo te ayudo con eso —dijo Beru educadamente, acercándose a Shmi, que estaba preparando la cena.

Cliegg y Owen estaban fuera, cerrando el perímetro del complejo, asegurando la granja para la inminente noche, una noche que anunciaba una tormenta de polvo.

Shmi le entregó un cuchillo a Beru, sonriendo con calidez, contenta de que esa joven llegara a ser un miembro de su familia. Owen todavía no había hablado de casarse con Beru, pero Shmi lo adivinaba por la forma en que se miraban. Sólo era cuestión de tiempo, y no sería mucho, o no conocía a su hijastro. Owen no era un muchacho aventurero, y de carácter tan estable como el suelo que pisaba, pero cuando sabía lo que quería, iba a por ello sin pensar en otra cosa.

Beru también era así, y resultaba evidente que amaba a Owen con la misma intensidad que él a ella. Su carácter era el ideal para la esposa de un granjero de humedad, pensó, observando cómo se ocupaba metódicamente de los trabajos de la cocina. Nunca se evadía de sus deberes, era muy capaz y diligente.

«Y no espera mucho, o no necesita mucho para ser feliz», pensó Shmi, pues la verdad es que era en eso en donde radicaba todo. Su existencia en ese sitio era sencilla, y vulgar. Había pocas aventuras, y éstas no eran bienvenidas, pues cualquier excitación implicaba que había guerreros tusken en la región, que se avecinaba una gigantesca tormenta de arena, o cualquier otro fenómeno atmosférico potencialmente devastador.

No, la familia Lars sólo requería cosas muy sencillas para divertirse y sentirse satisfecha, y entre ellas destacaba la compañía de los demás. Ésa era la única forma de vivir que había conocido Cliegg, una forma de vida que se remontaba a varias generaciones de la familia Lars. Igual sucedía con Owen. Y Beru, pese a haberse criado en Mos Eisley, parecía encajar en ella.

Sí, Owen se casaría con ella, Shmi lo sabía, ¡cómo sabía que ése sería un día feliz!

Los dos hombres volvieron poco después acompañados de C-3PO, el droide de protocolo que construyó Anakin en los días en que rebuscaba entre la chatarra de Watto.

—Dos tangaroot más para usted, señora Shmi —dijo el delgado droide, entregándole un par de vegetales verdoso-anaranjados recién arrancados—. Habría traído más, pero se me dijo, y de forma no muy cortés, que debía apresurarme.

Shmi miró a Cliegg, y éste respondió con una sonrisa y un encogimiento de hombros.

—Supongo que podríamos haberlo dejado fuera para que lo limpiara la tormenta de arena. Seguro que alguno de los guijarros más grandes le arrancaba uno o dos circuitos.

—Le ruego me disculpe, amo Cliegg —dijo 3PO—. Yo sólo quería decir…

—Sabemos lo que querías decir, 3PO —aseguró Shmi al droide, posando una mano consoladora en su hombro, antes de retirarla rápidamente, pensando que era un gesto muy tonto para ofrecérselo a una caja de cables ambulante.

Por supuesto, C-3PO era mucho más que una caja de cables para Shmi Skywalker Lars. Anakin había construido ese droide… o casi. Cuando Anakin se fue con los Jedi,

3PO era completamente funcional, pero estaba sin cubrir, con los cables al aire. Shmi lo había dejado así durante mucho tiempo, fantaseando con que un día Anakin volvería para completar su trabajo. Sólo tras casarse con Cliegg se animó a acabar el droide, añadiendo la sosa carcasa de metal. Había sido un momento conmovedor para Shmi, la aceptación de que ella estaba donde debía estar y que Anakin estaba donde debía estar. A veces, el droide de protocolo podía resultar irritante, pero para Shmi seguía siendo un recordatorio de su hijo.

—Claro que, de haber tusken en las cercanías, seguro que lo ponían a cubierto antes de que estallara la tormenta —continuó Cliegg, que era obvio que disfrutaba metiéndose con el pobre droide—. No te darán miedo los guerreros tusken, ¿eh, 3PO?

—No hay nada en mi programación que sugiera un temor semejante —replicó el droide, aunque habría sonado más convincente de no temblar mientras hablaba, y si su voz no hubiera brotado tan insegura y con un gemido.

—Déjalo ya —le exigió Shmi a su esposo—. Oh, pobre 3PO —dijo volviendo a darle una palmada en el hombro al droide—. Anda, sal de aquí. Esta noche ya tengo más ayuda de la que necesito —repuso, haciendo un gesto para que se fuera—. Eres terrible con ese pobre droide —le comentó a su marido, golpeándolo cariñosamente en los anchos hombros.

—Bueno, si no puedo divertirme con él, tendré que hacerlo con otra persona —replicó el rara vez travieso Cliegg, estrechando los ojos y examinando la habitación hasta clavar una mirada amenazadora en Beru.

—Cliegg —advirtió rápidamente Shmi.

—¿Qué? —protestó él con gesto teatral—. ¡Será mejor que aprenda a defenderse sola, si piensa venirse a vivir aquí!

—¡Papá! —exclamó Owen.

—Oh, no te preocupes por el viejo Cliegg —intervino Beru, remarcando la palabra «viejo»—. Menuda esposa estaría hecha yo si no pudiera vencerlo en un duelo de palabras.

—¡Ajá! ¡Un desafío! —rugió Cliegg.

—Poco importante, en mi opinión —replicó Beru secamente, y Cliegg y ella empezaron a intercambiar insultos de buen grado, con la ocasional intervención de Owen.

Shmi apenas escuchaba, demasiado concentrada en observar a Beru. Sí, la chica encajaría en la granja de humedad, y muy bien. Su temperamento era ideal. Era seria, pero alegre cuando la situación lo requería. El gruñón de Cliegg podía batirse en duelo verbal con los mejores, pero Beru podía contarse en esa élite. Volvió a concentrarse en los preparativos de la cena, sonriendo cada vez más abiertamente cuando Beru alcanzaba a Cliegg con un comentario especialmente desagradable.

Al concentrarse en sus labores, no vio venir el proyectil, y soltó un grito cuando el vegetal maduro la alcanzó en un lado del rostro.

Por supuesto, eso sólo hizo estallar de risa a los otros tres.

Shmi se volvió para descubrir que seguían sentados, mirándola. A juzgar por la expresión avergonzada de Beru, por el modo en que le había llegado el vegetal, y al estar Beru sentada justo detrás de Cliegg, resultaba obvio que el proyectil lo había lanzado contra él, pero que había ido demasiado alto.

—La chica escucha cuando le dices que se calle —dijo Cliegg Lars con un tono sarcástico, interrumpido por una carcajada que no pudo contener.

Se calló cuando Shmi le acertó con una pieza de jugosa fruta, que le salpicó los hombros.

La pelea de comida dio comienzo. Naturalmente, de forma mesurada y lanzándose más amenazas que verduras.

Al finalizar, Shmi se puso a limpiar el lugar, ayudada un poco por los otros tres.

—Vosotros id a pasar un rato juntos sin la presencia del alborotador de tu padre —le dijo a Owen y Beru—. Esto lo empezó Cliegg, así que será él quien me ayude a limpiar. Os llamaré en cuanto la comida esté en la mesa.

Cliegg lanzó una risita.

—Y como estropees la siguiente comida, pasarás mucha hambre —le dijo Shmi, amenazándole con un cucharón—. Y la pasarás solo.

—¡No! ¡Eso nunca! —repuso él, alzando las manos en gesto de rendición.

Shmi echó a Owen y Beru con un gesto del cucharón, y la pareja se fue alegremente.

—Será una buena esposa —le dijo Shmi a Cliegg.

Éste se acercó a ella por detrás y la cogió por la cintura.

—Los Lars nos enamoramos de las mejores mujeres.

Shmi miró hacia atrás para ver la sonrisa cálida y sincera de su esposo, y se la devolvió. Las cosas eran como debían ser. Un trabajo honesto, la sensación de hacer algo útil y suficiente tiempo libre para divertirse, aunque sólo fuera un poco. Ésa era la vida que siempre había deseado. Era perfecta, o casi.

Una mirada nostálgica asomó a su rostro.

—Piensas otra vez en tu chico —comentó más que preguntó Cliegg.

Shmi le miró con una expresión que era mezcla de alegría y tristeza, como una única nube oscura que cruzase un soleado ciclo azul.

—Sí, pero esta vez no importa —dijo—. Está a salvo, lo sé, y haciendo grandes cosas.

—Pero cuando bromeamos te gustaría que estuviera aquí.

—Así es, como en las demás ocasiones —repuso la mujer, volviendo a sonreír—. Me gustaría que Anakin hubiera estado aquí desde el principio, desde que tú y yo nos conocimos.

—Hace cinco años.

—Te habría querido tanto como yo, y Owen y él… —su voz se apagó.

—¿Crees que Anakin y Owen habrían sido amigos? —preguntó Cliegg—. ¡Bah! ¡Pues, claro que sí!

—¡Si ni siquiera conociste a mi Annie! —le riñó ella.

—Habrían sido grandes amigos —le aseguró él, abrazándola con más fuerza—. ¿Cómo no iban a serlo, teniéndote a ti por madre?

Shmi aceptó el cumplido, mirando hacia atrás y dando a Cliegg un cariñoso beso de agradecimiento. Pensaba en Owen, en el floreciente romance que tenía con la encantadora Beru. ¡Cuánto los quería a los dos!

Pero eso le produjo cierta sensación de incomodidad. Shmi se había preguntado muy a menudo si no sería Owen parte de lo que la motivó a aceptar tan rápidamente a Cliegg en matrimonio. Miró a su esposo, y le frotó los anchos hombros. Sí, lo amaba, y mucho, y desde luego no podía negar la alegría que sintió cuando por fin la liberó de la esclavitud. Pero, a pesar de ello, ¿qué papel había jugado la presencia de Owen en sus decisiones? Era una pregunta que había permanecido con ella todos esos años. ¿Había llenado con Owen una necesidad de su corazón? ¿Una necesidad maternal de tapar el vacío que dejó en su corazón la partida de Anakin?

La verdad era que los dos muchachos tenían temperamentos muy distintos. Owen era sólido y estable, la roca que estaría encantada de hacerse cargo de la granja de Cliegg cuando llegase el momento, pues la granja de humedad había pasado de generación en generación de la familia Lars. Estaba preparado, incluso encantado, de ser el legítimo y lógico heredero del lugar, más que capacitado para aceptar su habitual y difícil forma de vida a cambio del orgullo y el sentimiento de haber hecho algo de forma honesta que proporcionaba el dirigir correctamente la granja.

Pero Annie…

Shmi casi lanzó una carcajada al pensar en una situación similar con su hijo impetuoso y con ansias de viajar. No tenía ninguna duda de que Anakin daría tantos problemas a Cliegg como se los había dado a Watto. Sabía que el espíritu aventurero de Anakin nunca se vería doblegado por ese sentimiento de responsabilidad generacional. Su necesidad de buscar la aventura, de participar en las carreras de vainas, de volar entre las estrellas, no habría disminuido en nada, y seguramente habría vuelto loco a Cliegg.

Shmi lanzó una risita, imaginándose a Cliegg rojo por la exasperación cuando Anakin volviera a descuidar sus tareas.

Cliegg la abrazó con más fuerza al oírla, evidentemente sin tener ni la menor idea de cuáles eran las imágenes que aleteaban por su mente. Shmi se fundió en ese abrazo, sabiendo que estaba donde debía estar, y consolándose en la esperanza de que también Anakin estaba donde debía estar.

***

Ella no llevaba puesto uno de los grandes vestidos que señalaban el rango que había alcanzado en la vida durante algo más de una década. No llevaba el cabello peinado de forma fastuosa, ni con brillantes joyas entretejidas en los espesos cabellos castaños. Pero, en esa sencillez, Padmé Amidala parecía mucho más hermosa y deslumbrante.

La mujer que se sentaba a su lado en el banco, y con la que resultaba obvio que le unía un parentesco, era algo mayor que ella y tenía un aspecto quizá más maternal, así como ropas aún más sencillas que las de Padmé, llevando el cabello algo despeinado. Pero no era menos hermosa que ella, y resplandecía con una belleza interior igualmente intensa.

—¿Has terminado ya tus reuniones con la reina Jamillia? —preguntó Sola. Por su tono resultaba evidente que las reuniones a las que se refería no se encontraban en el primer puesto de su lista de deseos personales.

Padmé la miró, volviendo a mirar luego a la casa de muñecas donde Ryoo y Puuya, hijas de Sola, jugaban frenéticamente al escondite.

—Sólo fue una reunión —explicó Padmé—. La Reina quería comunicarme cierta información.

—Sobre el Acta de Creación Militar —afirmó Sola.

Padmé no se molestó en confirmar lo evidente. El Acta de Creación Militar, que en esos momentos se debatía en el Senado, era el asunto más importante de los últimos años, y sus implicaciones para la República eran incluso muy superiores a las de los tiempos oscuros en que Padmé era reina y la Federación de Comercio intentaba conquistar Naboo.

—La República está sumida en el tumulto, pero no debemos temer nada porque la senadora Amidala se encargará de solucionarlo —dijo Sola.

Padmé se volvió hacia ella, algo sorprendida por el sarcasmo que traslucía el tono de Sola.

—Es lo que haces, ¿no? —preguntó ésta inocentemente.

—Es lo que intento hacer.

—Es lo *único* que intentas hacer.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Padmé, con el rostro alterado por el desconcierto—. Después de todo soy una senadora.

—Senadora después de reina, y probablemente todavía te esperan muchos más oficios —dijo Sola. A continuación volvió a mirar a la casa de muñecas y pidió a Ryoo y Puuya que se calmaran un poco.

—Hablas como si eso fuera algo malo —comentó Padmé.

—Es algo importante —repuso, mirándola con seriedad—. Si lo haces por un buen motivo.

—¿Y qué se supone que significa eso?

Sola se encogió de hombros como si no estuviera segura.

—Creo que te has convencido de que eres imprescindible para la República. De que no pueden seguir adelante sin ti.

—¡Hermana!

—Es cierto —insistió Sola—. Tú das y das y das y das. ¿Es que nunca quieres tomar, aunque sólo sea un poco?

La sonrisa de Padmé evidenció que las palabras de Sola la pillaban desprevenida.

—¿Tomar qué?

Sola volvió a mirar a Ryoo y Puuya.

—Míralas. Veo cómo te brillan los ojos cuando ves a mis hijas. Sé cuánto las quieres.

—¡Pues, claro que las quiero!

—¿Y no querrías tener hijos propios, una familia propia?

Padmé se sentó muy derecha, abriendo mucho los ojos.

—Yo… —empezó a decir, interrumpiéndose, varias veces—. En este momento trabajo por algo en lo que creo profundamente. Por algo que es importante.

—Y una vez lo hayas hecho, una vez el Acta de Creación Militar sea algo del pasado, encontrarás otra cosa más en lo que creer profundamente, algo que será importante de verdad. Algo que importará a la República y al gobierno más de lo que te importará a ti.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es verdad, y lo sabes. ¿Cuándo vas a hacer algo sólo por ti misma?

—Lo hago.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Padmé se rió y meneó la cabeza, volviéndose para mirar a Ryoo y Puuya.

—¿Es que todo el mundo debe definirse por sus hijos?

—Pues, claro que no. No lo digo por eso. O no sólo por eso. Me refiero a algo más importante, hermana. Te pasas todo el tiempo preocupándote por los problemas de los demás, por la disputa de ese planeta con aquel otro, o de si esta Federación de Comercio se comporta bien o mal con ese sistema. Dedicas todas tus energías a intentar mejorar las vidas de los demás.

—¿Qué tiene eso de malo?

—¿Qué pasa con *tu* vida? —preguntó Sola con seriedad—. ¿Qué pasa con Padmé Amidala? ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez en lo mucho que podría mejorar tu vida? Ya sé que sientes una gran satisfacción ayudando a los demás con tu cargo público. Eso resulta evidente. Pero, ¿por qué no te buscas algo para ti en lo que creas profundamente? ¿Qué pasa con el amor, hermana? Y, sí, ¿qué pasa con tener hijos? ¿Has pensado alguna vez en ello? ¿Te has preguntado alguna vez lo que sería establecerte en alguna parte y preocuparte por las cosas que harán que tu vida sea más plena?

Padmé quería replicar que su vida no necesitaba ser más plena de lo que ya era, pero se descubrió conteniendo esas palabras. Le parecían vacías en aquellos momentos, mientras miraba cómo sus sobrinas corrían por el jardín de la casa y saltaban sobre el pobre R2-D2, su droide astromecánico.

Por primera vez en muchos días, sus pensamientos vagaron libres de responsabilidades, libres de la importante votación del Senado en la que participaría en menos de un mes. De alguna manera, las palabras «Acta de Creación Militar» no conseguían atravesar la cancioncilla que Ryoo y Puuya improvisaban sobre R2-D2.

***

—Demasiado cerca —le comentó Owen a Cliegg con gravedad, mientras los dos recorrían el perímetro de la granja de humedad, comprobando la seguridad. Su conversación se vio interrumpida por la llamada de un bantha, una de esas bestias grandes y peludas que solían montar los tusken.

Los dos sabían que era improbable que hubiera algún bantha salvaje en la región, pues había pocas zonas de pastos cerca de la desolada granja de humedad. Pero habían oído su llamada, la habían identificado sin ninguna duda, y sospechaban de la posible cercanía de enemigos potenciales.

—¿Por qué se acercarán tanto a la granja? —preguntó Owen.

—Hace demasiado tiempo que no organizamos nada contra ellos —replicó Cliegg ásperamente—. Dejas libres a esas bestias y olvidan las lecciones que les enseñaste en el pasado. —Miró con dureza la expresión escéptica de su hijo—. De vez en cuando hay que ir a enseñar modales a esos tusken. Se organiza una partida de hombres, se les da caza y se les mata, y los que han escapado recuerdan cuáles son los límites que no pueden sobrepasar. Son como animales salvajes que necesitan unos cuantos latigazos.

Owen se quedó inmóvil, sin decir nada.

—¿Te das cuenta del tiempo que ha pasado? —repuso Cliegg con un bufido—. ¡Ni siquiera recuerdas la última vez que salimos a cazar tusken! ¡Ahí está el problema!

El bantha volvió a mugir.

Cliegg gruñó en dirección al sonido, agitó la mano y echó a andar hacia la casa.

—No te separes de Beru. Quedaos los dos dentro del perímetro y ten a mano un láser.

Owen asintió y siguió obediente a Cliegg mientras éste entraba en la casa. El bantha volvió a mugir justo antes de que tocaran la puerta.

—No suena muy lejos.

—¿Qué pasa? —preguntó Shmi en cuanto su marido entró en la casa.

Éste se paró, forzando una sonrisa tranquilizadora.

—Es la arena. ¡Ha cubierto algunos sensores, y ya me estoy hartando de desenterrarlos! —repuso con una sonrisa todavía más amplia, moviéndose hacia un lado de la sala, en dirección al gabinete de aseo.

—Cliegg —le dijo Shmi con aire de sospecha, deteniéndolo.

Owen cruzó entonces la puerta y Beru le miró.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, como un eco inconsciente de Shmi.

—Nada, nada en absoluto —replicó Owen, pero Beru se puso en su camino apenas cruzó la sala y lo cogió por los brazos, obligándole a mirarla a los ojos, con una expresión demasiado seria para ser ignorada.

—Sólo que hay indicios de una tormenta de arena —mintió Cliegg—. Pero está muy lejos y seguro que no es nada.

—¿Pero lo bastante cerca como para enterrar algunos sensores del perímetro? —preguntó Shmi.

Owen la miró con curiosidad, y después oyó cómo Cliegg se aclaraba la garganta. Miró a su padre, que meneó levemente la cabeza antes de mirar a Shmi y asentir.

—Son los primeros vientos, pero no creo que sea tan fuerte como cree padre.

—¿Vais a quedaros ahí mintiendo? —soltó bruscamente Beru, quitándole las palabras de la boca a Shmi.

—¿Qué habéis visto, Cliegg? —exigió saber ésta.

—Nada —respondió el hombre con convicción.

—Pues, ¿qué habéis oído entonces? —presionó la mujer, reconociendo con claridad el despiste semántico de su marido.

—Sólo oí un bantha, nada más —admitió Cliegg.

—Y crees que es una montura tusken. ¿Sonó muy lejos?

—¿Quién sabe? ¿De noche y con el viento soplando? Pudo ser a kilómetros de aquí.

—¿O…?

Cliegg caminó por la sala hasta pararse ante su esposa.

—¿Qué quieres que te diga, cariño? —preguntó, dándole un fuerte abrazo—. He oído un bantha. No sé si había un tusken con él.

—Pero ha habido más señales de los tusken —admitió Owen—. Los Dorr encontraron deposiciones de bantha medio tapando uno de los sensores de su perímetro.

—Puede que sólo se trate de unos cuantos banthas salvajes, quizá medio hambrientos y buscando comida —sugirió Cliegg.

—O puede que los tusken se estén envalentonando, se estén acercando hasta los confines de la granja para comprobar la seguridad —dijo Shmi.

Sus palabras resultaron casi proféticas, pues las alarmas sonaron apenas las pronunció, indicando que algo había cruzado la línea de sensores del perímetro.

Owen y Cliegg cogieron los rifles láser y salieron corriendo de la casa, seguidos por Shmi y Beru.

—Vosotras quedaos aquí —instruyó Cliegg a las dos mujeres—. ¡O al menos coged un arma!

Miró a su alrededor, indicando a Owen un lugar elevado para que asumiera allí una posición defensiva y le cubriera.

A continuación, corrió por el complejo, rifle en mano, zigzagueando, manteniéndose agachado y buscando cualquier señal de movimiento, con intención de disparar e investigar después si veía alguna forma que se asemejara a un tusken o a un bantha.

Pero no hubo que llegar a eso. Cliegg y Owen registraron todo el perímetro, exploraron la zona y comprobaron las alarmas, sin encontrar señal alguna de intrusos.

Los cuatro permanecieron en vela lo que quedaba de noche, aunque mantuvieron las armas cerca y sólo durmieron por turnos.

Al día siguiente, Owen encontró junto al lado occidental lo que había disparado la alarma: una huella junto a una zona de terreno sólido situado en los confines de la granja. No era la gran depresión que habría formado un bantha, pero sí la que podía esperarse de un pie envuelto en un material blando, muy semejante al que llevaría un tusken.

—Deberíamos hablar con los Dorr y los demás —dijo Cliegg cuando Owen le mostró la huella—. Reunamos una partida y devolvamos a esos animales al desierto.

—¿A los banthas?

—A ellos también —ladró Cliegg. Escupió al suelo, con los ojos más acerados y furiosos que le había visto Owen.

***

La senadora Padmé Amidala se encontraba extrañamente incómoda en su despacho, situado en el mismo complejo donde se hallaba el palacio real de la Reina Jamillia, aunque no comunicado con éste. Su escritorio estaba cubierto de holodiscos y demás parafernalia inherente a su cargo. Ante ella se proyectaba el holograma de una serie de números, con un soldado a un lado de la escala, y una bandera de tregua al otro, agrupando la previsión de votos de la asamblea en Coruscant. La representación holográfica de esas escalas estaba equilibrada casi a la perfección.

Padmé sabía que la votación estaría muy igualada, ya que el Senado estaba dividido casi en partes iguales sobre la cuestión de si la República debía tener o no un ejército oficial. Le irritaba que hubiera tantos colegas suyos que, en vez de votar por lo que más convenía a la República, votasen movidos por beneficios personales que podían ir desde potenciales contratos para avituallar a los ejércitos de sus sistemas natales a sobornos directos de algunos de los sistemas separatistas que pensaban separarse de la República.

En su corazón, Padmé seguía convencida de que debía actuar para derrotar la moción de crear ese ejército. La República se fundó basándose en la tolerancia. Era una vasta red de decenas de miles de sistemas, con todavía más especies diferentes, cada una con una perspectiva diferente. Lo único que tenían en común era la tolerancia. La tolerancia de unos para con los otros. La creación de un ejército podría resultar a muchos de esos sistemas y especies, seres que vivían muy lejos de la gran ciudad-planeta de Coruscant, algo irritante, e incluso claramente amenazador.

Una conmoción en el exterior atrajo a Padmé al ventanal, desde donde miró al patio de abajo para ver a un grupo de hombres peleándose mientras las fuerzas de seguridad de Naboo acudían a controlar la situación.

Alguien llamó a la puerta del despacho, y cuando se volvió hacia ella, la puerta se deslizó dando paso al capitán Panaka.

—Sólo es una comprobación, senadora —dijo el hombre que había sido su guardaespaldas personal cuando era Reina. Alto y de piel oscura, tenía una mirada acerada y un físico robusto acentuado por el corte de su casaca de cuero marrón, su camisa azul, y sus pantalones. Su mera visión llenaba a Padmé de tranquilidad. Ya rondaba la cuarentena, pero seguía dando la impresión de poder vencer en combate a cualquier hombre de Naboo.

—¿No debería ocuparse de la seguridad de la Reina Jamillia? —preguntó Padmé.

—Le aseguro que está bien protegida —asintió Panaka.

—¿De quién? —repuso Padmé de inmediato, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al ventanal y al tumulto de más allá.

—Mineros de especia —explicó Panaka—. Problemas de contratación. Nada que deba preocuparle, senadora. En realidad, yo me dirigía hacia aquí para hablar de la seguridad de su viaje a Coruscant.

—Aún faltan semanas para eso.

—Lo cual nos da más tiempo para prepararlo todo adecuadamente —repuso Panaka, mirando por el ventanal.

Padmé sabía que no serviría de nada discutir con el testarudo hombre. Panaka tenía el derecho, cuando no la responsabilidad, de supervisar su seguridad desde el mismo momento en que empezó a volar en las naves oficiales de la flota de Naboo. Y, en realidad, su preocupación le agradaba, aunque nunca lo admitiese ante él.

Un grito en el exterior y la renovación de la trifulca desviaron brevemente su atención, provocando una mueca de su rostro. Otro problema. Siempre había un problema en alguna parte. Padmé empezaba a preguntarse si no estaría en la naturaleza de la gente el crear problemas cuando todo parecía ir bien. Tras tener ese incómodo pensamiento, acudieron a ella las palabras de Sola, junto a imágenes de Ryoo y Puuya. ¡Cuánto quería a esos dos pequeños espíritus despreocupados!

—¿Senadora? —dijo Panaka, arrancándola de sus meditaciones privadas.

—¿Sí?

—Deberíamos hablar de los procedimientos de seguridad.

A Padmé le dolía tener que dejar a un lado la imagen de sus sobrinas, pero asintió, obligándose a ser responsable. El capitán Panaka decía que había que hablar de cuestiones de seguridad, y Padmé Amidala hablaría de cuestiones de seguridad.

***

Estaban escuchando, una noche más, el mugido de numerosos banthas. Ninguno de los cuatro tenía ya dudas de la presencia de tusken en la zona, no muy lejos de la granja, quizá hasta vigilando las luces.

—Son bestias salvajes y deberíamos haber pedido a las autoridades de Mos Eisley que los exterminaran como a las alimañas que son. ¡A ellos y a esos apestosos jawas!

Shmi lanzó un suspiro y posó una mano en el tenso antebrazo de su marido.

—Los jawas nos han ayudado —le recordó con suavidad.

—¡Pues a los jawas no! —rugió Cliegg, sobresaltando a su mujer, y calmándose enseguida al darse cuenta de la expresión horrorizada de ella—. Perdona. A los jawas no. Pero sí a los tusken. Matan y roban siempre que pueden dondequiera que van. ¡Nada bueno sale de ellos!

—Si intentan entrar aquí, habrá menos a los que expulsar de vuelta al desierto —sugirió Owen, y su padre asintió apreciativamente.

Intentaron acabar la cena, pero se alertaban cada vez que mugía un bantha, llevando las manos de los cubiertos a las pistolas láser.

—Escuchad —dijo de pronto Shmi, y todos se callaron, oyendo con atención. Todo estaba silencioso fuera; no mugía ningún bantha.

—Puede que sólo pasaran por aquí —sugirió Shmi cuando estuvo segura de que los otros lo oían atentamente—. Camino del desierto al que pertenecen.

—Por la mañana iremos a ver a los Dorr —le dijo Owen a Cliegg—. Organizaremos a los granjeros, y puede que también llamemos a Mos Eisley. —Miró a su esposa y asintió—. Sólo por si acaso.

—Por la mañana —asintió Owen.

***

Al alba del día siguiente, Owen y Cliegg salieron de la casa antes incluso de desayunar, pues Shmi se había adelantado a ellos, tal y como hacía cada mañana, para recoger hongos de los vaporizadores.

Esperaban cruzarse con ella camino de la granja de los Dorr, pero en vez de eso sólo se encontraron con sus huellas, rodeadas de las de otros muchos, huellas de las botas blandas de los tusken.

Cliegg Lars, el hombre más fuerte y duro que había conocido esa región, cayó de rodillas y lloró.

—Tenemos que ir a por ella, papá —repuso de pronto una voz fuerte e inamovible.

Cliegg alzó la mirada para ver a Owen parado ante él con expresión hosca y decidida, como un hombre y no como un simple chico.

—Está viva y no podemos dejarla en sus manos —dijo Owen con una calma extraña, casi sobrenatural.

Cliegg se secó la última de sus lágrimas y miró con fijeza a su hijo antes de asentir hoscamente.

—Haz correr la voz entre las granjas vecinas.

Capítulo 3

—¡**A**llí están! —gritó Sholh Dorr, señalando hacia adelante, mientras mantenía la moto speeder a plena potencia.

Tras oírle, los otros veintinueve vieron el objetivo, la humareda que levantaba una fila de banthas al paso. Los ultrajados granjeros aceleraron a fondo, lanzando un rugido común, decididos a obtener su venganza, decididos a rescatar a Shmi Skywalker, de manos de esa banda de guerreros tusken, si es que aún vivía.

Bajaron por la ladera entre un rugir de motores y un griterío de venganza, acercándose a los banthas, deseosos de entrar en combate.

Cliegg mecía la cabeza adelante y atrás, gruñendo todo el tiempo, como si suplicara a su deslizador que acelerara aún más. Viró bruscamente, saliéndose de la fila por el flanco izquierdo, seguido por Owen, y volviendo a entrar en la formación por el centro, bajando luego la cabeza y acelerando al máximo, intentando alcanzar a los que iban en vanguardia. Sí, Cliegg quería estar en el corazón de la lucha, poder rodear el cuello de un tusken con sus fuertes manos.

Ya se veían los banthas con claridad, igual que sus jinetes.

Se oyó otro grito, de venganza.

Pero que se transformó rápidamente en uno de angustia.

La vanguardia del ejército de granjeros se hundió literalmente, cuando sus speeder pasaron bajo un cable situado cuidadosamente a todo lo ancho del desfiladero, a la altura del cuello de un humano que pilotase una moto speeder.

El grito de Cliegg se tornó en uno de horror al contemplar la decapitación de varios de sus amigos, mientras otros eran arrojados al suelo lejos de sus vehículos. Movido por el instinto, y sabiendo que no podría parar a tiempo, dio un salto plantando un pie en el asiento de su deslizador, y volviendo a saltar desde allí.

Entonces sintió un fogonazo de dolor, y se vio girando hacia atrás. Aterrizó con fuerza en el suelo rocoso, escurriéndose brevemente por él.

El mundo que le rodeaba se volvió borroso, un frenesí de repentina actividad. Vio las botas de sus compañeros granjeros, oyó la voz de Owen llamándole, aunque le pareció que la voz de su hijo se oía muy, muy lejos.

Vio el cuero que envolvía una bota tusken, sus ropajes del color de la arena, y con una rabia superior a su desorientación agarró la pierna cuando pasó por su lado.

Alzó los ojos y levantó un brazo para bloquear el golpe que le propinaba el tusken con su bastón. Aceptó el dolor, sintiéndolo apenas dentro de su rabia, y se arrastró hacia adelante rodeando las piernas del tusken con los brazos, obligándolo a caer al suelo. Después se arrastró sobre él, golpeándolo con sus fuertes manos, hasta encontrar el lugar que buscaba.

Los gritos de dolor de granjeros y tusken lo rodeaban, pero Cliegg Lars apenas los oía. Sus manos se cerraban firmemente en el cuello del tusken. Apretó con fuerza, y alzó

la cabeza de su presa para golpearla contra el suelo, una y otra vez, y siguió apretando y golpeándolo hasta mucho después de que el tusken dejara de resistirse.

—¡Papá!

Ese grito sacó a Cliegg de su ira. Soltó al guerrero tusken y se volvió para ver a Owen combatiendo cuerpo a cuerpo con otro de los guerreros.

Cliegg giró y empezó a levantarse, poniendo una pierna bajo él, e incorporándose deprisa.

Se cayó con fuerza, al perder inexplicablemente el equilibrio. Confuso, Cliegg miró hacia abajo esperando que otro tusken le hubiera hecho tropezar. Pero entonces vio que había sido su propio cuerpo el que le había fallado.

Sólo entonces se dio cuenta Cliegg Lars de que había perdido una pierna al saltar de su moto speeder.

La sangre se encharcaba en el suelo, brotando libremente de la pierna cortada. Se agarró la pierna con ojos llenos de horror.

Llamó a Owen. Llamó desesperadamente a Shmi.

Una moto speeder pasó rauda por su lado, un granjero que huía de la masacre, pero el hombre no se detuvo.

Cliegg intentó llamarlo, pero su voz no pudo superar el nudo que se había formado en su garganta al darse cuenta de que había fracasado y que todo estaba perdido.

Entonces, un segundo speeder pasó a su lado y se detuvo. Cliegg se agarró a él en un acto reflejo, y antes de que pudiera prepararse, antes de que pudiera subirse a ella, la moto se alejó, arrastrándole consigo.

—¡Aguanta, papá! —le gritó Owen, que resultó ser el conductor.

Cliegg aguantó. Aguantó con la misma cabezonería que le había hecho aguantar en los malos tiempos de la granja de humedad, la misma determinación implacable que había permitido al hombre conquistar el duro terreno de Tatooine. Aguantó por su vida, y con los tusken pisándoles los talones.

Y aguantó por Shmi, porque él era su única posibilidad de ser rescatada.

Una vez en la ladera, Owen detuvo el speeder y saltó para ocuparse de la pierna arrancada de su padre. La ató lo mejor que pudo en los pocos momentos que tenía y ayudó a su padre, que estaba perdiendo la consciencia, a tumbarse en la parte de atrás del deslizador.

Entonces Owen aceleró a toda potencia. Sabía que debía llevar a su padre a casa, y cuanto antes. Debía limpiarle y cerrarle la herida.

Le dio por pensar que sólo había visto a dos speeder abandonar la masacre antes que él, y que, en toda la conmoción no había podido oír el zumbido de un solo motor.

Obligándose a no desesperar, y encontrando la misma y sólida determinación que había mantenido a Cliegg con vida, Owen no pensó en los muchos amigos perdidos, no pensó en el apuro de su padre, no pensó en nada que no fuera llegar a su destino.

***

—No son buenas noticias —dijo el capitán Panaka, tras informar a la senadora Amidala.

—Siempre sospechamos que el Conde Dooku y sus separatistas entrarían en tratos con la Federación de Comercio y los Gremios de Comercio —replicó Padmé, intentando poner buena cara.

Panaka acababa de llegar con su sobrino el capitán Typho para informarle de que los neimoidianos y la Federación de Comercio se habían aliado al movimiento separatista que amenazaba con dividir a la República.

—El virrey Gunray es un oportunista —continuó—. Hará todo lo que crea que puede beneficiarle financieramente. Su lealtad acaba en su bolsa. El Conde Dooku ha debido ofrecerle un acuerdo muy favorable, libertad para producir sin preocuparse de las condiciones de sus trabajadores o de los efectos que pueda tener su producción en el medio ambiente. El virrey Gunray ha dejado más de un planeta convertido en una esfera muerta y árida flotando en el espacio. O puede que el Conde Dooku haya ofrecido a la Federación el control absoluto de algún mercado muy lucrativo, sin competencia que valga.

—Me preocupa más lo que eso implica para usted, senadora —comentó Panaka, consiguiendo que Padmé le mirara con extrañeza—. Los separatistas han dejado muy claro que no están por encima de la violencia. Han llevado a cabo intentos de asesinato por toda la República.

—Yo pensaba que tanto el Conde Dooku como los separatistas considerarían a la senadora Amidala como una aliada —intervino el capitán Typho, y tanto Panaka como Padmé miraron sorprendidos al hombre normalmente callado.

La mirada de Padmé era penetrante, y cierta ira se pintó en sus hermosos rasgos.

—No soy amiga de nadie que quiera disolver la República, capitán —insistió ella, con un tono que no daba lugar a discusiones y que, por supuesto, no estaba abierto a discrepancias.

En los pocos años que llevaba siendo senadora, Amidala se había revelado como uno de los defensores más leales y poderosos de la República, una legisladora decidida a mejorar el sistema, pero a hacerlo dentro de los confines de la constitución de la República. La senadora Amidala era una mujer que creía fervientemente que la auténtica belleza del sistema de gobierno radicaba en su capacidad interna para automejorarse.

—Entendido, senadora —dijo Typho con una reverencia. Era más bajo que su tío, pero también de constitución poderosa, con músculos que llenaban las mangas azules del uniforme, y un pecho sólido bajo la túnica de cuero marrón. Llevaba un parche de cuero negro sobre el ojo izquierdo, perdido en la batalla que se libró una década antes contra esa misma Federación de Comercio. Typho sólo era un adolescente por entonces, pero se había portado bien, haciendo que su tío se sintiera orgulloso de él—. Y no me doy por ofendido. Pero usted siempre ha favorecido la negociación por encima de la fuerza, y se ha opuesto a crear un ejército de la República. ¿No cree que los separatistas estarían de acuerdo con lo que usted votará?

Una vez dejó a un lado la afrenta y meditó la cuestión, Padmé no tuvo más remedio que estar de acuerdo con él.

—Los informes dicen que el Conde Dooku se ha aliado a Nute Gunray —intervino Panaka, en tono conciso y decidido—. Ese simple hecho exige que reforcemos la seguridad en torno a la senadora Amidala.

—Por favor, no hablen de mí como si no estuviera presente —les reprochó ella, pero Panaka ni siquiera parpadeó.

—Cuando se trata de cuestiones de seguridad, usted no está aquí, senadora —replicó él—. Al menos no está para dar su opinión. Mi sobrino responde ante mí, y usted no puede mermar la responsabilidad que él tiene en esta cuestión. Tendrán que tomarse todo tipo de precauciones.

Tras decir esto, hizo una reverencia cortés y se fue, y Padmé contuvo las ganas de replicarle. Él tenía razón, y ella haría bien en callarse. Se volvió para mirar al capitán Typho.

—Estaremos vigilando, senadora.

—Tengo un deber que cumplir, y ese deber exige que vuelva a Coruscant.

—Y yo tengo el mío —le aseguró Typho, y al igual que Panaka, hizo una reverencia y se marchó.

Padmé Amidala miró cómo se iba y tras lanzar un suspiro, recordó las palabras que le había dirigido Sola. Se preguntó con toda honestidad si alguna vez tendría la oportunidad de seguir el consejo de su hermana, un consejo que en esos momentos encontraba extrañamente tentador. Entonces se dio cuenta de que hacía dos semanas que no veía a Sola o a las niñas, o a sus padres, desde aquella tarde en el patio con Ryoo y Puuya.

Parecía que el tiempo se le escapaba de las manos.

***

—¡No se mueve con rapidez suficiente para alcanzar a los tusken! —bramaba en protesta Cliegg Lars mientras su hijo y su futura nuera le ayudaban a subir a la silla deslizadora que había improvisado Owen.

—¡Ya hace mucho que los tusken se han ido, papá! —dijo Owen Lars con calma, posando la mano en los anchos hombros de Cliegg, intentando calmarlo—. Y dado que no quieres usar una mecanopierna, tendrás que utilizar esta silla repulsora.

—Lo único seguro es que no vas a convertirme en un medio droide —replicó Cliegg—. Este pequeño vehículo bastará. Y ahora, vamos a reunir más hombres —dijo, con voz que subía frenéticamente de tono, mientras su mano se movía instintivamente hacia el muñón que era todo lo que le quedaba de la pierna derecha, cortada a medio muslo—. Ve a Mos Eisley y entérate de cuántos refuerzos pueden proporcionarnos. Envía a Beru a las granjas.

—Ya no tienen más refuerzos —replicó Owen de forma honesta. Se acercó a la silla y se inclinó para mirar a Cliegg a la cara—. Las granjas tardarán años en recuperarse de esa

emboscada. Muchas familias quedaron destrozadas en el ataque tusken, y otras muchas más en el intento de rescate.

—¿Cómo puedes hablar así, estando tu madre ahí fuera? —rugió Cliegg, bullendo de frustración, sobre todo porque en el fondo de su corazón sabía que Owen decía la verdad.

Owen respiró profundamente, pero hizo frente a su imponente mirada.

—Tenemos que ser realistas, papá. Hace ya dos semanas que se la llevaron —dijo hoscamente, dejando que las implicaciones quedaran en el aire. Implicaciones que seguramente comprendía Cliegg Lars, que conocía bien a los temidos tusken.

De pronto, los anchos hombros de Cliegg se hundieron derrotados, y su feroz mirada se suavizó mientras clavaba los ojos en el suelo.

—Ha muerto —susurró el hombre herido—. Ha muerto de verdad.

Detrás de él, Beru Whitesun empezó a llorar.

A su lado, Owen luchaba por contener las lágrimas, permaneciendo calmado y erguido, sólido como una roca, decidido a mantenerlos unidos en esos momentos devastadores, pasara lo que pasara.

Capítulo 4

Las cuatro naves estelares sobrevolaron los grandes rascacielos de Coruscant, serpenteando entre las enormes estructuras ambarinas, estalagmitas artificiales que se elevaban más y más cada año y que ahora empequeñecían las formaciones naturales del planeta como en ningún otro lugar de la galaxia. La luz del sol se reflejaba en las muchas ventanas espejadas de esas impresionantes estructuras, arrancando brillantes destellos del cromo de las esbeltas naves. La mayor de las naves estelares, semejante a un plateado bumerán flotante, liso y casi resplandeciente, se deslizaba moviéndose con fluidez gracias a los enormes y potentes motores situados en cada uno de sus brazos, a un tercio de la punta del ala. Junto a ella volaban los cazas de Naboo, con elegantes motores de distintivas colas alargadas situados en alas que brotaban del casco principal.

Uno de los cazas iba en cabeza de la procesión, recorriendo y rodeando cada torre, en vanguardia de la segunda nave, el crucero real de Naboo. Tras el crucero iban dos cazas más, volando veloces y cercanos, protegiéndolo, con pilotos preparados para interceptar al instante cualquier posible amenaza.

El primer caza evitaba las pistas con más tráfico de la gran ciudad, por las que podían volar potenciales enemigos aprovechando el camuflaje que prestaban los miles y miles de vehículos que las recorrían. Muchos sabían que la senadora Padmé Amidala de Naboo volvía al Senado para votar contra la creación de un ejército que ayudase a los sobrecargados Jedi en su misión contra el creciente antagonismo del movimiento separatista, y había muchas facciones que se oponían a su voto. Amidala se había ganado muchos enemigos en los años que había sido Reina de Naboo, enemigos poderosos con muchos recursos a su disposición y que, quizá, la odiaban lo bastante como para dedicar algunos de esos recursos a acabar con ella.

En el caza de vanguardia, el cabo Dolphe, que se había distinguido enormemente en la guerra que libró Naboo contra la Federación de Comercio, lanzó un suspiro de alivio cuando finalmente localizó la plataforma de aterrizaje prevista, aparentemente segura y despejada. Dolphe, un curtido guerrero que reverenciaba enormemente a su senadora, sobrevoló la plataforma por la izquierda, haciendo un giro cerrado por la derecha y rodeando la gran estructura del Edificio de Apartamentos Senatoriales adyacente a la plataforma de aterrizaje. Mantuvo el caza en el aire mientras los otros dos descendían a cada lado de la plataforma, mientras el crucero real flotaba inmóvil por unos momentos antes de iniciar un suave aterrizaje.

Dolphe dio otra vuelta, comprobando que no había tráfico en las cercanías, y descendió frente a sus compañeros. Pero sin tocar tierra del todo, preparado para girar sobre sí mismo y golpear con fuerza a cualquier posible atacante, de surgir la necesidad.

Ante él, los otros dos pilotos de caza echaron hacia atrás las cubiertas de sus respectivas carlingas y bajaron a tierra. Uno de ellos, el capitán Typho, recién nombrado Jefe de Seguridad de Amidala por su tío Panaka, se quitó el casco y sacudió la cabeza,

pasándose la mano por el corto y rizado pelo negro y ajustándose el parche de cuero negro que le tapaba el ojo izquierdo.

—Lo conseguimos —dijo Typho cuando el piloto del otro caza saltó de un ala para ponerse a su lado—. Parece que estaba equivocado. No hay ningún peligro.

—Siempre hay peligro, capitán —respondió el otro con clara voz femenina—. Sólo que a veces somos lo bastante afortunados como para evitarlo.

Typho empezó a responder, pero hizo una pausa y miró al crucero, cuya rampa ya descendía a la plataforma. El plan consistía en que todo el grupo saliera de la expuesta plataforma y subiera a un vehículo de transporte lo más rápidamente que fuera posible. Aparecieron dos guardias de Naboo, alertas y preparados, empuñando ante ellos los rifles láser. Typho asintió hoscamente, satisfecho de que sus soldados no dieran nada por hecho, de que comprendieran la gravedad de la situación y su responsabilidad de proteger a la senadora.

Después apareció Amidala en su habitual esplendor, con su paradójica belleza, sencilla y aparatosa a la vez. Con sus grandes ojos castaños y sus delicados rasgos, Amidala podía ensombrecer a quien pudiera estar a su lado, incluso vestida con las ropas de una simple campesina, pero cuando vestía su atuendo senatorial, en esta ocasión de un fabuloso entretejido de blancos y negros, llevando el pelo recogido y exagerado por una tiara negra, podía hacer palidecer a las mismas estrellas. Su mezcla de inteligencia y belleza, de inocencia y seducción, de valor e integridad, combinado todo ello con una buena medida de la malicia de un niño, noqueaba a Typho cada vez que la miraba.

El capitán apartó la mirada de la comitiva en dirección a Dolphe para dedicarle un asentimiento con la cabeza en reconocimiento a su labor.

Y entonces, de pronto, Typho se descubrió con el rostro pegado al asfalto, arrojado al suelo por un tremendo impacto, cegado durante un momento por el brillante fogonazo de una explosión que rugió detrás de él. Alzó la cabeza mientras recuperaba la visión para ver a Dolphe tirado en el suelo.

En ese terrible momento todo pareció moverse a cámara lenta para Typho. Se oyó a sí mismo gritar «¡No!», mientras se ponía de rodillas y se volvía.

Pedazos de ardiente metal flotaban sobre el cielo de Coruscant como si fueran fuegos artificiales, dispersándose a gran altura en amplio abanico desde el lugar de la explosión. Lo que quedaba del casco del crucero real ardía luminoso, y en el suelo ante él yacían siete figuras, una de ellas con las decoradas vestiduras que tan bien conocía.

El capitán, desorientado por la explosión, se tambaleó al intentar levantarse. Se le hizo un gran nudo en la garganta, pues se daba cuenta de lo que había sucedido.

Era un guerrero veterano, había participado en combate y había visto a la gente morir con violencia, y al ver esos cuerpos, al ver las hermosas vestiduras de Amidala desplegadas encima del inmóvil cuerpo, lo supo por instinto.

Las heridas de la mujer debían ser mortales. Se moría por momentos, si es que no había muerto ya.

***

—¡Has cambiado las coordenadas! —le dijo Obi-Wan Kenobi a su joven padawan.

Obi-Wan llevaba los cabellos trigueños largos hasta el hombro, y una barba un tanto descuidada adornaba su rostro aún juvenil. Las ropas marrón claro de viaje, holgadas y cómodas, parecían sentarle bien. Pues Obi-Wan se sentía cómodo, habiéndose acostumbrado a estar en el pellejo de un Caballero Jedi. Ya no era el impulsivo y vehemente padawan de Jedi, que fue aprendiz bajo la tutela de Qui-Gon Jinn.

En cambio, su acompañante parecía ser todo lo contrario. Daba la impresión de que el alto y delgado cuerpo de Anakin Skywalker no podía contener su exceso de energía. Vestía de forma semejante a Obi-Wan, pero sus ropas parecían más ajustadas, más nuevas, y los músculos que se ocultaban debajo mostraban una constante tensión. Llevaba los cabellos color arena muy cortos, a excepción de la delgada trenza indicativa de su posición como padawan de Jedi. Los ojos azules le brillaban repetidamente, como si fueran fogonazos de energía que escapasen de su interior.

—Sólo prolongaremos un poco más nuestra estancia en el hiperespacio —explicó—. Saldremos más cerca del planeta.

Obi-Wan lanzó un suspiro largo y resignado y se sentó ante la consola, examinando las coordenadas que había metido su discípulo. Por supuesto, ya poco podía hacer al respecto, pues un salto al hiperespacio no podía cambiarse una vez se había entrado en la velocidad de la luz.

—No podemos salir del hiperespacio tan cerca de las pistas de aproximación a Coruscant. Hay demasiado atasco para un vuelo seguro. Ya te lo he explicado antes.

—Pero…

—Anakin —repuso el Maestro Jedi intencionadamente, como si regañara a una mascota perootu, tensando la mandíbula y mirando fijamente a su padawan.

—Sí, Maestro —dijo Anakin, bajando obediente la mirada.

Obi-Wan mantuvo un rato más la mirada.

—Ya sé que estás impaciente por volver —le concedió—. Llevamos demasiado tiempo lejos de casa.

Anakin no alzó la mirada, pero Obi-Wan pudo ver que las comisuras de sus labios se curvaban en una ligera sonrisa.

—No vuelvas a hacer esto —le advirtió Obi-Wan, y se volvió para dirigirse al puente de la lanzadera.

Anakin se dejó caer en el asiento del piloto, posando la barbilla en la mano con los ojos fijos en el panel de control. La orden había sido todo lo directa que podía serlo, claro, y Anakin se dijo en silencio que la acataría. Aun así, mientras pensaba en su actual destino, y en quién le esperaba allí, le pareció que la amonestación había valido la pena, aunque al cambiar las coordenadas sólo hubiera conseguido unas pocas horas más en Coruscant. Estaba impaciente por llegar, aunque no por los motivos argumentados por Obi-Wan. No era el Templo Jedi lo que atraía al padawan, sino un rumor oído en el

espacio sobre que cierta senadora, antigua Reina de Naboo, se disponía a votar en el Senado.

Padmé Amidala.

El nombre tenía eco en el alma y el corazón del joven Anakin. Ya hacía una década que no la veía, desde que la ayudó, junto a Obi-Wan y Qui-Gon, en su guerra contra la Federación de Comercio. Anakin sólo tenía diez años por aquel entonces, pero en cuanto puso los ojos en ella, supo que sería la mujer con la que se casaría.

No importaba que Padmé fuera varios años mayor que él. No importaba que él sólo fuera un niño cuando la conoció, cuando ella le conoció a él. No importaba que a los Jedi no se les permitiera casarse.

Anakin sólo sabía, sin ninguna duda, que la imagen de la hermosa Padmé Amidala le había acompañado, grabada a fuego en cada uno de sus sueños y fantasías, todos los días desde que abandonó Naboo acompañado de Obi-Wan. Aún podía oler el frescor de sus cabellos, ver el brillo de inteligencia y pasión en sus maravillosos ojos castaños, oír la música que era la voz de Padmé.

Notando apenas su propio movimiento, Anakin dejó que sus manos volvieran a los controles del ordenador de navegación. Igual podía encontrar una pista poco usada que le permitiera sortear la congestión de tráfico en Coruscant y llegar antes a casa.

***

Se oyeron bocinas y una miríada de alarmas rasgó el aire de la zona, aullando sonoramente, ahogando los gritos de los asombrados viandantes y los gemidos de los heridos.

La piloto que acompañaba a Typho pasó corriendo por su lado, y el capitán forcejeó para recuperar el pie y seguirla. Al otro lado, Dolphe también corría hacia el cuerpo caído de la senadora.

La piloto del caza fue quien llegó primero, apoyando una rodilla ante la mujer caída. Se quitó el casco y meneó la cabeza para liberar sus trenzas castañas.

—¡Senadora! —le gritó Typho, pues era Padmé Amidala quien se arrodillaba ante la mujer moribunda, ante su señuelo—. ¡Vamos, el peligro aún no ha pasado!

Pero Padmé hizo una seña furiosa al capitán para que se apartara y volvió a inclinarse hacia su acompañante caída.

—Cordé —dijo en voz queda, rota. Cordé era una de sus queridas guardaespaldas, una mujer que llevaba muchos años a su lado, sirviéndola a ella y a Naboo. Padmé cogió a Cordé en sus brazos, abrazándola cariñosamente.

Cordé abrió sus ojos, de hermoso color castaño muy semejantes a los de Padmé.

—Lo siento, milady —jadeó ella, luchando por respirar con cada palabra—. No… no estoy segura de… —Hizo una pausa y se quedó inmóvil, mirando a Padmé—. La he fallado.

—¡No! —repitió Padmé, rebelándose contra el razonamiento de la guardaespaldas, rebelándose contra toda la locura que rodeaba a su vida—. ¡No, no, no!

Cordé continuó mirándola, o mirando más allá de ella, le pareció a la apenada senadora. Los ojos de Cordé miraban más allá de ella y más allá de todo, a un lugar muy diferente.

Padmé sintió que su cuerpo se relajaba de pronto, como si su espíritu se limitase a abandonar su forma corporal.

—¡Cordé! —gritó la senadora, y abrazó con fuerza a su amiga, meciéndola, negando esa espantosa realidad.

—¡Milady, todavía corre peligro! —declaró Typho, intentando sonar compasivo, pero con un claro sentido de urgencia en la voz.

Padmé apartó la cara del rostro de Cordé, y respiró hondo para calmarse. Depositó suavemente a Cordé en el suelo, mirando a su amiga muerta, recordando todas las ocasiones que habían pasado juntas.

—¡No debí volver aquí! —dijo, levantándose al lado del cauteloso Typho, con las mejillas empapadas en lágrimas.

El capitán abandonó su actitud por un momento, lo bastante como para cruzar una mirada con la senadora.

—Esa votación es muy importante —le recordó, con tono firme, con la voz de un hombre comprometido con su deber por encima de todas las cosas. Muy parecido a su tío—. Usted cumplió con su deber, senadora, y Cordé con el suyo. Ahora, vamos.

Empezó a alejarse, cogiendo a Padmé del brazo, pero ella se libró de su mano y se quedó allí inmóvil, mirando a su compañera perdida.

—¡Senadora Amidala! ¡Por favor!

Padmé miró al hombre.

—¿Acaso quiere quitarle importancia a la muerte de Cordé, quedándose aquí y arriesgando la vida? —manifestó bruscamente Typho—. ¿De qué habría servido su sacrificio si…?

—Basta, capitán —le interrumpió Padmé.

Typho le hizo una seña a Dolphe para que trazara un perímetro defensivo tras ellos, y se llevó a la afectada Padmé.

Y en el caza de Padmé, el droide astromecánico R2-D2 lanzó un pitido y un gemido y se dispuso a seguirlos.

Capítulo 5

El edificio del Senado en Coruscant no se encontraba entre los edificios más altos de la ciudad. Con forma de cúpula y relativamente bajo, no se elevaba en las nubes recogiendo el sol de la tarde como hacían los demás en un brillante despliegue de resplandeciente ámbar. A pesar de ello, la magnífica construcción no se veía empequeñecida por los elevados rascacielos que la rodeaban, entre los que se encontraban los diferentes complejos de apartamentos senatoriales. Situado en el centro de ese complejo, su diseño era tan diferente al del típico rascacielos cuadrado, que su lisa y azulada cúpula resultaba un alivio para quien lo contemplaba, una obra de arte en el centro de una comunidad de simple eficiencia.

El interior del edificio no era menos vasto e impresionante, y en su gigantesco anfiteatro del que sobresalían, fila tras fila, las plataformas flotantes de los muchos senadores de la República, estaban representados la gran mayoría de los mundos habitables de la galaxia. En esos momentos, había una cantidad significativa de esas plataformas vacías, debido al movimiento separatista, ya que varios miles de sistemas se habían unido en los últimos años al Conde Dooku, abandonando a una República que, a sus ojos, se había hecho demasiado grande para ser efectiva, una afirmación que ni los defensores más radicales de la República podían negar del todo.

Aun así, y al estar programada una importante votación, las paredes de la sala circular se hacían eco de los centenares y centenares de voces que hablaban a la vez, expresando emociones que oscilaban entre la ira, el pesar y la determinación.

En el centro de la sala, parado en el estrado, única plataforma inmóvil de todo el edificio, el Canciller Supremo Palpatine observaba y escuchaba, atento al tumulto y mostrando una expresión de profunda preocupación. Había superado la edad mediana, tenía el cabello plateado y un rostro surcado por las profundas arrugas de la experiencia. Su mandato debía haber concluido varios años antes, pero una serie de crisis le habían hecho permanecer en el cargo mucho más allá del límite legal. Desde lejos, daba la impresión de ser una persona frágil, pero de cerca no cabía ninguna duda de la fortaleza de este hombre notable.

—Tienen miedo, Canciller Supremo —le dijo su ayudante Uv Gizen—. Muchos se han enterado de las manifestaciones y los actos violentos que han tenido lugar cerca de este mismo edificio. Los separatistas…

Palpatine alzó una mano para acallar a su nervioso ayudante.

—Son un grupo conflictivo —replicó, tras reflexionar un poco—. Parece ser que el Conde Dooku les ha calentado los ánimos. O puede que sus frustraciones vayan en aumento pese a los esfuerzos que haga para calmarlos ese antiguo Jedi. Sea cual sea el caso, debemos tomarnos en serio a esos separatistas.

Uv Gizen se dispuso a responderle, pero Palpatine se llevó un dedo a los fruncidos labios para silenciarlo, haciendo luego una seña al podio principal, donde Mas Amedda, su consejero, intentaba llamar al orden.

—¡Orden! ¡Tengamos orden! —gritaba el consejero, cuya piel azulada brillaba por la agitación. Los tentáculos de su cabeza de lethorn, que partían de su nuca para envolverle el cuello y enmarcarle la cabeza como si fueran una capucha, se agitaban impacientes con los apéndices de sus puntas marrones balanceándose a la altura del pecho. Al volverse de lado a lado, sus apéndices principales, que se elevaban verticalmente hasta medio metro de altura, rotaron como antenas recabando información de la multitud. Pese a ser una figura imponente dentro del Senado, el murmullo de un millar de conversaciones privadas no se acalló.

—¡Senadores, por favor! —exclamó alzando la voz—. Tenemos mucho que debatir. Hay muchas cuestiones importantes hoy, pero la moción que tenemos ahora ante nosotros para crear un ejército que proteja a la República tiene precedencia sobre todas ellas. ¡Y será eso lo que votaremos ahora, y solamente eso! Cualquier otra cuestión queda pospuesta para otra asamblea.

Mas Amedda escuchó algunas quejas, y alguna conversación pareció aumentar de tono, pero fue entonces cuando el Canciller Supremo subió al podio, miro a su alrededor, a los allí reunidos, y el anfiteatro se sumió en el silencio. Mas Amedda se inclinó en deferencia al gran hombre, apartándose a un lado.

Palpatine posó las manos en el borde del podio, con los hombros notablemente abatidos y la cabeza gacha. Esa extraña postura sólo consiguió aumentar la tensión, haciendo que la cavernosa sala pareciera aún más silenciosa, si es que eso era posible.

—Estimados colegas —empezó a decir con deliberada lentitud, pero incluso así su voz flaqueó, pareciendo que fuera a quebrarse.

La curiosidad despertó murmuraciones en todos los reunidos. El Canciller Supremo rara vez se mostraba tan afectado.

—Disculpen —dijo en voz baja. Entonces, un momento después, se enderezó y respiró profundamente, como haciendo un acopio de fuerza interior que se reflejó ampliamente en la solidez de su voz al repetir—: Estimados colegas, acaban de darme noticias trágicas y preocupantes. La senadora Amidala del sistema Naboo… ¡acaba de ser asesinada!

Una oleada de pasmado silencio recorrió la multitud; los ojos se desorbitaron, las bocas de quienes tenían bocas se abrieron incrédulas.

—Este terrible golpe me afecta de manera muy personal —explicó Palpatine—. Antes de ser elegido Canciller, yo fui senador al servicio de Amidala cuando era Reina de Naboo. Fue una gran líder que luchaba por la justicia, tanto en esta honorable asamblea como en su planeta natal. Fue tan querida entre su pueblo que podía haber sido elegida Reina de por vida —repuso, lanzando un suspiro y chasqueando los dientes, como si esa idea hubiera sido considerada ridícula por la idealista Amidala, que fue lo que sucedió—. Pero la senadora Amidala creía en limitar los mandatos, como creía fervientemente en la democracia. Su muerte es una gran pérdida para todos. La lloraremos como a una incansable campeona de la libertad. Y como a una querida amiga.

Esto último lo dijo inclinando la cabeza y bajando los ojos para suspirar una última vez. En el anfiteatro dieron inicio algunas conversaciones, pero el silencio reverencial se mantuvo en su mayor parte, habiendo muchos senadores que asintieron con la cabeza, mostrándose de acuerdo con la elegía de Palpatine.

Pero las tristes noticias no podían ensombrecer ese momento crucial en tan importante día. Palpatine observó sin sorpresa que Ask Aak, el volátil senador de Malastare, maniobraba su plataforma para descender al centro de la sala. Su gran cabeza giraba lentamente mirando a todas partes, mientras sus tres ojos, que sobresalían de tallos semejantes a dedos, se movían de forma independiente unos de otros, al tiempo que agitaba sus orejas horizontales.

—¿Cuántos senadores más deberán morir antes de que concluya esta discordia civil? —gritó el malastariano—. Debemos enfrentarnos a esos rebeldes, ¡y para eso se necesita un ejército!

Por supuesto, tan osada declaración obtuvo tantos gritos en contra como a favor entre la enorme asamblea, y varias plataformas se movieron a la vez. Una de ellas, con un ser de cabellos azules y rostro aplastado, bajó con rapidez para situarse junto a la plataforma de Ask Aak.

—¿Por qué no han podido los Jedi impedir ese asesinato? —preguntó Darsana, embajador de Glee Anselm—. ¡Resulta evidente que ya no estamos a salvo bajo la protección de los Jedi!

Otra plataforma se acercó pisándole los talones a la de Darsana.

—¡La República necesita más seguridad! —se manifestó de acuerdo el senador twi'leko Orn Free Taa, temblándole las espesas papadas y los tentáculos del lekku de su cabeza—. ¡Y ahora! ¡Antes de que tengamos una guerra!

—¿Debo recordar al senador de Malastare que aún estamos en negociaciones con los separatistas? —intervino el Canciller Supremo Palpatine—. Nuestro objetivo aquí es la paz. No la guerra.

—¿Dice eso mientras su colega yace muerta, asesinada por la misma gente con la que desea negociar? —preguntó Ask Aak, y su rostro de piel anaranjada era una máscara de incredulidad.

Los gritos y exclamaciones brotaron por todo el lugar, discutiendo los senadores vehementemente entre sí. Muchos puños, y otros apéndices más exóticos, se agitaron en el aire ante tan explosiva cuestión.

Palpatine, supremamente calmado ante todo esto, mantuvo su pacífica mirada clavada en Ask Aak.

—¿No acaba de decir que Amidala era su compañera? —le gritó Ask Aak.

Palpatine se limitó a seguir mirándolo, como un centro de calma, ojo de la tormenta que rugía a su alrededor.

El consejero de Palpatine subió entonces al podio, asumiendo que su señor debía estar por encima de tan petulantes disputas si quería ser la voz de la razón dentro de tan feroz debate.

—¡Orden! —gritó repetidamente Mas Amedda—. ¡Por favor, senadores!

Pero siguieron reinando los gritos, las exclamaciones y el agitar de puños.

Y, sin que nadie se fijara en ella, otra plataforma más, transportando a cuatro miembros, se acercaba por un lateral moviéndose de forma deliberadamente lenta.

A bordo de la plataforma iba la senadora Padmé Amidala, meneando disgustada la cabeza ante el griterío y la falta de educación de que hacían gala los allí reunidos.

—Es precisamente por esto por lo que el Conde Dooku ha podido convencer a tantos sistemas para que abandonen la República —le comentó a su guardaespaldas Dormé, que iba a su lado, yendo delante de ellas Jar Jar Binks y el capitán Typho, este último a los mandos de la plataforma.

Se movieron despacio en dirección al centro, pero los senadores allí congregados, y los de las primeras filas del anfiteatro estaban demasiado ocupados gritando y discutiendo como para fijarse en su inesperada aparición.

Pero Palpatine, al estar en lo alto del podio, sí vio a Amidala. Por un momento, su expresión fue de absoluto pasmo, pero entonces se recuperó y una sonrisa iluminó su rostro.

—Mis nobles colegas —dijo Amidala subiendo el tono, y el sonido de su conocida voz silenció a muchos de los senadores, que se volvieron para mirarla—. Estoy de acuerdo con el Canciller Supremo. ¡Hay que evitar la guerra, cueste lo que cueste!

La sala del Senado se sumió en el silencio, primero gradualmente y después con más rapidez, oyéndose a continuación un atronador estallido de aclamaciones y aplausos.

—Es con gran sorpresa y alegría con la que cedemos la palabra a la senadora de Naboo, Padmé Amidala —declaró Palpatine.

Amidala esperó a que remitieran los gritos y las aclamaciones antes de empezar a hablar de forma pausada y clara.

—Hace menos de una hora que se llevó a cabo un atentado contra mi vida. Una de mis guardaespaldas y seis personas más fueron implacable y cruelmente asesinadas. Aunque yo era el objetivo, creo que en realidad se atacaba al acta que debe votarse hoy. Yo he encabezado la oposición a crear un ejército, y hay personas que no se detendrán ante nada para que se apruebe esa acta.

En cuanto esas palabras se asimilaron, los aplausos se volvieron abucheos en muchas zonas del anfiteatro, mientras otros muchos senadores agitaban la cabeza confusos. ¿Acababa de acusar Amidala a alguien en concreto de intentar asesinarla?

La senadora paseó la mirada por la vasta sala circular. Sabía que sus palabras podían ser consideradas por muchos como un insulto. En realidad no las había dicho en ese sentido al referirse al atentado. Tenía una corazonada muy clara de quién era el responsable, aunque ésta iba contra toda lógica. Las personas que más deseaban silenciarla debían ser aquellas a favor de crear un ejército de la República, pero por alguna razón que no conseguía determinar, tal vez por algún conocimiento subconsciente, o sólo porque así lo sentía en las entrañas, estaba convencida de que quien buscaba silenciarla era precisamente quien, en justa lógica, no debía desear su muerte. Recordó la

advertencia de Panaka sobre los informes de un acuerdo entre la Federación de Comercio y los separatistas.

Respiró hondo, se preparó contra el creciente malestar de los reunidos, y continuó hablando.

—Les advierto que si votan para crear un ejército, no tardaremos en tener una guerra. He vivido de primera mano las miserias de la guerra, y no deseo repetirlo.

Las aclamaciones empezaron a acallar a los abucheos.

—¡Esto es una locura! —chilló Orn Free Taa por encima del griterío—. ¡Solicito que se posponga de inmediato la votación!

Pero esa sugerencia sólo provocó más gritos.

Amidala miró al senador twi'leko y comprendió su repentino deseo por posponer una votación cuyo resultado pasaba a ser dudoso al estar ella presente.

—Despierten, senadores… ¡Despierten de una vez! —continuó diciendo ella, silenciándolo—. Si ofrecemos violencia a los separatistas, ¡ellos responderán con violencia! Habrá muchos que pierdan la vida, pero todos perderemos la libertad. ¡Esa decisión podría destruir los cimientos sobre los que se edifica nuestra gran República! Les ruego que no dejen que el miedo los empuje a tomar una decisión desastrosa. ¡Voten contra esa acta que no es ni más ni menos que una declaración de guerra! ¿Acaso hay aquí alguien que quiera eso? ¡No puedo creer que sea así!

Ask Aak, Orn Free Taa y Darsana, a bordo de sus respectivas plataformas paradas ante el podio, intercambiaron miradas nerviosas a medida que las aclamaciones y los abucheos resonaban en la gran sala. El que Amidala acabara de sobrevivir a un intento de asesinato y aun así estuviera allí suplicando al Senado que no creara un ejército contra sus presuntos atacantes, no hacía sino reforzar su posición y aumentar su prestigio a ojos de muchos, y ya había muchos que tenían en muy alta estima a la antigua Reina de Naboo, que diez años antes se había mantenido firme contra la Federación de Comercio.

Ante un gesto de Ask Aak, Orn Free Taa solicitó la palabra y Palpatine se la concedió rápidamente.

—Por cuestión de orden, primero hay que debatir mi moción de diferir la votación —exigió—. ¡Así lo dice la ley!

Amidala miró al twi'leko con una expresión tan frustrada como furiosa por esa evidente táctica dilatoria. Se volvió suplicante a Palpatine, pero éste se limitó a encogerse de hombros, aunque su expresión parecía indicar que estaba de su lado. Se movió hasta el podio y alzó las manos solicitando orden. Cuando la sala estuvo lo bastante silenciosa, anunció:

—En vista de lo tardío de la hora y de la gravedad de esta moción, nos ocuparemos de ese asunto mañana. Hasta entonces, pueden irse.

***

El tráfico atascaba el cielo de Coruscant, fluyendo con lentitud a través de la luminosa polución que lo envolvía. El sol ascendía hacia lo alto, bañando la ciudad con un brillo ambarino, pero aún había muchas luces encendidas, brillando tras los ventanales de los grandes rascacielos.

Las enormes torres del Edificio de Autoridades de la República sobresalían entre las demás como si quisieran alcanzar los cielos. Y eso parecía lo más apropiado para él, pues, pese a lo temprano de la hora, los acontecimientos que se sucedían en su interior y los participantes en los mismos adquirían una estatura casi divina a ojos de los trillones de personas corrientes de la República.

El Canciller Supremo Palpatine estaba sentado tras el escritorio de su espacioso y elegante despacho, mirando a los cuatro visitantes Jedi. Al otro lado de la habitación, dos guardias vestidos de rojo flanqueaban la puerta, como dos figuras imponentes y poderosas, con sus grandes cascos curvados y las anchas capas que les llegaban al suelo.

—Temo esa votación —recalcó Palpatine.

—Es inevitable —replicó Mace Windu, un humano alto y musculoso, calvo y con penetrantes ojos, parado junto al aún más alto Ki-Adi-Mundi.

—Y podría acabar con lo que queda de la República —dijo Palpatine—. Nunca había visto a los senadores tan enfrentados por un tema.

—Pocos temas son tan importantes como crear un ejército para la República —comentó el Maestro Jedi Plo Koon, un nativo de Kel Dorian alto y macizo, de cabeza arrugada en los lados y cabello rizado como si fuera el de una jovencita, de oscuros y sombríos ojos y al que una máscara negra le tapaba la parte inferior del rostro—. Los senadores están tan impacientes como asustados, y piensan que es la votación más importante de su vida.

—Se apruebe una cosa u otra, mucho se deberá enmendar —dijo el Maestro Yoda, físicamente el más pequeño de todos, pero cuya estatura como Maestro Jedi rivalizaba con la de cualquier otro en la galaxia.

Sus enormes ojos parpadearon lentamente y sus tremendas orejas se movieron de forma sutil, evidenciando para quienes lo conocían que estaba sumido en sus pensamientos, dedicando a esta situación la mayor de las atenciones.

—Mucho hay que no se ve —dijo, y cerró los ojos en meditación.

—No sé cuánto tiempo más podré posponer la votación, amigos míos —explicó Palpatine—. Y temo que cualquier demora pueda afectar negativamente a la República. Cada vez se unen más sistemas a los separatistas.

Mace Windu, pilar de fortaleza incluso entre los Jedi, asintió, comprendiendo el dilema.

—Y si, una vez realizada la votación, los que la pierdan se alejan…

—¡No permitiré que se divida en dos esta República que existe desde hace mil años! —declaró Palpatine, golpeando el escritorio con el puño—. ¡No fallaré en mis negociaciones!

Mace Windu mantuvo la calma, dejando que su cálida voz sonara tranquila y controlada.

—Debe tener en cuenta que, de darse ese caso, no habrá suficientes Jedi para proteger a la República. Somos Protectores de la Paz, no soldados.

Palpatine respiró varias veces, intentando digerir todo ello.

—Maestro Yoda —dijo, y esperó a que el Jedi de piel verdosa lo mirara—. ¿De verdad cree que llegaremos a la guerra?

—Algo peor que la guerra temo —dijo, cerrando otra vez los ojos—. Mucho peor.

—¿El qué? —preguntó un alarmado Palpatine.

—¿Qué siente, Maestro Yoda? —le apresuró Windu.

—Imposible de ver el futuro es —replicó el Maestro Jedi, con los grandes ojos aún cerrados—. El Lado Oscuro todo lo nubla. Pero de una cosa, seguro estoy… —abrió los ojos y miró fijamente a Palpatine— con su deber los Jedi cumplirán.

Una breve mirada de confusión se pintó en el rostro del Canciller Supremo, pero antes de que Yoda pudiera responderle, un holograma apareció sobre el escritorio, la imagen de Dar Wac, uno de sus ayudantes.

—El comité de partidarios de la República ha llegado, mi señor —dijo Dar Wac, en idioma hutt.

—Hágalos pasar.

El holograma desapareció, y Palpatine se levantó junto a los Jedi que estaban sentados, para recibir apropiadamente a los distinguidos visitantes. Llegaron en dos grupos, la senadora Padmé Amidala entró acompañada del capitán Typho, Jar Jar Binks, su guardaespaldas Dormé y el consejero Mas Amedda, seguidos por otros dos senadores, Bail Organa de Alderaan y Horox Ryyder.

Todo el mundo intercambió saludos, y Yoda llamó la atención de Padmé con un golpecito de su pequeño bastón.

—Grande en usted la Fuerza es, joven senadora —le dijo—. Su tragedia en la plataforma de aterrizaje terrible ha sido. Verla con vida calidez a mi corazón da.

—Gracias, Maestro Yoda. ¿Tiene alguna idea de quién estaba detrás de ese ataque?

La pregunta hizo que todos los que estaban en la sala se volvieran para mirarlos a Yoda y a ella.

Mace Windu se aclaró la garganta y dio un paso al frente.

—Senadora, no sabemos nada con seguridad, pero nuestros informes apuntan hacia los mineros de especia descontentos que trabajan en las lunas de Naboo.

Padmé miró al capitán Typho, que negó con la cabeza al carecer de respuesta. Los dos habían presenciado la frustración de los mineros de especia, pero sus manifestaciones parecían estar muy alejadas de la tragedia que había tenido lugar en Coruscant. Apartó la mirada de Typho para posarla en Mace Windu, preguntándose si sería inteligente expresar en voz alta su corazonada. Sabía que desataría la controversia, sabía lo claramente ilógica que sonaría su declaración, pero aun así…

—No quisiera mostrarme en desacuerdo, pero creo que el responsable ha sido el Conde Dooku.

Un revuelo de sorpresa llenó la habitación, y los cuatro Maestros Jedi intercambiaron una mirada que iba del asombro a la desaprobación.

—Ya sabe, señora, que el Conde Dooku fue una vez un Jedi —dijo Mace con voz calmada y vibrante—. Nunca asesinaría a nadie. No está en su carácter.

—Es un idealista político —añadió Ki-Adi-Mundi, el cuarto miembro del contingente Jedi—. No un asesino.

El Maestro Jedi cereano era el más alto de los allí reunidos, con su gran cabeza calva, y los salientes laterales de su pensativo rostro añadían cierta introspección a su imponente forma física.

El Maestro Yoda golpeó con su bastón, atrayendo así la atención, y eso bastó para ejercer una influencia sedante sobre la creciente tensión.

—En tiempos oscuros, lo que parece ser nada es —recalcó la diminuta figura—. Pero los hechos siguen sin cambiar, senadora, y en grave peligro está.

El Canciller Supremo Palpatine lanzó un dramático suspiro y se acercó hasta el ventanal, para mirar al alba de Coruscant.

—Maestro Jedi —dijo—. ¿Puedo sugerir que se ponga a la senadora bajo la protección de su gracia?

—¿Le parece un uso inteligente de nuestros limitados recursos en estos tiempos tan tensos? —se apresuró a decir el senador Bail Organa, mesándose su bien recortada perilla oscura—. Miles de sistemas se han pasado ya a los separatistas, y muchos más se unirán a ellos. Los Jedi son nuestro…

—Canciller —interrumpió Padmé—, quisiera decir que no creo que…

—La situación sea tan grave —acabó Palpatine por ella—. No, pero yo sí lo creo, senadora.

—¡Canciller, por favor! —suplicó ella—. ¡No quiero más guardias!

Palpatine la miró como lo haría un padre sobreprotector. Era una mirada que Amidala habría considerado condescendiente de provenir de cualquier otro hombre.

—Me doy perfecta cuenta de que cualquier seguridad adicional podría ser muy molesta para usted —empezó a decir, hizo una pausa, y su expresión cambió como si se le hubiera ocurrido un compromiso lógico y aceptable—. Pero quizá acepte con alguien al que ya conozca, un viejo amigo. —Sonrió astutamente y miró a Mace Windu y a Yoda—. ¿El Maestro Kenobi? —acabó de decir, asintiendo con la cabeza, y su sonrisa se amplió cuando vio que Mace Windu asentía a su vez.

—Es posible —confirmó el Jedi—. Acaba de volver de una disputa territorial en Ansion.

—Seguramente lo recordará, señora —dijo Palpatine, sonriendo como si fuera cosa hecha—. La protegió durante el conflicto del bloqueo.

—Eso no es necesario, Canciller —dijo Padmé con decisión, pero Palpatine no dejó de sonreír en lo más mínimo, evidenciando claramente que sabía cómo derrotar la argumentación de la independiente senadora.

—Hágalo por mí, mi señora. Por favor. Dormiré mejor. Hoy nos hemos llevado todos un gran susto. La idea de perderla me resulta insoportable.

Amidala intentó responder en varias ocasiones, pero qué podía decir o negar de la preocupación que demostraba el Canciller Supremo. Lanzó un suspiro de derrota, y los Jedi se levantaron para irse.

—Haré que Obi-Wan se presente de inmediato ante usted, mi señora —le informó Mace Windu.

Al pasar, Yoda se inclinó hacia Padmé y le susurró de un modo que sólo ella pudiera oírlo:

—Demasiado poco por usted se preocupa, senadora, y por la política en exceso. Con su peligro cuidado, Padmé. Nuestra ayuda debes aceptar.

Todos salieron de la sala, y Padmé Amidala se quedó un largo momento mirando a la puerta y a los guardias que la flanqueaban.

Tras ella, al fondo del despacho, estaba el Canciller Palpatine observándolos a todos.

***

—Me perturba oír el nombre del Conde Dooku en ese contexto, Maestro —le dijo Mace a Yoda mientras los Jedi caminaban en dirección a la sala del Consejo—. Y por alguien tan estimado como la senadora Amidala. Cualquier desconfianza con un Jedi, o con un antiguo Jedi, puede ser desastrosa en tiempos como éstos.

—Negar la implicación de Dooku en el movimiento separatista no podemos —le recordó Yoda.

—Ni podemos negar que creó ese movimiento movido por sus ideales —argumentó Mace—. No debemos olvidar que una vez fue nuestro igual, y oír cómo se le vilipendia así, calificándole de asesino…

—Calificado no está —dijo Yoda—, pero oscuridad a todos nos rodea, y en esa oscuridad lo que parece nada es.

—Pero no encuentro sentido a que el Conde Dooku atente contra la vida de la senadora Amidala, cuando ella es la que más se opone a que se cree un ejército. ¿No desearían los separatistas que Amidala triunfara en sus objetivos? ¿No deberían considerarla una aliada, aunque no sea intencionada? ¿O acaso debemos pensar que lo que buscan es una guerra con la República?

Yoda se apoyó pesadamente en su bastón, pareciendo muy cansado, y sus enormes ojos se cerraron lentamente.

—Más de lo que sabemos aquí sucede —dijo en voz muy baja—. Nublada la Fuerza está. Preocupante es.

Mace desechó la respuesta que iba a dar por instinto, una nueva defensa de su viejo amigo Dooku. Éste se había hallado entre los Maestros Jedi más importantes, era respetado en el Consejo, habiendo estudiado las filosofías y los estilos de los Jedi más antiguos, y algunos dirían que más profundos, incluyendo un estilo arcano de lucha con el sable láser que era más frontal, más envite y bloqueo, que los movimientos circulares empleados en la actualidad por la mayoría de los Jedi. Fue un terrible golpe para la Orden Jedi, y para Mace Windu, que Dooku se alejase de ellos, y ahora los separatistas intentaban alejarse de la República movidos por sus mismas razones: la percepción de que la República se había vuelto demasiado grande e insensible a las necesidades de los individuos, e incluso de los sistemas estelares.

No menos preocupante resultaba para Mace Windu, como sin duda debía serlo para Amidala y Palpatine, que no dejaran de ser razonables algunos de los argumentos manifestados por Dooku y los separatistas en contra de la República.

Capítulo 6

A medida que la luz natural de Coruscant se apagaba, para ser gradualmente reemplazada por la de las pocas estrellas titilantes que conseguían atravesar el resplandor casi continuo de la incansable ciudad, la enorme y elevada metrópolis adquiría un aspecto completamente distinto. Los rascacielos bajo el oscuro cielo de la noche parecían convertirse en gigantescos monolitos naturales, y todas las estructuras de gran tamaño que dominaban la ciudad, convirtiendo a Coruscant en un monumento al ingenio de las especies inteligentes, parecían simbolizar de alguna manera ese orgullo fútil, esa locura, que lucha contra la vastedad y la majestuosidad que están más allá del alcance de cualquier mortal. Hasta el viento que soplaba en los pisos más altos de los edificios sonaba triste, casi como anunciando el destino que eventual e inevitablemente acabaría acaeciendo a esa gran ciudad y esa gran civilización.

Cuando Obi-Wan y Anakin Skywalker subían en el turboascensor del complejo de apartamentos del Senado, el Maestro Jedi meditaba sobre algunas profundas verdades universales como las del sutil paso del día a la noche. Pero era evidente que no sucedía así con su joven padawan. Anakin iba a volver a ver a Padmé, la mujer que se había adueñado de su alma y de su corazón cuando él tenía sólo nueve años, y aún los tenía en su poder.

—Pareces algo nervioso, Anakin —comentó Obi-Wan mientras el ascensor continuaba hacia arriba.

—En absoluto —fue la poco convincente respuesta.

—No te veía tan nervioso desde que caímos en aquel nido de gundark.

—Fuiste tú quien cayó en esa pesadilla, Maestro, y fui yo quien te rescató, ¿recuerdas?

La pequeña distracción de Obi-Wan pareció tener el efecto deseado, y la pareja compartió unas carcajadas que les hacían mucha falta. Pero, cuando concluyeron, resultó obvio que Anakin seguía tenso.

—Estás sudando —notó Obi-Wan—. Respira hondo. Relájate.

—Hace diez años que no la veo.

—Relájate, Anakin. Ya no es la Reina.

La puerta del ascensor se abrió y Obi-Wan echó a andar, mientras Anakin murmuraba detrás de él algo entre dientes.

—No es por eso por lo que estoy nervioso.

Cuando entraron en el pasillo, al final del mismo se abrió una puerta y de ella salió un gungan bien vestido, llevando finas vestiduras rojas y negras. Los tres se miraron por un momento, y entonces el diplomático gungan perdió todo sentido de la reserva y la etiqueta y empezó a saltar alrededor de ellos como si fuera un niño.

—¡Obi! ¡Obi! ¡Obi! —gritó Jar Jar Binks, aleteándole la lengua y las orejas—. ¡Misa contento mucho de ver a vosa! ¡Eahooo!

Obi-Wan sonrió con educación, aunque la mirada que lanzó a Anakin evidenciaba que estaba algo avergonzado, y movió las manos en el aire, intentando calmar al excitado amigo.

—Yo también me alegro de verte, Jar Jar.

Jar Jar continuó saltando alrededor de ellos y, de pronto, se calmó haciendo un evidente gran esfuerzo.

—Y éste, misa supone sea tu aprendiz —continuó, y el gungan pareció ya mucho más controlado. O al menos por un momento, hasta que miró fijamente al joven padawan, desvaneciéndose entonces todo disimulo—. ¡Nooooo! —chilló, dando palmadas—. ¿Annie? ¡Noooooo! ¿Pequeño Annie? —Jar Jar cogió al padawan y tiró de él, estudiándolo de pies a cabeza—. ¡Nooo! ¡Yusa muy grande! ¡Yiyiyiyi! ¡Annie! ¡Misa no creérselo!

Esta vez le tocó el turno a Anakin de sonreír avergonzado. No ofreció ninguna resistencia mientras el sobreexcitado gungan le propinaba un fuerte abrazo y lo sacudía violentamente con sus saltos infantiles.

—Hola, Jar Jar —consiguió decir Anakin, mientras Jar Jar seguía saltando y gritando su nombre y emitiendo una serie de extraños sonidos que sonaban como «yiyi». Parecía que no se cansaría nunca, pero entonces Obi-Wan cogió a Jar Jar por el brazo, suavemente pero con firmeza.

—Hemos venido a hablar con la senadora Amidala. ¿Podrías conducirnos hasta ella?

Jar Jar dejó de saltar y miró fijamente a Obi-Wan, adquiriendo su rostro de pato una expresión más seria.

—¡Ella esperar vosa! ¡Annie! ¡Misa no creérselo! —repuso, inclinando algo más la cabeza, cogiendo luego a Anakin por la mano y tirando de él.

El apartamento estaba decorado con sumo gusto, habiendo en el centro sillas y un diván con cojines dispuestos en círculo, así como unos cuantos cuadros bien colocados en las paredes. Dormé y Typho estaban en la habitación, parados junto al diván. El capitán vestía un atuendo típicamente militar, uniforme azul bajo una túnica de cuero marrón, con guantes negros y una gorra rígida cuyo borde y cinta de cuero eran negros. Dormé, a su lado, llevaba uno de los vestidos elegantes a la vez que discretos, habituales en las ayudantes de Padmé.

Pero Anakin no los vio. Se concentró en la tercera persona de la habitación, en Padmé, y sólo en ella, y si alguna vez había albergado alguna duda, sobre si era tan hermosa como la recordaba, ésta se desvaneció en aquel momento y lugar. Sus ojos recorrieron la pequeña y proporcionada forma envuelta en las vestiduras negras y púrpuras, fijándose en todos los detalles. Vio el espeso cabello castaño, recogido en un moño y sobre una tiara semejante a una cesta, situada en lo alto de la cabeza, y quiso perderse en él. Vio sus ojos y quiso mirarse en ellos por toda la eternidad. Vio sus labios y quiso…

Anakin cerró los ojos por un momento y respiró profundamente, y pudo volver a oler ese aroma que se había grabado en su mente como perteneciente a Padmé.

Necesitó hasta la última migaja de su fuerza de voluntad para caminar de forma pausada y respetuosa tras Obi-Wan, y no limitarse a correr hacia ella y aplastarla en un abrazo. Pero, en cambio, paradójicamente, necesitó toda su energía para mover las piernas, que de pronto le pareció que flojeaban, y dar ese primer paso al interior de la habitación, ese primer paso hacia ella.

—Misa aquí. ¡Mira! ¡Mira! —chilló Jar Jar, que no era el anuncio que hubiera preferido Obi-Wan, pero sí el que podía esperarse de ese gungan emocionalmente volátil—. Llegaron los Jedi.

—Es un placer volverla a ver, milady —dijo Obi-Wan, deteniéndose ante la hermosa y joven senadora.

Detrás de su Maestro, Anakin continuó mirando a la mujer, fijándose en cada movimiento suyo. Ella le miró una vez, aunque brevemente, y él no detectó ningún reconocimiento en sus ojos.

Padmé cogió la mano de Obi-Wan entre las suyas.

—Ha pasado demasiado tiempo, Maestro Kenobi. Me alegro de que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Pero debo advertirle de que creo innecesaria su presencia aquí.

—Estoy seguro de que los miembros del Consejo Jedi tienen sus motivos —replicó Obi-Wan.

Padmé exhibió una expresión de resignada aceptación ante ese comentario, pero fue reemplazada por una mirada de curiosidad al volver a mirar tras el Caballero Jedi, en dirección al joven padawan que esperaba pacientemente detrás de él. Dio un paso a un lado, para situarse justo delante de Anakin.

—¿Annie? —preguntó, con expresión de incredulidad. Su sonrisa y la luz de sus ojos indicaba que no necesitaba una respuesta.

Anakin sintió por un instante que su espíritu daba un salto.

—Annie —volvió a decir Amidala—. ¿Será posible? ¡Cielos, cómo has crecido! —Y bajó la mirada, para seguir desde abajo la línea de su esbelto cuerpo, echando atrás la cabeza para enfatizar su altura, dándose cuenta de que ahora era más alto que ella.

Pero eso hizo poco para aumentar la confianza de Anakin, de tan perdido que estaba en la belleza de Padmé. La sonrisa de ella se amplió, en clara señal de que se alegraba de verlo, pero él no se dio cuenta, ni de las implicaciones que conllevaba.

—Usted también —respondió él con torpeza, como si le costara sacar cada palabra de la boca—. En hermosura, quiero decir. —Se aclaró la garganta y se irguió—. Y es usted más baja —dijo burlón, e intentó sin éxito parecer calmado—. Para ser una senadora, quiero decir.

Anakin se fijó en la mirada desaprobadora de Obi-Wan, pero Padmé se rió deshaciendo la tensión y meneando la cabeza.

—Oh, Annie, siempre serás ese niño que conocí en Tatooine —dijo, y ni cogiéndole el sable láser del cinto para cortarle las piernas habría podido empequeñecer más a Anakin Skywalker.

Él bajó la mirada, y su vergüenza sólo aumentó cuando se dio cuenta de que tanto Obi-Wan como el capitán Typho le miraban fijamente.

—Nuestra presencia será invisible, milady —oyó que Obi-Wan le aseguraba a Padmé.

—Agradezco su presencia aquí, Maestro Kenobi —dijo el capitán Typho—. La situación es más peligrosa de lo que admite la senadora.

—No necesito más seguridad —dijo Padmé, dirigiéndose primero a Typho, pero volviéndose luego para mirar a Obi-Wan mientras hablaba—. Lo que necesito son respuestas. Quiero saber quién intenta matarme. Creo que en eso radica una cuestión de la mayor importancia para el Senado. Aquí pasa algo más…

Ella se interrumpió y una sombra cruzó el semblante de Obi-Wan Kenobi.

—Hemos venido aquí para protegerla, senadora, no para empezar una investigación —dijo con tono deliberadamente calmado, pero Anakin le contradijo apenas acabó.

—Encontraremos a quien intenta matarla, Padmé —insistió el padawan—. Se lo prometo.

Apenas terminó de hablar, Anakin se dio cuenta de su error, claramente evidente en la mirada que le dirigía Obi-Wan. Había preparado mentalmente una respuesta a Padmé, y no había asimilado la explicación de su Maestro antes de proferir esas palabras tan claramente descuidadas. Sólo le quedaba morderse el labio y bajar la mirada.

—¡No vamos a excedernos en nuestra misión, mi joven padawan! —dijo Obi-Wan cortante, y Anakin se dolió por ser rebajado públicamente, y más ante este público en concreto.

—Lo decía en el sentido de protegerla, Maestro, por supuesto.

Su justificación sonó pueril hasta para el propio Anakin.

—No vamos a pasar otra vez por eso, Anakin. Prestarás atención a lo que yo decida.

Anakin no podía creer que Obi-Wan siguiera haciendo eso delante de Padmé.

—¿Por qué? —preguntó, dándole la vuelta a la pregunta y al debate, intentando recuperar desesperadamente algo de pie y credibilidad.

—¿Cómo? —exclamó Obi-Wan, más molesto de lo que nunca lo había visto Anakin, y el joven padawan supo que estaba yendo demasiado lejos y demasiado rápido.

—¿Por qué crees que nos asignaron a ella, si no es para encontrar al asesino? —preguntó, intentando calmar la situación—. La protección es un trabajo para las fuerzas de seguridad local, no para los Jedi. Es excesivo, Maestro, así que nuestra misión lleva implícita una investigación.

—Haremos lo que nos pidió el Consejo —replicó Obi-Wan—. Y tú aprenderás cuál es tu sitio, muchacho.

—Puede que baste con vuestra presencia a mi lado para que los misterios que rodean a este peligro se desvelen por sí solos —sugirió Padmé, siempre diplomática. Sonrió alternativamente a Anakin y a Obi-Wan, invitando a la cortesía, y cuando los dos retrocedieron, con los hombros visiblemente relajados, añadió—; Si ahora me disculpan, debo retirarme.

Todos inclinaron la cabeza mientras Padmé y Dormé salían de la habitación, y Obi-Wan miró entonces con dureza a su joven padawan, no pareciendo ninguno de ellos complacido con el otro.

—Bueno, pues yo sí me alegro de que estén aquí —dijo el capitán Typho, acercándose a ellos—. No sé lo que pasa aquí, pero, en estos momentos, toda seguridad es poca para la senadora. Los del Consejo Jedi parecían creer en la implicación de los mineros, pero yo no estoy de acuerdo con eso.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó Anakin. Obi-Wan le dirigió una mirada de advertencia—. Estaremos mejor preparados para proteger a la senadora si tenemos alguna idea de a qué nos enfrentamos.

La explicación dirigida a su Maestro era lo bastante lógica como para que éste la aceptara como razonable.

—No mucho —admitió Typho—. La senadora Amidala lidera la oposición a que se cree un Ejército de la República. Está decidida a enfrentarse a los separatistas empleando la negociación y no la fuerza, pero los atentados contra su vida, pese a haber fracasado, sólo han conseguido reforzar la oposición que hay a su postura en el Senado.

—Y dado que, lógicamente, los separatistas no desean la creación de un Ejército de la República… —razonó Obi-Wan.

—Nos hemos quedado sin pistas —dijo Typho—. Y en este tipo de incidentes, las primeras sospechas se dirigen hacia el Conde Dooku y los separatistas. —Obi-Wan frunció el ceño y Typho se apresuró a añadir—: O hacia alguno de los leales a su movimiento. Los separatistas han estado implicados en muchos ataques similares por toda la República. Son un grupo violento. Pero nadie sabe por qué pueden ir tras la senadora Amidala.

—Y nosotros no estamos aquí para adivinar, sino para proteger —dijo Obi-Wan, con tono que dejaba bien claro que había terminado con ese tema concreto de discusión.

Typho inclinó la cabeza, indicando que le había oído con claridad.

—Pondré un hombre en cada piso, y yo estaré en el centro de mando, un piso más abajo.

Typho se marchó y Obi-Wan empezó un registro de la habitación y los cuartos contiguos, intentando cogerle el pulso al lugar. Anakin empezó a hacer lo mismo, pero se detuvo al tropezar con Jar Jar Binks.

—Misa muy contento de volver a verte, Annie.

—Ni siquiera me reconoció —dijo Anakin, mirando a la puerta por la que había desaparecido Padmé. Negó con la cabeza, abatido, y se volvió hacia el gungan—. He pensado en ella todos los días desde que nos separamos y ella se había olvidado por completo de mí.

—¿Por qué decir eso?

—Ya la has visto.

—Ella feliz. Más feliz de lo que misa la ha visto en mucho tiempo. Son malos tiempos, Annie. ¡Muy malos tiempos!

Anakin negó con la cabeza y se dispuso a repetir lo que le preocupaba pero notó que Obi-Wan se dirigía hacia él y contuvo la lengua.

Pero su observador Maestro ya había inferido cuál era el tema de conversación.

—Vuelves a centrarte en lo negativo —le dijo a Anakin—. Atiende a tus pensamientos. Ella se alegró de vernos; déjalo así. Ahora comprobemos la seguridad. Tenemos mucho que hacer.

Anakin inclinó la cabeza.

—Sí, Maestro.

Pudo decir esas palabras porque tenía que decirlas, pero el joven padawan no podía olvidarse de lo que anidaba en su corazón y en su pensamiento.

***

Padmé se sentó ante su tocador, cepillándose el espeso cabello castaño, mirando al espejo pero sin ver nada en él. Sus pensamientos volvían una y otra vez a la imagen de Anakin, a la mirada que él le había dirigido. Volvió a oír sus palabras, «… crecido en hermosura», y aunque Padmé lo era, innegablemente, no eran palabras que estuviera acostumbrada a oír. Padmé llevaba metida en política desde que era una niña, ascendiendo siempre, y rápidamente, a posiciones con poder e influencia. La mayoría de los hombres con los que había tratado habían estado más preocupados por lo que ella podía proporcionarles en cuestiones prácticas que por su belleza, o en ese caso, por tener algún sentimiento auténtico hacia ella. Primero al ser Reina de Naboo, y después como senadora. Padmé siempre había sido muy consciente de que los hombres la consideraban atractiva de una manera más profunda que la mera atracción física, más profunda que cualquier lazo emocional.

O puede que no más profunda que eso último, se dijo ella, pues no podía negar la intensidad que había notado en los ojos de Anakin cuando él la miró.

Pero, ¿qué significaba eso?

Ella volvió a verle en sus pensamientos. Y con claridad. Su mente se recreó en su cuerpo esbelto y fuerte, en su rostro tenso, con la intensidad que siempre había admirado en él, pero con ojos que brillaban con alegría, con travesura, con…

¿Con añoranza?

Ese pensamiento frenó a la senadora. Sus manos cayeron a los costados, y se quedó allí, mirándose, juzgando su propio aspecto como podría hacerlo Anakin.

Tras largos momentos, Padmé negó con la cabeza, diciéndose que era una locura. Anakin era un Jedi. Por dedicación y por juramento, y ésas eran cosas que Padmé Amidala admiraba por encima de todo lo demás.

¿Cómo podía él mirarla de ese modo?

Así que debía haber sido su imaginación.

¿O era su fantasía?

Riéndose de sí misma. Padmé volvió a llevarse el cepillo al pelo, pero se detuvo antes de empezar. Llevaba un camisón de seda blanca, y después de todo, había cámaras de seguridad en su cuarto. Nunca le habían molestado esas cámaras, ya que siempre las miraba clínicamente. Las cámaras de seguridad, y los guardias velando todos sus movimientos, eran parte de su existencia, y había aprendido a llevar a cabo sus rutinas diarias, incluidas las más privadas, sin pararse a pensar dos veces en posibles ojos intrusos.

Pero, en ese momento se dio cuenta de que al otro extremo de esas cámaras podía hallarse cierto joven Jedi.

Capítulo 7

El cazador de recompensas estaba cómodamente parado en la cornisa, a un centenar de pisos de altura de las calles de Coruscant, vistiendo una armadura gris algo pasada de moda, con quemaduras de incontables disparos láser, pero todavía innegablemente efectiva. También su casco era gris, exceptuando un reborde azul que le cruzaba los ojos y que le bajaba desde el ceño a la barbilla. Su posición parecía algo precaria dada la fuerza del viento a esa altura, pero eso no preocupaba a alguien tan ágil y hábil como Jango, propenso a entrar y salir de lugares difíciles.

A la hora justa, un speeder frenó junto a la cornisa y se quedó allí flotando. Zam Wesell, socia de Jango, asintió con la cabeza y salió del vehículo, saltando con gracia y ligereza a la cornisa, justo delante de unas luminosas ventanas anuncio. Llevaba tapada la parte inferior del rostro con un velo rojo, pero no por modestia o por algún estilo de la moda. Al igual que todo lo demás con lo que iba vestida, desde la pistola láser a la armadura y las demás armas escondidas e igualmente letales que llevaba, el velo de Zam era algo práctico que ocultaba sus rasgos de clawdita.

Los clawditas eran una especie de la que se desconfiaba por motivos obvios.

—¿Sabes ya que fallamos? —preguntó Jango, yendo directo al asunto.

—Me dijiste que matase a los de la nave de Naboo —dijo Zam—. Y yo fui a por la nave, pero ellos usaron un señuelo. Todos los que iban a bordo han muerto.

Jango la miró haciendo una mueca, y no se molestó en decir que estaba esquivando la cuestión.

—Esta vez habrá que probar con algo más sutil. Mi cliente se impacienta. No puede haber más errores.

Tras decir esto, entregó a Zam un tubo hueco y transparente, de unos veinticinco centímetros de largo, que contenía dos criaturas multípodas y blancuzcas que abarcaban toda la extensión del contenedor.

—Kouhun —explicó—. Son muy venenosos.

Zam Wesell alzó el tubo para examinar más de cerca a esos maravillosos asesinos, y sus ojos brillaron excitados y sus mejillas se hincharon cuando su boca se ensanchó bajo el velo. Volvió a mirar a Jango y asintió.

Seguro de que ella le había comprendido, Jango asintió y empezó a caminar por la cornisa en dirección a su propio speeder. Se detuvo antes de subir a él, y miró hacia la asesina que había contratado.

—Esta vez no puede haber errores —dijo.

La clawdita saludó, dándose un golpecito en la frente con el tubo que contenía los letales kouhun.

—Apáñate —le ordenó Jango, y se marchó.

Zam Wesell se volvió en dirección a su propio speeder y se quitó el velo. Sus rasgos empezaron a cambiar apenas lo hizo, estirándose la boca, hundiéndose los ojos negros hasta cuencas más delicadas y alisándose las arrugas de la frente. Para cuando se guardó

el velo en un bolsillo, ya había asumido una forma de hembra humana atractiva y bien proporcionada, de rasgos oscuros y sensuales. Hasta sus ropas parecían diferentes y le caían con gracia bajo el rostro.

A poca distancia de allí, Jango asintió aprobador y se alejó. Debía admitir que Zam Wesell tenía ciertas ventajas en su trabajo por ser una clawdita, una metamorfa.

***

El vasto Templo Jedi se alzaba en una lisa llanura. A diferencia de muchos de los edificios de Coruscant, monumentos a la eficiencia y al diseño práctico, este edificio era una obra de arte, con muchas columnas adornadas y suaves, y redondeadas líneas que atraían la vista y la recreaban. En muchas zonas había bajorrelieves y estatuas, y las luces estaban dispuestas en diferentes ángulos para distorsionar las sombras y formar dibujos misteriosos.

El interior del Templo no era diferente. Era un lugar de meditación, un lugar cuyo diseño invitaba a la mente a vagar y explorar, un lugar cuyas líneas pedían ser interpretadas. El arte era tan importante para un Caballero Jedi como su entrenamiento de guerrero. Muchos de los Jedi, pasados y presentes, consideraban el arte como un lazo consciente con los misterios de la Fuerza, por lo que las esculturas y retratos que se alineaban en los salones eran mucho más que simples réplicas, eran interpretaciones artísticas de los grandes Jedi allí representados, y que decían por sus formas lo que los Maestros retratados podrían haber dicho con palabras.

Mace Windu y Yoda caminaban lentamente por un pulimentado y decorado pasillo de escasa luz, en dirección a una sala brillantemente iluminada.

—¿Cómo es que no pudimos adelantarnos a este ataque a la senadora? —preguntaba Mace, negando con la cabeza—. No debería haber sido una sorpresa para los prudentes de espíritu, y fácil de predecir por nosotros.

—Esta perturbación en la Fuerza el futuro nubla —replicó su acompañante. El diminuto Jedi parecía cansado.

Mace comprendía bien el origen de su fatiga.

—La profecía se está cumpliendo. El Lado Oscuro crece.

—Y sólo quienes en el Lado Oscuro están, sentir lo que depara el futuro pueden —dijo Yoda—. Sólo mirando en el Lado Oscuro podremos ver.

Mace empleó un momento para aceptar ese comentario, pues lo que había dicho no era una cuestión de escasa relevancia. En absoluto. El viaje a los confines del Lado Oscuro era algo que no debía tomarse a la ligera. Más preocupante aún era el hecho de que el Maestro Yoda creyera que la perturbación de la Fuerza sentida por todos los Jedi estuviera tan arraigada en el Lado Oscuro como para ser un presagio en sí misma.

—Han pasado diez años y los Sith siguen sin mostrarse —comentó Mace, atreviéndose a decirlo en voz alta.

A los Jedi no les gustaba ni mencionar a sus mayores enemigos, los Sith. En el pasado se habían atrevido a creer muchas veces que habían conseguido erradicarlos, que su vil hedor había desaparecido de la galaxia, y a todos les habría gustado poder negar la existencia de los misteriosos moradores de la Fuerza Oscura. Pero era algo que no podían hacer. No habría ninguna duda, ni se podía negar que quien había matado a Qui-Gon Jinn diez años atrás en Naboo había sido un Lord Sith.

—¿Crees que los Sith están detrás de la actual perturbación? —se atrevió a preguntar Mace.

—Al acecho están —dijo Yoda con resignación—. Una certeza eso es.

Por supuesto, Yoda se refería a la profecía de que el Lado Oscuro se alzaría y que nacería alguien que traería el equilibrio a la Fuerza y a la galaxia. Ese individuo potencial ya era conocido entre ellos, y eso también producía cierta trepidación en esos salones.

—¿Crees que el aprendiz de Obi-Wan podrá llevar el equilibrio a la Fuerza? —preguntó Mace.

Yoda dejó de caminar y se volvió lentamente para mirar al otro Maestro, su expresión revelaba tal gama de emociones que recordó a Mace que en realidad no sabían qué podía significar lo de traer equilibrio a la Fuerza.

—Sólo si él seguir su destino elige —respondió Yoda, y al igual que sucedió con la pregunta de Mace, la respuesta pendió en el aire entre ellos; un credo hecho palabras que sólo podía conllevar más incertidumbre.

Los dos comprendían cuáles eran los lugares a los que, al menos unos cuantos Jedi, deberían viajar para encontrar la verdadera respuesta, y que esos lugares, lugares emocionales que no físicos, muy bien podían ponerlos a prueba a todos hasta el límite de su habilidad y sensibilidad.

Reanudaron su camino y el único sonido que se oyó fue el de sus pasos. Pero tanto uno como otro sentían todavía en sus oídos el eco de las terribles palabras del diminuto Maestro Jedi.

—Sólo mirando en el Lado Oscuro podremos ver.

Capítulo 8

El pitido de la entrada no era inesperado, de algún modo, Padmé sabía que Anakin acudiría a hablar con ella en cuanto se presentase la oportunidad. Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo y en vez de eso cogió el salto de cama, consciente de pronto de que su camisón era algo provocador.

Nuevamente, ese gesto le pareció extraño, pues nunca antes había tenido Padmé Amidala sentimiento alguno de modestia.

Aun así, se ajustó el salto de cama mientras abría la puerta, encontrándose con que, tal y como suponía, Anakin Skywalker estaba parado ante ella.

—Hola —dijo él, y parecía que apenas podía respirar.

—¿Va todo bien?

El joven balbuceó una respuesta.

—Oh, sí —consiguió decir por fin—. Sí, mi Maestro ha bajado a los pisos inferiores a comprobar las medidas de seguridad del capitán Typho, pero todo parece tranquilo.

—Pareces decepcionado.

Anakin soltó una risa avergonzada.

—No disfrutas con esto —notó ella.

—No hay otro sitio de la galaxia en el que preferiría estar —barbotó él, y fue el turno de Padmé de lanzar una risita avergonzada.

—Pero esta… inercia —razonó ella, y Anakin asintió al comprenderla.

—Deberíamos ser más agresivos en nuestra búsqueda del asesino —insistió—. Quedarse sentados a esperar es invitar al desastre.

—El Maestro Kenobi no está de acuerdo.

—El Maestro Kenobi se ve atado por las órdenes —explicó Anakin—. No aprovechará la oportunidad para hacer algo que el Consejo Jedi no le ha pedido explícitamente.

Padmé inclinó la cabeza y examinó con más cuidado a ese impetuoso joven. ¿No era la disciplina la principal norma de los Caballeros Jedi? ¿No se veían sujetos por ella, de forma estricta, a la estructura de la Orden y a su Código?

—El Maestro Kenobi no es como su Maestro —dijo Anakin—. El Maestro Qui-Gon comprendía la necesidad de tener iniciativa y de pensar de forma independiente. Si no fuera así, me habría dejado en Tatooine.

—¿Y tú eres más como el Maestro Qui-Gon?

—Acepto los deberes que se me encomiendan, pero exijo la libertad necesaria para poder llevarlos a su adecuada conclusión.

—¿Exiges?

Anakin sonrió y se encogió de hombros.

—Bueno, como mínimo la pido.

—Y cuando no puedes obtener las respuestas que buscas, las improvisas —repuso Padmé con una sonrisa reveladora, como si en el fondo sólo se burlara a medias de él.

—Hago todo lo que puedo con cada problema que me encuentro —fue lo más que llegaría a admitir Anakin.

—Y quedarte aquí vigilándome no es tu forma de actuar.

—Podríamos estar haciendo cosas mejores y más directas —dijo Anakin, y en su voz había un doble sentido que intrigó a Padmé y le hizo taparse aún más con el salto de cama—. Si cogiésemos al asesino, podríamos descubrir el origen de estos atentados —explicó con rapidez el padawan, desviando rápidamente la conversación a un nivel profesional—. En cualquier caso, usted estaría más a salvo, y nuestro deber se simplificaría.

La mente le daba vueltas a Padmé mientras intentaba adivinar los pensamientos y las motivaciones de Anakin. Él la sorprendía con cada palabra, sobre todo porque era un padawan de Jedi, pero al mismo tiempo no la sorprendía, dado el fuego que veía con toda claridad en sus ojos azules. Veía que en esos ojos ardientes y demasiado apasionados bullían los problemas y lo que era más, veía excitación y la promesa de emociones.

Y, quizá, la promesa de encontrar a quien intentaba matarla.

***

Obi-Wan salió con precaución del turboascensor, mirando a derecha e izquierda. Vio los dos guardias apostados, alertas y preparados, y asintió aprobador hacia ellos. Todos los pasillos del enorme complejo de apartamentos estaban así, y habían cerrado toda esa zona concreta, arriba, abajo y junto a las habitaciones de Amidala.

El capitán Typho había puesto muchos soldados a su disposición, y los había situado bien, controlando el mejor perímetro defensivo que Obi-Wan había visto nunca. Por supuesto, el Maestro Jedi se alegró mucho de ello, y supo que Typho le estaba facilitando el trabajo.

Pero no podía relajarse. Typho le había informado con todo detalle del ataque al crucero Naboo, y no podía subestimar a los asesinos, sobre todo teniendo en cuenta todas las precauciones que se habían tomado para proteger la nave, desde transmitir falsas pistas de entrada a cambiar la plataforma de aterrizaje, así como la cantidad de cazas destinados a escoltarla, tanto los que acompañaban a la nave como los otros muchos, tanto de Naboo como de la República, que cubrieron cualquier vía de ataque concebible. Los asesinos eran buenos y, desde luego, muy bien relacionados.

Y con toda probabilidad eran muy tenaces.

Pero para poder llegar hasta la senadora Amidala por los pasillos del edificio se necesitaría un ejército.

Asintió en dirección a los guardias y recorrió todo ese piso, antes de volver satisfecho al turboascensor.

***

Padmé respiró hondo, con los pensamientos fijos en las últimas imágenes de Anakin cuando éste dejó su cuarto. Imágenes de su hermana Sola acudieron a ella, y casi podía oírla burlándose.

La senadora apartó todos sus pensamientos, los de Sola y sobre todo los de Anakin, y se dirigió hacia R2-D2; el pequeño droide permanecía impasible, parado ante la pared situada junto a la puerta.

—Apágate ya —le ordenó Padmé.

R2-D2 le respondió con un temeroso «ooooo».

—Vamos, R2. No pasa nada. Aquí tenemos protección.

El droide lanzó otro pitido preocupado, pero extendió una sonda para conectarse al panel de seguridad de la pared.

Padmé volvió a mirar a la puerta, rememorando otra vez la imagen de Anakin, su Jedi protector alto y delgado. Podía ver sus brillantes ojos azules como si los tuviera delante, intensos, vigilándola con más atención que cualquier cámara de seguridad.

***

Anakin estaba parado en la sala de estar del apartamento de Padmé, asimilando el silencio que le rodeaba, usando la ausencia de ruido físico para aumentar su conexión mental con el sutil reino de la Fuerza, sintiendo la vida que le rodeaba con la misma claridad que percibiéndola con los cinco sentidos físicos.

Tenía los ojos cerrados, pero podía ver con suficiente claridad la región que le rodeaba, podía sentir cualquier perturbación de la Fuerza.

Anakin abrió de pronto los ojos, su mirada se paseó por la habitación, y apartó el sable láser del cinto.

O casi llegó a hacerlo, deteniéndose cuando la puerta se abrió y el Maestro Kenobi entró en la sala.

Obi-Wan miró a su alrededor con curiosidad, posando la mirada en Anakin.

—El capitán Typho tiene abajo hombres más que suficientes. Ningún asesino intentará atacar por ahí. ¿Alguna actividad por aquí?

—Todo está silencioso como una tumba. No me gusta quedarme esperando a que suceda algo.

Obi-Wan meneó la cabeza, en un movimiento que mostraba su resignación respecto a lo previsible que era su padawan, y cogió un escáner visual del cinto, comprobando su imagen. Su expresión, que pasó de la curiosidad a la confusión y a la preocupación, hablaba a gritos para Anakin. Sabía que Obi-Wan sólo podía ver una parte del dormitorio de Padmé, la zona de la puerta y donde estaba R2-D2, pero nada más.

Su expresión habló con más elocuencia que las palabras.

—Padmé… la senadora Amidala, tapó la cámara. No creo que le guste que yo la vea.

El rostro del Maestro Jedi se tensó y dejó escapar un pequeño gruñido.

—¿En qué está pensando? Su seguridad es lo principal, y así se ve comprometida…

—Programó a R2 para que nos avisara si había algún intruso —explicó Anakin, intentando calmar a Obi-Wan antes de que éste aumentase su preocupación.

—No es un intruso lo que me preocupa. O no sólo un intruso. Hay muchas formas de matar a un senador.

—Lo sé, pero también queremos coger al asesino. ¿No es así, Maestro?

—¿La estás usando de cebo? —preguntó Obi-Wan incrédulo, con ojos desorbitados por la sorpresa y la incredulidad.

—Fue idea de ella —protestó Anakin, pero con un tono agudo que revelaba a las claras que él había estado de acuerdo con el plan—. No te preocupes. No le pasará nada. Puedo sentir todo lo que pasa en la habitación. Confía en mí.

—Es demasiado arriesgado. Además, tus sentidos no están tan afinados, joven aprendiz.

—¿Y los tuyos, sí? —repuso Anakin, recalcando con cuidado las palabras y el tono, intentando que no pareciera que estaba a la defensiva, sino, más bien, sugiriendo algo.

Obi-Wan no pudo reprimir la expresión intrigada que cruzó su rostro.

—Es posible —admitió.

Anakin sonrió y asintió, y volvió a cerrar los ojos, dejándose llevar por las sensaciones de la Fuerza, siguiéndolas hasta Padmé, que dormía tranquilamente. Deseó poder verla, poder contemplar el ascenso y descenso de su pecho, poder oír su suave respirar, oler la frescura de su pelo, sentir la suavidad de su piel, besarla y saborear la dulzura de sus labios.

Tenía que conformarse con eso, con sentir su energía vital mediante la Fuerza.

Y era un lugar acogedor.

***

Padmé también pensaba en Anakin, pero de un modo diferente. En sus sueños, lo veía sentado a su lado.

Vio el combate que, como sabía, pronto tendría lugar en el Senado, el griterío y el agitar de puños, las amenazas y las objeciones a voz en grito. Todo eso la agotaba.

Anakin estaba allí.

Su sueño se tornó una pesadilla, con un asesino invisible que la perseguía, con disparos láser que volaban a su alrededor, y sus pies parecían atrapados en arenas movedizas.

Pero Anakin corrió hasta ella, encendiendo y agitando el sable láser, desviando los disparos.

Padmé se removió en su cama y lanzó un pequeño gemido, en muchos sentidos tan incómoda con la identidad de su rescatador como con la presencia del asesino. No se despertó del todo, y se limitó a agitarse un poco y levantar la cabeza, abriendo los ojos brevemente antes de enterrar el rostro en la almohada.

No vio al pequeño droide redondo que flotaba al otro lado de las persianas de su ventana. No vio los brazos mecánicos que salían de él y se pegaban al balcón, ni las chispas que brotaban de esos brazos mientras el droide desconectaba el sistema de seguridad. No vio el brazo más largo que se extendió luego para cortar un agujero en el cristal, ni oyó el pequeño y débil ruido que hizo el cristal al ser apartado.

Las luces de R2-D2 se encendieron. La cabeza semiesférica del droide giró sobre sí misma, escaneando la habitación, emitiendo un «wooo» bajito.

Al no detectar nada anormal, volvió a apagarse.

Fuera, un pequeño tubo se extendía desde la sonda droide, desplazándose hacia el agujero de la ventana. Arrastrándose por el tubo hasta el interior del dormitorio había una pareja de kouhun, gusanos blancos e hinchados, de cuyo costado sobresalían hileras de negras patas y unas desagradables mandíbulas. Pero, por peligrosas que pudieran parecer esas mandíbulas, el verdadero peligro de los kouhun radicaba en el otro extremo, en el aguijón de la cola rebosante de veneno. Las salvajes kouhun se arrastraron bajando por las persianas y se dirigieron de inmediato hacia la cama, hacia la mujer dormida.

***

—Pareces cansado —le dijo Obi-Wan a Anakin en el cuarto contiguo.

El padawan, que seguía en pie, abrió los ojos y salió de su trance. Necesitó un momento para asimilar las palabras y encogerse luego de hombros, sin manifestar su desacuerdo.

—Ya no consigo dormir bien.

Eso no era una sorpresa para Obi-Wan.

—¿Por tu madre?

—No sé por qué sueño ahora con ella —respondió, con voz en la que asomaba la frustración—. No la veo desde que era niño.

—Tu amor por ella siempre fue muy profundo, y lo sigue siendo. Ése no es motivo para desesperar.

—Pero esto es algo más que… —empezó a decir Anakin, pero se detuvo, lanzó un suspiro y meneó la cabeza—. ¿Son sueños o son visiones? ¿Son imágenes de lo ya sucedido, o cuentan algo que aún está por pasar?

—¿Y si son sólo sueños? —dijo el Maestro Jedi, sonriendo amablemente a través de su rala barba—. No todos los sueños son una premonición, una visión o alguna conexión mística. Algunos sueños sólo son… sueños. Hasta los Jedi tienen sueños, joven padawan.

El muchacho no parecía muy conforme con eso. Volvió a menear la cabeza.

—Los sueños pasan con el tiempo —le dijo Obi-Wan.

—Preferiría soñar con Padmé —replicó Anakin con una sonrisa traviesa—. El mero hecho de estar otra vez junto a ella es… embriagador.

Obi-Wan frunció el ceño borrando tanto su sonrisa como la de su aprendiz.

—Cuida tus pensamientos, Anakin —le reprendió con un tono que no dejaba lugar a dudas—. Te traicionan. Tienes un compromiso con la Orden Jedi, y es un compromiso difícil de romper, y el Jedi que establece ese tipo de relación no puede comprometerse. Ese vínculo está prohibido. —Lanzó un resoplido y miró hacia el cuarto donde dormía la senadora—. Y no olvides que es una política. No son de fiar.

—No es como los demás miembros del Senado, Maestro —protestó el aprendiz con vehemencia.

Obi-Wan le miró con cuidado.

—Mi experiencia me dice que los senadores sólo se ocupan de complacer a quienes aportan fondos a su campaña, y que siempre están más que dispuestos a olvidar las sutilezas de la democracia si de ese modo consiguen esos fondos.

—Otro discurso, no, Maestro —repuso Anakin con un profundo suspiro. Había oído esa diatriba varias veces—. Al menos no sobre la economía de la política.

Obi-Wan no estaba muy a favor de la política de la República. Se dispuso a volver a hablar, o lo intentó, pero Anakin lo interrumpió bruscamente.

—Por favor, Maestro —dijo con énfasis—. Además, estás generalizando. Sé que Padmé…

—La senadora Amidala.

—… no es así —terminó Anakin—. Y el Canciller tampoco parece corrupto.

—Palpatine es un político. He notado que es muy bueno manipulando las pasiones y los prejuicios de los senadores.

—Yo creo que es un buen hombre. Mis instintos son positivos respecto a…

El joven padawan se calló de pronto, abriendo mucho los ojos, demudándose su expresión en una de sorpresa.

—Yo también lo siento —dijo Obi-Wan sin aliento, y los dos Jedi se pusieron en movimiento.

Dentro del dormitorio, los kouhun se arrastraban lenta y meticulosamente hacia el cuello y la cara de Padmé, chasqueando excitados las mandíbulas.

R2-D2 emitió un pitido al darse cuenta de la amenaza. El droide hizo sonar repetidamente una serie de alarmas y enfocó una linterna contra la cama, iluminando a los invasores multípodos justo cuando los dos Jedi entraban en la habitación.

Padmé despertó, abriendo mucho los ojos, conteniendo el aliento aterrorizada, cuando las siniestras criaturas se pararon de pronto, lanzaron un siseo y continuaron hacia ella.

O lo habrían hecho de no estar presente Anakin, que esgrimió una y otra vez su sable láser azulado a la altura de las colchas, partiendo a las pequeñas criaturas por la mitad.

—¡Un droide! —gritó Obi-Wan, y Anakin y Padmé se volvieron para ver cómo se dirigía hacia la ventana. Allí, flotando en el exterior, se hallaba un asesino a control remoto, retrayendo rápidamente sus apéndices mecánicos.

Obi-Wan saltó hacia las persianas, llevándoselas consigo cuando atravesó la ventana, rompiendo el cristal. Llamó a la Fuerza mientras saltaba, empleándola para alargar su salto, para que lo transportase en el aire lo bastante como para coger al droide asesino en

fuga. Su peso hizo que el droide flotante descendiera considerablemente, pero éste lo compensó estabilizándose rápidamente, y dejando al Jedi colgado de él a cien pisos de altura.

El droide se alejó volando, llevándose a Obi-Wan consigo.

—¿Anakin? —preguntó Padmé volviéndose hacia él. Cuando él le devolvía la mirada, ella notó el repentino brillo de intensidad en sus ojos azules y se tapó más los hombros con el salto de cama.

—¡Quédate aquí! —repuso Anakin—. ¡Cuida de ella, R2!

Y corrió hacia la puerta para detenerse bruscamente cuando entraron el capitán Typho, una pareja de guardias y la ayudante Dormé.

—¡Ocupaos de ella! —fue todo lo que pudo decir el joven Jedi al pasar por su lado, corriendo en dirección al turboascensor.

***

La sonda droide no carecía de sistemas defensivos y lanzó repetidas descargas eléctricas contra las manos de Obi-Wan.

El Caballero Jedi aguantó el dolor, pues no tenía otra alternativa que la de seguir agarrado. Sabía que no debía mirar hacia abajo, pero lo hizo de todos modos, viendo la atestada ciudad muy, muy abajo.

Una nueva descarga estuvo a punto de arrojarlo hacia ese bullicio.

Actuó por instinto, sin pensar en las implicaciones de sus actos, y tanteó con una mano, encontrando un cable de alimentación, y tirando de él detuvo las descargas eléctricas.

Pero eso también acabó con la energía que mantenía al droide a flote.

Los dos cayeron como piedras, las luces de los pisos brillaban estroboscópicas al pasar junto a ellas.

—¡No voy bien, no voy bien! —decía una y otra vez mientras trabajaba frenéticamente por reconectar el cable.

Finalmente lo consiguió, las luces del droide volvieron a brillar, y éste se alejó con Obi-Wan colgando desesperadamente de él. El droide no perdió tiempo en volver a atacarle con descargas eléctricas, sino que aguijoneaba sin cesar al Jedi, pero no consiguió quitarse de encima a su tenaz viajero.

***

Anakin no estaba de humor para esperar el turboascensor. Sacó el sable láser y abrió las puertas con un golpe diestro, aunque la cabina del turboascensor no estaba cerca de su piso. No se detuvo a ver si estaba por encima o por debajo de él, limitándose a saltar al hueco, agarrar con una mano uno de los cables de soporte, apretar fuertemente contra él

un lado del pie, y caer girando hacia abajo. Su mente daba vueltas, intentando recordar la disposición del edificio y en qué niveles estaban los diferentes garajes.

De pronto, el sexto sentido que le proporcionaba la Fuerza le alertó del peligro.

—¡Rayos! —aulló, cuando miró hacia abajo para ver al turboascensor subiendo hacia él.

Se agarró con más fuerza al cable, y puso la mano horizontal, con la palma hacia abajo, enviando en esa dirección un tremendo empujón de la Fuerza, no para detener el ascensor, sino para impulsarse hacia arriba, manteniéndose por delante a velocidad suficiente como para reorientarse y aterrizar en lo alto de la cabina.

Una vez más sacó el sable láser, hundiéndolo en el cierre de la trampilla superior. Ignorando los chillidos de los ocupantes de la cabina que tenía debajo, abrió la trampilla, se cogió al borde y saltó al interior del ascensor mientras apagaba el arma.

—¿El nivel del garaje? —preguntó a la pareja de asombrados senadores, un sullustano y un humano.

—¡En el cuarenta y siete! —respondió enseguida el humano.

—Demasiado tarde —añadió el sullustano, fijándose en la cambiante numeración de los pisos.

El diminuto senador empezó a decir «El siguiente está en el sesenta y algo», pero Anakin apretó el botón del freno, y cuando eso no resultó ser lo bastante rápido, recurrió nuevamente a la Fuerza y se apoderó con ella del mecanismo de freno, obligándolo a frenar con más rapidez.

Los tres cayeron al suelo con el brusco parón, el sullustano con fuerza.

El padawan golpeó la puerta, gritando para que se abriera. Una mano en su hombro le detuvo, y se volvió para ver que el senador humano avanzaba un paso y alzaba un dedo en un gesto que pedía al impaciente joven Jedi que esperase.

El senador apretó un botón, claramente marcado en el panel de control, y la puerta del turboascensor se abrió.

La cabina estaba por encima del nivel del suelo, y Anakin tuvo que tumbarse y pasar por la abertura para poder llegar al piso. Una vez allí, corrió frenéticamente, primero a la izquierda y después a la derecha, localizando por fin un balcón que daba al garaje. Corrió y saltó sobre la barandilla, cayendo junto a una hilera de speeder aparcados. Había uno abierto, amarillo y de morro achatado, así que subió a él de un salto, lo encendió y despegó, abandonando la plataforma y ascendiendo más y más en dirección a la ruta de tráfico que se deslizaba más arriba.

Intentó recuperar la compostura mientras ascendía. ¿En qué lado del edificio se encontraba? ¿Por dónde se había alejado Obi-Wan? ¿En qué ángulo se había desplazado el droide?

Mientras intentaba dilucidar todo esto, se dio cuenta de que sólo había dos cosas que podrían ponerlo tras la pista de su Maestro, o bien la suerte o…

El padawan volvió a sumirse en la Fuerza, buscando la sensación que identificaba como su Maestro Jedi.

***

Zam Wesell se apoyó en un costado de su speeder, tamborileando impaciente sus enguantados dedos contra la capota del viejo vehículo. Llevaba puesto un enorme casco púrpura, con una cuña delantera y sólida, a excepción de un pequeño rectángulo situado a la altura de los ojos, que ocultaba su mimetizada belleza, mientras su ajustado traje gris revelaba todas sus curvas femeninas.

En ese momento, no pensaba mucho en ello, pues en su actual misión lo más importante era no hacerse notar. Más de una vez había aceptado encargos donde le habían sido de gran utilidad sus miméticas artimañas femeninas, donde había utilizado la evidente debilidad del macho para acercarse a su objetivo.

Pero esas artimañas no servirían en esta misión, y lo sabía. Esta vez tenía que matar a una mujer, una senadora, y que estaba muy protegida por gente tan devota a su persona, tan protectora como lo sería un padre para con sus hijos. Se preguntó qué podía haber hecho esa mujer para provocar la ira de quienes la habían contratado.

O, al menos, empezó a preguntárselo, como se lo había empezado a preguntar muchas veces antes, desde que Jango la contrató para matarla. Pero la asesina profesional nunca permitía que sus pensamientos siguieran esos derroteros. No era asunto suyo. Ella ni pensaba valorar la moral de nadie, ni decidía cuál era el valor del encargo, ni si había alguna justicia o injusticia implícitas en él. Sólo era un instrumento, una máquina en muchos sentidos. Era una prolongación de quien la pagaba, y nada más.

Jango le había encargado matar a Amidala y ella mataría a Amidala, daría media vuelta y cobraría el precio prometido, para después ir a encargarse de otro trabajo. La cosa era así de limpia y sencilla.

Le resultaba difícil creer a Zam que la carga explosiva que consiguió ocultar en la plataforma de aterrizaje no hubiera hecho el trabajo, pero había aprendido la lección, y se había dado cuenta de que el punto débil de la senadora Amidala no era fácilmente discernible ni utilizable.

La metamorfa golpeó con el puño el techo del speeder. Odiaba que le hubieran obligado a recurrir a alguien externo, para conseguir una sonda droide que hiciera el trabajo que tanto le gustaba hacer en persona.

Pero los rumores apuntaban a que había varios Jedi vigilando a Amidala, y Zam tenía pocos deseos de enfrentarse a uno de esos fastidiosos fanáticos.

Miró al interior del speeder, a la máquina temporal de la consola, y asintió hoscamente. El trabajo debía estar ya hecho. Debían haber sido entregados los venenosos kouhun, y bastaba con un simple arañazo de su venenoso aguijón.

Zam se incorporó de pronto, sintiendo algo, una repentina sensación de incomodidad.

Oyó un grito, de sorpresa o de miedo, y miró a su alrededor, y sus ojos se desorbitaron a través del rectángulo recortado del casco. Contempló con asombro a su sonda droide, a su asesino programado, desplazándose por entre los altos edificios de Coruscant, ¡con un hombre vestido como un Jedi agarrado a él! Pero el miedo de Zam

disminuyó en seguida y su sonrisa se amplió al ver que el droide seguía su programación e iniciaba una maniobra defensiva. Chocó contra el costado de un edificio, casi quitándose al Jedi de encima, y cuando eso no tuvo resultado, volvió a la ruta de tráfico, situándose detrás de un speeder, justo sobre el tubo de escape del vehículo.

El Jedi se retorció y encogió, arreglándoselas de algún modo para mantenerse lejos del tubo de escape, por lo que el droide se desvió hacia un costado e inició una táctica diferente: volar bajo sobre la cima de un edificio.

Zam miraba con atención el espectáculo. Estaba realmente impresionada por la manera en que el Jedi se negaba a soltarse, y optaba por encoger las piernas lo bastante como para correr a lo largo del tejado cuando el droide planeó por encima de él. ¡Oh, era muy bueno!

La situación resultaba muy entretenida para la confiada cazadora de recompensas, pero todo tenía un límite.

Zam alargó la mano al interior del speeder y sacó de él un largo rifle láser, que se llevó al hombro con gesto casual. Realizó una serie de disparos y las explosiones se sucedieron alrededor del Jedi y el droide.

Apartó la cabeza del arma, asombrada al ver que el habilidoso hombre se las había arreglado para evitar los disparos, esquivándolos o, musitó, usando sus poderes de Jedi para desviarlos.

—Desvía esto —dijo, volviendo a alzar el rifle. Apuntó al pecho del Jedi, levantó un poco el cañón y apretó el gatillo.

La sonda droide explotó.

El Jedi cayó, desapareciendo de la vista.

Zam lanzó un suspiro y se encogió de hombros, diciéndose que el coste de la sonda droide bien había valido el espectáculo. Y con suerte también le habría valido un éxito. Si la senadora Amidala estaba muerta en su habitación, su coste sería algo muy pequeño al lado de la recompensa, pues ésta excedía cualquier cantidad que Zam hubiera podido esperarse cobrar.

Devolvió el rifle al speeder, y se metió dentro de él, despegando a continuación hacia las pistas de tráfico de Coruscant.

***

Obi-Wan gritó al caer… diez pisos… veinte. No había nada en sus habilidades de Jedi que pudiera salvarlo. Miró frenéticamente a su alrededor, pero no encontró nada, ni asideros, ni plataformas, ni toldos de gruesa y acolchada tela.

Nada. ¡Sólo quinientos pisos más hasta el suelo!

Intentó encontrar su sentimiento de calma, caer en la Fuerza y aceptar ese final al que no daba la bienvenida.

Y, entonces, un speeder descendió hasta ponerse a su lado y vio la sonrisa presumida de su indisciplinado padawan, y nunca en su vida fue Obi-Wan más feliz de ver algo.

—Los autoestopistas suelen esperar en las plataformas —le informó Anakin, acercándole el vehículo lo bastante como para que pudiera cogerse a él—. Pero es una idea novedosa. Atrae la atención de los vehículos que pasan.

Obi-Wan estaba demasiado ocupado agarrándose e intentando llegar al asiento del pasajero como para ofrecerle una réplica. Finalmente, consiguió sentarse.

—Casi te pierdo —comentó el padawan.

—No me digas. ¿Por qué has tardado tanto?

Anakin se recostó en el asiento, posando el brazo izquierdo en la puerta del vehículo descapotable y asumiendo una postura casual.

—Oh, verá, Maestro —dijo impertinente—. Es que no conseguía encontrar un speeder que me gustase. Uno con la cabina abierta, claro, y con la velocidad necesaria para dar alcance al droide. Y después tuve que encontrar uno del color adecuado…

—¡Allí! —gritó Obi-Wan, señalando al speeder que cada vez estaba más cerca, reconociéndolo como aquel que estaba junto a quien le había disparado. Volaba por encima de ellos, y Anakin tiró del volante y la palanca para iniciar su persecución.

Una mano sosteniendo un láser salió casi de inmediato de la ventana abierta del speeder perseguido, dirigiéndoles una serie de disparos.

—¡Si emplearas tanto tiempo en mejorar tu dominio del sable como el que empleas en tu ingenio, joven padawan, serías mejor espadachín que el Maestro Yoda! —dijo Obi-Wan, y se agachó mientras se veía sacudido por los giros evasivos que efectuaba su aprendiz.

—Creía que eso ya lo había hecho.

—Sólo en tu mente, joven padawan —respondió el Maestro Jedi, antes de lanzar un pequeño grito y agacharse por instinto mientras Anakin entraba y salía del tráfico, esquivando en poco espacio a varios vehículos—. ¡Cuidado! ¡Despacio! ¡Sabes que no me gusta que hagas esto!

—Perdona, olvidé que no te gusta volar, Maestro —repuso el aprendiz, alzando la voz cuando descendió de golpe para esquivar otro disparo láser de la tenaz cazarrecompensas.

—No me molesta volar. ¡Pero lo que tú haces es suicida!

Sus palabras se quedaron casi bloqueadas en su garganta, en la boca de su estómago, cuando Anakin giró bruscamente a la derecha, descendiendo bruscamente, acelerando y torciendo a la izquierda al tiempo que levantaba el morro, atravesando en uno y otro sentido la ruta de tráfico para volver a situarse detrás de su presa, mientras ésta les lanzaba otra andanada de disparos láser.

Entonces, la cazadora de recompensas se desplazó de pronto a un costado, y los dos Jedi miraron boquiabiertos, ahogados sus gritos por un tren transbordador que cruzaba justo delante de ellos.

Obi-Wan volvió a saborear la bilis, pero el padawan se las ingenió para evitar el tren de algún modo y esquivarlo saliendo al otro lado. El Maestro Jedi miró a su aprendiz, que había asumido una pose casual, controlada.

—Maestro, ya sabes que vuelo desde antes de poder andar —dijo éste con una sonrisa traviesa—. Soy muy bueno en esto.

—Pues aminora —le indicó Obi-Wan en un tono que indicaba que el digno Caballero Jedi estaba a punto de vomitar.

Anakin lo ignoró, continuando la persecución hasta una hilera de transportes gigantes. Siguieron volando en uno y otro sentido, atajando a través del tráfico, por encima, por debajo y alrededor de los edificios, sin perder nunca de vista a su presa. El joven Jedi inclinó al máximo su vehículo, rozando el costado de un edificio.

—No puede escapar —presumió el padawan—. Está desesperado.

—Estupendo —respondió su Maestro con sequedad—. Oh, espera. ¡No te metas por ahí! —añadió cuando el speeder que tenían delante se metió en el túnel de un transporte.

Pero Anakin entró en el interior, para salir un instante después, perseguido por un enorme tren, con Obi-Wan gritando casi con tanta fuerza como la sirena del transporte.

—¡Sabes que no me gusta que hagas eso!

—Perdona, Maestro —respondió el aprendiz poco convincente—. No te preocupes. Ese tipo se matará en cualquier momento.

—¡Pues que lo haga él solo!

Observaron que la asesina volvía al tráfico, metiéndose en dirección contraria por una ruta congestionada.

Anakin fue tras ella.

Los dos vehículos zigzaguearon salvaje y frenéticamente, brotando ocasionales disparos láser del que iba en vanguardia. Y entonces, de pronto, éste aceleró, elevó el morro y trazó un bucle que lo situó tras los dos Jedi.

—Una buena maniobra —la felicitó Anakin—. Pero yo también tengo una —repuso, pisando los frenos y conectando los retrocohetes, con lo que el speeder de la asesina brilló al pasar junto a ellos, quedándose a su altura.

Y la asesina disparó a quemarropa contra Obi-Wan.

—¿Qué estás haciendo? ¡Va a destrozarme!

—Es verdad —concedió Anakin, moviéndose frenéticamente para maniobrar y apartarse—. Esto no marcha.

—Eres muy amable al notarlo —repuso Obi-Wan, agachándose y tambaleándose cuando su aprendiz hizo descender el vehículo bajo el de la asesina.

—Aquí abajo no podrá dispararnos —se felicitó el padawan, pero su sonrisa sólo duró la fracción de segundo que necesitó su contrincante para darse cuenta de su táctica. La asesina escoró para salir de la ruta de tráfico y se dirigió hacia un edificio en un ángulo tan pronunciado que rozó ligeramente el borde del tejado.

Obi-Wan empezó a gritar el nombre de Anakin, pero la palabra sonó como «Anananana». Pero el padawan no perdió el control y aminoró la marcha, elevando el morro del vehículo justo por encima del borde del tejado.

Otro obstáculo apareció casi de inmediato, una gran nave que se movía lentamente en su dirección y a baja altura.

—¡Está aterrizando! —gritó Obi-Wan, y al ver que su padawan no respondía de inmediato, añadió desesperado—: ¡Sobre nosotros!

Resonó como «¡Sobre nosotroooooooos!», pues Anakin ya ladeaba el speeder para doblar una esquina, llevándose un asta de bandera, y arrancándole la tela.

—Quita eso —dijo el aparentemente inmutable padawan, señalando con la cabeza a la bandera rota, que se había enganchado en una de las troneras de ventilación delantera.

—¿Qué?

—¡Quita la bandera! ¡Perdemos potencia! ¡Deprisa!

Quejándose entre dientes a cada movimiento, Obi-Wan salió arrastrándose de la cabina y se acercó tembloroso al motor delantero. Se inclinó y liberó la bandera, y el speeder se tambaleó hacia adelante, casi arrancándolo de donde estaba agarrado.

—¡No hagas eso! —gritó—. ¡No me gusta que hagas eso!

—Lo siento mucho, Maestro.

—Se dirige a esa refinería energética —dijo Obi-Wan—. Pero tranquilo, con calma. Esas conexiones energéticas son peligrosas.

Anakin pasó a toda velocidad junto a una de ellas, y un enorme arco eléctrico hizo que el aire chisporroteara a su alrededor.

—¡Aminora! —ordenó Obi-Wan—. ¡Frena! ¡No vayas por ahí!

Pero Anakin hizo precisamente eso, inclinándose a izquierda, derecha, izquierda.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Lo siento, Maestro!

Más arcos eléctricos chasquearon a su alrededor. Derecha, izquierda, derecha otra vez, arriba y por encima, abajo y alrededor, y de alguna manera, increíblemente, estuvieron al otro lado.

—Oh, eso ha estado bien —admitió Obi-Wan.

—Ha sido una locura —le corrigió el alterado Anakin.

El Jedi de mayor edad le miró, reconociendo el color verdoso que invadía de pronto el rostro del padawan, y se llevó las manos a la cabeza emitiendo un gemido.

—¡Ya le tengo! —anunció Anakin. La asesina deslizaba su vehículo rodeando una esquina que había entre dos edificios situados ante ellos.

Fueron tras ella, rodeando también la esquina, para descubrir al vehículo que perseguían parado y bloqueando el paso, con la asesina apoyada en la puerta, apuntándoles con el rifle láser.

—Ah, rayos —remarcó el padawan.

—¡Para! —le dijo Obi-Wan, y los dos se agacharon cuando les llegaron los disparos.

—¡No, podremos conseguirlo! —insistió Anakin, apretando a fondo.

Hundió el speeder bajo el de la asesina, esquivándolo por poco, y ascendiendo a continuación, colándose por una pequeña abertura del edificio. Pero el lugar estaba lleno de tuberías, y ni la pericia al volante conseguiría que el vehículo pasara entero a través de ellas. Rebotaron de lado, volcaron, evitaron por poco una grúa gigante y acortaron varios postes. Los daños provocaron una gigantesca bola de fuego que estuvo a punto de

inmolarlos y, en el giro descontrolado que vino a continuación, volvieron a rebotar contra otro edificio antes de parar definitivamente.

Anakin hizo una mueca, esperando toda una retahíla de maldiciones dirigidas contra su persona, pero cuando por fin miró a Obi-Wan, vio que éste miraba fijamente al frente, con los ojos muy abiertos, sin pestañear, y diciendo una y otra vez:

—Estoy loco, estoy loco, estoy loco…

—Pero ha funcionado —se atrevió a decir Anakin—. Lo conseguimos.

—¡No ha funcionado! ¡Estamos atascados! ¡Y casi haces que nos maten!

El padawan se miró las manos y el cuerpo, y flexionó los dedos.

—¡Creo que todavía seguimos con vida! —dijo sonriendo, intentando aplacar al enfurecido Maestro, pero éste parecía a punto de explotar.

—¡Fue una estupidez! —rugió.

Anakin volvió nuevamente a los controles, intentando poner en marcha el speeder.

—Pude haberlo conseguido —protestó débilmente. Su expresión de confianza se acentuó cuando el motor rugió volviendo a la vida.

—¡Pero no lo conseguiste! ¡Y ahora lo hemos perdido!

Apenas dijo Obi-Wan esto, cuando una andanada de disparos láser llovió a su alrededor, provocando explosiones que les agitaron de un lado a otro. Los dos hombres miraron hacia arriba para ver alejarse a la asesina.

—No, no lo hemos perdido —dijo un sonriente Anakin, arrancando el speeder con un empujón violento y repentino que los arrojó de vuelta a sus asientos.

Consiguieron cruzar la zona de humo y destrozos con el vehículo medio incendiado. El Maestro Jedi apagó las llamas del panel de control.

Volvieron a seguir a la asesina hasta las principales pistas de tráfico, esquivando y sorteando a los demás aerocoches. Encima de ellos, la mujer torció a la izquierda, metiéndose entre dos edificios, y Anakin reaccionó ascendiendo en línea recta.

—¿A dónde vas? —preguntó un perplejo Obi-Wan—. Ha bajado por allí, hacia el otro lado.

—Esto es un atajo. Creo.

—¿Cómo que «crees»? ¿Qué clase de atajo? ¡Pero si ha ido en dirección contraria! ¡Lo has perdido!

—Maestro, si mantenemos la persecución a este ritmo, ese gusano acabará por matarse. Personalmente, prefiero descubrir quién es, y para quién trabaja.

—Oh —replicó Obi-Wan, con un tono de voz que rebosaba sarcasmo—. Y por eso vamos en dirección contraria.

El padawan continuó ascendiendo, antes de torcer y estacionarse flotando a unos cincuenta pisos de altura.

—Ya lo has perdido.

—Lo siento mucho, Maestro —replicó Anakin. Otra vez sonaba poco convincente, como si sólo dijera lo que tenía que decir para que no siguiera reprendiéndole. El Maestro

Jedi le miró con dureza, dispuesto a reprochárselo, cuando notó que su aprendiz, que parecía sumido en profunda concentración, contaba en voz baja.

—Discúlpame un momento —dijo el padawan. Se levantó y, para completa sorpresa de Obi-Wan, saltó del vehículo.

Obi-Wan se inclinó sobre el borde y miró hacia abajo, viendo cómo Anakin caía unos cinco pisos, antes de aterrizar en el techo de un speeder muy familiar que en ese momento pasaba bajo ellos.

—Le odio cuando hace eso —murmuró Obi-Wan incrédulo, meneando la cabeza.

***

Zam Wesell viajaba rozando los edificios, manteniéndose al lado de las principales pistas de tráfico. No sabía si la sonda droide habría completado su misión con éxito, pero en ese momento se sentía muy bien por haber superado a los dos Jedi.

De pronto, su speeder se tambaleó por un impacto repentino. Al principio pensó que había sido alcanzado por un láser, pero entonces, tras buscar los posibles daños, se dio cuenta de cuál había sido el proyectil y que, de algún modo, había aterrizado en su techo.

Zam dio marcha atrás, antes de acelerar al máximo, lanzando al vehículo hacia adelante. La fuerza de la repentina aceleración casi arroja a Anakin del aerocoche, haciéndole resbalar sobre la carrocería, pero él se aferró tenaz a la parte de atrás y, para desesperación de Zam, incluso empezó a arrastrarse hacia la cabina.

La cazarrecompensas pisó el freno con una sonrisa burlona, y Anakin cayó rebotando hacia adelante.

Pero el tenaz Jedi se agarró a uno de los tridentes gemelos de la parte delantera del vehículo, quedándose otra vez colgado de él.

Zam aceleró y buscó la pistola láser, lanzando una serie de disparos en dirección a Anakin. Pero el ángulo de tiro no era el más apropiado y no consiguió darle con ninguno. Y ahí volvía a estar, trepando tenazmente hacia el techo del vehículo, pese a todas las maniobras evasivas. Su forma clawdita volvió a ella, repentina y rápidamente, cuando perdió la concentración, pero se recuperó en seguida.

Maldijo entre dientes y volvió a meterse en el tráfico, intentando trazar algún plan para librarse del insistente Jedi. Volvió a sus maniobras evasivas, esquivando a otros aerocoches, pensando que si se acercaba mucho a ellos podría conseguir que los tubos de escape acabaran con el loco que llevaba agarrado a la capota.

Ya casi estaba decidida a hacer eso cuando, de pronto, una brillante hoja de energía azul cortó el techo de su speeder y pasó junto a ella. Alzó la mirada para ver al tenaz Jedi abriéndose paso por el techo.

Giró bruscamente y le disparó una y otra vez. Por fin, vio aliviada cómo un disparo le hacía perder el sable láser de la mano, aunque no supo decir si le había arrancado la mano junto al arma.

***

Obi-Wan consiguió localizar finalmente el speeder de Zam, con Anakin agarrado a él, cuando el sable láser cayó de la mano del padawan.

El Maestro Jedi negó con la cabeza y dirigió su vehículo hacia abajo en ruta de intercepción.

***

Anakin metió la mano por el agujero del techo y Zam levantó el láser en su dirección. Él no intentó cogerla, limitándose a mantener la mano extendida, y una fuerza invisible arrancó el arma de la mano de la mujer antes de que ésta pudiera disparar, depositándola en poder del Jedi.

—¡No! —aulló la cazarrecompensas, con la boca abierta por la sorpresa. Se levantó de su asiento, soltando los controles del vehículo para coger la pistola con ambas manos. Forcejearon por el arma, mientras el vehículo se desviaba a derecha e izquierda, y la pistola se disparó, sin dar a ninguno, pero abriendo un agujero en el suelo de la nave, y cortando de paso varios cables de control.

El speeder cabeceó descontrolado, y Zam volvió desesperada a los controles, pero fue inútil. El vehículo cayó, y girando, ladeándose boca abajo. Sus dos pasajeros gritaron, agarrándose donde podían para salvar la vida, mientras caían hacia la calle trazando una espiral.

Por fin, Zam recuperó mínimamente el control en el último segundo posible, lo suficiente como para convertir el inminente choque en un deslizamiento por el suelo que hizo saltar chispas en aquella zona miserable de las profundidades de Coruscant.

El speeder rebotó hasta ponerse de lado y chocar, deteniéndose, arrojando a Anakin por encima del techo y haciéndole recorrer la calle un largo trecho. Cuando por fin se detuvo, pudo ver que la asesina saltaba del vehículo y corría calle abajo, así que volvió a ponerse en pie y empezó a seguirla.

Al pisar un sucio charco, se dio cuenta de la dura realidad que lo rodeaba. Estaba en los bajos fondos, en las malolientes y sucias calles de Coruscant. Aminoró el paso, ya que de todos modos no veía a la asesina, y miró con curiosidad a su alrededor, notando la presencia de muchos mendigos, la mayoría no humanos y pertenecientes a muy variadas especies. El padawan encogió la nariz sorprendido e incrédulo al ver tantos seres mendigando por la calle.

Pero se quitó rápidamente eso de la cabeza, recordando el motivo de su presencia allí, así como la seguridad que necesitaba Padmé. Acicateado por imágenes de la hermosa senadora de Naboo, el joven Jedi echó a correr por la estropeada acera, viendo a la asesina desplazarse entre una multitud de rufianes. Fue tras ella, empujando y apartando a la gente, pero ganando poco terreno. La localizó en el último segundo, antes de que desapareciese por una puerta.

Anakin se abrió paso a empujones y, finalmente, alzó la mirada para ver el brillo del letrero del establecimiento que indicaba que era un club de juego. Se dirigió impertérrito hacia la puerta, deteniéndose cuando oyó a Obi-Wan llamándole.

Un speeder amarillo que le era familiar descendió hasta pararse a un lado de la calle.

—¡Anakin! —dijo Obi-Wan, caminando hacia el joven Jedi, sosteniendo en la mano el caído sable láser de su discípulo.

—Ella entró en ese club, Maestro.

Obi-Wan movió las manos en el aire para calmar al padawan, sin notar el uso del pronombre femenino.

—Paciencia —dijo—. Emplea la Fuerza, Anakin. Piensa.

—Perdona, Maestro.

—Entró ahí para esconderse, no para huir —razonó Obi-Wan.

—Sí, Maestro.

Obi-Wan entregó el sable láser a su aprendiz.

—La próxima vez procura no perderlo.

—Lo siento, Maestro.

Obi-Wan apartó la preciada arma cuando Anakin alargó la mano para cogerla, y respondió con una mirada dirigida al joven padawan.

—El sable láser de un Jedi es su posesión más preciada.

—Sí, Maestro.

Anakin volvió a intentar coger el sable láser, y otra vez lo apartó Obi-Wan, sin dejar que su aprendiz escapara a su mirada escrutadora.

—Debe llevarla consigo constantemente.

—Lo sé, Maestro —replicó Anakin, con un tono en el que asomaba cierta exasperación.

—Esta arma es tu vida.

—He oído antes esa lección.

Obi-Wan volvió a retenerlo, apartando por fin su terrible mirada y dejando que Anakin cogiera el arma y volviera a colgársela del cinto.

—Pero no la has aprendido, Anakin —dijo el Maestro Jedi, dándose la vuelta.

—Lo intento, Maestro.

Obi-Wan reconoció que había sinceridad en su voz, y quizá algo de pesar, y eso le recordó las difíciles circunstancias en que Anakin había entrado en la Orden. Era demasiado mayor, tenía casi diez años de edad, y el Maestro Qui-Gon le hizo entrar sin permiso, sin la bendición del Consejo Jedi. El Maestro Yoda había visto un peligro potencial en el joven Anakin Skywalker. Nunca habían encontrado a nadie que fuera más poderoso en la Fuerza como él, en términos de puro potencial. Pero la Orden Jedi solía requerir un entrenamiento desde la edad más temprana posible. La Fuerza era una herramienta demasiado poderosa. Pero no, no era una herramienta, y en eso radicaba el problema. Un Jedi poco sabio podía llegar a considerar a la Fuerza como una herramienta, un medio para alcanzar sus propios fines. Pero un verdadero Jedi

comprendía que la Fuerza era un compañero en un viaje conjunto, en un sendero común para alcanzar la verdadera armonía y comprensión.

Al morir Qui-Gon a manos de un Lord Sith, el Consejo Jedi recapacitó en su decisión sobre el joven Anakin, y permitió que su entrenamiento se llevase a cabo, y Obi-Wan cumplió la promesa que había hecho a Qui-Gon de tomar bajo su tutela a ese joven de tanto talento. El Consejo había dudado al respecto, y era evidente que no estaba muy satisfecho. Yoda pareció casi resignado a ello, como si fuese un camino que no podía rechazarse, en vez de uno que habría recorrido impaciente y dispuesto. Se rumoreaba que Anakin era el Elegido, el que traería el equilibrio a la Fuerza.

Obi-Wan no estaba seguro de lo que significaba eso, y le inquietaba. Miró a Anakin, que esperaba paciente a su lado, adecuadamente alicaído tras la reprobación, y se consoló en esa imagen, en ese joven increíblemente afectivo, algo terco y evidentemente imprudente.

Ocultó una sonrisa sólo porque no serviría de nada que Anakin se creyera tan fácilmente perdonado por sus precipitados actos y la pérdida de su arma.

Tuvo que disimular la risa como si fuera tos. Después de todo, ¿no había sido él quien había saltado por una ventana a cien pisos de altura?

El Maestro Jedi entró el primero en el club de juego. Alienígenas y humanos se mezclaban en el humeante aire, tomando bebidas de todos los colores y fumando en pipas llenas de plantas exóticas. Muchas de las túnicas evidenciaban bultos que recordaban armas, y al mirar a su alrededor, los dos Jedi comprendieron que todos los presentes eran amenazas potenciales.

—¿Por qué pensaré que acabarás siendo mi muerte? —comentó Obi-Wan por encima del ruido.

—No digas eso, Maestro —replicó Anakin con toda seriedad, y la intensidad de su tono sorprendió a Obi-Wan—. Eres lo más parecido que tengo a un padre. Te respeto, y no quiero causarte daño alguno.

—¿Por qué, entonces, no me haces caso?

—Lo haré —dijo Anakin vehemente—. Mejoraré. Lo prometo.

Obi-Wan asintió y miró a su alrededor.

—¿Le ves?

—Creo que es una mujer.

—Entonces, ten más cuidado aún —repuso su Maestro con un bufido.

—Y creo que es una metamorfa.

—Ve a buscarla —dijo Obi-Wan, moviendo la cabeza hacia la gente que tenía delante, para después ir en dirección contraria.

—¿A dónde vas, Maestro?

—A beber algo.

Anakin parpadeó sorprendido al ver que su Maestro se dirigía a la barra. Quiso ir tras él, para preguntarle algo más, pero recordó la reprimenda que acababa de recibir y su promesa de hacerlo mejor, de obedecer a su Maestro. Se volvió y empezó a moverse

entre la multitud, intentando conservar la calma ante la oleada de caras que lo miraban, la mayoría con evidente sospecha, algunas de forma claramente hostil.

Obi-Wan le observó unos momentos por el rabillo del ojo, desde la barra. Hizo una seña al barman y contempló cómo ponían un vaso ante él, y lo llenaban de un líquido ambarino.

—¿Quieres comprar píldoras letales? —dijo una voz gutural a su lado.

Obi-Wan ni se molestó en volverse para mirar a quien hablaba, que lucía una espesa mata de cabello negro, del que sobresalían dos antenas como si fueran cuernos rizados.

—Nadie tiene píldoras letales mejores que las de Elan Sleazebaggano —añadió el rufián con una sonrisa completamente malévola.

—Tú no quieres venderme píldoras letales —dijo el Jedi con frialdad, agitando ligeramente los dedos, haciendo que la Fuerza envolviera su voz.

—Yo no quiero venderte píldoras letales —repitió obediente Elan Sleazebaggano.

El Jedi volvió a mover los dedos.

—Quieres irte a casa y replantearte tu vida.

—Quiero irme a casa y replantearme mi vida —aceptó rápidamente Elan, dando media vuelta y alejándose.

Obi-Wan vació su vaso y pidió al barman que volviera a llenarlo.

Anakin continuaba buscando entre la multitud, a corta distancia de él. Le parecía que algo no marchaba bien, pero, ¿qué otra cosa podía esperarse en un lugar tan miserable? Aun así, una sensación le carcomía, una maldad que parecía estar por encima de lo que podía esperarse encontrar en ese sitio.

No llegó a ver cómo se desenfundaba la pistola láser, ni vio cómo se alzaba apuntando a la aparentemente desprevenida espalda de Obi-Wan.

Pero sintió…

Anakin se giró al mismo tiempo que Obi-Wan, para ver cómo su Maestro se volvía, encendiendo su sable láser, en un hermoso y elegante giro, perfectamente equilibrado. Le pareció que se movía a cámara lenta, aunque, por supuesto, se movía con una velocidad y una precisión letales cuando la hoja del láser, azul como la de Anakin, trazó un movimiento vertical, seguido de un segundo. La presunta asesina, pues al no llevar el casco podía verse con claridad que era una mujer, chilló de dolor cuando su mano, aferrando todavía el láser, cayó al suelo cortada a la altura del codo.

Todo el local se puso en movimiento, y Anakin corrió junto a su Maestro, mientras los clientes del club se sobresaltaban a su alrededor, llenos de nervioso ímpetu.

—¡Calma! —dijo en voz alta Anakin, levantando las manos en el aire, imbuyendo su voz con el poder de la Fuerza—. Es un asunto oficial. Sigan bebiendo.

Despacio, muy despacio, el club recuperó su atmósfera habitual, y las conversaciones se reanudaron. Pareciendo poco preocupado, Obi-Wan se acercó a Anakin para ayudarle, y entre los dos sacaron fuera a la asesina.

La depositaron suavemente en el suelo, y ella empezó a despertarse cuando Obi-Wan le examinaba el brazo herido.

Ella gruñó con ferocidad e hizo una mueca de dolor, mirando con odio todo el tiempo a los dos Jedi.

—¿Sabes a quién intentabas matar? —le preguntó Obi-Wan.

—A la senadora de Naboo —dijo Zam Wesell, como si eso no tuviera importancia.

—¿Quién te contrató?

Se limitó a mirarle en respuesta.

—Sólo era un trabajo.

—¡Dínoslo! —exigió Anakin, dando un paso amenazador hacia ella. La cazarrecompensas ni siquiera parpadeó.

—La senadora acabará muriendo de todos modos. Esto no se acaba conmigo. Con lo que pagan por ella, los cazarrecompensas harán cola para encargarse del trabajo. Y el próximo no cometerá el mismo error que yo.

Por muy dura que fuera, no pudo evitar gemir con un gruñido.

—Esta herida necesitará más cuidados de los que yo puedo proporcionarle aquí —explicó preocupado Obi-Wan a Anakin, pero si al joven le importaba eso algo, no lo demostraba.

—¿Quién te contrató? —volvió a preguntar, y continuó hablando, envolviendo todo el peso de la Fuerza en su pregunta, con una potencia que sorprendió a Obi-Wan, ya que provenía de más allá de la prudencia o la dedicación a su actual misión—. Dínoslo. ¡Dilo ahora!

La cazarrecompensas continuó mirándole, pero sus labios se movieron y empezó a responder.

—Fue un cazador de recompensas llamado…

Oyeron un soplido en lo alto y la cazarrecompensas se retorció y jadeó, expirando. Sus rasgos humanos se contorsionaron grotescamente para volver a la abultada forma de su auténtica naturaleza clawdita.

Anakin y Obi-Wan apartaron los ojos de esa imagen para mirar hacia arriba, mientras oían el rugido de un aerocohete, que portaba un hombre con armadura, al elevarse en la noche de Coruscant y desaparecer en el cielo.

Obi-Wan volvió a mirar a la criatura muerta, y le cogió algo del cuello, sosteniéndolo para que Anakin lo viera.

—Un dardo tóxico.

Anakin lanzó un suspiro y apartó la mirada. Habían frustrado esta agresión y matado a este asesino.

Pero resultaba evidente que la senadora Amidala, que Padmé, aún corría grave peligro.

Capítulo 9

Anakin guardaba silencio en la cámara del Consejo Jedi, rodeado por los Maestros de la Orden. A su lado estaba Obi-Wan, su Maestro, pero no uno de los Maestros. Al igual que la mayoría de los diez mil Jedi que existían, Obi-Wan era un Caballero, pero los pocos selectos que se sentaban en esa sala eran Maestros, los miembros de posición más elevada dentro de la Orden. Anakin nunca se había sentido cómodo en tan estimable compañía. Sabía que más de la mitad de los Maestros Jedi allí sentados habían expresado serias dudas sobre su ingreso en la Orden, a la avanzada edad de diez años. Sabía que algunos de ellos seguían teniendo esas dudas, por mucho que Yoda hubiera decidido la votación, permitiéndole aprender bajo la tutela de Obi-Wan.

—A ese cazador de recompensas encontrar debes, Obi-Wan —dijo el Maestro Yoda, mientras los demás se pasaban unos a otros el dardo tóxico.

—Y, lo que es más importante, descubrir para quién trabaja —añadió Mace Windu.

—¿Qué sucederá con la senadora Amidala? —preguntó Obi-Wan—. Necesitará protección.

Anakin, anticipándose a lo que podría decirse a continuación, se irguió cuando Yoda posó en él la mirada.

—Esa labor de tu padawan será.

Anakin sintió que el corazón le daba un brinco en el pecho al oír la declaración de Yoda, tanto por la confianza que obviamente se depositaba en él, como por ser una misión con la que sabía que disfrutaría.

—Anakin, escolta a la senadora de vuelta a su planeta natal de Naboo —añadió Mace—. Allí estará más a salvo. Y no uséis un transporte registrado. Viajad como refugiados.

Anakin asintió mientras se le explicaba la misión, pero enseguida supo que su cumplimiento entrañaría unos cuantos obstáculos.

—Como líder de la oposición al Acta de Creación Militar, será muy difícil convencer a la senadora Amidala para que deje la capital.

—Hasta que ese asesino cogido sea, nuestro juicio deberá respetar —replicó Yoda.

—Pero sé lo mucho que le importa esa votación, Maestro —replico Anakin, asintiendo—. Le importa más ganar esa votación que…

—Anakin —le interrumpió Mace—, acude al Senado y pide al Canciller Palpatine que hable con ella.

El tono de su voz dejaba muy claro que ya habían dedicado tiempo suficiente a ese tema. El Caballero Jedi y su padawan tenían sus misiones, y Yoda les hizo salir con un asentimiento de la cabeza.

Anakin empezó a decir algo más, pero Obi-Wan le cogió del brazo casi de inmediato, y lo guió fuera de la sala.

—Yo sólo iba a explicar lo mucho que le importa a Padmé esa votación —dijo Anakin una vez salieron los dos.

—Dejaste muy claros cuáles eran los sentimientos de la senadora Amidala. Por eso, el Maestro Windu te pidió que hicieras intervenir al Canciller.

Los dos caminaron pasillo abajo, Anakin conteniendo cualquier pregunta que acudía a sus labios.

—El Consejo Jedi lo comprende, Anakin —remarcó Obi-Wan.

—Sí, Maestro.

—Debes confiar en ellos, Anakin.

—Sí, Maestro.

Su respuesta fue automática. Su mente ya había dejado atrás ese tema. Sabía que no sería fácil convencer a Padmé para que dejara el planeta antes de la votación, pero la verdad es que eso apenas le importaba. Lo importante era que estaría a su lado, velando por ella. Con Obi-Wan buscando al cazador de recompensas, Padmé sería su única responsabilidad, y eso no era poco importante para Anakin.

¡Para nada!

***

Anakin no se sentía nervioso en el despacho del Canciller Palpatine. Desde luego, comprendía el poder del hombre, y desde luego respetaba su cargo, pero, por algún motivo, el joven padawan se sentía muy cómodo con él, como si estuviera con un amigo. No había pasado mucho tiempo con Palpatine, pero en las pocas ocasiones que habían hablado en privado, siempre se había sentido como si el Canciller se interesara de verdad por él. En cierta forma, Anakin sentía como si Palpatine fuera una especie de mentor adicional, no tan directo como Obi-Wan, por supuesto, pero sí alguien que le ofrecía sólidos e importantes consejos.

Y lo que era más importante, siempre se había sentido bienvenido en ese despacho.

—Hablaré con ella —repuso Palpatine, a la petición de que hablase con Padmé para que dejara Coruscant por la relativa seguridad de Naboo—. La senadora Amidala no se opondrá a una orden ejecutiva. La conozco lo bastante bien como para garantizar eso.

—Gracias, Excelencia.

—Bueno, mi joven padawan, por fin te han encomendado una misión —dijo el Canciller con una sonrisa cálida y amplia, tal y como un padre hablaría con su hijo—. Tu paciencia ha dado frutos.

—Su guía más que mi paciencia —replicó Anakin—. Dudo que mi paciencia lo hubiera soportado de no ser porque usted insistía en que mis Maestros Jedi me observaban de cerca y que no tardarían mucho en confiarme tareas importantes.

—Tú no necesitas guía, Anakin —repuso Palpatine asintiendo sonriente—. Con el tiempo aprenderás a confiar en tus sensaciones. Y entonces serás invencible. Lo he dicho muchas veces, eres el Jedi más dotado que he conocido nunca.

—Gracias, Excelencia —replicó Anakin serenamente, aunque la realidad era que debía refrenarse conscientemente para no echarse a temblar.

Oír un cumplido así de alguien que lo comprendía, como lo había comprendido su madre, era muy diferente a oírlo de Palpatine, Canciller Supremo de la República. Éste era un hombre de gran sabiduría, posiblemente el más sabio de la galaxia. No era un subordinado de Yoda o de Mace Windu. Se daba cuenta de que un hombre como Palpatine no haría un cumplido semejante si no creyera en él.

—Te veo convertido en el más grande de todos los Jedi, Anakin —continuó Palpatine—. Y siendo más poderoso aún que el Maestro Yoda.

Anakin esperó que no le flaqueasen las piernas. Apenas podía creer esas palabras, aunque una parte de él sí que las creía. En su interior sentía un poder superior, un poder que estaba más allá de los límites que los Jedi parecían querer imponerle a él, o a sí mismos. Anakin sentía eso con claridad. Sabía que Obi-Wan no lo comprendía, y ésa era la mayor frustración que tenía con su Maestro. En su opinión, el Maestro le sujetaba demasiado.

No tenía ni idea de cómo responder a los continuos cumplidos de Palpatine, así que se quedó allí inmóvil, en el centro del despacho, sonriendo tímidamente, mientras el Canciller se paraba ante el ventanal y contemplaba las interminables rutas de tráfico en Coruscant.

Al cabo de varios instantes, Anakin hizo acopio de su valor para moverse, andando hacia el ventanal para colocarse junto al Canciller Supremo, siguiendo su mirada perdida en el tráfico.

***

—Estoy preocupado por mi padawan —le dijo Obi-Wan a Yoda y a Mace Windu mientras los tres caminaban por los pasillos del Templo Jedi—. No está listo para que se le asigne una misión en solitario.

—De su decisión el Consejo seguro está, Obi-Wan —dijo Yoda.

—El muchacho tiene dones excepcionales —se manifestó de acuerdo Mace.

—Pero sigue teniendo mucho que aprender, Maestro —explicó Obi-Wan—. Esos dones le han hecho… bueno, arrogante.

—Sí, sí —aceptó Yoda—. Cada vez más común entre los Jedi, ese defecto es. Demasiado seguros de sí mismos están. Hasta los Jedi más antiguos y más experimentados.

Obi-Wan meditó en esas palabras, asintiendo con la cabeza. Desde luego eran ciertas, y las condiciones actuales de los Jedi resultaban preocupantes en aquellos tiempos de creciente tensión, habiendo tantos lejos de Coruscant. Y, ¿acaso la arrogancia no había jugado un importante papel en la decisión del Conde Dooku de abandonar la Orden, y la República?

—Recuerda, Obi-Wan —recalcó Mace—. Si la profecía es cierta, tu aprendiz es el único que puede devolver el equilibrio a la Fuerza.

¿Cómo iba a olvidar Obi-Wan ese pequeño detalle? Qui-Gon había sido el primero en notarlo, el primero en predecir que sería Anakin quien hiciera realidad la profecía. Lo que ni Qui-Gon ni nadie había podido explicar era qué significaba exactamente eso de llevar el equilibrio a la Fuerza.

—Siempre que siga el camino adecuado —le dijo el Caballero Jedi a los dos Maestros, y ninguno de ellos le corrigió.

—De tus propios deberes, ocuparte debes —le recordó Yoda, haciendo que la mente de Obi-Wan se apartara de sus preocupaciones—. Cuando el misterio de la asesina resuelto sea, quizá otros enigmas aclarados estén.

—Sí, Maestro —replicó Obi-Wan, y alzó a la altura de sus ojos el pequeño dardo que había cogido de la clawdita muerta.

***

Shmi Skywalker Lars bajó con manos delicadas la lisa cubierta dorada sobre el delgado droide, colocándola en su sitio. Sonrió a C-3PO y, aunque el rostro del droide no podía sonreír, sabía que él estaba complacido a su curioso modo de droide. Se había quejado muchas veces de que la arena se le metía entre los circuitos, mellándole las fundas de silicio, e incluso abriéndose paso entre ellas y provocándole calambrazos algunas ocasiones. Y ahora Shmi se ocupaba de ese problema, terminando lo que Anakin había empezado al construir el droide.

—¿Ya? —consiguió preguntar en voz alta, con los labios hinchados por la sangre seca. No, se daba cuenta de que no era ya. Habían pasado muchos días desde que cubrió a C-3PO. ¿O habían sido semanas? ¿Quizá años? Los mismos que hacía que Cliegg la llevó a su granja de humedad. Sí, en el garaje había cubiertas de repuesto, situadas contra la pared, junto a una vieja mesa de trabajo.

Lo recordaba con mucha claridad, pero no tenía ni idea de cuándo había sido eso.

Y ahora… ahora estaba en alguna parte.

No podía abrir los ojos para mirar a su alrededor: en este momento carecía de fuerzas para hacerlo, y la sangre que los cubría se había secado, volviendo doloroso cualquier parpadeo.

Le pareció curioso que los párpados fueran el único lugar de su cuerpo donde sentía auténtico dolor. Creía que estaba herida.

Creía que…

Shmi oyó algo detrás de ella. ¿Pisadas sigilosas? Seguidas de unos murmullos. Sí, siempre estaban murmurando.

Sus pensamientos subieron a C-3PO, al pobre C-3PO, que seguía necesitando que le cubrieran los castigados brazos. *Levantó con suavidad* la cubierta…

Oyó un chasquido cortante, o sabía que era cortante porque lo oía muy lejos, y sintió un roce en la espalda.

En su espalda ya no le quedaban nervios que sintieran con más intensidad la mordedura del látigo.

Capítulo 10

Anakin Skywalker y Jar Jar Binks estaban parados ante la puerta que separaba el dormitorio de Padmé de la antesala, donde Obi-Wan y él habían estado de vigilancia la noche anterior. Miraron a la ventana rota que había más allá y contemplaron la línea del cielo de Coruscant, con sus interminables rutas de tráfico.

Padmé y su ayudante Dormé se afanaban en el dormitorio, preparando juntas el equipaje, y por sus rápidos movimientos, tanto Anakin como Jar Jar supieron que harían bien en mantenerse a distancia de la molesta y enfurecida senadora. Tal y como habían solicitado los Jedi, el Canciller Palpatine había intercedido para pedir a Padmé que regresara a Naboo. Ella había aceptado, pero eso no significaba que le gustase.

Padmé se enderezó lanzando un profundo suspiro, llevándose una mano a los riñones, que le dolían de tanto agacharse. Volvió a suspirar y se situó ante los dos observadores.

—Voy a tomarme una larga temporada de permiso —le dijo a Jar Jar, con voz grave y sombría, como si deseara imbuir algo de seriedad en el atolondrado gungan—. Tienes la responsabilidad de ocupar mi lugar en el Senado. Sé que puedo contar contigo, delegado Binks.

—Misa honrado —barbotó Jar Jar en respuesta, cuadrándose, pero su cabeza se tambaleaba y sus orejas se agitaban. Se podía vestir a un gungan como a un dignatario, pero no se cambiaba tan fácilmente la naturaleza de una criatura así.

—¿Cómo? —repuso Padmé, con voz dura que evidenciaba algo más que una ligera exasperación. Estaba confiando a Jar Jar algo importante, y no estaba muy contenta de verle actuar de manera tan atolondrada.

Claramente avergonzado, Jar Jar se aclaró la garganta y se estiró un poco más.

—Misa honrado de tomar esta pesada carga de vosa. Misa aceptarla con mucha… mucha humildad y da…

—Jar Jar, no deseo entretenerte más —le interrumpió Padmé—. Estoy segura de que tienes mucho que hacer.

—Sí, milady.

El gungan se volvió y se marchó tras hacer una gran reverencia, como si la usara para ocultar el hecho de que estaba rojo como un cangrejo de fuego darelliano, sonriendo a Anakin al pasar junto a él.

Los ojos de éste siguieron al gungan, pero la tranquilidad o el sentimiento de calma que pudiera sentir por ello desapareció un instante después, cuando Padmé se dirigió a él en un tono que le recordaba que la mujer no estaba del mejor de los humores.

—No me gusta la idea de esconderme —dijo enfáticamente.

—No se preocupe. Ahora que el Consejo ha ordenado una investigación, el Maestro Obi-Wan no tardará mucho en descubrir quién contrató a esa cazarrecompensas. Debimos hacer esto desde un principio. Es preferible tomar la ofensiva contra una amenaza así, y descubrir su origen, a limitarse a reaccionar ante la situación.

Quiso continuar hablando, reclamar el mérito por haber solicitado dicha investigación desde un principio, hacer saber a Padmé que él siempre había tenido razón y que el Consejo había necesitado todo ese tiempo para llegar a la misma conclusión que él. Pero podía darse cuenta de que los ojos de ella empezaban a ponerse vidriosos, así que se calló y la dejó hablar.

—Y mientras tu Maestro investiga, yo tengo que esconderme.

—Eso es lo más prudente, sí.

Padmé lanzó un suspiro de frustración.

—¡No he trabajado durante todo un año para acabar con el Acta de Creación Militar para luego no estar presente cuando se vote!

—A veces debemos olvidarnos de nuestro orgullo y hacer lo que se nos pide —replicó Anakin: era una afirmación poco convincente para venir de él y, apenas dijo esas palabras, se dio cuenta de que no debía haberlas dicho.

—¡Orgullo! Annie, tú eres joven y no tienes mucha idea de política. Sugiero que te guardes tus opiniones para otra ocasión.

—Lo siento, milady, yo sólo intentaba…

—¡Annie! ¡No!

—Por favor, no me llame así.

—¿Cómo?

—Annie. Por favor, no me llame «Annie».

—Siempre te he llamado así. Es tu nombre, ¿no?

—Mi nombre es Anakin —dijo el joven Jedi con calma, la mandíbula firme, la mirada segura—. Cuando me llama Annie es como si todavía fuera un niño. Y no lo soy.

Padmé hizo una pausa y lo miró de arriba abajo, asintiendo mientras lo examinaba por completo. Él se dio cuenta de que había sinceridad en el rostro de ella al asentir, y su tono también se volvió más respetuoso.

—Perdona, Anakin. Es imposible negar que… que has crecido.

Anakin notó que había algo especial en la forma en que había dicho eso, una insinuación, un reconocimiento por parte de Padmé de que realmente era todo un hombre, y quizá un hombre atractivo. Eso, combinado con la pequeña sonrisa que le había dedicado, hizo que se sonrojara ligeramente, poniéndolo en tensión. Descubrió que había un adorno sobre un estante situado a su izquierda y lo cogió usando la Fuerza, haciendo que flotase sobre sus dedos, necesitado de la distracción.

Aun así, tuvo que aclararse la garganta para cubrir su azoramiento, pues temía que la voz le flaqueara al admitir que…

—El Maestro Obi-Wan no se da cuenta de ello. Critica hasta el último de mis gestos, como si todavía fuera un niño. No me escuchó cuando insistí en que buscáramos el origen de los atentados…

—Los mentores suelen fijarse en nuestras faltas más de lo que nos gustaría —admitió Padmé—. Es la única forma en que podemos crecer.

Anakin usó la Fuerza para levantar más aún en el aire el adorno redondo, manipulándolo constantemente.

—No me interprete mal. Obi-Wan es un gran mentor, tan sabio como el Maestro Yoda y tan fuerte como el Maestro Windu. Siento verdadero agradecimiento por ser su aprendiz. Pero… —Hizo una pausa y meneó la cabeza mientras buscaba las palabras adecuadas—. Pero, aunque soy un padawan y estoy aprendiendo, en algunos sentidos, en muchos sentidos, yo estoy por delante de él. Estoy preparado para las pruebas. ¡Sé que lo estoy! Él también lo sabe. Cree que soy demasiado imprevisible. Pero hay otros Jedi de mi edad que ya han tenido las pruebas y las han superado. Ya sé que empecé tarde mi entrenamiento, pero él no me deja progresar.

La expresión de Padmé se tornó de curiosidad, y Anakin comprendió su desconcierto, pues también él se había sorprendido por lo abiertamente que había hablado de Obi-Wan criticándolo. Pensó que debía callarse cuanto antes, y se reprendió a sí mismo en silencio.

—Eso debe ser muy frustrante —repuso Padmé, con simpatía.

—¡Es peor! —gritó como respuesta Anakin, arrojándose voluntariamente a ese cálido lugar—. ¡Es demasiado crítico! ¡Nunca escucha! ¡No quiere entender! ¡Eso no es justo!

Habría continuado hablando, pero Padmé comenzó a reír, y eso detuvo a Anakin con la misma facilidad que un sopapo en la cara.

—Lo siento —dijo entre risas—. Suenas exactamente como aquel niño pequeño que conocí, cuando no conseguía lo que quería.

—¡No estoy lloriqueando! No lo hago.

Al otro lado de la habitación, a Dormé también se le escapó una risita.

—No lo decía para herirte —explicó Padmé.

Anakin respiró profundamente, luego soltó el aire, relajando visiblemente los hombros.

—Lo sé.

En ese momento tenía un aspecto tan digno de lástima, no patético, sino como una pequeña alma perdida. Padmé no pudo resistirse. Se acercó a él y alzó la mano para acariciarle suavemente la mejilla.

—Anakin.

Por primera vez desde que habían vuelto a encontrarse, Padmé miró realmente en los ojos azules del joven Padawan, manteniendo la mirada para que ambos pudieran ver bajo la superficie, para que ambos pudieran ver el corazón del otro. Fue un momento fugaz, porque el sentido común de Padmé se encargó de que así fuera. Rápidamente cambió el ánimo con una petición sincera pero desenfadada.

—No quieras madurar muy deprisa.

—Ya he madurado —replicó Anakin—. Usted misma lo ha dicho antes.

Terminó la frase tratando de que sonara sugerente, mientras volvía a mirar profundamente los bellos ojos marrones de Padmé, esta vez de forma más intensa, más apasionada.

—Te pido que no me mires de ese modo —dijo ella, alejándose.

—¿Por qué no?

—Porque puedo ver lo que estás pensando.

Anakin rompió la tensión, o trató de hacerlo, con una carcajada.

—Ah, ¿de modo que usted también tiene poderes Jedi?

Padmé miró un instante más allá del joven Padawan, viendo a Dormé, que estaba observando con obvia preocupación y ya había dejado incluso de ocultar su interés. Y Padmé comprendió esa preocupación, dado el extraño e inesperado camino que había tomado esa conversación. Miró fijamente a Anakin de nuevo y dijo, sin espacio para la réplica:

—Haces que me sienta incómoda.

Anakin cedió y apartó la mirada.

—Perdón, milady —dijo con profesionalidad, y se alejó unos pasos, dejándole que terminase de hacer sus maletas.

Volviendo a ser tan sólo el guardaespaldas.

Pero Padmé sabía que era algo más que eso, sin importar lo mucho que desease que no fuera así.

***

En un mundo cubierto por el agua y asolado por los vientos, más allá de las fronteras más remotas del Borde Exterior, un padre y su hijo estaban sentados en una cornisa de brillante metal negro, observando cuidadosamente uno de los pozos de relativa tranquilidad creados en el agua por las corrientes que rodeaban la gigante columna que surgía del turbulento océano. La lluvia había amainado ligeramente, algo excepcional en este lugar pasado por agua, permitiendo al menos una pequeña zona de calma en la superficie, y los dos miraban con atención buscando las siluetas oscuras de un metro de largo de los peces rodadores.

Estaban en la cornisa más baja de uno de los grandes pilares que soportaban Ciudad Tipoca, la mayor ciudad de todas en Kamino, un lugar de elegantes estructuras, todas redondeadas para que los continuos vientos las rodearan, en lugar de angulosas y de paredes planas que luchasen contra el viento. Kamino había sido diseñado, o mejorado al menos, por muchos de los mejores arquitectos que la galaxia podía ofrecer, que entendieron bien que el mejor modo de luchar contra los elementos planetarios era esquivarlos sutilmente. Inmensas ventanas de transpariacero miraban al exterior desde todos los ángulos; el padre, Jango, a menudo se preguntaba por qué los kaminoanos —altos y delgados, de un untuoso color blanco, grandes ojos con forma de almendra en cabezas oblongas sobre cuellos tan largos como su brazo— querían tantas ventanas. ¿Qué había que ver en este violento mundo aparte de aguas turbulentas y precipitaciones casi constantes?

Sin embargo, Kamino también tenía sus buenos momentos. Todo era relativo, suponía Jango. Por eso, cuando vio que no estaba lloviendo demasiado fuerte, salió con su hijo al exterior.

Jango dio un golpecito en el hombro a su hijo y señaló con la cabeza una de las zonas tranquilas de la superficie, y el joven, mostrando en el rostro todo el entusiasmo de un niño de diez años, levantó su golpeador, un átlatl alimentado por energía iónica, y apuntó con letal precisión. No usó la unidad de visor láser, que se ajustaba automáticamente a la refracción del agua. No, esta presa tenía que ser una prueba sólo para su pericia.

Respiró profundamente, como su padre le había enseñado, usando la técnica para quedarse totalmente quiero, y entonces, cuando la presa se puso de lado, lanzó su brazo hacia delante, lanzando el misil. Apenas a un metro de la mano extendida del niño, la parte trasera del misil brilló brevemente, un rápido y súbito estallido de energía que hizo que saliera disparado como un disparo bláster, acuchillando el agua y golpeando al pez en el costado, atravesándolo con su cabeza arponada.

Con un grito de gozo, el niño giró la empuñadura del átlatl, sujetando el sedal casi invisible pero tremendamente fuerte, y entonces, cuando el pez se alejó lo bastante para tensar el sedal, el niño hizo girar lenta y deliberadamente la empuñadura, recogiendo su presa.

—Bien hecho —le felicitó Jango—. Pero si le hubieras golpeado un centímetro más adelante, le habrías seccionado el músculo principal justo bajo la agalla y habría quedado completamente indefenso.

El niño asintió, sin molestarse por el hecho de que su padre, su mentor, siempre pudiera encontrar fallos incluso en el éxito. El niño sabía que su querido padre lo hacía sólo porque eso le obligaba a buscar siempre la perfección. Y en una galaxia peligrosa, la perfección permitía la supervivencia.

El niño quería a su padre aún más por preocuparse por él lo bastante como para criticarle.

Jango quedó tenso de pronto, al sentir un movimiento cercano, tal vez el sonido de una pisada, o simplemente un olor, algo que le dijo al perfectamente capacitado cazarrecompensas que él y su hijo no estaban solos. No podían encontrarse demasiados enemigos en Kamino, excepto en las lejanas desolaciones acuáticas, donde acechaban gigantescas criaturas tentaculadas. Allí había poca vida sobre el agua, aparte de los propios kaminoanos, y por eso Jango no se sorprendió al ver que la recién llegada no era otra que Taun We, su contacto habitual con los kaminoanos.

—Saludos, Jango —dijo la criatura alta y flexible, levantando su delgado brazo y su mano en señal de paz y amistad.

Jango asintió pero no sonrió. ¿Por qué Taun We había salido allí fuera —los kaminoanos casi nunca salían de las cúpulas de sus ciudades—, y por qué había interrumpido a Jango cuando estaba con su hijo?

—Apenas has estado dentro de tu sector últimamente —indicó Taun We.

—Tenía cosas mejores que hacer.

—¿Con tu hijo?

Como respuesta, Jango alzó la mirada hacia el niño, que estaba dándole sedal a otro pez rodador. O, al menos, parecía estar haciéndolo, reconoció Jango, y ese pensamiento trajo una cálida sensación de satisfacción al malhumorado cazarrecompensas. Había enseñado bien a su hijo el arte del engaño y la mentira, de aparentar estar haciendo una cosa cuando, en realidad, se está haciendo otra muy distinta. Como escuchar la conversación, sopesando cada palabra de Taun We.

—Se aproxima el décimo aniversario —explicó la kaminoana.

Jango volvió a mirarla con expresión dura.

—¿Crees que no me acuerdo del cumpleaños de Boba?

Si Taun We estaba perturbada de algún modo por la brusca réplica, los delicados rasgos de la kaminoana no lo demostraron.

—Estamos listos para empezar de nuevo.

Jango volvió a mirar a Boba, uno de sus miles de hijos, pero el único que era un clon perfecto, una réplica exacta sin manipulación genética para hacerlo más obediente. Y el único que no había sido envejecido artificialmente. El grupo que había sido creado junto con Boba ya había alcanzado la madurez, eran guerreros adultos, en perfecto estado de salud.

Jango había pensado que la política de acelerar el proceso de envejecimiento era un error —¿acaso la experiencia no era una parte tan importante en la adquisición de las capacidades de un guerrero como lo era la genética?—, pero no se había quejado abiertamente a los kaminoanos al respecto. Le habían contratado para hacer un trabajo, para servir como fuente, y cuestionar el proceso no estaba en la descripción del puesto.

Taun We inclinó la cabeza ligeramente a un lado, parpadeando lentamente.

Jango reconoció la expresión como curiosidad, y eso casi hizo que una risa asomara en sus labios. Los kaminoanos se parecían entre sí mucho más que los humanos, especialmente los humanos de distintos planetas. Tal vez su singular concepto, esa uniformidad dentro de su propia especie, era parte de su proceso reproductor típico, que ahora incluía gran cantidad de manipulación genética, si no directamente pura y simple clonación. Como sociedad, eran prácticamente una única mente y un único corazón. Taun We parecía genuinamente perpleja, y así lo estaba, de ver a un humano con tan poca consideración aparente hacia otros humanos, clones o no.

Pero, claro, ¿acaso los kaminoanos no estaban creando un ejército para la República? No podría haber guerras sin algunos desacuerdos previos, ¿verdad?

Pero eso, también, guardaba poco interés para Jango. Era un cazarrecompensas solitario, un recluso... o lo habría sido de no haber sido por Boba. A Jango no le importaba la política o la guerra o ese ejército de sus clones. Si todos y cada uno de ellos eran masacrados, que así fuera. No tenía apego a ninguno de ellos.

Miró hacia un lado mientras pensaba eso. A ninguno, excepto a Boba, por supuesto.

Pero aparte de eso, esto no era más que un trabajo, bien pagado y lo bastante fácil. Financieramente, no podía haber pedido más, pero, lo que era aún más importante, sólo

los kaminoanos podían haberle dado a Boba; no sólo un hijo, sino una réplica exacta. Boba le daría a Jango el placer de ver todo lo que podía haber llegado a ser de haber tenido un padre cariñoso y protector, un mentor que se preocupara lo bastante como para criticarle, para forzarle a buscar la perfección. Él era tan bueno como el que más siendo un cazarrecompensas, siendo un guerrero, pero no tenía la menor duda de que Boba, criado y entrenado para la perfección, le sobrepasaría con diferencia para convertirse en uno de los mayores guerreros que la galaxia jamás hubiera conocido.

Esta, pues, era la mayor recompensa de Jango Fett, estar ahí mismo, sentado con su hijo, con su joven réplica, compartiendo momentos tranquilos.

Momentos tranquilos dentro del tumulto que había sido toda la vida de Jango Fett, sobreviviendo a las pruebas del Borde Exterior en solitario prácticamente desde el día en que aprendió a andar. Cada prueba le hizo más fuerte, le hizo más perfecto, pulió las habilidades que ahora le pasaría a Boba. No había nadie mejor en toda la galaxia para enseñar a su hijo. Cuando Jango Fett quería atraparte, te atrapaba. Cuando Jango Fett te quería muerto, estabas muerto.

No, no cuando Jango "quisiera" esas cosas. Nunca era personal. La caza, las muertes, todo era un trabajo, y una de las primeras lecciones más valiosas que Jango había aprendido era cómo ser desapasionado. Completamente desapasionado. Esa era su mayor arma.

Observó a Taun We, y luego se volvió para sonreír a su hijo. Jango podía ser desapasionado, excepto en esos momentos en los que podía pasar tiempo a solas con Boba. Con Boba, había orgullo y había amor, y Jango tenía que luchar constantemente para mantener esas debilidades potenciales al mínimo. Aunque quería a su hijo con todo su corazón —porque quería a su hijo con todo su corazón—, Jango le había estado enseñando esos mismos atributos de ser desapasionado, incluso insensible, desde sus primeros días.

—Comenzaremos el proceso de nuevo tan pronto como estés preparado —repitió Taun We, sacando a Jango de sus pensamientos.

—¿No tenéis suficiente material para hacerlo sin mí?

—Bueno, ya que de todas formas estás aquí, querríamos que participases —dijo Taun We—. El huésped original siempre es la mejor opción.

Jango puso los ojos en blanco al pensarlo —todas esas agujas y sondas—, pero asintió con la cabeza; realmente era un trabajo fácil, considerando las recompensas.

—Cuando estés listo.

Taun We hizo una leve reverencia y se alejó.

Si esperáis a eso, esperaréis eternamente, pensó Jango, pero no dijo nada, y se volvió de nuevo hacia Boba, indicando al niño que volviera a hacer funcionar su átlatl. *Porque ahora tengo todo lo que quería*, musitó Jango, observando los fluidos movimientos de Boba, con los ojos fijos en el agua, buscando al siguiente pez rodador.

***

Posiblemente, el sector industrial de Coruscant albergaba los muelles de cargueros más grandes de toda la galaxia, con una línea de gigantescos transportes llegando continuamente, inmensas grúas flotantes listas para reunirse con ellos y descargar los millones de toneladas de suministros necesarios para mantener con vida la ciudad-planeta, que ya hacía mucho tiempo que había llegado a estar tan poblada que no podía mantenerse con sus propios recursos. La eficiencia de esos muelles era poco menos que asombrosa, y aún así el lugar siempre estaba abarrotado, y a menudo se formaban atascos debido al gran número de naves atracadas y gruas flotantes.

También era un lugar para que pasajeros vivos, la plebe de Coruscant, tomasen pasajes baratos en los cargueros que salían del planeta, miles y miles de personas buscando escapar del total frenesí en el que se había convertido el planeta.

Mezclados en esa muchedumbre, Anakin y Padmé iban caminando, vestidos con simples túnicas y pantalones marrones, al estilo de los refugiados del Exterior. Caminaban hombro con hombro hacia la salida de la lanzadera cuando se aproximaron al muelle y la pasarela que les llevaría a uno de esos mastodónticos transportes. El capitán Typho, Dormé y Obi-Wan les esperaban en esa puerta de salida.

—Cuídese, milady —dijo el capitán Typho con genuina preocupación. Estaba claro que no le entusiasmaba la idea de permitir que Padmé saliera fuera de su vista y su control. Le pasó a Anakin un par de pequeñas bolsas de equipaje, haciéndole al joven Jedi un gesto de confianza con la cabeza.

—Gracias, capitán —respondió Padmé, mostrando la gratitud en su voz—. Cuide bien de Dormé. No estáis libres de peligro.

—¡Conmigo está a salvo! —dijo rápidamente Dormé.

Padmé sonrió, apreciando el pequeño intento de relajar el ambiente. Luego abrazó con fuerza a su doncella, apretando aún más fuerte al notar que Dormé comenzaba a sollozar.

—Todo irá bien —susurró Padmé al oído de la otra mujer.

—No es por mí, milady. Me preocupa usted. ¿Y si ven que ha abandonado la capital?

Padmé se apartó de ella y consiguió sonreír mientras miraba a Anakin.

—Pues mi protector deberá demostrar su calidad.

Dormé soltó una risita nerviosa y limpió una lágrima de su ojo mientras sonreía y asentía.

A un lado, Anakin mantenía su sonrisa en su interior, conscientemente decidido a mostrar una postura que rezumase confianza y control. Pero en su interior estaba emocionado por escuchar cumplidos hacia él por parte de Padmé.

Obi-Wan rompió esa cordialidad, apartando al joven Padawan a un lado.

—Quedaos en Naboo —dijo Obi-Wan—. No atraigáis la atención sobre vosotros. No hagas nada sin haberlo consultado antes conmigo o con el Consejo.

—Sí, Maestro —respondió obedientemente Anakin, pero en su interior estaba hirviendo, deseando golpear a Obi-Wan. ¿No hacer nada, absolutamente nada, sin

consultarlo antes, sin pedir permiso? ¿Es que no había demostrado ser un poco más emprendedor, un Padawan digno de confianza?

—Milady, llegaré al fondo de este complot con presteza —escuchó que Obi-Wan decía a Padmé. Anakin estaba furioso por dentro. ¿No había sido ese exactamente el curso de acción que él había sugerido a su Maestro desde el primer momento que habían sido asignados a cuidar de la seguridad de la senadora?

—Muy pronto estará de vuelta —le aseguró Obi-Wan a Padmé.

—Agradeceré su rapidez, Maestro Jedi.

A Anakin no le gustó escuchar a Padmé hablar de ningún tipo de gratitud hacia Obi-Wan. Al menos, no le gustaba en absoluto que Padmé elevase la importancia de Obi-Wan por encima de la suya propia.

—Ya es la hora —dijo, avanzando con paso firme.

—Lo sé —le respondió Padmé, pero no parecía complacida.

Anakin se recordó que no debía tomárselo personalmente. Padmé sentía que su deber estaba allí. No le entusiasmaba la idea de tener que escapar del planeta... y no le entusiasmaba la idea de dejar a otra de sus queridas doncellas en su lugar en la línea de fuego, especialmente con las imágenes de Cordé muerta tan frescas en su mente.

Padmé y Dormé se abrazaron de nuevo. Anakin tomó las maletas y abrió la marcha al exterior del autobús deslizador, hacia un andén donde R2-D2 esperaba.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo Obi-Wan.

—Que la Fuerza te acompañe, Maestro. —Anakin sentía cada palabra de esta frase. Quería que Obi-Wan descubriera quién estaba detrás de los intentos de asesinato, que volviera a hacer que la galaxia fuera segura para Padmé. Pero tenía que admitir que deseaba que no ocurriera demasiado rápido. Ahora mismo, su deber lo ponía justo junto a la mujer que amaba, y no estaría muy contento si su misión resultase ser corta, si el deber lo alejase de ella una vez más.

—De repente, siento miedo —le dijo Padmé mientras se alejaban, dirigiéndose al gigantesco carguero estelar que los llevaría a Naboo. Detrás de la pareja, rodaba R2-D2, silbando alegremente.

—Yo también. Es mi primera misión en solitario. —Anakin se giró hacia ella, cruzando su mirada con la de Padmé, y sonrió ampliamente—. No se preocupe. ¡Tenemos a R2!

Una vez más, el comentario frívolo ayudó a aligerar el ambiente.

En el autobús, esperando a que les llevase de vuelta a la ciudad principal, el trío que quedó atrás observaba cómo Anakin, Padmé y R2-D2 se mezclaban con la muchedumbre del vasto espaciopuerto.

—Espero que no se le ocurra hacer ninguna tontería —dijo Obi-Wan. El mero hecho de que hablase tan abiertamente acerca de su estudiante mostraba al capitán Typho lo mucho que el Caballero Jedi había llegado a confiar en él.

—A mí me preocuparía más que ella hiciera algo, no él —replicó Typho. Negó con la cabeza, con expresión seria—. No es de las que siguen órdenes.

—Compañeros de viaje afines —observó Dormé.

Obi-Wan y Typho se volvieron para mirarla, y Typho nuevamente agitó la cabeza con desesperación. Obi-Wan no estaba en desacuerdo con la observación de Dormé, por muy inocentemente que lo dijera. Padmé Amidala era realmente testaruda, con mentalidad fuerte e independiente, y siempre dispuesta en confiar en su propio juicio antes que en el de los demás, sin importar su posición o su experiencia.

Pero de la pareja que acababa de dejar el autobús deslizador, ella no era la más cabezota.

Y eso no era un pensamiento reconfortante.

Capítulo 11

El gran Templo Jedi era un lugar de meditación y de duro entrenamiento, pero también lo era del saber. Los Jedi eran por tradición tanto Guardianes de la Paz como del conocimiento. Bajo sus altos techos, y bordeando el gran pasillo principal del Templo, se hallaban una serie de cubículos de cristal, salas de análisis llenas de droides de diferentes formas y tamaños, y con diferentes tareas.

Obi-Wan pensaba en Anakin y en Padmé mientras recorría el Templo. Se preguntó, no por primera vez y ciertamente no por última, si habría sido sabio enviar a Anakin con la senadora. La vehemencia con que el padawan había aceptado su nueva misión despertaba una alarma en Obi-Wan pero aun así había permitido que se fuera, dado que él estaría muy ocupado siguiendo la pista que esperaba poder encontrar en aquel lugar, descubriendo el origen de los atentados contra Amidala.

Los cubículos de análisis estaban ese día tan ocupados como siempre, con estudiantes y Maestros colaborando por igual en su estudio. Obi-Wan encontró un cubículo desocupado, con un droide SP-4 de análisis, justo del tipo que necesitaba. Se sentó ante la consola, y el droide respondió de inmediato abriendo una bandeja.

—Sitúe el objeto a analizar en la bandeja sensora, por favor —dijo la voz metálica del droide. Obi-Wan estaba sacando ya el dardo tóxico que había matado a la cazarrecompensas subcontratada.

En cuanto la bandeja se retrajo, la pantalla que tenía delante se iluminó y empezó a proyectar una serie de diagramas y listas de datos.

—Es un dardo tóxico —explicó el Jedi al SP-4—. Necesito saber de dónde viene y quién lo hizo.

—Un momento, por favor.

Aparecieron más diagramas, más ristras de datos, y la pantalla se detuvo, mostrando un dardo similar. Pero no era igual, y los gráficos volvieron a desfilar. Imágenes del dardo brillaron ante el Jedi, sobreimpuestas a diagramas de objetos similares. No se encontraba ninguna coincidencia.

La pantalla se quedó en blanco. La bandeja volvió a abrirse.

—Como puede ver en la pantalla, el arma del análisis no existe en ninguna cultura conocida —explicó SP-4—. Las marcas no han podido identificarse. Probablemente las habrá hecho algún guerrero sin relación con una cultura conocida. Retírelo de la bandeja sensora, por favor.

—¿Perdón? ¿Puede volver a intentarlo? —repuso Obi-Wan con voz que no ocultaba la frustración que sentía.

—Maestro Jedi, nuestros registros son exhaustivos. Cubren el ochenta por ciento de la galaxia. Si yo no puedo decirle cuál es su origen, no podrá hacerlo nadie.

Obi-Wan cogió el dardo, miró al droide y lanzó un suspiro, no muy seguro de estar de acuerdo con esa última afirmación.

—Gracias por la ayuda —dijo, preguntándose si los SP-4 estarían equipados para comprender las inflexiones del sarcasmo—. Quizá tú no hayas podido averiguarlo, pero creo conocer a alguien que sí podrá.

—Los porcentajes no indican una posibilidad semejante —empezó a replicar el SP-4, iniciando una disertación sobre lo completos que eran sus bancos de datos, lo inigualable de su capacidad de búsqueda, la…

No importaba, pues hacía rato que Obi-Wan se había ido, caminando con paso vivo por el gran pasillo hasta salir del Templo Jedi.

Salió de él sin decir nada a nadie, sumido en sus pensamientos, intentando encontrar un foco de concentración. Necesitaba una respuesta y la necesitaba cuanto antes. Era algo que sabía por instinto, pero tenía la acuciante sensación de que no necesitaba saberlo sólo por el bien de la senadora Amidala. Sentía que había algo más en juego, aunque sólo podía conjeturar el qué. ¿La actitud de Anakin? ¿Un complot aún mayor contra la República?

O quizá sólo estaba tenso porque el normalmente fiable droide SP-4 no había sido capaz de ayudarlo. Necesitaba respuestas, y daba la impresión de que no podría obtenerlas con los métodos convencionales. Pero había muchos aspectos en los que Obi-Wan Kenobi no era un Jedi convencional. Aunque tendía a mostrarse reservado al respecto, sobre todo cuando trataba con su padawan, su antiguo Maestro Qui-Gon Jinn había dejado una marca muy profunda en él.

Sabía dónde conseguir las respuestas.

Cogió un speeder que le llevó a la zona de negocios de Coco Town, lejos del lugar donde Anakin y él habían cogido a la presunta asesina.

Obi-Wan detuvo el vehículo y bajó a la calle, caminando por ella con la calma tranquila que daba la completa confianza. Era una zona de personajes de mala catadura, de matones que matarían sólo por divertirse. Pero Obi-Wan era un Caballero Jedi, vestido con ropas que le delataban como tal, y eso significaba algo incluso ahí abajo.

Se dirigió hacia un edificio pequeño, de apagadas ventanas y fachada metálica pintada de forma chillona. Un letrero alienígena sobre la puerta bautizaba el lugar, y aunque no podía leer ese alfabeto en particular, sabía muy bien que decía: «Restaurante de Dex».

Sonrió. Hacía mucho, mucho tiempo que no veía a Dex. Demasiado tiempo, musitó mientras entraba.

El interior del local era típico de los establecimientos del nivel inferior, con reservados junto a las paredes y muchas mesas circulares rodeadas de altos taburetes. También había un mostrador, parte del cual tenía asientos y otra parte no, con diversos seres de pie y apoyados en él. Obi-Wan sabía que era una clientela endurecida, conductores de cargueros y trabajadores de los muelles, gente que todavía usaba los músculos en una galaxia que se había ablandado gracias a la tecnología.

El Jedi se dirigió a una mesa pequeña, deslizándose en el taburete mientras una camarera droide limpiaba la mesa con un trapo.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó la droide.

—Busco a Dexter.

La camarera droide emitió un sonido desagradable.

Obi-Wan se limitó a sonreír.

—Necesito hablar con Dexter.

—¿Para qué lo buscas?

—Para nada malo —le aseguró el Jedi—. Es algo personal.

La droide le miró brevemente, evaluándolo y, entonces, meneó la cabeza y se dirigió a la escotilla de servicio abierta tras el mostrador.

—Alguien quiere verte, cariño —dijo—. Parece un Jedi.

Una enorme cabeza se asomó casi inmediatamente por la escotilla abierta, acompañada de un hilacho de vapor gris. Una enorme sonrisa de grandes dientes, en una boca lo bastante amplia como para tragarse entera la cabeza de Obi-Wan, se pintó en la inmensa cara apenas vio a su visitante.

—¡Obi-Wan!

—¡Hola, Dex! —replicó Obi-Wan, levantándose y dirigiéndose a la barra.

—¡Siéntate, viejo colega! ¡Enseguida estoy contigo!

Obi-Wan miró a su alrededor. La camarera droide atendía a otros clientes, y él se dirigió a un reservado situado junto al mostrador.

—¿Quieres una copa de ardees? —preguntó la droide, con actitud más conciliadora.

—Gracias.

Ella se dirigió a la barra, apartándose para dejar pasar a Dexter Jettster por la escotilla del mostrador, que caminaba con paso rígido. Era un ser impresionante, una montaña de carne sin cuello que empequeñecía a la mayoría de los camorristas que frecuentaban el establecimiento. Su enorme vientre asomaba entre la sucia camisa y los pantalones. Era calvo y sudoroso, y aunque había visto el paso de muchos años y ya no se movía con fluidez, debido a las muchas lesiones que lo ralentizaban, resultaba evidente que Dexter Jettster no era una criatura con la que nadie quisiera pelearse, y menos al poseer cuatro enormes brazos, cada uno de ellos rematado en un enorme puño que podía reventarle la cara a un hombre. Obi-Wan notó las muchas miradas de respeto que le dirigieron cuando se desplazó hacia el reservado.

—¡Hola, viejo amigo!

—Hola, Dex. Ha pasado mucho tiempo.

Dexter se las arregló para meterse con mucho esfuerzo en el asiento situado ante Obi-Wan. Para entonces ya había vuelto la camarera droide, para poner dos humeantes jarras de ardees ante los dos viejos amigos.

—Bueno, amigo mío, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó Dexter, y resultó evidente que Dex quería ayudarle de verdad.

Eso no sorprendió mucho a Obi-Wan. No siempre había aprobado las payasadas de Dexter, el sucio local o las muchas peleas, pero sabía que Dex era uno de los amigos más leales que podía encontrar uno. Dex podía aplastar a un enemigo y dejarle sin vida, pero

daría la suya por alguien que le importase. Ése era el código por el que se movían los mejores miembros de la chusma de Coruscant, un código que el Caballero Jedi sabía apreciar. En muchos, muchos sentidos, el hecho de estar allí, con Dex, le resultaba mucho más atractivo que pasar su tiempo entre la clase dirigente.

—Puedes decirme lo que es esto —respondió Obi-Wan poniendo el dardo sobre la mesa, sin dejar de mirar a Dex, fijándose en la forma en que el alienígena vaciaba rápidamente la jarra y abría mucho los ojos al mirar el curioso y particular objeto.

—Vaya, mira por dónde —dijo Dex en voz baja, como si apenas le quedara aliento. Cogió el dardo con delicadeza, casi con reverencia, haciéndolo desaparecer un instante entre los pliegues de sus gordos dedos—. No veo uno así desde que era minero en Subterrel, más allá del Borde Exterior.

—¿Sabes de dónde proviene?

Dexter puso el dardo ante Obi-Wan.

—Este pequeño pertenece a los clonadores. Esto es un saberdart de Kamino.

—¿Un saberdart de Kamino? Me pregunto por qué no apareció en el archivo del analista.

Dex señaló al dardo con un dedo rechoncho.

—Lo que lo delata son estos pequeños cortes que tiene a un lado. Esos droides de análisis que tenéis allí sólo se centran en símbolos, ¿sabes? Pensaba que los Jedi sentían más respeto por la diferencia que hay entre conocimiento y sabiduría.

—Bueno, Dex, si los droides pudieran pensar, ahora mismo no estaríamos aquí, ¿verdad? —respondió Obi-Wan con una risotada, y un segundo después se le unía Dex.

El Caballero Jedi se calmó enseguida, al recordar la gravedad de su misión.

—Kamino… No me suena familiar. ¿Es parte de la República?

—No, está más allá del Borde Exterior. Yo diría que doce parsec más allá del Laberinto Rishi, al sur. Debería ser fácil de encontrar, hasta para los droides de tu archivo. Esos kaminoanos no suelen viajar mucho. Son clonadores. Y muy buenos.

Obi-Wan volvió a coger el dardo, sosteniéndolo entre los dedos, posando el codo en la mesa.

—¿Clonadores? —preguntó—. ¿Son amistosos?

—Eso depende.

—¿De qué?

El Jedi miro más allá del dardo mientras preguntaba, y la sonrisa en el rostro de Dexter le respondió antes de que lo hicieran sus palabras.

—De lo buenos que sean tus modales y de lo hondos que tengas los bolsillos.

Obi-Wan volvió a examinar el saberdart, no muy sorprendido.

Capítulo 12

Desde luego, la senadora Padmé Amidala, antigua Reina Amidala de Naboo, no tenía por costumbre viajar de este modo. El carguero sólo tenía una clase, tercera, y en realidad no era más que una nave de carga, con varias bodegas abiertas, más adecuadas para un cargamento inanimado que para seres vivos. La iluminación era terrible y el hedor todavía peor, pero Padmé no sabía si el olor provenía de la misma nave o de las hordas de emigrantes, seres de muchas, muchas especies. Y tampoco le importaba. En cierto sentido, Padmé disfrutaba con el viaje. Sabía que debería estar en Coruscant, luchando contra el intento de crear un ejército de la República, pero de alguna manera se sentía relajada, libre.

Libre de responsabilidades. Libre para ser sólo Padmé por un tiempo, en vez de la senadora Amidala. Los momentos como ése eran escasos para ella, y había sido de esa manera desde que sólo era una niña. Le parecía como si se hubiera pasado toda la vida en el servicio público: concentrándose siempre en el bien mayor, en los demás, dedicando apenas tiempo para ser sólo Padmé, para sus necesidades y deseos.

La senadora no lamentaba esa realidad de su vida. Estaba orgullosa de todo lo que había conseguido hacer pero, por encima incluso de eso, sentía una profunda sensación de calidez, de comunidad, de pertenencia a algo mucho más grande que ella misma.

Aun así, los momentos en que se le despojaba de esa responsabilidad le resultaban un disfrute innegable.

Miró a Anakin, que dormía un tanto inquieto. En ese momento podía verlo sólo como a un hombre joven, y no como a un padawan de Jedi y su protector. Un joven atractivo, cuyos actos revelaban el amor que él la profesaba. Un joven peligroso, desde luego, un Jedi que pensaba en cosas que no debía pensar. Un hombre que seguía los dictados de su corazón por encima de los del pragmatismo y el decoro. Y todo eso por ella. No podía negar lo atractivo que le resultaba eso. Anakin y ella se movían en un camino similar de servicio al público, ella como senadora, él como padawan de Jedi, pero él se rebelaba contra su presente camino, o al menos contra el Maestro que le guiaba por su presente camino, cosa que Padmé nunca había hecho.

Pero, ¿acaso no había querido hacerlo? ¿No había querido Padmé Amidala ser sólo Padmé? ¿Aunque sólo fuera una vez?

Sonrió abiertamente y apartó la mirada de Anakin, buscando en la oscuridad señales de su otro compañero. Por fin localizó a R2-D2 en una cola de comida, donde destacaba entre la multitud de criaturas vivas. Justo delante del droide, los tripulantes llenaban cuencos con gachas de aspecto pastoso, y cada ser que cogía uno emitía invariablemente un gruñido de desaprobación.

Padmé observaba divertida cómo uno de los empleados empezaba a gritar y a agitar la mano hacia R2, pidiéndole que se fuera.

—¡Nada de droides en la cola de la comida! —gritaba—. ¡Fuera de aquí!

R2 se movió más allá del mostrador, pero se detuvo bruscamente, y un tubo hueco brotó de su cuerpo utilitario, acercándose hacia la barra y absorbiendo parte de las gachas para almacenarlas en un compartimento estanco de su interior y llevárselas a sus compañeros.

—¡Eh, nada de droides! —volvió a gritar el empleado.

R2 volvió a sorber otra ración de las gachas y alargó una pinza para coger un trozo de pan, volviéndose luego con un pitido para alejarse de allí, mientras el tripulante agitaba el puño y gritaba tras él.

El droide cruzó con rapidez la ancha sala, moviéndose para evitar los muchos emigrantes que dormían, intentando ir en una línea lo más recta posible, en dirección a Padmé.

—No, no —gritaron junto a ella. Era Anakin—. ¡Mamá, no!

Padmé se volvió con rapidez, para ver que su compañero seguía dormido, pero estaba sudoroso y se removía, evidentemente en las garras de alguna pesadilla.

—¿Anakin? —dijo ella sacudiéndolo.

—¡No, mamá! —gritó, apartándose de Padmé, y vio que movía los pies, como si corriera alejándose de algo.

—Anakin —volvió a decir más alto. Y volvió a sacudirlo con fuerza.

Los ojos azules del joven se abrieron, y miró con curiosidad a su alrededor, antes de fijarlos en Padmé.

—¿Qué?

—Parecías tener una pesadilla.

Anakin continuó mirándola, su expresión pasó de la curiosidad a la preocupación.

—¿Tienes hambre? —preguntó Padmé cogiendo un cuenco con gachas y un trozo de pan que le entregaba R2.

Anakin cogió la comida y se sentó, pasándose una mano por el pelo y negando con la cabeza.

—Hace un rato que saltamos al hiperespacio —explicó ella.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

Padmé le sonrió, intentando consolarle.

—Has echado una buena siesta —respondió.

Anakin se alisó la túnica y se incorporó, mirando a su alrededor, intentando recuperar la compostura.

—Estoy impaciente por volver a ver Naboo —comentó mientras miraba a un lado y a otro intentando orientarse. Su expresión se entristeció al ver las descoloridas gachas y arrugó la nariz, inclinándose para olerlas—. Naboo —volvió a decir, mirándola—. He pensado en él desde que salí de allí. Es el lugar más hermoso que he visto nunca.

Mientras hablaba, sus ojos se clavaron en ella, mirándola intensamente, y ella parpadeó y apartó la mirada sin amilanarse.

—Puede que no sea como lo recuerdas. El tiempo altera la percepción.

—A veces sí —admitió Anakin, y cuando Padmé volvió a mirarle se dio cuenta de que seguía examinándola, y supo a qué se refería—. A veces para mejor.

—Debe ser difícil dedicar la vida a los Jedi —dijo ella, asumiendo una táctica diferente para apartar la mirada de él—. No poder visitar el lugar que deseas. O hacer las cosas que deseas.

—¿O estar con la gente que se ama? —repuso Anakin, dándose cuenta de a dónde quería llegar ella.

—¿Se os permite amar? —preguntó Padmé bruscamente—. Creía que eso estaba prohibido para un Jedi.

—El vínculo está prohibido —empezó a decir Anakin, con tono desapasionado, como si recitase—. La posesión está prohibida. La compasión, que yo definiría como amor incondicional, es básica en la vida de un Jedi, así que puede decirse que se nos anima a amar.

—Has cambiado mucho —se oyó decir Padmé, y en un tono que parecía inadecuado para ella, que parecía invitar a…

Ella parpadeó cuando Anakin le devolvió sus palabras.

—Usted no ha cambiado nada. Es tal y como la recuerdo en mis sueños. Dudo que Naboo haya cambiado.

—No ha cambiado… —dijo, casi sin aliento. Estaban demasiado juntos, y ella lo sabía. Sabía que pisaba terreno peligroso, tanto para Anakin como para ella. Él era un padawan, un Jedi, y a los Jedi no se les permitía…

¿Y qué pasaba con ella? ¿Qué pasaba con todo aquello por lo que tanto había trabajado durante toda su vida de adulta? ¿Qué pasaba con el Senado y con la importante votación contra la formación de un ejército? Si Padmé acababa manteniendo relaciones con un Jedi, ¡las implicaciones para su voto serían enormes! Si se llegaba a crear un ejército, sería para actuar al lado de los Jedi y teniendo sus mismas funciones, pero Padmé se oponía a ese ejército y…

¿Y?

Todo era muy complicado, y lo que era más importante, muy peligroso. Pensó en su hermana y en la conversación que tuvieron antes de su viaje a Coruscant. Pensó en Ryoo y Puuya.

—Antes soñabas con tu madre —comentó ella, necesitada de cambiar de tema. Se sentó algo más atrás, poniendo distancia entre los dos, ganando cierto margen de seguridad—. ¿No es así?

Anakin se echó hacia atrás, con la mirada perdida en la lejanía, asintiendo lentamente.

—Hace tanto tiempo que dejé Tatooine. Mis recuerdos de ella se desvanecen. —Volvió a clavar su intensa mirada en Padmé—. No quiero perder esos recuerdos. No quiero dejar de ver su cara.

—Lo sé —empezó a decir la senadora, y medio alzó la mano para acariciarle la mejilla, pero se contuvo y le dejó continuar.

—La he estado viendo en mis sueños. Son sueños muy vívidos. Sueños terribles. Me preocupan.

—Me decepcionarías si no fuera así —le respondió Padmé, con voz suave y compasiva—. No la dejaste en la mejor de las situaciones.

Anakin hizo una mueca, como si esas palabras le dolieran.

—Pero hiciste bien en dejarla —le recordó, cogiéndole la mano, sosteniendo su mirada—. Tu madre quería que te marcharas. Era lo que ella necesitaba. La oportunidad que te brindó Qui-Gon le dio una esperanza. Es lo que un padre quiere para su hijo, saber que él, que tú, tiene una oportunidad de llevar una vida mejor.

—Pero los sueños…

—Supongo que no puedes evitar sentirte algo culpable por dejarla —dijo la senadora, y Anakin negó con la cabeza, como si ella no le entendiera. Pero ella no creía que ése fuera el caso, y siguió hablando—. Es natural que quieras sacar a tu madre de Tatooine, que esté contigo. En Naboo, o en Coruscant, o en cualquier otro lugar que creas más seguro, y más hermoso. Créeme, Anakin —dijo susurrando, y volvió a posar la mano en su antebrazo—. Hiciste lo correcto al irte. Por ti y, lo que es más importante, por tu madre.

Anakin no podía discutir viendo la expresión de ella, tan compasiva, tan comprensiva.

***

La gran ciudad portuaria de Theed era, en muchos aspectos, muy similar a Coruscant, con cargueros y lanzaderas bajando en fila desde los cielos. Pero, a diferencia de Coruscant, esta ciudad de Naboo tenía un aspecto más delicado, con pocos rascacielos imponentes de duro metal y resplandeciente acero transparente. Los edificios eran de piedra y de muchos otros materiales, con tejados redondeados y de delicados colores. Por todas partes había plantas trepadoras, subiendo por el costado de los edificios, añadiendo color y aroma al lugar. Haciéndolo más confortable.

Anakin y Padmé cargaron con sus bolsas por un lugar familiar, un lugar donde una década antes habían combatido con los droides de la Federación de Comercio. R2-D2 iba tras ellos, rodando sin problemas, silbando feliz una cancioncilla, como si fuera una prolongación del confortable ambiente de Theed.

Padmé seguía mirando a escondidas a Anakin, notando la serenidad de su rostro, su sonrisa.

—Si yo me hubiera criado aquí, no creo que pudiera dejarlo nunca —comentó Anakin.

—Lo dudo —repuso ella riendo.

—No, de verdad. Cuando empecé mi entrenamiento yo sentía una gran nostalgia y me encontraba muy solo. Esta ciudad y mi madre eran las únicas cosas agradables en las que podía pensar.

La expresión de Padmé se trocó en una de curiosidad y confusión. El tiempo pasado allí por Anakin había estado sumido, mayormente, en una batalla a muerte. ¿Tan obsesionado había estado con ella, con Naboo, que hasta los malos recuerdos palidecían ante sus sentimientos?

—Lo malo era que, cuanto más pensaba en mi madre, peor me sentía. Pero me sentía mejor si pensaba en Naboo y en el palacio.

No lo había dicho con claridad, pero Padmé sabía que lo que realmente quería decir era que se sentía mejor cuando pensaba en ella, o cuando la incluía en esos pensamientos agradables.

—La forma en que el palacio resplandece a la luz del sol, la forma en que el aire siempre huele a flores.

—Y el suave rumor de las distantes cataratas —añadió Padmé. No podía negar la sinceridad que había en su voz y en sus palabras, y se descubrió estando de acuerdo con él y abrazando la verdad de Naboo, pese a su resolución de distanciarse de esos sentimientos—. Yo era muy joven la primera vez que vi la capital. Nunca antes había visto una catarata. Me parecieron muy hermosas. Nunca pensé que un día viviría en el palacio.

—Y dime, ¿soñabas con el poder y la política cuando eras niña?

Padmé volvió a reírse libremente.

—No, en eso era en lo último que pensaba. —Sentía que sus anhelos asomaban en ella, los recuerdos de esos días de antaño, anteriores a que su inocencia quedara destrozada por la guerra y, aún más, por los constantes engaños y connivencias de la política. Apenas podía creer que se estuviera abriendo así ante Anakin—. Yo soñaba con poder trabajar en el Movimiento de Ayuda a los Refugiados. Nunca pensé en presentarme a un puesto electo. Pero cuanta más historia estudiaba, más cuenta me daba de todo el bien que podían hacer los políticos. Así que, cuando tenía ocho años, entré en los Jóvenes Legisladores, que aquí en Naboo es como anunciar formalmente tu entrada en el servicio público. Después me convertí en consejero senatorial, y me dediqué a mis deberes con tal pasión que me eligieron Reina antes de que pudiera darme cuenta. —Miró a Anakin y se encogió de hombros, procurando no dejar de ser humilde—. En parte fue porque tuve una puntuación muy alta en mi certificado de educación. Pero mi ascenso se debió sobre todo a mi convicción de que era posible una reforma. El pueblo de Naboo abrazó de corazón mi sueño, con tantas ganas que mi edad apenas tuvo importancia durante la campaña. No he sido la Reina más joven que se ha elegido, pero ahora que lo pienso, no sé si era lo bastante mayor para el puesto. —Hizo una pausa y miró a Anakin—. No sé si estaba preparada.

—El pueblo al que serviste pensó que hiciste un buen trabajo —le recordó Anakin—. Me han dicho que intentaron cambiar la constitución para que pudieras seguir en el cargo.

—El gobierno del pueblo no es democracia, Annie. Eso sólo le da al pueblo lo que quiere, no lo que necesita. Y la verdad es que sentí alivio cuando se acabaron mis dos mandatos —repuso con una risita, mientras seguía hablando, con más énfasis aún—.

¡Igual que mis padres! Estuvieron muy preocupados por mí durante el bloqueo y no veían el momento de que se acabara. La verdad es que esperaba tener ya una familia propia a estas alturas.

Apartó un poco la mirada, sintiendo que se sonrojaba. ¿Cómo podía abrirse tanto a él, y tan deprisa? No era un viejo amigo, se recordó, pero esa advertencia sonaba falsa en sus pensamientos. Volvió a mirar a Anakin, y se sintió tan en paz, tan cómoda con él, que le pareció como si fueran amigos de toda la vida.

—Mi hermana tiene unas hijas maravillosas —repuso, con ojos brillantes, pero apartó esas emociones tal y como había apartado sus deseos personales en bien de lo que ella consideraba un bien mayor—. Pero cuando la Reina me pidió que actuase de senadora, no pude negarme.

—Estoy de acuerdo —replicó Anakin—. Creo que la República la necesita. Me alegro de que aceptase. Siento que en nuestra generación van a pasar cosas que cambiarán la galaxia de manera muy profunda.

—¿Es una premonición de Jedi? —bromeó Padmé.

Anakin se rió.

—Una sensación —explicó, o intentó explicar, pues era evidente que no estaba muy seguro de lo que intentaba decir—. Tengo la impresión de que todo parece haberse estancado, como si tuviera que pasar algo…

—Yo también lo creo —añadió Padmé.

Ya habían llegado a las grandes puertas de palacio, que parecía diseñado pensando en la eficacia, e hicieron una pausa para contemplar el hermoso paisaje. A diferencia de la mayoría de los edificios de Coruscant, esa estructura se parecía más al Templo Jedi, pareciendo asumir que la estética era importante, que la forma debía ir de la mano del fondo.

Evidentemente, Padmé conocía el camino, y era muy conocida por casi toda la gente que había dentro, así que caminaron sin problemas hasta la sala del trono, donde fueron anunciados de inmediato.

Los recibieron caras sonrientes. Junto al trono estaba Sio Bibble, consejero y amigo fiel cuando había sido Reina, al lado de la Reina Jamillia tal y como antaño estuvo junto a Padmé. No había envejecido mucho en esos años, su barba y cabello blancos seguían siendo distinguidos y estando cuidadosamente peinados, y sus ojos brillaban con la intensidad que ella siempre apreció en él.

A su lado estaba Jamillia, con todo el aspecto de una Reina. Llevaba una gran diadema y una ondeante túnica bordada, el mismo tipo de atuendo que había llevado Padmé durante tanto tiempo, y la senadora pensó que Jamillia parecía al menos tan regia como lo había parecido ella.

Había ayudantes, consejeros y guardias por todas partes, y Padmé reflexionó en que era uno de los efectos colaterales de ser Reina, y nada agradable, el de no poder estar nunca sola.

La Reina Jamillia, completamente erguida para que no se le cayera la diadema, se levantó y caminó hasta Padmé para cogerle la mano.

—Hemos estado preocupados por usted. Me alegra que esté aquí, Padmé —dijo ella, con voz cálida y un acento del sudeste que le hacía pronunciar las consonantes de forma marcada.

—Gracias, alteza. Sólo desearía haber podido servirla mejor quedándome en Coruscant para la votación.

—El Canciller Supremo Palpatine nos lo ha explicado todo —intervino Sio Bibble—. Volver a casa era la única cosa que podía hacerse.

Padmé asintió resignada. Aun así, seguía preocupándole que la hubieran enviado de vuelta a Naboo: había trabajado mucho contra la creación de un Ejército de la República.

—¿Cuántos sistemas se han unido al Conde Dooku y a los separatistas? —preguntó bruscamente la Reina Jamillia. Nunca había sido muy dada a los rodeos.

—Miles —respondió Padmé—. Y cada día hay más abandonando la República. Estoy segura de que si el Senado vota en favor de crear un ejército, eso acabaría provocando una guerra civil.

Sio Bibble se golpeó la palma de la mano con el puño.

—¡Es impensable! —dijo, chirriándole los dientes con cada palabra—. No ha habido una guerra a gran escala desde la creación de la República.

—¿Hay algún modo de emplear la negociación para hacer que los separatistas vuelvan a la República? —preguntó Jamillia, conservando la calma pese a la evidente agitación de su consejero.

—No si se sienten amenazados —respondió Padmé, dándose cuenta con sorpresa de lo segura que estaba de su conjetura. Se sentía como si por fin empezara a comprender de verdad los matices de su cargo, como si pudiera confiar implícitamente en sus instintos. Y sabía que en esa tesitura necesitaría de toda su habilidad—. Los separatistas no tienen ejército, pero se defenderán si se les provoca. Estoy segura de eso. Y al no tener ni tiempo ni dinero para crear un ejército, supongo que recurrirán a los Gremios o a la Federación de Comercio.

—¡Los ejércitos del comercio! —dijo la Reina Jamillia con ira y desagrado.

Todo Naboo era conocedor de los problemas implícitos a esos grupos descontrolados. La Federación de Comercio había estado a punto de sojuzgar a Naboo, y lo habría conseguido de no ser por los actos heroicos de Amidala, dos Jedi, un joven Anakin y la valiente actuación de los pilotos de Naboo. Y ni siquiera eso habría bastado de no firmar la Reina Amidala una inesperada alianza con los heroicos gungan.

—¿Por qué no ha hecho nada el Senado para contenerlos?

—Me temo que, pese a los esfuerzos del Canciller, sigue habiendo muchos burócratas, jueces y hasta senadores en la nómina de los Gremios —admitió Padmé.

—Entonces, es cierto que los Gremios se han acercado a los separatistas, tal y como sospechábamos —razonó la Reina Jamillia.

Sio Bibble volvió a golpearse la palma de la mano, atrayendo la atención.

—¡Es una vergüenza! Es una vergüenza que, tras tantas audiencias y tras cuatro juicios en la Corte Suprema. Nute Gunray siga siendo virrey de la Federación de Comercio. ¿Es que esos traficantes de dinero lo controlan todo?

—Recuerde, consejero, que los tribunales consiguieron mermar los ejércitos de la Federación de Comercio —repuso Jamillia, exhibiendo otra vez su voz calma y controlada—. Eso fue un movimiento en la dirección correcta.

Padmé hizo una mueca, sabedora de que debía informar con honestidad.

—Alteza, se rumorea que el ejército de la Federación no se redujo tal y como se ordenó.

Anakin dio un paso adelante, aclarándose la garganta.

—A los Jedi no se nos permitió investigarlo. Se nos dijo que sería demasiado peligroso para la economía.

La Reina Jamillia le miró y asintió, volviendo a mirar a Padmé, cuadrando los hombros, apretando la mandíbula, muy regia en sus adornadas vestiduras, como la gobernante obediente a la República que era.

—Debemos mantener la fe en la República. El día en que dejemos de pensar que la democracia funciona será el día en que la perdamos.

—Recemos porque nunca llegue ese día —respondió Padmé en voz baja.

—Mientras debemos pensar en su seguridad —dijo la Reina, y miró a Sio Bibble, que despachó a los presentes.

Todos ellos, consejeros, ayudantes y sirvientes, hicieron una reverencia y salieron en silencio de la sala. Sio Bibble se acercó a Anakin, que era el protector oficial, hizo una pausa esperando a que los demás terminaran de salir, y a continuación habló:

—¿Qué nos sugiere, Maestro Jedi?

—Anakin no es todavía un Jedi, consejero —le interrumpió Padmé—. Aún es un aprendiz padawan. Yo pensaba…

—¡Eh, espere un momento! —la interrumpió Anakin, con el ceño fruncido, los ojos como rendijas, evidentemente agitado y molesto por su comentario.

—¡Disculpe! —repuso Padmé, sin retroceder ni un centímetro ante la intimidante mirada de Anakin—. He pensado en ir al País de los Lagos. Allí hay lugares muy aislados.

—¡Disculpe! —dijo Anakin, contraatacando con la misma palabra y el mismo tono—. Pero yo estoy aquí al cargo de la seguridad, milady.

Padmé se dispuso a discutir, pero notó el intercambio de miradas de sospecha entre Sio Bibble y la Reina Jamillia. Se dio cuenta de que Anakin y ella no debían discutir de ese modo en público, no sin que los demás creyeran que podía haber algo entre ellos. Se calmó y suavizó su expresión y su voz.

—Annie, mi vida corre peligro y ésta es mi casa. La conozco muy bien: por eso estamos aquí. Creo que, en este caso, lo más inteligente sería aprovechar mis conocimientos.

Anakin miró a las dos personalidades que les observaban, después a Padmé, y la dureza se desvaneció de su expresión.

—Lo siento, milady.

—Ella tiene razón —dijo un claramente divertido Sio Bibble, cogiendo a Anakin por el brazo—. El País de los Lagos es la parte más remota de Naboo. Allí vive poca gente y se tiene una visión muy clara del terreno. Es una elección excelente, un lugar donde le será mucho más fácil proteger a la senadora Amidala.

—¡Perfecto! —concedió la Reina—. Está decidido.

Por la manera en que Anakin la miraba podía adivinar que no estaba muy contento. Ella se limitó a encogerse de hombros por toda respuesta.

—Padmé —continuó la Reina Jamillia—. Ayer tuve una audiencia con tu padre. Le conté lo que sucedía. Espera que puedas visitar a tu madre antes de partir. Tu familia está muy preocupada por ti.

¿Cómo no iba a estarlo?, pensó Padmé, y le dolió pensar que el peligro que conllevaban sus sólidas convicciones pudiera afectar a sus seres queridos. *¿Cómo no iba a afectarles?* Eso era un buen recordatorio de por qué no congeniaban bien el servicio público y la familia. Padmé Amidala había tomado una decisión consciente: lo uno o lo otro. En Naboo había quienes elegían ambas cosas, pero Padmé siempre pensó que el doble papel de esposa, y quizá madre, y senadora no convenía ni a la familia ni al Estado.

A lo largo de sus tribulaciones nunca se había preocupado por su propia seguridad, estando dispuesta a hacer todos los sacrificios que fueran necesarios. Pero, ahora, de pronto, tenía que recordarse que sus decisiones, y posturas también afectaban a los demás a un nivel muy personal.

No sonreía cuando abandonó la sala del trono acompañada por Anakin, Sio Bibble y la Reina Jamillia, y bajó por la escalera principal de palacio.

Capítulo 13

La sala más grande del vasto Templo Jedi era la sala de archivos. Toda ella estaba repleta de iluminados paneles de ordenador que formaban largas líneas de partículas azules en las paredes, alejándose tanto que una persona que mirase desde un extremo de la sala vería cómo convergían en el otro extremo. A lo largo de toda ella se veían las imágenes de los Jedi del pasado y del presente, bustos esculpidos en piedra blanca por los mejores artesanos de Coruscant.

Obi-Wan Kenobi estaba parado junto a uno de esos bustos, estudiándolo, tocándolo, como si el examinar los rasgos faciales de la persona representada le permitiera obtener algún atisbo sobre las motivaciones de ese hombre. Ese día no había muchos visitantes en los archivos, pero rara vez eran numerosos, por lo que esperaba que la señora Jocasta Nu, la archivista Jedi, no tardaría en atender su llamada.

Esperaba pacientemente, estudiando los fuertes rasgos del busto, los elevados y orgullosos pómulos, el meticuloso peinado, los ojos grandes y alertas. Nunca había llegado a conocer muy bien a ese hombre, esa leyenda, el Conde Dooku, pero sí le había visto en ocasiones y sabía que el busto captaba a la perfección la esencia de su persona. Había en el hombre una dedicación tan palpable como la que a veces evidenciaba el Maestro Qui-Gon, sobre todo cuando defendía una causa especialmente importante. Cuando creía tener la razón, incluso se enfrentaba al Consejo Jedi, tal y como había hecho por Anakin diez años antes, cuando el Consejo se negó a reconocer las especiales circunstancias del muchacho, su increíble potencial en la Fuerza y la posibilidad de que fuera el mencionado en la profecía.

Sí, había visto en ocasiones ese tipo de dedicación en Qui-Gon, pero, por lo que sabía, y a diferencia de éste, Dooku nunca había podido relajarse, siempre andaba concentrado en algún asunto. Las luces de sus ojos eran llamas que ardían eternamente.

Y Dooku llevó su actitud a extremos peligrosos. Había dejado la Orden Jedi, renunciando a su vocación y a sus compañeros. Fueran cuales fueran los problemas percibidos por Dooku, debió darse cuenta de que la mejor forma de resolverlos era dentro de su familia Jedi.

—¿Has solicitado ayuda? —dijo una voz severa detrás de él, sacándole de sus reflexiones.

Se volvió para ver a la señora Jocasta Nu parada a su lado, cogiéndose las manos que prácticamente desaparecían entre los pliegues de su túnica de Jedi. Era una persona bastante anciana y de aspecto frágil, y esta observación hizo sonreír a Obi-Wan. ¿Cuántos Jedi jóvenes y con poca experiencia habían mirado esa fachada, el rostro y el cuello delgados y arrugados, el recogido cabello blanco, y creído que podrían aprovecharse de la mujer, obligarla a realizar sus estudios por ellos, para toparse entonces con la realidad que era Jocasta Nu? Ella era como un tizón ardiente, cuya verdadera fortaleza y determinación se escondía tras esa débil fachada. Era archivista desde hacía muchos,

muchos años, y éste era su lugar, su dominio, su reino. Cualquier Jedi que acudiera allí, hasta el más elevado de los Maestros, debía acatar sus reglas o acabar afrontando su ira.

—Sí, la he solicitado —consiguió responder finalmente Obi-Wan, dándose cuenta de que ella le miraba inquisitiva, esperando una respuesta.

La anciana sonrió y pasó por su lado para mirar al busto del Conde Dooku.

—Tiene un rostro con mucha fuerza, ¿verdad? —comentó, con un tono reposado que restaba tensión al encuentro—. Fue uno de los Jedi más brillantes que he tenido el privilegio de conocer.

—Nunca comprendí por qué se fue. Sólo veinte Jedi han dejado la Orden.

—Los Veinte Perdidos —dijo ella, con un profundo suspiro—. Y el Conde Dooku es el más reciente y el más doloroso. A nadie le gusta hablar de ello. Su partida fue una gran pérdida para la Orden.

—¿Qué sucedió?

—Bueno, digamos que estaba algo en desacuerdo con las decisiones del Consejo —replicó la archivista—. Casi como tu viejo Maestro Qui-Gon.

Aunque Obi-Wan había estado pensando lo mismo, el oírselo decir a Jocasta Nu le pilló desprevenido, pintando a Qui-Gon con una luz mucho más rebelde de lo que él había imaginado. Sabía que su antiguo Maestro había tenido sus momentos, claro, y que el más importante de ellos había sido su confrontación relativa a Anakin, pero nunca había considerado a Qui-Gon como un rebelde. Pero parecía que Jocasta Nu, tan al tanto como el que más de cómo se respiraba en el Templo Jedi, sí lo veía así.

—¿De veras? —comentó, esperando naturalmente más información sobre Dooku, pero esperando también saber algo más sobre su antiguo y querido Maestro.

—Oh, sí. En muchos sentidos, eran muy parecidos. Pensadores muy individualistas. —Miró fijamente al busto, y Obi-Wan notó que su mente estaba de pronto muy, muy lejos—. Siempre luchó para convertirse en un Jedi mucho más poderoso. Quería ser el mejor. No tenía rival con un sable láser cuando empleaba el antiguo estilo de esgrima. Su conocimiento de la Fuerza era… único. Creo que, al final, se fue porque perdió la fe en la República. Creía que los políticos eran corruptos…

Jocasta Nu hizo una pausa y miró a Obi-Wan con expresión reveladora, evidenciando que no creía que Dooku estuviera tan desencaminado como parecían pensar muchos.

—Y sentía que los Jedi se traicionaban a sí mismos al servir a los políticos —constató la archivista.

Obi-Wan parpadeó, asimilando esas palabras. Sabía que muchos pensaban de ese modo, incluidos Qui-Gon y, a veces, él mismo.

—Siempre tuvo expectativas muy elevadas para el gobierno —continuó ella—. Desapareció durante nueve o diez años, y hace poco que reapareció como dirigente del movimiento separatista.

—Interesante —comentó el Caballero Jedi, mirando al busto y a la archivista—. Pero sigo sin estar muy seguro de comprenderlo.

—Ninguno de nosotros lo comprende —replicó ella, transformando su expresión seria en una cálida sonrisa—. Bueno, estoy segura de que no me llamaste para que te diera una lección de historia. ¿Tienes algún problema, Maestro Kenobi?

—Sí, intento encontrar un sistema planetario llamado Kamino. No aparece en ninguno de los mapas del archivo.

—¿Kamino? —Jocasta Nu miró a su alrededor, como si buscara el sistema aquí o allá—. No es un sistema que me sea familiar. Déjame ver.

Unos pocos pasos los llevaron hasta la pantalla de ordenador donde antes había estado buscando Obi-Wan. Ella se inclinó y accionó unos cuantos controles.

—¿Estás seguro de tener bien las coordenadas?

—Según mi información, debería estar en alguna parte de este cuadrante —dijo Obi-Wan—. Al sur del Laberinto Rishi.

Unas cuantas pulsaciones más en el teclado no consiguieron nada aparte de un ceño fruncido en su anciano y castigado rostro.

—Pero, ¿cuáles son las coordenadas exactas?

—Sólo conozco el cuadrante —admitió Obi-Wan, y Jocasta Nu se volvió para mirarlo.

—¿No tienes las coordenadas? Parece el tipo de indicación que te daría un rufián callejero… un viejo minero o un comerciante firbog.

—Las tres cosas a la vez —admitió Obi-Wan con una sonrisa.

—¿Estás seguro de que existe?

—Del todo.

Jocasta Nu se recostó en el asiento y se frotó pensativa la barbilla.

—Deja que haga una exploración gravitatoria —dijo, tanto para sí misma como para Obi-Wan.

El holograma del mapa estelar del cuadrante buscado se puso en movimiento unas teclas después, y los dos estudiaron sus movimientos.

—Aquí hay algunas inconsistencias —comentó la aguda archivista—. Puede que el planeta que buscas se destruyera.

—¿Y no constaría eso en los archivos?

—Debería constar, a no ser que fuera muy reciente —replicó ella, pero negaba con la cabeza mientras lo decía, sin estar muy convencida—. Siento decirlo, pero parece que el sistema que buscas no existe.

—Eso es imposible. Puede que los archivos estén incompletos.

—Los archivos son exhaustivos y completamente seguros, mi joven Jedi —fue la imponente respuesta, al abandonar la archivista toda familiaridad en su tono y asumiendo otra vez la actitud de gobernanta del reino del archivo—. Hay algo de lo que puedes estar completamente seguro: si no aparece en nuestros registros, es que no existe.

Los dos se miraron durante un largo momento, y Obi-Wan aceptó que no había ni el más remoto asomo de duda en esa declaración.

Volvió a mirar al mapa, perplejo, atrapado en lo que parecía un problema sin aparente solución. Sabía que en toda la galaxia no había nadie con información más fiable que Dexter Jettster, exceptuando a Jocasta Nu, pero, sin embargo, los dos estaban enfrentados en lo referente a esta información. Dexter parecía tan seguro sobre los orígenes del saberdart como lo estaba la archivista. Los dos no podían tener la razón.

Parecía que no sería fácil resolver el problema de encontrar al presunto asesino de la senadora Amidala, y eso preocupaba a Obi-Wan Kenobi por muchas, muchas razones. Con el permiso de Jocasta Nu, el Jedi pulsó unas cuantas teclas, descargando en un pequeño hologlobo el archivo con la información sobre la región del cuadrante. A continuación, dejó el lugar llevándose el objeto consigo.

Pero no sin dirigir una última mirada al impresionante busto del Conde Dooku.

***

Ese mismo día, más tarde, Obi-Wan se alejó de los archivos y de los droides de análisis y optó por recurrir a su propio interior, a sus propias percepciones. Encontró un cuarto pequeño y confortable junto al gran balcón del Templo, uno de los muchos concebidos para los momentos de reflexión Jedi. Una pequeña fuente burbujeó a su lado mientras se sentaba en una esterilla blanda pero firme y cruzaba las piernas.

El agua se derramaba sobre un lecho de pulidas piedras creando un sonido delicado, un ruido de fondo natural en su belleza y en la simplicidad de su canción.

Ante él pendía de la pared un cuadro de cambiantes colores rojos que se intensificaban hasta alcanzar un profundo carmesí antes de pasar al negro, interpretación libre de un campo de lava enfriándose, que le invitaba no a mirarlo, sino a rodearse en él, contribuyendo a su imagen interior, junto a la cálida placidez y el siseante sonido, a que fuera más allá de su entorno corpóreo.

En ese trance buscó Obi-Wan Kenobi lo que deseaba saber. Primero se centró en el misterio de Kamino, esperando que el análisis de Dexter fuera el correcto. ¿Por qué no habría aparecido el sistema en los archivos?

Otra imagen invadió su meditación mientras intentaba resolver ese rompecabezas, una imagen de Anakin y Padmé juntos, en Naboo.

El Maestro Jedi se sobresaltó, repentinamente temeroso de que fuera una premonición y un peligro amenazase a su padawan y a la joven senadora…

Pero se dio cuenta de que no era así. No había peligro alguno, los dos estaban relajados, jugando.

El alivio de Obi-Wan duró sólo el tiempo que le llevó darse cuenta de que esa imagen que continuaba representándose en su mente podía ser de lo más peligroso. Aun así, la desechó, inseguro de si era una premonición, una imagen de la realidad o sólo una representación de sus propios temores. Se recordó que cuanto antes resolviera el misterio de Kamino, de quién deseaba matar a Amidala, antes podría volver con Anakin y ofrecerle la guía adecuada.

Se concentró en el busto del Conde Dooku, buscando alguna revelación, pero, por algún motivo, la imagen de Anakin continuó interponiéndose en la del renegado Conde…

Poco después, un frustrado y desconcertado Obi-Wan salía del pequeño cuarto de meditación, negando con la cabeza y tan seguro de nada como lo había estado antes de entrar en el lugar.

Su paciencia se agotaba, trocándose en frustración, y decidió recurrir a una autoridad más elevada, alguien más sabio y con más experiencia. Su corto viaje le hizo salir del Templo en sí y acercarse al mirador, donde se detuvo a observar, encontrando cierto alivio a la frustración que sentía en la inocente escena que se desarrollaba ante él.

El Maestro Yoda dirigía a veinte de los elegidos en sus ejercicios de entrenamiento matinales, niños de sólo cuatro o cinco años que se enfrentaban con sables láser en miniatura a flotantes droides de entrenamiento.

Recordó su propio adiestramiento. No podía ver los ojos de los niños, pues llevaban cascos protectores, pero sí imaginar las emociones que debían pintarse en sus inocentes rostros. En ellos debía haber concentración, y gran alegría cada vez que bloqueaban un rayo de energía proveniente de un droide de entrenamiento, pero ese entusiasmo se disiparía inevitablemente un instante después, cuando la alegría produjera distracción y la distracción evitara que bloquearan el siguiente rayo de energía, y éste provocase un repentino picotazo.

Y Obi-Wan recordaba que esas pequeñas descargas picaban, tanto en el cuerpo como en el orgullo. No había nada peor que ser alcanzado por ellas, sobre todo en el trasero. Siempre te hacía dar un pequeño salto de dolor, lo cual sólo acentuaba tu vergüenza. Recordaba vívidamente esa sensación, recordaba haber pensado que le miraban todos los que estaban en el patio.

El entrenamiento podía resultar humillante.

Pero también resultaba estimulante, porque los fracasos iban parejos a los éxitos, y cada uno de éstos aumentaba tu confianza, cada uno te ayudaba a conectar con la constante belleza que era la Fuerza, aumentando esa conexión que distinguía a un Jedi del resto de la galaxia.

Ver que Yoda dirigía ese día el entrenamiento con el mismo aspecto que tenía un cuarto de siglo antes, cuando dirigió el entrenamiento de Obi-Wan, llenó de calidez al Caballero Jedi.

—No penséis… sentid —instruía Yoda—. Con la Fuerza uno sed.

Obi-Wan, sonriendo, musitó las mismas palabras con que Yoda terminaba su arenga:

—Eso a todos ayudará.

¡Cuántas veces había oído eso!

Seguía sonriendo abiertamente cuando Yoda se volvió hacia él.

—¡Jóvenes, basta! —ordenó el gran Maestro Jedi—. Un visitante tenemos. La bienvenida dadle.

Veinte pequeños sables láser se apagaron y los estudiantes le prestaron atención a la vez, quitándose los cascos y cogiéndolos adecuadamente bajo el brazo izquierdo.

—Maestro Obi-Wan Kenobi —dijo Yoda, con la gravedad suficiente en la voz como para que los jóvenes no se sintieran defraudados.

—¡Bienvenido Maestro Obi-Wan! —dijeron los veinte a la vez.

—Siento interrumpir, Maestro —dijo éste con una ligera reverencia.

—¿Qué ayuda puedo darte?

Obi-Wan meditó un momento en la pregunta. Había ido hasta allí buscando específicamente a Yoda, pero, en ese momento, al ver al diminuto Maestro concentrado en su importante labor, se preguntó si no habría perdido demasiado pronto la paciencia. ¿Era ése el lugar más adecuado para pedirle ayuda a Yoda con una misión que era responsabilidad suya? No necesitó mucho tiempo en olvidar esa duda. El era un Caballero Jedi, y Yoda un Maestro, y sus responsabilidades y las de Yoda eran en el fondo una y la misma. No esperaba que Yoda pudiera ayudarle con su problema, pero siempre estaba lleno de sorpresas, siempre superaba cualquier propósito.

—Busco un planeta que me describió un viejo amigo —explicó, y supo que Yoda asimilaba cada palabra suya. Confío en él y en la información que me proporcionó, pero el sistema no aparece en los mapas del archivo.

Al terminar, le mostró a Yoda el hologlobo que llevaba consigo.

—Un dilema interesante es —respondió Yoda—. Un planeta el Maestro Obi-Wan ha perdido. Qué embarazoso… qué embarazoso. Un dilema interesante es. Alrededor del lector de mapa, reuníos jóvenes. Vuestras mentes despejad y el planeta perdido de Obi-Wan encontrar intentaremos.

Fueron a un cuarto situado a un lado del mirador. En el centro había un pozo estrecho, con un relieve en su boca. Obi-Wan se puso a su lado y colocó el hologlobo en la parte hueca del pozo. Apenas lo puso allí, las persianas se cerraron oscureciendo la habitación y apareció el holograma de un mapa estelar, brillando con claridad.

Obi-Wan hizo una pausa antes de presentar su dilema, permitiendo que los jóvenes superaran la excitación inicial. Observó con diversión que algunos alargaban la mano e intentaban tocar las estrellas proyectadas. Entonces, cuando todos callaron, se dirigió al centro de la proyección.

—Aquí es donde debería estar —explicó—. La gravedad tira hacia este lugar de todas las estrellas cercanas. Aquí debería haber una estrella, pero no la hay.

—Muy interesante —dijo Yoda—. La silueta de gravedad permanece pero desaparecidas están la estrella y sus planetas. ¿Cómo esto puede ser? A ver jóvenes, ¿qué es lo primero que en vuestra mente veis? ¿Una respuesta? ¿Un pensamiento? ¿Alguien?

Obi-Wan captó la muda indicación de Yoda y se calló, observando cómo el Maestro Jedi examinaba a los niños.

Una mano se alzó, y aunque Obi-Wan sintió la necesidad de reírse ante la idea de que un niño solventara un enigma que tenía confundidos a un trío de experimentados Jedi, entre los que se hallaban Yoda y Jocasta Nu, notó que Yoda se comportaba con toda seriedad y concentración.

Yoda asintió al estudiante, que respondió enseguida.

—Que alguien la ha borrado de la memoria del archivo.

—Es verdad —aceptó enseguida otro de los niños—. ¡Eso es lo que ha pasado! ¡La ha borrado alguien!

—Si el planeta hubiera explotado, la gravedad habría desaparecido —dijo otro de los niños.

Obi-Wan miró fijamente al excitado grupo, aturdido, pero Yoda se limitó a reír.

—Maravillosa en verdad la mente de un niño es —explicó—. Simple. Los datos borrarse debieron.

Yoda se movió en dirección a la salida y Obi-Wan le siguió.

Moviendo la mano al pasar junto al pozo lector, cogió el hologlobo con la Fuerza, apagando al instante la escena estelar.

—Al centro del tirón de gravedad ve, y tu planeta allí encontrarás —le aconsejó Yoda.

—Pero, Maestro Yoda, ¿quién ha podido borrar esa información de los archivos? Eso es imposible, ¿verdad?

—Peligroso y preocupante ese enigma es —replicó Yoda frunciendo el ceño—. Sólo un Jedi borrar esos archivos pudo. Pero quién y por qué más difícil de responder es. En ello meditaré. Que la Fuerza te acompañe.

Un millar de preguntas pasaron por la mente de Obi-Wan, pero comprendió que Yoda le despedía. Cada uno tenía un enigma al que enfrentarse, pero al menos el sendero que debía tomar para aclarar el suyo parecía estar más claro. Realizó una deferente inclinación de cabeza, pero Yoda volvía ya a su entrenamiento con los niños, no pareciendo fijarse en él.

Obi-Wan se alejó del lugar.

***

Poco después, y no queriendo perder ni un momento más, Obi-Wan se encontraba en la plataforma de aterrizaje junto al caza que le estaban preparando, un caza de ala delta esbelto y alargado, con diseño en punta de flecha y la carlinga situada muy atrás en la popa. Mace Windu estaba a su lado, y el alto Maestro de severos rasgos miraba a Obi-Wan con su habitual calma y su porte controlado. Había algo reconfortante en él, una sensación de poder y, más que eso, de destino. A su manera, Mace Windu infundía en quienes le rodeaban la sensación de que las cosas acabarían saliendo como debían salir.

—Ten cuidado —dijo a Obi-Wan, inclinando un poco la cabeza mientras hablaba, en una postura que lo hacía parecer aún más impresionante—. La perturbación en la Fuerza es cada vez mayor.

Obi-Wan asintió, aunque, a decir verdad, sus preocupaciones eran en ese momento mucho más concretas y tangibles.

—Estoy preocupado por mi padawan. No está preparado para actuar solo.

Mace asintió, como para recordarle que ya habían hablado de eso.

—Tiene habilidades excepcionales —replicó el Maestro—. El Consejo está seguro de su decisión, Obi-Wan. Por supuesto, aún no se han aclarado todas las dudas que hay sobre él, pero no se pueden negar sus habilidades, y no estamos decepcionados con los progresos que ha realizado bajo tu tutela.

Obi-Wan meditó cuidadosamente esas palabras y volvió a asentir, sabiendo que recorría una fina línea. Si se excedía en su preocupación sobre el temperamento de Anakin, causaría un grave perjuicio a los Jedi y a la galaxia. Aun así, ¿no causaría un daño mayor si permitía que la magnitud de su misión de entrenar a Anakin le hiciera silenciar dudas legítimas?

—Si la profecía es cierta, Anakin será quien traiga el equilibro a la Fuerza —acabó Mace.

—Pero aún tiene mucho que aprender. Su habilidad le ha hecho… bueno… —Obi-Wan hizo una pausa, intentando caminar por esa fina línea— arrogante. Me doy cuenta de que el Maestro Yoda y tú lo sabíais desde el principio. El muchacho era demasiado mayor para empezar el entrenamiento y…

El ceño fruncido en Mace Windu indicaba que podía estar forzando el tema.

—Hay algo más.

Obi-Wan respiró profundamente.

—Maestro, no nos debieron encomendar esta misión a Anakin y a mí. Temo que Anakin no sea capaz de proteger a la senadora.

—¿Por qué?

—Tiene una… una conexión emocional con ella. La tiene desde que era un niño. Y ahora está confuso, y distraído.

Mientras hablaba, Obi-Wan echo a andar hacia su caza. Subió por la escalerilla de la carlinga hasta llegar a su asiento.

—Eso lo has dicho ya —le recordó Mace—. Y tu preocupación se tuvo en cuenta y no cambió la decisión del Consejo. Obi-Wan, debes tener fe en que Anakin tomará el camino adecuado.

Eso tenía sentido, por supuesto. Si Anakin debía convertirse en un gran líder, en la persona de la profecía, debía poner a prueba su carácter. Obi-Wan supo que Anakin pasaba en ese momento por una de esas pruebas, recluido en un planeta distante con una mujer a la que amaba demasiado profundamente. Tenía que ser lo bastante fuerte como para pasar esa prueba; Obi-Wan esperaba que Anakin reconociera el reto como lo que era.

—¿Ha obtenido el Maestro Yoda algún conocimiento sobre si esa guerra tendrá o no lugar? —preguntó, cambiando algo el tema, aunque sintió que todo estaba muy relacionado. Encontrar al asesino, hacer las paces con los separatistas, todas esas cosas deberían permitirle concentrarse en el entrenamiento de Anakin y mantener las cosas algo más calmadas alrededor del conflictivo padawan.

—Sondear en el Lado Oscuro es un proceso peligroso —afirmó Mace—. No sé cuándo decidirá hacerlo, pero es muy posible que, cuando lo haga, permanezca varios días recluido.

Obi-Wan asintió y Mace le dirigió una sonrisa y un saludo.

—Que la Fuerza te acompañe.

—Pon rumbo al anillo hiperespacial, R4 —le dijo Obi-Wan a su droide de navegación, una unidad R4-P conectada al ala izquierda del esbelto caza. *Pongamos en marcha este cacharro*, añadió para sí mismo el Caballero Jedi.

Capítulo 14

Era una escena muy sencilla, niños jugando y adultos tranquilamente sentados al cálido sol, o cotilleando por encima de los setos cuidadosamente podados. Era una escena completamente normal para Naboo, pero en nada parecida a lo que Anakin Skywalker podía haber presenciado antes. En Tatooine las casas eran solitarias y estaban en el desierto, o se amontonaban en ciudades como Mos Eisley, con su ajetreo y su bullicio, y sus colores brillantes y sus personajes coloristas. En Coruscant tampoco había calles como ésta. Allí no había setos y árboles por todas partes, sólo permacreto y edificios viejos, y los cimientos grises de los enormes rascacielos. En ninguno de los dos sitios chismorreaba la gente mientras los niños corrían despreocupadamente a su alrededor.

Para Anakin era una escena sencillamente hermosa.

Volvía a llevar su atuendo de Jedi, por haberse deshecho ya de su ropaje de campesino. Padmé caminaba a su lado, vestida con un sencillo traje azul que sólo parecía realzar su belleza. Anakin no paraba de mirarla, grabando su imagen en la mente para conservarla en un lugar especial. Se daba cuenta de que podría ponerse cualquier cosa y seguiría estando preciosa.

Anakin sonrió al recordar los recargados atuendos que solía llevar Padmé cuando era Reina de Naboo, enormes vestidos de intrincados bordados y adornados con piedras preciosas, tremendas tiaras con plumas, remolinos, curvas y dobleces.

Decidió que la prefería de este modo. Todos los adornos de sus regios atuendos estaban hermosamente diseñados, pero sólo conseguían desviar la atención de la más hermosamente diseñada Padmé. Llevar una gran diadema sólo ocultaba su sedoso cabello castaño. Pintarle el rostro de blanco y de luminoso rojo sólo ocultaba su hermosa piel. Los brocados de los grandes vestidos sólo dejaban borrosa la perfección de sus formas.

Ésta era la manera en que prefería verla, cuando la ropa sólo era el último toque.

—¡Ésa es mi casa! —exclamó Padmé de pronto, arrancando a Anakin de sus agradables ensoñaciones.

Siguió su mirada para ver un edificio sencillo pero elegante, rodeado por enredaderas en flor y setos, como todo lo que había en Naboo. Padmé echó a correr hacia la puerta, pero Anakin no la siguió enseguida. Estudió la casa, cada línea, cada detalle, intentando situarla en el entorno que había creado a la hermosa Padmé. Durante su viaje desde Coruscant, ella le había contado muchas historias sobre su infancia pasada en esa casa, y ahora las recordaba, viéndolas dentro del contexto que tenía delante.

—¿Qué? —le preguntó Padmé a cierta distancia delante de él, cuando notó que no la seguía—. ¡No me digas que eres tímido!

—No, pero… —empezó a responder el distraído Anakin, pero fue interrumpido por los chillidos de dos niñas que salían corriendo del jardín en dirección a su acompañante.

—¡Tía Padmé! ¡Tía Padmé!

Cuando ésta corrió hacia delante, inclinándose para coger en brazos a la pareja de niñas que no debían tener más que unos pocos años de edad, su sonrisa era la más abierta

que le había visto nunca. Una de ellas era algo más alta que la otra. Una tenía el pelo corto, rubio y rizado: la otra, la mayor de las dos, tenía el pelo parecido al de Padmé.

—¡Ryoo! ¡Puuya! —gritó Padmé, abrazándolas y haciéndolas girar en el aire—. ¡Me alegro de veros!

Las besó y las dejó en el suelo, cogiéndolas luego de la mano y llevándolas hasta Anakin.

—Éste es Anakin. ¡Anakin, éstas son Ryoo y Puuya!

El sonrojo de las niñas al saludar tímidamente hizo reír a Padmé y sonreír a Anakin, aunque éste se encontraba tan incómodo como las dos niñas.

La timidez de las niñas sólo duró el tiempo que tardaron en ver al pequeño droide que rodaba tras Anakin, intentando alcanzarlos.

—¡R2! —gritaron al unísono, separándose de Padmé y corriendo hasta el droide saltando sobre él y abrazándolo.

Y R2 parecía igualmente emocionado, pitando y silbando con una felicidad como nunca le había oído Anakin.

Anakin no pudo evitar sentirse conmovido por la escena; era una visión de la inocencia que él nunca había conocido.

Bueno, nunca no, tuvo que admitir. Había veces en que Shmi se las arreglaba para provocar algún instante de alegría en la monótona vida de esclavo en Tatooine. A su manera, su madre y él habían conseguido arrancarle unos instantes de inocente belleza a aquel polvoriento, sucio, ardiente y apestoso lugar.

Pero aquí, esos momentos parecían ser más norma que memorable excepción.

Se volvió hacia Padmé, para ver que ella ya no le miraba, sino que se había vuelto hacia la casa, desde donde se acercaba otra mujer que se parecía mucho a Padmé.

Notó que no era exactamente como Padmé, pues era algo mayor, algo más gruesa, y algo más… ajada, fue la única palabra que se le ocurrió. Pero no en el mal sentido. Sí, pensó, viendo que las dos se abrazaban con fuerza, así era como podía llegar a ser Padmé, más asentada, quizá más satisfecha y, dado el asombroso parecido que había entre ellas, no se sorprendió mucho cuando se la presentó como su hermana Sola.

—Mamá y papá se alegrarán de verte —le dijo Sola a Padmé—. Han pasado unas semanas muy difíciles.

Padmé frunció el ceño. Sabía que la noticia de los atentados contra su vida había llegado a oídos de sus padres y posiblemente fuera eso lo que más le preocupaba.

Anakin vio todo esto en su rostro, y lo entendió, y la amó más por esa generosidad. Ella no tenía miedo a nada. Podía enfrentarse con valor y determinación a la realidad de su situación actual, a la realidad de que alguien intentaba matarla. Pero, aparte de las ramificaciones políticas de semejante distracción y de la manera en que podía debilitar su posición en el Senado, lo que más le preocupaba era, por encima de todo, el efecto que podía tener ese peligro en los seres a los que amaba.

Sabía que ella no quería causar dolor a su familia, y él, que había dejado a su madre como esclava en Tatooine, sabía apreciar eso.

—Mamá está preparando la cena —explicó Sola, notando la incomodidad de Padmé y cambiando rápidamente de tema—. Como siempre, llegas en el momento adecuado.

Sola echó a andar hacia la casa, y Padmé esperó a que Anakin se pusiera a su lado. Le cogió de la mano, alzó la mirada, le sonrió, conduciéndole al interior. R2-D2 rodó detrás de ellos, con Ryoo y Puuya brincando a su alrededor.

El interior de la casa era tan sencillamente maravilloso y lleno de vida y colores suaves como el jardín. No había luces brillantes, ni consolas pitando, ni titilantes pantallas de ordenador. El mobiliario era confortable y cómodo: los suelos estaban hechos de fría piedra y cubiertos de mullidas alfombras.

No se parecía a ningún edificio que hubiera visto en Coruscant, ni a una de esas chozas de Tatooine que tan bien conocía. No, el ver este lugar, esta calle, este patio, ese hogar, dejó al joven padawan todavía más convencido de lo que le había dicho a Padmé no hacía mucho tiempo; que de haberse criado en Naboo, nunca habría salido de allí.

Las siguientes presentaciones fueron algo más incómodas, pero sólo por un momento, mientras Padmé presentaba a Anakin a su padre Ruwee, un hombre de anchos hombros con un rostro que era sencillo y fuerte, a la vez que compasivo. Llevaba cortos los cabellos castaños, pero algo despeinados, con… comodidad. Padmé le presentó luego a Jobal, y Anakin supo que era su madre sin que se lo dijeran. En cuanto la vio, se dio cuenta de dónde había sacado Padmé su sonrisa inocente y sincera, y esa mirada que podía desarmar a una multitud de sanguinarios corsarios gamorreanos. El rostro de Jobal tenía esa misma cualidad consoladora, esa misma generosidad.

Poco después, Anakin, Padmé y Ruwee se sentaban a la mesa, cómodamente silenciosos, escuchando el ajetreo del cuarto contiguo que incluía el ruido de los platos y las jarras de barro y Sola diciendo una y otra vez «Es mucho, mamá». Y cada vez que decía eso, Ruwee y Padmé sonreían cómplices.

—Dudo que se murieran de hambre en el viaje de regreso de Coruscant —dijo una exasperada Sola mientras salía de la cocina, mirando por encima del hombro mientras hablaba. Llevaba un cuenco lleno de comida.

—¿Suficiente para alimentar la ciudad? —preguntó Padmé en voz baja mientras su hermana mayor ponía la fuente sobre la mesa.

—Ya conoces a mamá —fue la respuesta, y el tono le dijo a Anakin que eso no era un caso aislado, que Jobal era toda una anfitriona.

Pese a haber comido recientemente, los alimentos tenían un aspecto, y un olor, tentadoramente bueno.

—Nadie se ha ido nunca hambriento de esta casa —explicó Sola a Anakin.

—Bueno, hubo una persona que sí, una vez —le corrigió Padmé—. Pero mamá fue tras él y lo trajo de vuelta a rastras.

—¿Para darle de comer o para cocinarlo? —replicó el padawan, y los otros tres se le quedaron mirando un momento antes de comprender y estallar en una carcajada.

Todavía seguían riéndose cuando Jobal entró en el cuarto, llevando un cuenco aún más grande lleno de humeante comida, lo cual sólo provocó que se rieran con más fuerza. Pero, entonces, Jobal clavó en su familia una mirada indignada y las risas se acallaron.

—Han llegado a tiempo de cenar —dijo—. Y yo sé lo que eso significa. —Acercó un plato a Anakin y posó una mano en su hombro—. Espero que tengas hambre, Anakin.

—Un poco —respondió, alzando la mirada y dedicándole una cálida sonrisa. La perfecta mirada de gratitud no pasó desapercibida a Padmé, que lanzó un guiño a Anakin cuando éste la miró.

—Está siendo educado, mamá —dijo—. Estamos hambrientos.

Jobal sonrió y asintió, mirando a Sola y a Ruwee que volvieron a reírse. Todo resultaba tan agradable para Anakin, tan natural y tan… tan parecido a lo que siempre había querido en la vida, aunque quizá no lo supiera. Todo era perfecto, completamente perfecto, exceptuando el hecho de que Shmi no estaba allí.

Su rostro se ensombreció al pensar en su madre en Tatooine y pensó en los perturbadores sueños que últimamente atormentaban su descanso. Apartó esos pensamientos y miró a su alrededor, alegrándose de que nadie pareciera haberlo notado.

—Si estáis hambrientos, habéis venido al lugar ideal en el momento ideal —dijo Ruwee, mirando a Anakin—. ¡A comer, hijo!

Jobal y Sola se sentaron y empezaron a pasarse los cuencos de comida. Anakin tomó una buena ración de cada plato. Los alimentos no le eran familiares, pero los olores le decían que no se sentiría decepcionado. Comió en silencio, medio escuchando la conversación a su alrededor. Volvía a pensar en Shmi, en cómo le gustaría traerla aquí, como mujer libre, para que tuviese la vida que tanto se merecía.

Pasó algo de tiempo antes de que Anakin volviera a concentrarse en lo que sucedía en la mesa, gracias a la repentina seriedad en la voz de Jobal al decirle a Padmé:

—Cariño, me alegro tanto de verte sana y salva. Nos tenías muy preocupados.

Anakin alzó la mirada justo a tiempo de ver la intensa mirada de desaprobación de Padmé, y Ruwee, intentando deshacer la tensión antes de que fuera a mayores, puso una mano en el brazo de Jobal y dijo en voz baja:

—Querida…

—¡Lo sé, lo sé! —dijo la repentinamente animada Jobal—. Pero tenía que decirlo. Y ya está hecho.

—Vaya, qué emocionante es esto —dijo Sola aclarándose la garganta, y todo el mundo la miró—. ¿Sabes, Anakin, que eres el primer novio que mi hermana trae a casa?

—¡Sola! —exclamó Padmé, mirando al cielo—. ¡No es mi novio! Es un Jedi asignado por el Senado para protegerme.

—¿Un guardaespaldas? —preguntó Jobal preocupada—. Oh, Padmé, ¿por qué no nos has dicho que era tan grave?

El suspiro de Padmé estaba mezclado con un gruñido.

—Y no lo es, mamá. Te lo prometo. Además, Anakin es un amigo. Hace años que lo conozco. ¿Os acordáis del niño que estaba con los Jedi durante el bloqueo?

Como respuesta se oyeron unos cuantos «ah» de reconocimiento junto a un asentimiento de cabeza. Entonces, Padmé sonrió a Anakin, habló con el énfasis suficiente en la voz como para que éste reconociera que su anterior afirmación, sobre su lugar allí, no era enteramente cierta.

—Ha crecido.

Anakin miró a Sola, y vio que ésta le miraba, observándole. Se removió incómodo en el asiento.

—Cariño, ¿cuándo vas a sentar la cabeza? —continuó diciendo Jobal—. ¿No has tenido ya bastante con esa vida? ¡Pues, yo sí!

—Mamá, no corro peligro —insistió Padmé, cogiendo la mano de Anakin entre las suyas.

—¿Lo está? —preguntó Ruwee a Anakin.

El padawan miró fijamente al padre de Padmé, reconociendo en él una preocupación real. Ese hombre, que evidentemente quería mucho a su hija, se merecía conocer la verdad.

—Sí, me temo que sí.

Apenas abandonaron su boca esas palabras, Anakin notó que Padmé le apretaba la mano con más fuerza.

—Pero no mucho —añadió ella rápidamente, y se volvió hacia Anakin, sonriendo pero como si dijera «esto me lo pagarás más tarde»—. Anakin… —se limitó a decir, con dientes apretados, fijos en esa sonrisa amenazadora.

—El Senado consideró prudente alejarla por un tiempo y ponerla bajo la protección de los Jedi —dijo, con tono casual, sin reflejar el dolor que sentía mientras las uñas de Padmé se hundían en su mano—. Mi Maestro, Obi-Wan, se está ocupando ahora mismo del asunto. Esta situación no tardará en pasar.

Su respiración se tornó más reposada una vez Padmé aflojó la presión, y Ruwee, y hasta Jobal parecieron relajarse. Anakin sabía que había hecho lo correcto, pero se sorprendió al ver que Sola seguía mirándole fijamente, sonriendo como si conociera algún secreto.

Él le dirigió una mirada inquisitiva, pero ella se limitó a sonreír más aún.

***

—A veces me gustaría haber viajado más —admitió Ruwee a Anakin, mientras los dos recorrían el jardín después de cenar—. Pero debo decir que aquí soy feliz.

—Padmé me ha dicho que enseña en la universidad.

—Sí, y antes de eso fui constructor —respondió él con un asentimiento—. También trabajé para el Movimiento de Ayuda a los Refugiados, cuando era muy joven.

Anakin le miró con curiosidad, no muy sorprendido.

—Parecen muy interesados por el servicio público —comentó.

—Naboo es generoso. Me refiero al planeta en sí. Tenemos todo lo que queremos, todo lo que podemos querer. La comida es abundante, el clima confortable, el paisaje es…

—Hermoso.

—Bastante. Somos un pueblo afortunado y lo sabemos. Y esa buena fortuna no debe darse por hecha, así que intentamos compartirla y ayudar. Es nuestra forma de decir que damos la bienvenida a la amistad de los menos afortunados, que no nos consideramos con derecho a lo que tenemos, sino que, más bien, sentimos que nos han bendecido con más de lo que nos merecemos. Y por ello lo compartimos y trabajamos por ello, y al hacerlo nos convenimos en algo que es más grande que nosotros, y así estamos más satisfechos de lo que estaríamos limitándonos a disfrutar de nuestra buena fortuna.

Anakin meditó unos momentos en esas palabras.

—Supongo que pasa lo mismo con los Jedi. Nos han otorgado grandes dones y nos entrenamos duramente para aprovecharlos al máximo. Y después usamos esos poderes que se nos han dado para intentar ayudar a la galaxia, para hacer que todo sea un poco mejor.

—¿Y que las cosas que amamos estén un poco más seguras?

Anakin le miró, comprendiendo lo que quería decirle, y sonrió y asintió. En los ojos de Ruwee vio respeto, y gratitud, y se alegró por ambas cosas. No podía negar la forma en que Padmé miraba a su familia, el amor que parecía brotar de ella cada vez que uno de sus miembros entraba en la misma habitación, y él supo que de no gustarle a Ruwee o Jobal o Sola, su relación con Padmé sufriría.

Por ello se alegraba de haber venido a este lugar, no sólo como compañero de Padmé, sino como protector suyo.

***

Mientras tanto, en la casa, Padmé, Sola y Jobal lavaban los platos y los restos de la comida. Padmé notó la tensión en los gestos de su madre, y supo que en ella pesaban los últimos acontecimientos: los intentos de asesinato, las peleas en el Senado por una cuestión que podía provocar una guerra.

También miró a Sola, para descubrir algún indicio que le indicara cómo contribuir a aliviar la tensión, pero lo único que vio en ella era una evidente curiosidad que la descolocaba más aún que la expresión preocupada de su madre.

—¿Por qué no nos has hablado de él? —preguntó Sola con una sonrisa traviesa.

—¿De qué hay que hablar? —replicó con el tono más casual de que era capaz—. Sólo es un chico.

—¿Un chico? —repitió Sola riéndose—. ¿Has notado la manera en que te mira?

—¡Sola! ¡Cállate!

—Es obvio que siente algo por ti. ¿Me estás diciendo, hermanita, que no te has fijado?

—No soy tu hermanita, Sola —se limitó a decir Padmé, con un tono realmente consternado—. Anakin y yo somos amigos. Nuestra relación es estrictamente profesional.

Sola volvió a sonreír.

—Mamá, ¿quieres decirle que se calle? —estalló Padmé con avergonzada frustración.

Esta vez Sola se echó a reír sonoramente.

—Vale, puede que *no* hayas notado la manera en que te mira. Creo que te da miedo saberlo.

—¡Vale ya!

Jobal se puso entre las dos, y miró a Sola con severidad. Después se volvió hacia Padmé.

—Sola, sólo está preocupada, querida —dijo. Pero sus palabras le parecieron condescendientes, como si su madre todavía siguiera queriendo proteger a una niñita indefensa.

—Oh, mamá, eres imposible —dijo lanzando un suspiro de rendición—. Lo que hago es importante.

—Ya cumpliste con tu servicio, Padmé. Va siendo hora de que te busques una vida propia. ¡Te estás perdiendo muchas cosas!

Padmé echó atrás la cabeza y cerró los ojos, intentando aceptar esas palabras con el mismo espíritu con que se le ofrecían. Por un momento, lamentó haber vuelto para ver los mismos paisajes y oír los mismos consejos de siempre.

Pero sólo por un momento, porque la verdad era que, teniéndolo todo en cuenta, debía admitir que le alegraba tener gente que la quisiera y que se preocupaba tanto por ella.

Sonrió conciliadora a su madre y Jobal asintió, dándole unas suaves palmaditas en el brazo. Se volvió después hacia Sola, y vio que su hermana seguía sonriendo.

¿Qué era lo que veía Sola?

***

—Y ahora dime, hijo, ¿cómo es de grave la situación? —preguntó bruscamente Ruwee cuando se acercaron a la puerta que los conduciría al interior de la casa—. ¿Cuánto peligro corre realmente mi hija?

Anakin no titubeó, dándose cuenta, como se había dado durante la cena, que el padre de Padmé sólo se merecía una respuesta honesta.

—Han atentado dos veces contra su vida. Y todo indica que volverán a hacerlo. Pero antes ni mentía ni intentaba minimizar nada. Mi Maestro está tras la pista de los asesinos. Estoy seguro de que descubrirá quiénes son y que se ocupará de ellos. Esta situación no durará mucho tiempo.

—No quiero que le pase nada —dijo Ruwee, con la gravedad de que sólo es capaz un padre preocupado por su amada hija.

—Tampoco yo —le aseguró Anakin, casi con el mismo énfasis.

***

Padmé miró a su hermana mayor hasta que, finalmente, ésta cedió y preguntó:

—¿Qué?

Estaban solas, mientras Jobal y Ruwee entretenían a Anakin en la salita.

—¿Por qué sigues diciendo esas cosas sobre Anakin y sobre mí?

—Porque son evidentes. Las has visto tú misma… No puedes negarlo.

Padmé suspiró y se sentó en la cama, su postura y su expresión eran toda la confirmación que necesitaba Sola.

—Creía que los Jedi no debían pensar en esas cosas —recalcó Sola.

—Y no pueden.

—Pues, Anakin sí —dijo, y estas palabras hicieron que la mirada de Padmé se cruzara con la de ella—. Sabes que tengo razón.

Padmé meneo la cabeza impotente, y Sola se rió.

—Tú piensas más como un Jedi que él. Y no deberías hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

No sabía si ofenderse o no, al no tener ni idea de a dónde quería llegar su hermana.

—Estás tan metida en tus responsabilidades que no te preocupas para nada por tus deseos. Ni por tus sentimientos por Anakin.

—Tú no sabes lo que siento por Anakin.

—Probablemente tú tampoco. Porque no te permites ni pensar en ello. Ser una senadora y ser novia de alguien no son cosas mutuamente exclusivas, ¿sabes?

—Mi trabajo es importante.

—¿Quién ha dicho que no lo sea? —preguntó Sola, juntando las manos en gesto de paz—. Tiene gracia, Padmé, porque actúas como si lo tuvieras prohibido, y no es así, mientras que Anakin actúa como si no estuviera sometido a una prohibición así, y lo está.

—Te adelantas mucho a los acontecimientos. Anakin y yo sólo llevamos unos días juntos, ¡y antes de eso no lo había visto en diez años!

Sola se encogió de hombros. Su mirada pasó de la sonrisa traviesa que había exhibido desde la cena a una de auténtica preocupación por su hermana. Se sentó en la cama al lado de Padmé y le rodeó los hombres con un brazo.

—No conozco los detalles, y tienes razón, no sé lo que tú sientes. Pero sí que sé lo que él siente, y tú también.

Padmé no la contradijo, limitándose a quedarse sentada, en el calor del abrazo de Sola, mirando al suelo, intentando no pensar.

—Te da miedo —comentó su hermana.

Padmé alzó la mirada, sorprendida.

—¿Qué es lo que te da miedo, hermana? —preguntó Sola con sinceridad—. ¿Te dan miedo los sentimientos de Anakin y las responsabilidades que él no puede rechazar? ¿O te lo dan tus propios sentimientos?

Levantó la barbilla de Padmé, para que las dos pudieran mirarse a los ojos, sus caras separadas por sólo un suspiro.

—No sé lo que sientes —volvió a admitir—. Pero sospecho que es algo nuevo para ti. Algo que te da miedo, pero algo maravilloso.

Padmé no dijo nada, pero sabía que negarlo no sería honesto.

***

—Son mucho que digerir, todos ellos a la vez —le dijo Padmé a Anakin más tarde, cuando estuvieron solos en la habitación de ella. Apenas había desembalado sus cosas, y ahora volvía a meter la ropa en sus bolsas. Pero esta vez era otra ropa. Menos formal que la que debía llevar como representante de Naboo.

—Tu madre es una buena cocinera —replicó Anakin, provocando una mirada de curiosidad en Padmé, hasta que se dio cuenta de que él bromeaba y que había comprendido a la perfección lo que ella le decía.

—Tienes suerte de tener una familia tan maravillosa —dijo Anakin con más seriedad. Después, con una sonrisa burlona añadió—: A lo mejor deberías darle a tu hermana parte de tu ropa.

Padmé le devolvió la sonrisa, pero entonces miró al revoltijo y no pudo mostrarse en desacuerdo.

—No te preocupes —le aseguró ella—. No tardaré mucho.

—Quisiera llegar allí antes del anochecer. Donde sea que esté *allí,* quiero decir —repuso él, mientras seguía estudiando la habitación, sorprendido ante la cantidad de armarios, todos ellos llenos—. Sigues viviendo en casa —repuso, meneando la cabeza—. No me lo esperaba.

—Viajo demasiado. Nunca tuve tiempo para buscar casa propia, y no estoy segura de querer hacerlo. A las residencias oficiales les falta calor humano. No es como esto. Aquí me siento bien. Me siento en casa.

La sencilla alegría de este último comentario dio que pensar a Anakin.

—Yo nunca tuve un verdadero hogar —dijo, hablando más para sí mismo que para Padmé—. Mi hogar siempre estuvo donde estaba mi madre.

Él la miró, y se consoló en su sonrisa compasiva.

Padmé continuó haciendo el equipaje.

—El País de los Lagos es precioso —empezó a explicar ella, pero se detuvo cuando miró a Anakin y le vio sosteniendo un holograma y sonriendo.

—¿Ésta eres tú? —preguntó él, señalando a la niña de la foto, que como mucho tenía siete u ocho años, y estaba rodeada de docenas de pequeñas criaturas verdes y sonrientes, mientras sostenía en brazos a una de ellas.

Padmé se rió y pareció avergonzada.

—Eso es de cuando estaba en un grupo de ayuda en Shadda-Bi-Boran. Su sol estaba en implosión y el planeta se moría. Yo ayudaba a recolocar a los niños. —Se acercó hasta

Anakin y posó una mano en su hombro, señalando al holograma con la otra—. ¿Ves el pequeño que tengo en brazos? Se llamaba N'a-kee-tula, que significa cariño. Estaba tan lleno de vida, como todos esos chicos.

—¿Estaba?

—Nunca fueron capaces de adaptarse —explicó sombría—. Nunca consiguieron vivir fuera de su planeta natal.

Anakin hizo una mueca, y cogió rápidamente otro holograma, uno que mostraba a Padmé unos años después, llevando ropas oficiales y entre dos legisladores más ancianos y vestidos de manera similar. Miró otra vez a la primera imagen, y después a la segunda, notando que la expresión de Padmé era mucho más severa en ésta.

—Mi primer día como aprendiz de legislador —explicó ella y, como si le leyera la mente, añadió—: ¿Notas la diferencia?

Anakin estudió el holograma un momento más, alzó la mirada y se rió al ver que Padmé tenía la misma expresión seria y tensa. Ella también se rió, le apretó el hombro y continuó haciendo el equipaje.

Anakin dejó los hologramas uno al lado del otro, y los miró durante un largo rato. Dos caras de la mujer que amaba.

Capítulo 15

El speeder acuático sobrevolaba el lago con los propulsores inferiores emitiendo sólo un ligero chirrido, casi inaudible. De vez en cuando chocaba con una ola y una fina lluvia bañaba la proa. Anakin y Padmé disfrutaban con el viento y el agua fría, manteniendo los ojos semicerrados, el abundante cabello castaño de la senadora agitándose tras ella.

Paddy Accu conducía al lado de ellos, riéndose con cada salpicadura, los cabellos grises al viento.

—¡Siempre es mejor sobre el agua! —gritó con su voz ronca contra el viento y el ruido del speeder—. ¿Te gusta?

Padmé le dedicó una sonrisa sincera, y el hombre de pelo canoso se inclinó hacia ella apartándose del acelerador.

—Es más divertido si lo apago —explicó—. ¿Crees que te gustará, senadora?

Tanto Padmé como Anakin le miraron con curiosidad, sin comprenderlo totalmente.

—Vamos a la isla —recalcó Anakin, con una nota de preocupación en la voz.

—¡Oh, y os llevaré allí! —dijo Paddy Accu lanzando una risotada. Movió una palanca hacia adelante y el speeder cayó sobre el agua.

—¿Paddy? —preguntó Padmé, y el hombre rió con más fuerza aún.

—¡No me digas que lo has olvidado! —rugió él, apretando el acelerador. El speeder avanzó por el agua, esta vez sin volar con fluidez, sino botando por la ondeante superficie.

—¡Oh, sí! —le dijo Padmé—. ¡Ya me acuerdo!

Tras un momento inicial de sorpresa, en el que miró a Padmé y a Paddy preguntándose si el hombre no tendría oscuras intenciones, Anakin se dejó llevar por el accidentado viaje.

Las salpicaduras de agua eran casi continuas, al romper las olas contra la proa bañándolos.

—¡Es maravilloso! —exclamó Padmé.

Anakin no podía estar en desacuerdo.

—Pasamos demasiado tiempo controlándolo todo —replicó.

Su mente retrocedió a los días de su infancia, en Tatooine, cuando conducía su vaina en las carreras, esquivando el desastre por poco. Esto era algo semejante, y más cuando Paddy, que no parecía tener prisa en llegar al muelle de la isla, desplazaba al speeder en zigzag, inclinándolo a un lado y al otro. Anakin se quedó realmente asombrado por la forma en que la pequeña variante de caer en el agua, en vez de sobrevolarla suavemente, cambiaba la perspectiva de ese viaje. Si bien la tecnología había domado la galaxia, y eso estaba bien en términos de eficiencia y comodidad, la verdad era que con ella también se había perdido algo, esa emoción de vivir al borde del desastre. O la simple sensación táctil de viajar así, rebotando en las olas, sintiendo el viento y el frío del agua en el rostro.

Hubo un momento en que Paddy inclinó tanto el vehículo a un lado que Anakin y Padmé pensaron que acabarían volcando. Anakin casi recurrió a la Fuerza para asegurar la nave, pero se contuvo para poder disfrutar de la emoción.

No volcaron.

Paddy era un conductor experto que sabía cómo forzar su speeder al límite sin volcarlo. Todavía tardó un rato en aminorar la marcha y dejó que se desplazara hacia el muelle de la isla.

Padmé agarró la mano al anciano y se inclinó para besarlo en la mejilla.

—¡Gracias!

Anakin se sorprendió al ver el sonrojo de Paddy a través de la rubicunda piel del hombre.

—Ha sido… divertido —admitió.

—¿Para que habría servido si no lo fuera? —replicó el hombre de aspecto rudo lanzando una carcajada.

Mientras Paddy aseguraba el speeder, Anakin saltó al muelle. Se volvió para ofrecerle la mano a Padmé, ayudándola a mantener el equilibrio mientras ella desembarcaba, llevando el equipaje en la otra mano.

—Yo llevare las bolsas por ti —se ofreció Paddy, y Padmé le miró sonriente—. Tú sube a ver lo que puedes encontrar, no quiero que pierdas el tiempo con estas cosas.

—Perder el tiempo —repitió Padmé. Había una inconfundible añoranza en su voz.

La joven pareja subió por un largo tramo de escalones de madera, pasando junto a terrados de flores y plantas trepadoras. Llegaron a una terraza situada sobre un hermoso jardín, estando al otro lado el resplandeciente lago y las montañas que se elevaban al fondo, en un paisaje azul y púrpura.

Padmé cruzó los brazos y los apoyó en la barandilla para contemplar el maravilloso paisaje.

—Se pueden ver las montañas en el agua —comentó Anakin, meneando la cabeza y sonriendo. El agua estaba inmóvil, la luz era la adecuada, y las montañas reflejadas en el lago eran réplicas casi perfectas.

—Pues, claro —afirmó ella sin moverse.

Él la miró hasta que ella se volvió para devolverle la mirada.

—Para ti será algo evidente —dijo él—. Pero donde yo me crié no hay lagos. Cada vez que veo tanta agua junta, hasta el último detalle de ella…

Terminó la frase meneando la cabeza, evidentemente abrumado.

—¿Te asombra?

—Y es un placer —dijo él con una cálida sonrisa.

Padmé se volvió hacia el lago.

—Supongo que cuesta seguir sintiendo aprecio por algunas cosas —admitió ella—. Pero después de tantos años, sigo viendo la belleza de las montañas reflejadas en el agua. Podría pasarme todo el día mirándolas, todos los días.

Anakin se acercó a la barandilla, poniéndose a su lado, inclinándose muy cerca de ella. Cerró los ojos y aspiró el dulce aroma de Padmé, sintió la calidez de su piel.

—Cuando yo estaba en el tercer curso, solíamos venir aquí en los descansos de verano —dijo ella, señalando a una isla cercana—. ¿Ves esa isla? Solíamos nadar allí todos los días, me encanta el agua.

—A mí también. Supongo que por haberme criado en un planeta desierto.

Volvía a mirarla, llenándose los ojos de su belleza. Se daba cuenta de que Padmé sentía su mirada, pero ella siguió mirando hacia el agua.

—Solíamos tumbarnos en la arena y dejar que el sol nos secara… e intentar adivinar el nombre de los pájaros que cantaban.

—No me gusta la arena. Es áspera y rugosa, irritante. Y se mete en todas partes.

Padmé se volvió para mirarlo.

—Pero no aquí —continuó diciendo Anakin—. Así es en Tatooine, allí todo es así. Pero aquí todo es suave y liso.

Al terminar de decir esto, levantó la mano y acarició el brazo de Padmé, apenas consciente del gesto. La apartó en cuanto se dio cuenta de lo que hacía, pero al ver que ella no ponía objeciones, se permitió seguir cerca. Ella parecía algo vacilante, algo asustada, pero no se apartó.

—En la isla vivía un hombre muy anciano —dijo ella, y sus ojos castaños parecieron mirar muy lejos, a través de los años—. Solía hacer cristal con la arena, y vasijas y collares de ese cristal. Eran mágicos.

Anakin se acercó un poco más a ella, mirándola intensamente hasta que ella se volvió para mirarle.

—Aquí todo es mágico —dijo.

—Podías mirar al cristal y ver el agua, la forma en que se mueve y se agita. Parecía muy real, pero no lo era.

—A veces, cuando crees que algo es real, se convierte en real.

Le pareció a Anakin que ella quería apartar la mirada, pero no lo hizo. En vez de eso, ella se sumergió más y más en los ojos de él, y él en los de ella.

—Yo creía que uno podía perderse si miraba el cristal con demasiada intensidad —dijo ella, con voz que apenas era un susurro.

—Creo que eso es cierto… —dijo moviéndose hacia adelante mientras hablaba, rozando sus labios con los de ella y, por un momento, ella no se resistió, cerró los ojos, perdiéndose en ellos. Anakin continuó, en un beso real e intenso, deslizando lentamente sus labios por los de ella, una y otra vez. Podía perderse en ella, besarla durante horas, por siempre…

Pero entonces. Padmé se apartó, de pronto, como si despertara de un sueño.

—No, no debería haber hecho eso.

—Perdona —dijo Anakin—. Cuando estoy cerca de ti, mi mente deja de ser mía.

Él volvió a mirarla fijamente, iniciando otra vez ese descenso al cristal, perdiéndose en su belleza.

Pero el momento había pasado ya, y Padmé cruzó los brazos y volvió a apoyarse en el balcón, mirando al agua.

***

En cuanto la luz de las estrellas volvió a encogerse, saliendo de su alargamiento a la velocidad de la luz, Obi-Wan Kenobi vio el planeta «desaparecido», justo donde el flujo gravitatorio había predicho que estaría.

—Ahí está, R4, justo donde debía estar —le dijo a su droide astromecánico, que silbó una respuesta desde el ala izquierda del caza—. Nuestro planeta desaparecido, Kamino. Al final resulta que sí alteraron los archivos.

R4 emitió un pitido de curiosidad.

—No tengo ni idea de quién ha podido hacerlo. Puede que ahí abajo encontremos alguna explicación.

Ordenó a R4 que desconectara el anillo hiperespacial, una banda que rodeaba la parte central del caza y que tenía a cada lado un potente motor de hiperimpulso. A continuación condujo con suavidad el Delta-7 en dirección al planeta, examinándolo con sus diversos escáneres.

A medida que se acercaban al planeta, vio que era un mundo océano, sin masas de tierra visibles tras su cubierta de nubes casi sólidas. Examinó sus sensores, buscando cualquier otra nave que pudiera hallarse en las cercanías, no muy seguro de lo que esperaba encontrar. Su ordenador registró una transmisión enviada en su dirección, solicitando que se identificara, y él conectó su radiofaro, transmitiendo toda la información. Un momento después, recibió aliviado una segunda transmisión de Kamino, esta vez con coordenadas de aproximación a un lugar llamado Ciudad Tipoca.

—Bueno, vamos allá, R4. Es hora de encontrar alguna explicación.

El droide lanzó un pitido e introdujo las coordenadas en el ordenador de navegación, y el caza descendió al planeta, atravesando la atmósfera y sobrevolando los mares de rugientes olas azotadas por la lluvia. El viaje a través del tormentoso cielo fue más duro que la entrada en la atmósfera, pero el caza mantuvo el rumbo a la perfección y poco después tenía Obi-Wan su primera visión de Ciudad Tipoca. Era todo cúpulas brillantes y muros elegantemente inclinados, edificada sobre gigantescos pilotes que se alzaban del encrespado mar.

Obi-Wan localizó la plataforma de aterrizaje, pero antes sobrevoló la ciudad en círculos, queriendo observar tan espectacular sitio desde todos los ángulos posibles. Parecía tanto una obra de arte como una obra de ingeniería, práctica a la vez que majestuosa, y el conjunto de la ciudad le recordaba el edificio del Senado y el Templo Jedi en Coruscant. Estaba brillantemente iluminada en los lugares adecuados para acentuar las cúpulas y las curvadas paredes.

—Hay mucho aún que ver, R4 —se lamentó el Jedi.

Había visitado cientos de mundos a lo largo de su vida, pero la contemplación de un lugar tan extraño y hermoso como Ciudad Tipoca sólo le recordaba que aún le quedaban miles y miles de mundos más por ver, demasiados para que una persona pudiera verlos todos ni siguiera dedicándose a ello en exclusiva durante toda su vida.

Por fin, Obi-Wan aterrizó el caza en la plataforma que le habían designado. Se subió la capucha, abrió la carlinga y salió luchando contra la lluvia y el viento, corriendo por el permacreto hasta llegar a la torre situada al otro lado. Una puerta se abrió ante él, derramando una luz brillante, y la atravesó para entrar en una sala blanca brillantemente iluminada.

—Maestro Jedi, me alegro de verle —dijo una voz melodiosa.

Obi-Wan se apartó la capucha que le había ofrecido tan escasa protección contra la lluvia, y se sacudió el agua del pelo. Mientras se enjugaba el rostro, se volvió para mirar a quien le hablaba, deteniéndose al ver la imagen de un kaminoano.

—Soy Taun We —se presentó ella.

Era más alta que Obi-Wan, de un blanco descolorido, asombrosamente esbelta y con líneas elegantemente curvadas, pero no había nada insustancial en ella. Era delgada, sí, pero con una presencia poderosa. Tenía enormes ojos oscuros y casi almendrados, que brillaban con claridad como los de un niño inquisitivo. Su nariz apenas eran dos cortes verticales conectados por uno horizontal, situado en el puente sobre el labio superior. Alargó elegantemente un brazo hacia él, con un movimiento tan fluido como el de un bailarín.

—El Primer Ministro le espera.

Las palabras apartaron por fin la atención de Obi-Wan de su pensativo examen de ese físico extrañamente hermoso.

—¿Me esperan? —preguntó, esforzándose bien poco por ocultar su incredulidad. ¿Cómo era posible que esos seres pudieran estar esperándolo?

—Por supuesto —replicó Taun We—. Lama Su está impaciente por verlo. Después de tantos años, ya empezábamos a creer que no vendría. Venga por aquí, por favor.

Obi-Wan asintió e intentó mantener la calma, ocultando el millón de preguntas que zumbaban en sus pensamientos. *¿Después de tantos años?* ¿Creían que no vendría?

El pasillo estaba casi tan brillantemente iluminado como la sala, pero Obi-Wan encontró la luz extrañamente agradable una vez sus ojos se acostumbraron a ella. Pasaron ante muchas ventanas, y pudo ver a otros kaminoanos muy atareados en salas contiguas, hombres, que se distinguían por una cresta en la cabeza, y mujeres trabajando en muebles cuyos bordes estaban delimitados por una luz resplandeciente, como si esa luz los soportara y definiera. Le asombró lo limpio que era el lugar, todo pulido, brillante y liso. Pero se reservó esas preguntas, impaciente por ver a ese Primer Ministro Lama Su, ante el que parecía estar conduciéndolo Taun We, a juzgar por lo vivo del paso.

La kaminoana se detuvo ante una puerta lateral, y con un gesto de la mano hizo que se abriera, indicando luego a Obi-Wan que pasara delante.

Les recibió otro kaminoano, algo más alto y con la cresta distintiva de los machos. Miró a Obi-Wan, parpadeó con sus enormes ojos y sonrió con calidez. Con un gesto de la mano hizo que una silla de forma ovoide bajara elegantemente del techo.

—Le presento a Lama Su, Primer Ministro de Kamino —dijo Taun We, volviéndose luego hacia el mandatario—. Éste es el Maestro Jedi…

—Obi-Wan Kenobi —terminó él, inclinando deferente la cabeza.

El Primer Ministro indicó la silla que acababa de bajar y se sentó en la suya, pero Obi-Wan permaneció en pie, asimilando la escena que se desarrollaba ante él.

—Espero que disfrute de su estancia aquí —dijo el Primer Ministro—. Nos alegra mucho que haya venido en la mejor parte de la estación.

—Hacen que me sienta bienvenido —repuso el Jedi, sin añadir que si el diluvio de fuera era «la mejor parte de la estación», no querría ver la peor.

—Por favor… —repuso Lama Su volviendo a indicar la silla. El kaminoano siguió hablando cuando por fin se sentó Obi-Wan—. Y ahora hablemos de negocios. Le alegrará saber que todo va según el programa previsto. Ya tenemos listas doscientas mil unidades, y hay otro millón en camino.

La lengua de Obi-Wan pareció volverse torpe dentro de su boca, pero consiguió combatir el tartamudeo, callarse sus preguntas e improvisar.

—Son buenas noticias.

—Supusimos que le complacería.

—Por supuesto.

—Por favor, dígale al Maestro Sifo-Dyas que estamos seguros de que su encargo se entregará en la fecha acordada, y completo. Espero que se encuentre bien.

—Perdón —replicó el abrumado Jedi—. ¿El Maestro…?

—El Maestro Jedi Sifo-Dyas. Seguirá siendo un importante miembro del Consejo Jedi, ¿no?

Obi-Wan reconoció el nombre como perteneciente a un antiguo Maestro Jedi y eso suscitó aún más preguntas en su mente, pero otra vez volvió a dejarlas a un lado y se concentró en mantener hablando a Lama Su para que le proporcionara más información potencialmente valiosa.

—Siento decir que el Maestro Sifo-Dyas fue asesinado hace unos diez años.

Los grandes ojos de Lama Su volvieron a parpadear.

—Oh, siento oír eso. Estoy seguro de que se habría sentido orgulloso del ejército que hemos creado para él.

—¿El ejército? —preguntó Obi-Wan antes de poder pensar bien a dónde conduciría eso.

—El ejército de clones. Y debo decir que es uno de los mejores que hemos creado.

Obi-Wan no sabía hasta dónde podía forzar la situación. Si de verdad había sido Sifo-Dyas quien encargó un ejército de clones, ¿cómo era posible que no hubieran dicho nada ni el Maestro Yoda ni los demás? Antes de su muerte, Sifo-Dyas había sido un poderoso Jedi, ¿pero tanto como para actuar por su cuenta en un asunto tan importante como ése?

Estudió a sus dos acompañantes, recurriendo incluso a la Fuerza para poder sentirlos mejor. Todo parecía abierto y honesto en ese lugar, así que decidió seguir su instinto y mantener la conversación.

—Dígame, Primer Ministro, cuando mi Maestro se puso en contacto con ustedes para crear este ejército, ¿les dijo para quién era?

—Por supuesto —comentó el kaminoano sin sospechar nada—. El ejército es para la República.

Obi-Wan estuvo a punto de exclamar «¡La República!», pero su disciplina le permitió ocultar su sorpresa, junto con el tumulto de sus pensamientos, una tormenta que rugía con tanta fuerza como la del exterior. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Un ejército de clones para la República? ¿Encargada por un Maestro Jedi? ¿Estaba al tanto el Senado? ¿Lo estaban Yoda o el Maestro Windu?

—Comprenderán la responsabilidad en que incurren al crear un ejército así para la República —dijo, intentando cubrir su confusión—. Esperamos y queremos lo mejor.

—Por supuesto, Maestro Kenobi —dijo Lama Su, con tono confidente—. Debe estar usted impaciente por examinar personalmente las unidades.

—Para eso estoy aquí —respondió Obi-Wan. Se levantó a una indicación de Lama Su y les siguió a él y a Taun We fuera de la sala.

***

Una espesa hierba salpicada por flores de todas formas y colores adornaba el prado de la colina. Más allá brillaban cascadas que se derramaban en el lago, y desde donde estaban podían verse otros muchos lagos en las distantes colinas que se perdían en el horizonte.

Los molinillos flotaban arrastrados por la cálida brisa, y esponjosas nubes se arrastraban por el luminoso cielo azul. Era un lugar lleno de vida y amor, lleno de calor y suavidad.

Para Anakin Skywalker era un lugar que reflejaba a Padmé Amidala a la perfección.

Una manada de shaak pastaba satisfecha cerca de allí, ignorando a la pareja. Eran bestias mansas, cuadrúpedos de curioso aspecto, con cuerpos grandes e hinchados. Los insectos zumbaban en el aire, demasiado atareados con las flores como para dedicar tiempo a molestar a Anakin o a Padmé.

Padmé se sentó en la hierba, cogiendo flores con aire distraído, y formando un ramo con ellas para olerlas. De vez en cuando miraba a Anakin, pero sólo un breve instante demasiado temerosa de que él lo notase. Le encantaba la manera en que él reaccionaba ante ese lugar, ante todo Naboo y su sencilla alegría la obligaba a ella a ver las cosas tal y como las veía de niña, antes de que el mundo real la empujara a un puesto de responsabilidad. Le sorprendía que un padawan de Jedi pudiera ser tan…

No encontraba la palabra adecuada. ¿Despreocupado? ¿Alegre? ¿Animado? ¿Una combinación de las tres?

—¿Y bien? —dijo de pronto Anakin, haciendo que Padmé volviera a pensar en la pregunta que acababa de hacerle.

—No lo sé —dijo ella con intención, exagerando a propósito su frustración.

—¡Seguro que lo sabes! ¡Eso es que no quieres decírmelo!

Padmé no pudo evitar una risita.

—¿Vas a usar conmigo uno de tus trucos mentales de Jedi?

—Sólo funcionan en los seres de voluntad débil. Y tú eres cualquier cosa menos eso —repuso él, con una mirada inocente a la que Padmé no supo resistirse.

—De acuerdo —se rindió—. Yo tenía doce años. Él se llamaba Palo. Los dos estábamos en el Programa de Jóvenes Legisladores. Él era algo mayor que yo… —Cerró los ojos al terminar, provocando a Anakin con su repentina intensidad—. Era muy guapo —dijo, haciendo que su tono fuera intencionadamente seductor—. Con el pelo oscuro y rizado… ojos de ensueño…

—¡Vale, ya me hago una idea! —exclamó el Jedi, agitando los brazos desesperado. Pero se calmó un instante después, y volvió a sentarse con más seriedad—. ¿Qué fue de él?

—Yo entré en el servicio público. El se convirtió en artista.

—Puede que él fuera el más listo de los dos.

—No te gustan los políticos, ¿verdad? —preguntó ella, con algo de rabia en la voz, pese al cálido viento y el idílico lugar en que estaban.

—Me gustan dos o tres. Pero no estoy muy seguro de uno de ellos.

Su sonrisa era completamente embaucadora y Padmé tuvo que esforzarse por mantener cualquier semejanza de indignación contra él.

—No creo que el sistema funcione —acabó de decir Anakin, como si constatara algo.

—¿De verdad? —replicó ella sarcástica—. Bueno, ¿y cómo harías tú que funcionase?

Anakin se levantó repentinamente serio.

—Necesitamos un sistema en el que los políticos se sienten a discutir los problemas, decidan qué es lo mejor para el pueblo y después lo hagan —dijo, como si fuera algo lógico y sencillo.

—Eso es precisamente lo que hacemos —fue la segura respuesta de Padmé.

Anakin la miró dubitativo.

—El problema es que la gente no está siempre de acuerdo. De hecho, rara vez lo está.

—Entonces habría que obligarles a que lo estuvieran.

Esa afirmación la pilló algo desprevenida. Tan convencido estaba él de tener todas las respuestas que… No, dejó a un lado esa preocupante idea.

—¿Quién? ¿Quién iba a obligarles a eso?

—No sé —respondió él, agitando las manos en evidente frustración—. Alguien.

—¿Tú?

—¡Pues claro que yo no!

—Pero alguien.

—Algún otro.

—Eso se parece mucho a una dictadura —dijo Padmé ganando el debate. Observó a Anakin, mientras una sonrisa traviesa empezaba a pintarse en su rostro.

—Bueno —dijo él con calma—, si eso funciona…

Padmé intentó ocultar su sorpresa. ¿Qué estaba diciendo? ¿Cómo podía creer en eso? Lo miró fijamente, y él le devolvió una mirada severa, pero no pudo aguantarse y estalló en carcajadas.

—¡Te estabas burlando de mí!

—¡Qué va! —dijo Anakin, echándose hacia atrás y cayendo para sentarse en la blanda hierba, alzando las manos en gesto defensivo—. Estoy demasiado asustado como para meterme con una senadora.

—¡Mira que eres malo!

Alargó la mano para coger una fruta y se la tiró, y cuando él la cogió le tiró otra y luego otra.

—Siempre estás muy seria —se burló Anakin, y empezó a hacer malabarismos con la fruta.

—¿Que soy muy seria?

Era una incredulidad fingida, porque en gran medida estaba de acuerdo con esa afirmación. Se había pasado toda la vida viendo a personas como Palo seguir los dictados de su corazón, mientras ella seguía los del deber. Era cierto que había conocido grandes triunfos y alegrías, pero todos ellos estaban primero envueltos en las extravagantes ropas de Reina de Naboo, y ahora en las interminables responsabilidades de un senador galáctico. Puede que sólo quisiera deshacerse de esas ataduras, esos ropajes, y sumergirse en las brillantes aguas, aunque sólo fuera para sentir su frío consuelo, aunque sólo fuera para poder reír.

Cogió otra pieza de fruta y se la tiró a Anakin, y él la cogió poniéndola a continuación junto a las otras. Y después otra, y otra, hasta que le lanzaba tantas que él perdió el control, e intentó inútilmente esquivar los frutos.

Padmé tuvo que agarrarse el estómago de lo fuerte que se reía. Atrapado en el momento, Anakin se puso en pie y echo a correr, cruzándose con un shaak y asustándolo con su entusiasmo.

El animal normalmente pasivo lanzó un bufido y se puso a perseguirle mientras él corría en círculos, subiendo a la colina.

Padmé se paró y pensó en ese momento, en ese día, y en su acompañante. ¿Qué estaba pasando allí? No podía descontar las punzadas de culpabilidad que sentía por estar allí jugando sin ningún objetivo en mente, mientras otros se esforzaban en luchar contra el Acta de Creación Militar, o mientras Obi-Wan Kenobi exploraba la galaxia buscando a quienes deseaban matarla.

Debería estar lejos de allí, en alguna otra parte, haciendo algo.

Sus pensamientos volvieron a desvanecerse en otro estallido de incrédula risa cuando reaparecieron Anakin y el shaak, esta vez cabalgando el Jedi a la bestia, con una mano aferrándose a un pliegue de su carne y la otra levantada y agitándola hacia atrás para no

perder el equilibrio. ¡Lo que hacía que la escena fuera más ridícula aún, Anakin montando al revés de cara a la cola del shaak!

—¡Annie! —gritó ella asombrada. Una chispa de preocupación se oyó en su voz cuando volvió a llamarlo, pues el shaak se alejaba al galope y Anakin intentaba ponerse en pie sobre su lomo.

Casi lo consigue, pero entonces la enorme criatura se paró de golpe y él salió por los aires, cayendo al suelo.

Padmé lanzó un aullido de risa, agarrándose el estómago.

Pero Anakin permaneció inmóvil.

Ella se calló y se le quedó mirando, asustada de pronto. Se levantó, pensando que el mundo se desmoronaba a su alrededor, y corrió en su auxilio.

—¡Annie! ¡Annie! ¿Estás bien?

Padmé le dio la vuelta con suavidad. Estaba inmóvil.

Y entonces el Jedi puso una expresión completamente estúpida y estalló en risotadas.

—¡Oh! —gritó Padmé, y le dio un puñetazo.

Él le cogió la mano y tiró de ella, acercándosela, y ella se derrumbó voluntariamente sobre él, luchando con furia.

Anakin consiguió por fin rodar sobre ella y sujetarla, y Padmé dejó de forcejear, consciente de pronto de su cercanía. Ella le miró a los ojos y notó la presión de su cuerpo contra el de ella.

Anakin se sonrojó y la soltó, apartándose, pero entonces se levantó y alargó una mano hacia ella con toda seriedad.

Padmé había perdido toda consciencia de sí misma. Miró con fijeza a los ojos azules de Anakin, admitiendo por fin la verdad. Cogió su mano y le siguió hasta el shaak que volvía a pacer satisfecho.

Anakin se subió a su lomo y ayudó a que Padmé se subiera tras él, y cruzaron el prado, rodeándole ella la cintura con los brazos, apretando su cuerpo al de él y con un remolino de emociones y dudas bulléndole en la cabeza.

***

Padmé se sobresalió al oír la llamada en la puerta. Sabía quién era, y sabía que estaba a salvo, de todo menos de sus propios sentimientos.

Volvió a repasar mentalmente lo sucedido esa tarde en el prado, sobre todo el viaje en el shaak, cuando Anakin la trajo de vuelta al parador. Durante ese recorrido, Padmé no se había escondido tras una máscara de negación, ni detrás de nada. Sentada tras Anakin, rodeándole la cintura, apoyando la cabeza en su hombro, se había sentido a salvo y segura, completamente satisfecha y…

Tuvo que respirar profundamente para evitar que le temblase la mano cuando la alargó hacia el picaporte.

Abrió la puerta y lo único que pudo ver fue la alta esbelta silueta recortada contra el sol poniente.

Anakin se movió un poco, bloqueando el brillo rosado lo bastante como para que Padmé pudiera ver su sonrisa. Él empezó a entrar, pero ella no se movió. No era una decisión consciente: estaba como en trance, pareciéndole que el sol en vez de ponerse tras el horizonte lo hacía tras los hombros de Anakin, como si fuera lo bastante grande como para apagar el día. Llamas anaranjadas bailaban alrededor de su silueta, embotando la distinción entre Anakin y la eternidad.

Padmé tuvo que recordarse conscientemente que debía respirar. Dio un paso atrás y Anakin entró en la cabaña, ajeno al maravilloso momento que ella acababa de experimentar. Sonreía travieso, y ella se sintió avergonzada por alguna razón. Se preguntó por un momento si no debía haberse puesto otro vestido, pues el traje de noche que llevaba era negro y descubría los hombros, mostrando su piel. También llevaba un pañuelo negro al cuello, cuya tela colgaba por todo el frente del vestido, tapándole el escote.

Se dispuso a cerrar la puerta, pero hizo una pausa y miró al lago, al tono rosado que se filtraba por las relucientes aguas.

Cuando se volvió, Anakin ya estaba junto a la mesa, examinando el cuenco de fruta y la forma en que Padmé había dispuesto la mesa. Observó cómo él miraba uno de los flotantes orbes luminosos, cuya luz aumentaba a medida que la luz del sol disminuía fuera. Lo tocó juguetón, sin pensar en que ella, o algún otro, podían estar mirándole, y su sonrisa se amplió cuando el orbe se apartó de su dedo, alargando la suave esfera de luz.

Los siguientes momentos en que se limitó a contemplar a Anakin fueron muy placenteros para Padmé, pero los que vinieron a continuación, cuando descubrió que él le devolvía la mirada, con una expresión tan profunda como juguetona le resultaron algo más que un poco incómodos.

No tardaron en sentarse a la mesa, el uno frente al otro. Dos de las mujeres del local, Teckla y Nandi, les sirvieron la comida, mientras Anakin le contaba algunas de las aventuras que había vivido en los últimos diez años, entrenándose y viajando con Obi-Wan.

Padmé escuchó atenta, cautivada por el don que tenía Anakin para la narración. Pero ella quería referirse a algo más. Quería hablar de lo que pasó en el prado, intentar comprenderlo con Anakin, compartir con él la solución tal y como habían compartido esos momentos y emociones descontroladas. Pero no pudo empezar a hacerlo, y se limitó a dejar que él siguiera hablando, contentándose con disfrutar con sus historias.

El postre era el favorito de Padmé, fruta shuura de color amarillo cremoso, jugosa y dulce. Sonrió cuando Nandi puso un cuenco delante de ella.

—Y cuando fuimos allí, nos sumimos en… —Anakin hizo una pausa, sonriendo irónicamente, atrayendo toda la atención de Padmé—. Negociaciones agresivas —terminó, dándole luego las gracias a Teckla cuando ella puso el postre de fruta ante él.

—¿Negociaciones agresivas? ¿Qué es eso?

—Ah, bueno, negociaciones con un sable láser —dijo el padawan, sin perder la sonrisa irónica.

—Oh —dijo Padmé con una risa, y atacó el postre, clavándole el tenedor.

El shuura se movió y el tenedor se clavó en el plato. Algo desconcertada, Padmé volvió a pincharlo.

Y se movió.

Miró a Anakin, y vio que éste se esforzaba para no reírse, mirando a su propio plato con aire demasiado inocente.

—¡Has sido tú!

—¿El qué? —repuso él, alzando la mirada con expresión desconcertada.

Ella lanzó un bufido, señalándolo con el tenedor y agitándolo amenazadoramente. Y entonces pinchó de pronto el shuura.

Pero Anakin fue más rápido. El fruto se deslizó a un lado y ella pinchó el plato. Antes de que pudiera volver a regañarlo, el fruto se alzó en el aire, flotando ante ella.

—¡Eso! —respondió Padmé—. ¡Y ahora estate quieto!

Pero no pudo mantener por más tiempo su rabia fingida, y se rió apenas lo dijo. Anakin también se echó a reír. Padmé alargó la mano hacia la flotante fruta, atisbándole.

Él movió los dedos y la fruta esquivó la mano de ella.

—¡Anakin!

—Si el Maestro Obi-Wan estuviera aquí, se pondría muy gruñón —admitió el padawan, recogiendo la mano, haciendo que el shuura flotara sobre la mesa hasta él—. Pero no está aquí.

Cortó la fruta en varias rodajas, y recurriendo a la Fuerza hizo flotar un pedazo hasta ella, que le dio un bocado en el aire.

Padmé se rió, y Anakin también. Acabaron el postre con muchas miradas fugaces, y después, cuando Teckla y Nandi volvieron para limpiar los platos, la pareja se retiró hasta la zona de descanso, donde había cómodos sillones y un sofá, al lado de una chimenea donde ardía un buen fuego.

Teckla y Nandi acabaron y se despidieron de la pareja, y cuando estuvieron a solas, completamente a solas, la tensión volvió casi de inmediato.

Ella deseaba desesperadamente que él la besara, y era precisamente ese sentimiento sin control lo que la detenía en seco. Sabía que eso no estaba bien, pese a lo que pudiera decirle el corazón. Los dos tenían en ese momento responsabilidades mucho mayores: ella enfrentarse a la continuada división de la República, y él continuar con su entrenamiento de Jedi.

—No —repitió, alzando un dedo protector, cuando él se acercó testarudo a ella.

Él se apartó, la frustración evidente en sus rasgos juveniles.

—Desde el momento en que te conocí, hace todos esos años, no ha pasado ni un solo día sin que pensase en ti —dijo con una intensa voz ronca y un brillo en los ojos que la traspasaba—. Y ahora que vuelvo a estar contigo, sufro. Cuanto más cerca estoy de ti, más sufro. La idea de no estar contigo hace que se me revuelva el estómago y se me

seque la boca. ¡Me siento mareado! ¡Me cuesta respirar! Me atormenta el beso que nunca debiste darme. Mi corazón late esperando que ese beso no se convierta en una cicatriz.

La mano de Padmé cayó lentamente a un lado y se quedó allí, mientras ella escuchaba asombrada la honestidad con que se abría ante ella, desnudándole el corazón aunque sabía que ella podía partírselo en dos con una sola palabra. Se sintió honrada por la idea y muy conmovida. Y tenía miedo.

—Estás dentro de mi alma, atormentándome —continuó diciendo Anakin, con un tono que no tenía nada de falso. No era un truco para ganarse sus favores carnales, era algo muy honesto y directo, refrescante para una mujer que se había pasado la mayor parte de su vida atendida por ayudantes cuyo trabajo era complacerla, y reuniéndose con dignatarios cuyos planes nunca resultaban ser lo que aparentaban.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó él en voz queda—. Haré todo lo que me pidas.

Padmé apartó la mirada, abrumada, encontrando seguridad en el baile de las llamas de la chimenea. El silencio se prolongó incómodamente durante largos momentos.

—Dime si sufres tanto como yo —barbotó Anakin.

Padmé se volvió para mirarle, superada por sus propias frustraciones.

—No puedo —dijo, apartándose e intentando recuperarse—. No podemos —dijo con toda la calma de que era capaz—. No es posible.

—Todo es posible —replicó él, inclinándose hacia adelante—. Padmé, por favor, escucha…

—Escucha tú —le regañó ella. De algún modo, el oír su propia negativa le dio fuerzas. Unas fuerzas que necesitaba—. Vivimos en el mundo real. Vuelve en ti, Annie. Tú aprendes para convertirte en Jedi. Yo soy senadora. Si sigues esa línea de tu pensamiento hasta su conclusión final, eso nos llevaría a un sitio al que no podemos ir… independientemente de lo que podamos sentir el uno por el otro.

—¡Entonces sientes algo!

Padmé tragó saliva.

—A los Jedi no se os permite casaros —señaló ella, necesitada de desviar la atención de sus sentimientos en ese momento agotador—. Te expulsarían de la Orden. Y no permitiré que renuncies a tu futuro por mí.

—Me pides que sea racional —replicó Anakin sin el menor titubeo.

Su seguridad y atrevimiento pillaron un poco por sorpresa a Padmé. En el hombre que tenía delante ya no había ni rastro del niño. Sintió que perdía un poco más el control.

—Eso es algo que no puedo hacer —siguió diciendo él—. Créeme, ojalá pudiera desear no tener estos sentimientos. Pero no puedo.

—No pienso ceder ante esto —dijo ella, con toda la convicción que pudo reunir. Terminó la frase con la mandíbula apretada, sabiendo que le correspondía ser la fuerte de los dos, más por el bien de Anakin que por el suyo propio—. Ahora tengo cosas más importantes que hacer que enamorarme.

Él se apartó, pareciendo herido, y ella hizo una mueca. Él se quedó mirando a las llamas, y su rostro reflejó su agonía mientras intentaba encontrar una solución. Ella sabía que debía encontrar una manera de resquebrajar su resolución.

—No tiene por qué ser así —dijo al final—. Podríamos mantenerlo en secreto.

—Entonces viviríamos una mentira, una que no podríamos mantener ni aunque lo quisiéramos. Mi hermana se dio cuenta, y también mi madre. Yo no podría hacer eso. ¿Y tú Anakin? ¿Podrías vivir así?

Él la miró fijamente por un momento, y volvió la vista a las llamas, con aire derrotado.

—No, tienes razón —admitió al final. Eso nos destruiría.

Padmé apartó la mirada y también la fijó en el fuego. ¿Qué es lo que acabaría por destruirla, por destruirlos?, tuvo que preguntarse. ¿Los actos o los pensamientos?

Capítulo 16

—¡Oooh! —exclamó Boba Fett, corriendo por la plataforma de aterrizaje para mirar de cerca al esbelto caza.

—Una hermosa nave —admitió Jango acelerando el paso para alcanzar a su hijo, estudiando la nave a cada zancada. Se fijó en las insignias y en el diseño, en la potencia de fuego extra y especialmente, en el droide astromecánico que silbaba feliz, conectado al ala izquierda.

—Es un Delta-7 —anunció el excitado Boba, señalando a la posición trasera de la carlinga.

Jango asintió, satisfecho de que su hijo se tomara en serio sus enseñanzas. Eran naves de diseño reciente, tan nuevas que aún no les habían puesto motores de hiperimpulso, se dio cuenta Jango, y miró sin pensar al nublado cielo, preguntándose si no habría alguna otra nave arriba. Apartó ese pensamiento y se volvió hacia Boba.

—¿Y qué me dices del droide? ¿Puedes identificar la unidad?

Boba se subió a un costado del caza y estudió las insignias por un momento, antes de volverse hacia su padre, posando un dedo en los fruncidos labios y una expresión intensa en el rostro.

—Es un R4-P —dijo.

—¿Y es un droide habitual en este tipo de caza?

—No —respondió Boba sin titubear—. Un piloto de Delta-7 suele usar un R3-D. Es mejor a la hora de mantener los cañones fijos en el blanco, y el caza es tan maniobrable que el manejo de los cañones láser se vuelve complicado. ¡He leído que con este caza hay pilotos que han acabado por disparar contra el morro de su propia nave! Puede hacer un viraje en tonel, y dar vueltas y vueltas, pero el giro manual no está bien compensado…

Mientras hablaba, movía los brazos el uno sobre el otro y alrededor, mezclándolos delante de sí mismo.

Jango apenas escuchaba los detalles, aunque le emocionaba que Boba se aprendiera con tantas ganas sus enseñanzas.

—¿Y si el piloto no necesitase la habilidad artillera extra de un R3-D? —preguntó.

Boba le miró con curiosidad, como si no le entendiera.

—¿No sería el R4 una elección mejor?

—Sí —fue la respuesta.

—¿Y qué piloto no necesitaría la habilidad artillera extra de un droide?

Boba le miró fijamente, pero entonces una sonrisa cruzó su rostro.

—¡Tú! —barbotó, pareciendo muy complacido consigo mismo.

Jango aceptó el cumplido con una sonrisa apreciativa, y además era cierto. Jango podía pilotar cualquier caza, y de tener la oportunidad de volar un Delta-7 seguramente preferiría el R4-P al R3-D. Pero en aquel momento no pensaba en eso, pues sabía que había otro tipo de piloto, un piloto con sentidos aguzados, que también preferiría un mejor droide de navegación en perjuicio de un droide artillero.

Jango Fett volvió a mirar al cielo, preguntándose si no habría una hueste de Jedi a punto de descender sobre Ciudad Tipoca.

***

Grandes hileras de esferas de cristal se perdían en la inmensa sala hasta el confín de la visión de Obi-Wan. Cada esfera contenía un embrión suspendido en fluidos, y cuando el Jedi recurrió a la Fuerza sintió en ellos fuertes oleadas de energía vital.

—La incubadora —afirmó más que preguntó.

—La primera fase, evidentemente —replicó Lama Su.

—Impresionante.

—Esperaba que le complaciera, Maestro Jedi —dijo el Primer Ministro—. Los clones pueden pensar de forma creativa. Descubrirá que son inmensamente superiores a los droides, y que los nuestros son los mejores de toda la galaxia. Hemos perfeccionado nuestros métodos a lo largo de muchos siglos.

—¿Cuántos hay? —preguntó Obi-Wan—. Aquí, quiero decir.

—Tenemos varias incubadoras por toda la ciudad. Por supuesto, ésta es la fase más crucial, aunque, con nuestras técnicas, esperamos una tasa de supervivencia de más del noventa por ciento. Muy a menudo, hay toda una tanda que desarrolla una… una tara, pero esperamos que la producción de clones permanezca estable, y con nuestros métodos de crecimiento acelerado, todos los que tiene delante madurarán y estarán listos para el combate en poco más que una década.

Tenemos doscientas mil unidades preparadas, y hay otro millón en camino. El anterior comentario de Lama Su resonó ominosamente en los pensamientos de Obi-Wan. Un centro de producción de lo más eficiente y produciendo una cantidad constante de guerreros soberbiamente entrenados y condicionados. Las implicaciones eran abrumadoras.

Obi-Wan miró al embrión más cercano, flotando satisfecho en su fluido, encogido y chupándose el pulgar. Dentro de diez cortos años, esa criaturita, ese hombrecito, sería un soldado que mataría y, al que, probablemente, acabarían matando.

Se estremeció y miró a su guía kaminoano.

—Sigamos —le pidió Lama Su, caminando por el pasillo.

La siguiente etapa del recorrido era una enorme sala, con pupitres en filas pulcras y ordenadas, donde estaban sentados numerosos aprendices. Todos parecían tener unos diez años de edad. Todos vestían igual, todos llevaban el mismo corte de pelo, todos tenían los mismos rasgos, postura y expresión. Obi-Wan miró instintivamente a las resplandecientes paredes blancas de la enorme sala, casi esperando ver espejos en ellas, en una ilusión óptica que hiciera que un único niño pareciera ser muchos.

Los aprendices estaban enfrascados en sus tareas y apenas dedicaron a los visitantes algo más que un rápido vistazo.

Disciplinados, pensó Obi-Wan. *Mucho más que cualquier niño normal*.

Otro pensamiento acudió a él.

—Habló de crecimiento acelerado…

—Oh, sí, es esencial —replicó el Primer Ministro—. De no ser así, un clon maduro necesitaría toda una vida para crecer. Ahora podemos hacerlo en la mitad de tiempo. Las unidades que verá ahora mismo se empezaron hace diez años, cuando Sifo-Dyas hizo el pedido, y ya están maduros y preparados para cumplir con su deber.

—¿Y éstos se empezaron hace cinco años? —razonó el Jedi, y Lama Su asintió.

—¿Desea inspeccionar ya el producto final? —preguntó el Primer Ministro, y Obi-Wan pudo notar la excitación en su voz; era evidente que estaba orgulloso de su éxito—. Quisiera tener su aprobación antes de hacer la entrega.

La insensibilidad de la situación afectó profundamente a Obi-Wan. *Unidades. Producto final*. Estaban hablando de seres vivos. Seres que vivían, respiraban y pensaban. El hecho de que se crearan clones para semejante propósito, con ese tipo de control, robándoles hasta la mitad de su infancia en bien de la eficiencia, atacaba a su concepción del bien y del mal. Y que todo eso lo hubiera empezado un Maestro Jedi lo hacía demasiado difícil de comprender.

La siguiente etapa del recorrido les llevó al comedor, donde centenares de clones adultos, todos hombres jóvenes de la edad de Anakin, se sentaban en pulcras filas, vestidos de negro, comiendo la misma comida de la misma manera.

—Descubrirá que son completamente obedientes —decía Lama Su, sin darse cuenta de la incomodidad del Jedi—. Por supuesto, modificamos su estructura genética para hacerlos menos independientes que el original.

—¿Quién fue el original?

—Un cazador de recompensas llamado Jango Fett —dijo Lama Su sin dudarlo—. Pensamos que la elección ideal habría sido un Jedi, pero Sifo-Dyas eligió personalmente a Jango Fett.

La idea de que podrían haber empleado un Jedi casi paralizó a Obi-Wan. ¿Un ejército de clones poderosos en la Fuerza?

—¿Dónde está ahora ese cazador de recompensas?

—Vive aquí. Pero es libre de ir y venir según le apetezca.

Siguió caminando mientras hablaba, conduciendo a Obi-Wan por un largo pasillo lleno de tubos estrechos y transparentes.

El Jedi contempló con asombro cómo esos clones subían a esos tubos y se acomodaban dentro, cerrando los ojos y echándose a dormir.

—Muy disciplinados —comentó.

—Ésa es la clave —replicó Lama Su—. Disciplinados, pero con la capacidad de pensar de manera creativa. Es una combinación poderosa. Sifo-Dyas nos explicó la aversión de los Jedi a dirigir droides. Nos dijo que los Jedi sólo podían mandar un ejército de formas de vida.

¿Y querían un Jedi como original?, pensó Obi-Wan, sin decirlo en voz alta. Respiró profundamente, preguntándose cómo podía el Maestro Sifo-Dyas, cómo podía cualquier

Jedi, cruzar voluntaria y unilateralmente esa línea y crear *cualquier* ejército de clones. Obi-Wan se dio cuenta de que debía contener su necesidad de obtener una respuesta directa a eso, y limitarse a escuchar y observar, recabando toda la información que pudiera para ser desentrañada entre el Consejo Jedi y él.

—¿Así que Jango Fett se quedó voluntariamente en Kamino?

—La decisión fue suya. Además de su paga, que puedo asegurarle que es considerable, Fett sólo nos pidió una cosa: un clon sin modificar. Curioso, ¿verdad?

—¿Sin modificar?

—Duplicación genética pura —explicó el Primer Ministro—. Sin que se le manipulara su estructura para hacer que sea más dócil. Y sin acelerar su crecimiento.

—Me gustaría conocer a ese Jango Fett —dijo Obi-Wan, tanto para sí mismo como para Lama Su.

Estaba intrigado. ¿Quién sería ese hombre seleccionado por Sifo-Dyas como perfecta fuente para un ejército de clones?

Lama Su miró a Taun We, que asintió y dijo:

—Estaré encantada de poder organizarlo.

La mujer se alejó entonces de ellos, mientras los dos continuaban el recorrido, mostrando Lama Su a Obi-Wan la práctica totalidad de la rutina de los clones en los diferentes niveles de su desarrollo. La culminación del mismo llegó cuando Taun We se reunió con ellos en una balconada protegida del brutal viento y la lluvia, y que daba a un enorme patio de desfiles. Bajo ellos desfilaban miles y miles de soldados clones con la precisión de droides programados, vestidos con armadura blanca y llevando cascos que les tapaban la cara. Formaciones enteras, cada una de ellas compuesta por centenares de soldados, que se movían como una sola.

—Magníficos, ¿verdad? —dijo Lama Su.

Obi-Wan miró al kaminoano para darse cuenta de que los ojos le brillaban orgullosos al contemplar su creación. Obi-Wan se dio cuenta de que, en lo que a Lama Su se refería, no había dilema ético posible. Quizá por eso eran tan buenos los kaminoanos clonando, su conciencia nunca se interponía en su camino.

Lama Su le miró, sonriendo ampliamente, esperando una respuesta, y Obi-Wan asintió en silencio.

Sí, eran magníficos, y el Jedi sólo podía imaginar la brutal eficiencia que demostrarían en combate, en el terreno para el que se les había creado.

Una vez más, un estremecimiento recorrió la espalda de Obi-Wan. Por primera vez, apreció la cruzada de la senadora Amidala para impedir la creación de un Ejército de la República y su inevitable consecuencia: ¡la guerra!

***

Un Caballero Jedi en Kamino. La idea era algo más que preocupante para Jango Fett.

El cazador de recompensas se recostó en el asiento y la frustración le hizo tensar el rostro: eran problemas que nacían de trabajar para la Federación de Comercio. Eran Maestros en enredar el engaño con el engaño, y en ese momento estaban metidos en tantas cosas que Jango se veía incapacitado para determinar un foco de atención.

Miró al otro lado de la habitación, a Boba, que en ese momento estudiaba concentrado los planos y recursos de un caza Delta-7, equiparándolos con los puntos fuertes y débiles de una unidad R4-P.

La vida era tan sencilla para el muchacho que Jango sintió un ramalazo de envidia. Para Boba sólo existía su aprendizaje el amor de y para su padre. Aparte de esos dos hechos, el único reto que tenía que afrontar el muchacho en su vida era buscar cosas divertidas que lo mantuvieran ocupado durante las temporadas que Jango debía pasar lejos o reunido con los kaminoanos.

En ese momento, mirando a su hijo, Jango Fett se sintió vulnerable, muy vulnerable, y ésa no era una emoción con la que se sintiera cómodo. Casi le dijo a Boba que hiciera el equipaje en ese mismo momento para que pudieran irse de Kamino, pero reconoció el peligro implícito en esa decisión. Se iría sin saber nada de su enemigo potencial, ese Caballero Jedi que había llegado inesperadamente. Su jefe querría tener esa información.

Y Jango podría necesitarla. Si se iba en ese momento, tras recibir una nota de Taun We diciéndole que ese mismo día recibiría una visita, resultaría muy evidente que estaba huyendo.

Entonces tendría pisándole los talones a un Caballero Jedi del que prácticamente no sabía nada.

Jango continuó mirando a Boba, lo único que de verdad le importaba.

«Actúa con calma», se dijo. «Sólo eres una fuente para clonar, lo bastante bien pagada como para no querer saber para qué te clonan».

Ésa era su letanía, ése era su plan. Y tenía que funcionar.

Por el bien de Boba.

***

Un gesto de la mano de Taun We hizo sonar el carillón de un timbre invisible, volviendo a recordar a Obi-Wan lo ajeno que le era ese mundo de Kamino, esa Ciudad de Tipoca. Pero no se detuvo a pensar en ello, pues estaba concentrado en el mecanismo de cierre de la puerta que tenía ante él, un elaborado sistema electrónico de cerrojos. Le parecía que era una medida de seguridad algo excesiva, dada la supuesta naturaleza amable de la relación que mantenía Jango con los kaminoanos, y el evidente control que tenían los clonadores sobre su ciudad. ¿Estaría el mecanismo de cierre concebido para impedir que la gente entrase o para impedir que Jango saliera?

Probablemente era lo primero, razonó. Después de todo, Jango Fett era un cazador de recompensas. Puede que se hubiera ganado más de un enemigo peligroso.

Seguía estudiando el cierre cuando la puerta se abrió de pronto, mostrando a un niño, exacta réplica de los que Obi-Wan llevaba viendo todo el día.

El clon idéntico que había solicitado Jango, sólo que éste tenía *de verdad* diez años de edad.

—Boba —dijo Taun We con familiaridad—. ¿Está tu padre en casa?

—Sí —dijo tras mirar por un largo momento al visitante humano.

—¿Podemos verlo?

—Claro —respondió. Se apartó a un lado, pero sus ojos no se separaron de Obi-Wan cuando el Jedi y Taun We cruzaron el umbral.

—¡Papá! —gritó Boba.

El título le pareció curioso a Obi-Wan, dado que el niño era un clon y no un hijo natural. ¿Habría alguna relación personal entre ellos? ¿Una auténtica? ¿Habría solicitado Jango una réplica exacta de él mismo, no buscando algún beneficio personal, sino sólo porque quería tener un hijo?

—¡Papá! —volvió a gritar el niño—. ¡Es Taun We!

Jango Fett apareció vistiendo sólo una camisa y unos pantalones. Obi-Wan lo reconoció de inmediato, aunque era mucho mayor que el más viejo de los clones, y tenía el rostro marcado y agujereado y sin afeitar. Su cuerpo se había engrosado con los años, pero aún era físicamente imponente, como los muchos vagabundos viejos que Obi-Wan solía encontrar en lugares remotos. Con unos cuantos kilos de más, sí, pero kilos cubiertos por músculos endurecidos a lo largo de los años. En los musculosos antebrazos de Jango destacaban unos tatuajes de un diseño que Obi-Wan no reconoció.

Al levantar la mirada, descubrió la evidente sospecha con que le miraba Jango. Estaba muy tenso, y Obi-Wan comprendió que era un hombre peligroso.

—Feliz regreso, Jango —comentó Taun We—. ¿Fue productivo tu viaje?

Obi-Wan estudió atentamente al cazador de recompensas. ¿De dónde habría regresado? Pero Jango era un profesional, y su expresión no cambió ni reveló el menor desliz.

—Bastante —comentó casualmente el hombre. No dejó de examinar a Obi-Wan mientras hablaba, entrecerrando los ojos casi en señal de amenaza.

—Este es el Maestro Jedi Obi-Wan Kenobi —dijo Taun We, con tono animado, en un claro intento de aliviar la tensión que se palpaba en el ambiente—. Ha venido a comprobar nuestros progresos.

—¿De verdad? —Si a Jango le importaba, su tono no lo evidenciaba.

—Los clones son impresionantes —dijo Obi-Wan—. Debe estar orgulloso.

—Yo sólo soy un hombre corriente que intenta abrirse camino en el universo, Maestro Jedi.

—¿No lo somos todos? —repuso Obi-Wan, rompiendo el contacto visual con Jango mientras hablaba, para examinar la habitación, buscando pistas. Se concentró en la puerta entreabierta por la que había aparecido fango, y le pareció ver allí partes de una armadura corporal, castigada y sucia, muy semejante a la que llevaba el hombre del aerocohete que

lanzó el dardo tóxico contra la metamorfa Zam Wesell. Y vio una línea azulada y curva, semejante a la que surcaba la visera y la zona del respirador del casco que había visto en Coruscant. Pero antes de poder examinarlo más de cerca, Jango se situó delante él, bloqueándole claramente la visión.

—¿Ha ido alguna vez al interior de Coruscant? —preguntó Obi-Wan bruscamente.

—Una o dos veces.

—¿Y hace poco?

La mirada del cazador de recompensas volvió a tornarse de sospecha.

—Es posible.

—Entonces debe conocer al Maestro Sifo-Dyas —comentó Obi-Wan, no siguiendo el hilo de algún razonamiento lógico, sino sólo para calibrar la reacción del hombre.

No la tuvo, como tampoco se desvió ni un solo centímetro del ángulo de visión de Obi-Wan, y cuando el Jedi intentó cambiar sutilmente de posición, Jango dijo en lenguaje hutt:

—Boba, cierra la puerta.

Jango Fett no se movió hasta que no estuvo cerrada la puerta del dormitorio y, cuando lo hizo, a Obi-Wan le pareció que el hombre le acechaba.

—¿El Maestro qué? —preguntó Jango.

—Sifo-Dyas. ¿No es el que le contrató para este trabajo?

—Nunca oí hablar de él —replicó, y si había alguna mentira en sus palabras, Obi-Wan no supo detectarla.

—¿De verdad?

—Fui reclutado por un hombre llamado Tyranus en una de las lunas de Bogden —explicó Jango, y a Obi-Wan le pareció que decía la verdad.

—Curioso… —murmuró Obi-Wan. Volvió a bajar la mirada, sorprendido y desconcertado ante lo que podía significar eso.

—¿Le gusta su ejército? —le preguntó Jango Fett.

—Estoy impaciente por verlo en acción —replicó el Jedi.

Jango siguió mirándolo, y Obi-Wan supo que intentaba adivinar la intención que se ocultaba tras sus palabras. Y entonces, como si eso apenas importase algo, el cazador de recompensas le sonrió.

—Harán bien su trabajo. Se lo garantizo.

—¿Como su original?

Jango Fett continuó sonriendo.

—Gracias por su tiempo, Jango —repuso Obi-Wan ante esa mirada inexorable. Después se volvió hacia Taun We y se dirigió a la puerta.

—Siempre es un placer conocer a un Jedi —fue su réplica, cargada de doble sentido, casi como si fuera una amenaza velada.

Pero Obi-Wan no pensaba hacer caso. Resultaba evidente que Jango Fett era un hombre peligroso, astuto y lleno de recursos, y probablemente mejor que muchos con un arma en la mano. Se dio cuenta de que, antes de forzar más las cosas, debía comunicar a

Coruscant y al Consejo Jedi todo lo que había descubierto. Su descubrimiento de un ejército de clones era poco menos que asombroso, y más que preocupante, y nada de ello tenía mucho sentido.

¿Y *era* Jango el hombre del aerocohete que había visto en Coruscant la noche que atentaron contra Padmé Amidala?

El instinto le decía que sí lo era, pero ¿cómo casaba eso con que el hombre también fuera el modelo para un ejército de clones supuestamente encargado por un antiguo Maestro Jedi?

El Jedi salió del apartamento con Taun We a su lado, y la puerta se cerró tras ellos. Obi-Wan se detuvo y buscó con sus sentidos, usando incluso la Fuerza.

El cierre de la puerta se conectó.

***

—Era su caza, ¿verdad, papá? —preguntó Boba Fett—. Es un Caballero Jedi, así que puede usar el R4-P.

Jango asintió absorto a su hijo.

—¡Lo sabía! —chilló Boba, pero entonces su padre le arrebató bruscamente ese momento.

Jango miró a Boba con una mirada seria que el muchacho había aprendido a no ignorar.

—¿Qué pasa, papá?

—Recoge tus cosas. Nos vamos.

Boba empezó a replicar…

—Ahora —dijo el cazador de recompensas, y Boba prácticamente tropezó consigo mismo al dirigirse a su dormitorio.

Jango Fett negó con la cabeza. No necesitaba este problema. No en esos momentos. No por primera vez, el cazador de recompensas se cuestionó la decisión que tomó al aceptar el contrato contra Padmé Amidala. Se había sorprendido cuando la Federación de Comercio le encargó el trabajo. Se habían mostrado inflexibles, explicándole que la muerte de la senadora era necesaria para asegurarse la colaboración de ciertos aliados que necesitaba, y le hicieron una oferta demasiado lucrativa como para rechazarla, y que les permitiría a Boba y a él instalarse para siempre en el planeta de su elección.

Pero Jango nunca supuso que aceptar el contrato de la senadora Amidala le pondría en el punto de mira de los Caballeros Jedi.

Miró hacia Boba.

No estaba donde quería estar en un momento así. En absoluto.

Capítulo 17

Padmé despertó de pronto, y sus sentidos se acomodaron enseguida a su entorno. Supo instintivamente que algo iba mal y se levantó de un salto, temiendo que hubiera otra de esas criaturas centrípetas arrastrándose hasta ella.

Pero su habitación estaba tranquila, y no había nada fuera de lugar.

Algo la había despertado, pero no algo que estuviera allí.

—¡No! —sonó un grito en el cuarto contiguo, donde dormía Anakin—. ¡No! ¡Mamá! ¡No!

Padmé salió de la cama y corrió hacia la puerta, sin preocuparse por coger un salto de cama, sin importarle o notar que sólo llevaba un pequeño camisón. Ya junto a la puerta, se detuvo y escuchó, oyendo gritos en el interior, seguidos de más gritos entrecortados. Se dio cuenta de que no había ningún peligro inmediato, que sólo era otra de las pesadillas de Anakin, como la que le había atormentado en el viaje a Naboo. Abrió la puerta y le miró.

Se removía en la cama.

—¡Mamá! —gritaba repetidamente.

Padmé entró, insegura de lo que debía hacer. Pero entonces Anakin se calmó y se dio la vuelta en la cama. El sueño, la visión, había pasado.

Entonces Padmé fue consciente de lo atrevido que era su atuendo. Volvió a su cuarto, cerrando con suavidad la puerta, esperando allí durante largo rato. Cuando no escuchó más gritos ni ruidos, volvió a su cama.

Permaneció despierta en la oscuridad durante un largo, largo rato, pensando en Anakin, pensando en que quería estar a su lado, abrazándole, ayudándole en sus atormentados sueños. Intentó alejar esa idea: ya habían tocado ese peligroso tema y habían acordado lo que debía hacerse. Y ese acuerdo no incluía que ella se metiera en la cama con Anakin.

Al día siguiente, lo encontró en el balcón oriental de la cabaña, el que daba al lago y al creciente amanecer. Estaba parado junto a la balaustrada, tan sumido en sus pensamientos que no notó que ella se acercaba.

Se aproximó despacio a él sin querer molestarlo, pues a medida que se acercaba, se fue dando cuenta de que hacía algo más que pensar, que estaba sumido en meditación. Dándose cuenta de que era un momento privado para Anakin, dio media vuelta y empezó a alejarse todo lo silenciosamente de que era capaz.

—No te vayas —le dijo Anakin.

—No quería molestarte —repuso ella, sorprendida.

—Tu presencia es reconfortante.

Padmé pensó un momento en esas palabras, disfrutando al oírlas, regañándose a continuación por ese disfrute. Pero, aun así, mientras miraba su rostro ahora sereno, no podía negar la atracción que sentía por él. Le parecía un joven héroe, un prometedor Jedi, y no dudaba que sería uno de los más grandes que habría conocido esa gran Orden. Y al

mismo tiempo, le parecía que era el mismo niño que había conocido en la guerra con la Federación de Comercio, inquisitivo e impetuoso, irritante y encantador a la vez.

—Anoche volviste a tener una pesadilla —dijo ella en voz baja, cuando Anakin abrió por fin los ojos azules.

—Los Jedi no tienen pesadillas —fue la retadora respuesta.

—Te oí —respondió ella con rapidez.

Anakin se volvió para mirarla. No había ningún compromiso en su expresión; ella sabía perfectamente que la afirmación de él era ridícula y le hacía saber que era consciente de eso.

—Vi a mi madre —admitió él, bajando la mirada—. La vi con tanta claridad como ahora te veo a ti. Está sufriendo, Padmé. ¡La están matando! ¡Está sufriendo!

—¿Quién? —preguntó ella, acercándose y posando una mano en su hombro. Cuando le miró más de cerca, notó en él una determinación tan férrea que la pilló por sorpresa.

—Sé que así desobedezco a mi Orden —intentó explicar Anakin—. Sé que se me castigará y que posiblemente me expulsarán de la Orden Jedi, pero tengo que ir.

—¿Ir?

—¡Tengo que ayudarla! Lo siento, Padmé —dijo él. Ella vio en su expresión que hablaba en serio, que dejarla era lo último que quería hacer—. No me queda más remedio.

—Pues claro que no. No si crees que tu madre está en apuros.

Anakin asintió reconocido.

—Te acompañaré —decidió ella.

El joven Jedi se sorprendió al oírlo. Se dispuso a replicar, preparado para argumentar su posición, pero la sonrisa de Padmé le hizo callar.

—De ese modo continuarás protegiéndome —razonó ella, haciendo que sonara completamente lógico—. Y así no desobedecerás tus órdenes.

—No creo que fuera eso lo que el Consejo Jedi tuviera en mente. Temo estar dirigiéndome hacia el peligro, y llevarte conmigo…

—Dirigiéndote al peligro —repitió Padmé, riéndose sonoramente—. Un lugar en el que no he estado nunca.

Anakin la miró, sin creerse lo que estaba oyendo. Pero no pudo resistirse y también sonrió. Por algún motivo que no comprendía del todo, el padawan encontraba cierta justificación en abandonar la formulación exacta de sus órdenes, ahora que Padmé estaba de acuerdo con él en ese plan.

***

Cuando la esbelta nave salió del hiperespacio y Padmé y Anakin vieron flotando ante ellos el planeta marrón que era Tatooine, ninguno de los dos pudo dejar de notar el fuerte contraste. Qué diferente era de Naboo, lugar de verdes praderas y profundas aguas azules,

con nubes girando sobre todo él. Tatooine sólo era una esfera marrón que pendía en el espacio, tan árida como viva estaba Naboo.

—Otra vez en casa, otra vez en casa para descansar —recitó Anakin la cancioncilla infantil.

—Para todo corazón, es nido y hogar —añadió Padmé, y él la miró, agradablemente sorprendido.

—¿Te la sabes?

—¿No se la sabe todo el mundo?

—No lo sé —dijo Anakin—. Quiero decir que no sabía si alguien más… Creía que era una canción que se había inventado mi madre para mí.

—Oh, perdona —dijo Padmé—. Igual es así. Puede que la suya sea diferente a la que solía cantarme mi madre.

Anakin negó dubitativo con la cabeza, pero no le preocupaba esa posibilidad. En cierta y extraña manera, se alegraba de que Padmé se supiera la estrofa, se alegraba que hubiera algo común a madres e hijos.

Y, sobre todo, se alegraba de que Padmé y él tuvieran otra cosa para compartir.

—Aún no nos han indicado las coordenadas de aterrizaje —comentó Padmé.

—Seguramente no lo harán, a no ser que se las pidamos. Las cosas no suelen ser aquí muy estrictas. Basta con buscar un sitio libre y aparcar en él, esperando que nadie te robe la nave mientras te ocupas de tus asuntos.

—Es tan encantador como lo recuerdo.

Anakin la miró y asintió. Cuánto habían cambiado las cosas en una década, desde que Padmé se vio obligada a aterrizar en Tatooine acompañada de Obi-Wan y Qui-Gon, para poder efectuar reparaciones en su nave. Intentó forzar una sonrisa, pero su nerviosismo impedía que le saliera sincera. Le atormentaban demasiados pensamientos preocupantes. ¿Estaría bien su madre? ¿Era su sueño una premonición de algo por venir, o una repetición de algo que había pasado ya?

Hizo descender la nave con rapidez, atravesando la atmósfera y surcando el cielo.

—Mos Espa —dijo cuando la silueta de una ciudad apareció recortándose contra el horizonte.

Siguió volando a toda velocidad y por el comunicador se oyeron algunas protestas. Pero Anakin sabía cómo moverse por ese lugar con la misma seguridad que si nunca hubiera salido de él. Sobrevoló los confines de la ciudad, y después posó la nave en una gran zona de aterrizaje, entre un caos de bajeles de todo tipo, tanto mercantes como mercenarios.

—¡No puede aterrizar sin ser invitado! —ladró el oficial del puerto, una criatura grande de rostro porcino y espinas sobresaliéndole por toda la espalda y la cola.

—¡Entonces, me alegro de que nos haya invitado! —dijo Anakin con calma, haciendo un gesto con la mano.

—¡Sí, me alegro de haberles invitado! —replicó alegremente el oficial del puerto, y Anakin y Padmé pasaron por su lado, esta última riéndose.

—Eres muy malo, Annie —dijo cuando salieron a la polvorienta calle.

—Tampoco es que haya docenas de naves haciendo cola para aterrizar —replicó Anakin, sintiéndose muy bien consigo mismo y con la facilidad con que había convencido al oficial porcino usando la Fuerza.

Hizo una seña a un speeder de arrastre tirado por un droide ES-PSA una criatura baja y delgada con una rueda donde debían estar las piernas.

Anakin le dio la dirección y él arrancó, llevándolos en el speeder de arrastre, cargando con ellos por las calles de Mos Espa, zigzagueando hábilmente para evitar el tráfico, y emitiendo un sonido chirriante cada vez que alguien no se quitaba de en medio.

—¿Tú crees que estará implicado? —preguntó Padmé a Anakin.

—¿Watto?

—Sí, se llamaba así, ¿no? ¿Tu antiguo dueño?

—Si Watto le ha hecho algún daño a mi madre, le arrancaré las alas de la espalda —prometió, hablando muy en serio.

No sabía cómo se sentiría cuando viera al esclavista, aunque resultase no estar implicado en los sufrimientos de Shmi. Watto le había tratado mejor de lo que solía tratarse a los esclavos en Mos Espa, y no le pegaba muy a menudo, pero, aun así, no podía olvidar que no había permitido que Shmi se fuera con él cuando Obi-Wan y Qui-Gon compraron su deuda de esclavo. Se dio cuenta de que seguramente estaba desviando parte de la culpa que sentía por dejar a su madre con Watto, que después de todo sólo era un hombre de negocios.

—Aquí, espasa —le dijo Anakin al droide, y el speeder de arrastre se detuvo ante una tienda que le resultaba demasiado familiar. Allí, sentado en un taburete junto a la puerta, manipulando con un conductor electrónico un aparato roto que parecía un componente de droide, se hallaba un rollizo y alado toydariano con una larga trompa. Un sombrero redondo y negro le adornaba la cabeza, y llevaba un chaleco que no conseguía cubrirle todo el cuerpo. Anakin lo reconoció de inmediato.

Le miró durante un rato tan largo que Padmé bajó antes que él del speeder y alargó la mano para ayudarle a bajar.

—Espera aquí. Por favor —ordenó al droide de arrastre.

—*No chuba da wanga, da wanga!* —le gritó Watto a la pieza rota y al trío de droides del taller que se movían a su alrededor, intentando ayudarle.

—Habla en hutt —le explicó Anakin a Padmé.

—Ha dicho «No, ésa no… ¡Ésa!» —replicó ella, y ante la expresión de sorpresa de Anakin porque ella conociera el extraño idioma, añadió—: ¿Crees que es fácil ser la Reina?

Anakin negó con la cabeza y volvió a mirar a Watto, volviéndose para mirar a Padmé una o dos veces a medida que se acercaban a él.

—*Chut, chut, Watto* —le saludó.

—*Ke booda?* —fue la sorprendida respuesta.

—*Di nova, chut chut* —reiteró Anakin, con voz apenas audible por encima del griterío de los droides del taller.

—*Go ana bopa!* —le chilló Watto al trío, y éstos se callaron en seguida ante su orden, plegándose en posición de almacenaje.

—*Ding mi chasa hopa* —ofreció Anakin, cogiendo la pieza de droide rota de manos de Watto y manipulándola con habilidad. Watto le observó por un momento, sus ojos de insecto desorbitándose por la sorpresa.

—*Ke booda?* —preguntó—. *Yo baan pee hota. No wega mi condorta. Kin chasa du Jedi. No bata tu tu.*

—No te reconoce —le susurró Padmé a Anakin, intentando contener la risa ante el último comentario de Watto, cuya traducción era «Sea lo que sea, no he sido yo».

—*Mi boska di Shmi Skywalker* —dijo bruscamente Anakin.

Watto entrecerró los ojos con sospecha. ¿Quién podría estar buscando a su vieja esclava? La mirada del toydariano viajó de Anakin a Padmé, antes de volver a Anakin.

—¿Annie? —preguntó en básico—. ¿El pequeño Annie? ¡Naah!

La respuesta de Anakin fue un hábil giro de sus manos, y el sonido de la pieza rota al volver a funcionar. Se la devolvió a Watto con una amplia sonrisa.

Por allí no había mucha gente que pudiera reparar con tanta facilidad las piezas rotas de droides.

—¡*Eres* Annie! —gritó el toydariano—. ¡*Eres* tú! —Sus alas empezaron a batir con rapidez, levantándolo del taburete y haciéndole flotar en el aire—. ¡Sí que has crecido!

—Hola, Watto.

—¡Wiihoo! —gritó el toydariano—. ¡Un Jedi! ¿Quién iba a decirlo? Igual puedes ayudarme con algunos que me deben mucho dinero…

—Mi madre… —continuó Anakin.

—Ah, sí, Shmi… Ya no es mía. La vendí.

—¿La vendiste? —Anakin sintió que Padmé le apretaba el antebrazo.

—Hace años —explicó Watto—. Lo siento. Annie, pero ya sabes que el negocio es el negocio. La vendí a un granjero de humedad llamado Lars. Al menos creo que se llamaba Lars. Lo creas o no, me dijeron que la liberó y se casó con ella. ¿Qué te parece eso?

Anakin meneó la cabeza, le costaba digerir todo aquello.

—¿Sabes dónde están?

—A mucha distancia de aquí. En alguna parte al otro lado de Mos Eisley, creo.

—¿Podrías ser más concreto?

Watto pensó un momento en ello, encogiéndose luego de hombros.

—Me gustaría saberlo —dijo Anakin, con un tono y una expresión hoscas y decididas, amenazadoras incluso.

La forma en que los rasgos de Watto parecieron tensarse indicó que se había dado cuenta de que el Jedi no bromeaba.

—Sí, claro —dijo—. Por supuesto. Miraremos en los registros.

Los tres entraron en la tienda y volver a ver el lugar le trajo recuerdos al padawan de Jedi. Cuántas horas, años, había trabajado allí, arreglando todo lo que le daba Watto. Y cuando se iba de allí, recogía todas las piezas que podía encontrar para construir una vaina de carreras. Tuvo que admitir que no todos los recuerdos eran malos, pero que los buenos no conseguían compensar la realidad de que en un tiempo fue un esclavo. El esclavo de Watto.

Por suerte para Watto, sus registros proporcionaron el paradero de la granja de humedad de un tal Cliegg Lars.

—Quédate un rato, Annie —ofreció el toydariano tras compartir la información que poseía sobre el nuevo propietario de Shmi, ¿o era su marido?

Anakin se volvió sin decir una palabra y salió afuera. Había decidido que ésa sería la última vez que miraría a Watto y a la tienda. A no ser, claro está, que descubriera que Watto le mentía sobre el destino de Shmi, o que le hubiera hecho daño a su madre.

—Volvemos al hangar, espasa —le dijo al droide cuando Padmé y él subieron al speeder de arrastre—. Deprisa.

—¿Seguro que no queréis beber alguna cosa? —les dijo Watto desde la puerta de la tienda, pero se alejaban ya, levantando una nube de polvo a su paso.

—*Annie du Jedi* —comentó Watto, y agitó las manos ante el speeder que se alejaba—. ¿Quién lo hubiera dicho?

***

Anakin arrancó la nave con más velocidad aún que la utilizada para aparcar, despegando del hangar a toda prisa y estando a punto de colisionar con un pequeño carguero, mientras éste maniobraba para descender.

Llamadas de protesta le llegaron desde el centro de control de Mos Espa, pero él se limitó a apagar el comunicador y a atravesar la ciudad. Poco después pasaban sobre la zona de carreras donde tantas veces había corrido el joven Anakin en sus vainas, pero apenas la miró y dirigió la nave hacia el desierto, en dirección a Mos Eisley. Cuando esa ciudad apareció ante ellos, se desvió hacia el norte y la atravesó, elevando cada vez más el vuelo.

Localizaron una granja de humedad, y luego otra, a la que le siguió una tercera, casi en línea recta desde la ciudad.

—Ésa —dijo Padmé.

Anakin asintió hoscamente e hizo descender la nave sobre una colina desde la que se dominaba la vivienda.

—Por fin la veré otra vez —dijo, apagando los motores.

Padmé le apretó el brazo y le ofreció una sonrisa reconfortante.

—Tú no sabes lo que es tener que dejar así a tu madre —dijo él.

—Yo dejo constantemente a mi familia —replicó ella—. Pero tienes razón. No es lo mismo. No puedo imaginarme lo que es ser un esclavo, Anakin.

—Es peor saber que tu madre lo es.

Padmé asintió, aceptando el argumento.

—Quédate en la nave, R2 —ordenó al droide, que pitó en respuesta.

El primer ser al que vieron cuando se dirigían hacia la casa fue a un droide muy delgado, de un gris apagado, con cubiertas de metal castigadas por los elementos. Se inclinaba con rigidez, evidentemente necesitado de un buen baño de lubricante, y manipulaba algún tipo de sensor que había en una valla. Entonces, se incorporó con un movimiento espasmódico al ver que se acercaban a él.

—Oh, hola —saludó. ¿En qué puedo serles de ayuda? Soy ce…

—¿Trespeó? —dijo Anakin sin aliento, creyendo apenas lo que veían sus ojos.

—¡Oh, cielos! —exclamó el droide, y empezó a temblar violentamente—. ¡Oh, mi hacedor! ¡Amo Anakin! ¡Sabía que volvería! ¡Sabía que lo haría! ¡Y ésta debe ser la señorita Padmé!

—Hola, 3PO —dijo Padmé.

—¡Por mis circuitos! ¡Es un placer verlos a los dos!

—Vengo a ver a mi madre —explicó Anakin.

El droide se volvió bruscamente hacia él, y después pareció encogerse.

—Creo… Creo… —tartamudeó C-3PO— que quizá sea mejor pasar adentro.

Se volvió hacia la vivienda, haciendo un gesto con la mano para que la pareja le siguiera.

Anakin y Padmé intercambiaron una mirada nerviosa. Anakin no podía quitarse de encima la sensación de muerte que se quedaba en él una vez se desvanecían las imágenes de sus pesadillas…

Para cuando alcanzaron al droide, éste ya estaba en la entrada, gritando:

—¡Amo Cliegg! ¡Amo Owen! ¿Puedo presentarles a dos visitas muy importantes?

Un joven y una mujer salieron corriendo de la casa casi de inmediato aminorando el paso al ver a Padmé y a Anakin.

—Soy Anakin Skywalker.

—¿Anakin? —repitió el hombre abriendo mucho los ojos—. ¡Anakin!

La mujer que iba a su lado se tapó la boca con la mano.

—Anakin el Jedi —susurró ella sin aliento.

—¿Sabéis quién soy? Shmi Skywalker es mi madre.

—También la mía —dijo el hombre, y ante la desconcertada mirada de Anakin añadió—: No es mi verdadera madre, pero sí una madre que no podía serlo más. —Alargó una mano—. Soy Owen Lars. Ésta es mi novia, Beru Whitesun.

—Hola —dijo Beru, asintiendo.

—Yo soy Padmé —dijo ésta, tras renunciar a que Anakin se acordara de presentarla.

—Supongo que soy tu hermanastro —dijo Owen, sin dejar de mirar al joven Jedi del que tanto había oído hablar—. Tenía la sensación de que vendrías.

—¿Está aquí mi madre?

—No, no lo está —fue la respuesta proveniente desde detrás de Owen y Beru, desde las sombras de la puerta de la casa. Los cuatro se volvieron para ver a un hombre fornido acercarse a ellos a bordo de una silla flotante. Llevaba una pierna vendada, faltándole la otra, y Anakin supo al momento que eran heridas muy recientes. Sintió el corazón en la garganta.

—Cliegg Lars —dijo el hombre, acercándose y alargando la mano—. Shmi es mi mujer. Deberíamos pasar adentro. Tenemos mucho de lo que hablar.

Anakin le siguió como si estuviera en un sueño, un sueño horrible.

—Fue justo antes del amanecer —decía Cliegg, deslizándose hacia la mesa de la cocina, con Owen a su lado, mientras Beru corría a preparar algo de bebida y comida para los invitados.

—Salieron de ninguna parte —añadió Owen.

—Una banda de guerreros tusken —explicó Cliegg.

Una sensación abrumadora hizo que a Anakin le flojearan las rodillas y se derrumbó en un asiento situado ante Owen. Había tenido alguna experiencia con guerreros tusken, pero de forma muy limitada. Una vez había atendido a uno herido de gravedad, y cuando sus amigos aparecieron le dejaron marchar sin problemas, algo inhabitual entre las especies nativas más civilizadas de Tatooine. Pero, aun así, y pese a esa anomalía, a Anakin no le gustaba oír el nombre de Shmi al tiempo que las palabras «guerreros tusken».

—Tu madre había salido temprano, como siempre hacía a recoger los hongos que crecen en los vaporizadores —explicó Cliegg—. Y a juzgar por sus huellas, ya volvía a casa cuando se la llevaron. Esos tusken parecerán hombres, pero sólo son monstruos salvajes y sin mente.

—Ya habíamos visto señales de que estaban cerca —intervino Owen—. ¡No debió salir de casa!

—¡No podemos vivir sometidos por el miedo! —le regañó Cliegg, pero se calmó en seguida y volvió a mirar a Anakin. Todos creíamos haber expulsado ya a los tusken. No sabíamos lo grande que era esa tribu, la más grande que habíamos visto nunca. Salimos treinta a rescatar a Shmi. Sólo volvimos cuatro.

Hizo una mueca y se frotó la pierna: Anakin sintió con claridad el dolor del hombre.

—Todavía seguiría buscándola, pero… al perder la pierna…

Cliegg se derrumbó, y Anakin se dio cuenta de lo mucho que ese hombre amaba a Shmi.

—Yo ya no puedo viajar —continuó diciendo Cliegg—. ¡Hasta que no me cure!

El orgulloso hombre respiró hondo y se obligó a calmarse, cuadrando los anchos hombros.

—Así no era cómo me habría gustado recibirte, hijo. Así no era cómo lo habíamos planeado tu madre y yo. No quiero renunciar a ella, pero ya hace un mes que desapareció. Hay pocas esperanzas de que haya sobrevivido tanto tiempo.

Esas palabras golpearon a Anakin como una bofetada, y retrocedió ante ellas, refugiándose en su interior, refugiándose en la Fuerza. Usando su conexión con su madre, la buscó, intentando sentir su presencia en la Fuerza.

Entonces se puso en pie.

—¿A dónde vas? —preguntó Owen.

—A buscar a mi madre —fue la hosca respuesta.

—No, Annie —gritó Padmé, levantándose para cogerlo del antebrazo.

—Tu madre ha muerto, hijo —añadió el resignado Cliegg—. Acéptalo.

Anakin le miró a él, a todos ellos.

—Puedo sentir su dolor —dijo, la mandíbula tensa, los dientes apretados—. Es un dolor continuo. Y la encontraré.

—Coge mi moto speeder —ofreció Owen tras un momento de silencio.

Se levantó de su asiento y caminó junto a Anakin.

—Sé que está viva —dijo Anakin, volviéndose para mirar a Padmé—. *Lo sé.*

Padmé hizo una mueca, pero no dijo nada, y soltó el brazo de Anakin cuando se fue tras Owen.

—Ojalá hubiera venido un poco antes —se lamentó Cliegg.

Padmé le miró, y después a Beru, que abrazaba al hombre que lloraba.

Entonces, no teniendo palabras de consuelo que ofrecer, se volvió y corrió para unirse a Anakin y Owen. Para cuando los alcanzó, Owen volvía ya a la casa y Anakin estaba parado junto a la moto speeder, mirando el vacío desierto.

—Vas a tener que quedarte aquí —dijo Anakin cuando ella corrió a su lado—. Son buena gente. Estarás a salvo.

—Anakin…

—Sé que está viva —dijo, mirando todavía a las dunas.

Padmé lo abrazó con fuerza.

—Encuéntrala —le susurró.

—No tardaré mucho —prometió él, y tras subirse a la moto, la arrancó y se perdió en las dunas.

Capítulo 18

Cuando la llamada llegó al Templo Jedi en Coruscant, con Código 5 y a cargo de «la casa de ancianos», Mace Windu y Yoda supieron que era importante. Extremadamente importante.

Recibieron la llamada en los aposentos de Yoda, después de que Mace examinase el pasillo en ambos sentidos y cerrase cuidadosamente la puerta.

El holograma de Obi-Wan Kenobi apareció ante ellos. Era evidente que el hombre estaba tenso, mirando repetidamente por encima del hombro mientras hablaba.

—Maestros, he contactado con Lama Su, Primer Ministro de Kamino.

—Ah, bueno es que tu planeta encontraras —dijo Yoda.

—Justo donde predijeron tus elegidos —replicó Obi-Wan—. Los kaminoanos son clonadores. Parece ser que los mejores de la galaxia, y a juzgar por lo visto, no tengo ninguna duda de ello.

Los dos Maestros Jedi fruncieron el ceño.

—Están empleando un cazador de recompensas llamado Jango Fett para crear un ejército clon.

—¿Un ejército? —repitió Mace.

—Para la República —fue la sorprendente respuesta de Obi-Wan.

—Y lo que es más, tengo la sensación de que ese cazador de recompensas está detrás de los intentos de asesinar a la senadora Amidala.

—¿Crees que esos clonadores también están implicados en eso?

—No, Maestro, no parece haber motivo para pensarlo.

—Nada supongas, Obi-Wan —aconsejó Yoda—. Despejar tu mente debes, si al verdadero villano de este complot descubrir quieres.

—Sí, Maestro —dijo Obi-Wan—. El Primer Ministro Lama Su me ha informado de que el primer batallón de soldados clon está listo para su entrega. También quería que les recordara que si deseamos más, necesitarán más tiempo para cultivarlos, pero ya tienen otro millón a punto de eclosionar.

—¿Un millón de guerreros clon? —preguntó Mace Windu incrédulo.

—Sí, Maestro. Dicen que fue el Maestro Sifo-Dyas quien encargó hace diez años el ejército clon a petición del Consejo. Creía que lo habían matado antes de eso. ¿Llegó el Consejo a autorizar la creación de un ejército clon?

—No —respondió Mace sin titubear, y sin mirar a Yoda para buscar confirmación—. Quien hizo ese pedido no tenía la autorización del Consejo Jedi.

—Entonces, ¿cómo? ¿Y por qué?

—El misterio aumenta —dijo Mace—. Y es necesario desentrañarlo, por mucho más que la seguridad de la senadora Amidala.

—Los clones son impresionantes, Maestro —explicó Obi-Wan—. Han sido creados y entrenados para un único propósito.

—A ese Jango Fett bajo custodia coge —instruyó Yoda—. Traerle aquí e interrogarle debemos.

—Sí, Maestro. Volveré a informar en cuanto lo tenga en mi poder —repuso Obi-Wan volviendo a mirar por encima del hombro, y pidió bruscamente a R4 que cortase la transmisión.

—Un ejército clon —comentó Mace, cuando se quedó solo con Yoda, con el holograma apagado—. ¿Por qué iba Sifo-Dyas…?

—Cuando situar esta orden podamos, algo nos dirá —dijo Yoda, y Mace asintió. Si el momento en que hizo el encargo era el apuntado, Sifo-Dyas debió hacerlo justo antes de morir.

—Si ese Jango Fett está implicado en el atentado a la senadora, y da la casualidad de que fue elegido como modelo para un ejército clon creado para la República…

Mace Windu calló y meneó la cabeza. La coincidencia era demasiado grande para ser casual. Pero, ¿cómo podía estar relacionada una cosa con la otra? ¿Sería posible que quien decidiese crear ese ejército clon tuviera miedo de que la senadora Amidala fuera lo bastante importante como para impedir el uso de ese ejército?

El Maestro Jedi se frotó la frente y miró a Yoda, que permanecía sentado y con los ojos cerrados. Probablemente meditando en los mismos enigmas que él. E igualmente preocupado, si no más.

—Ciegos somos, si la creación de este ejército clon no podemos entender —recalcó Yoda.

—Creo que es hora de informar al Senado de que ha disminuido nuestra capacidad para usar la Fuerza.

—Sólo los Oscuros Señores Sith nuestra debilidad conocen —replicó Yoda—. Si al Senado informamos, nuestros enemigos aumentarán.

Este sorprendente desarrollo de los acontecimientos resultaba preocupante a muy diversos niveles para los dos Maestros Jedi.

***

Obi-Wan se movió con cuidado por el pasillo. No sabía nada de las hazañas de Jango Fett, pero suponía que debían ser considerables, dado que lo habían elegido como prototipo del ejército clon. Hizo una pausa, cerró los ojos, y recurrió a la Fuerza, buscando enemigos ocultos. Un momento después, convencido de que Jango no estaba en los alrededores, se acercó a su puerta. Pasó con suavidad los dedos por el borde, buscando trampas potenciales, antes de tocar finalmente el mecanismo de cierre. Sin separar la mano de él, empujó la puerta.

No se movió.

Obi-Wan se dispuso a coger el sable láser para usarlo contra la puerta, pero cambió de idea, optando por la sutileza. Cerró los ojos y envió la Fuerza a través de su mano y hasta

el cierre, manipulando fácilmente el mecanismo. Volvió a empujar la puerta, posando una mano en el sable láser, y ésta vez se abrió.

En cuanto contempló el interior de la habitación, supo que no necesitaría el arma. El apartamento estaba sumido en un completo desorden, los cajones de los armarios abiertos, algunos en el suelo, las sillas apartadas y caídas.

La puerta del dormitorio estaba abierta, y también allí estaba todo revuelto. Todo apuntaba a una partida apresurada.

Obi-Wan miró a su alrededor, buscando alguna pista, y su mirada acabó posándose en la delgada pantalla de ordenador situada en una cómoda. Corrió hasta ella y la encendió, reconociendo al instante que lo que tenía delante era una representación de la red de seguridad, conectada con varias cámaras de la zona circundante. Obi-Wan pasó de una cámara a otra, fijándose en la imagen del pasillo que acababa de cruzar y en diversos ángulos del apartamento en el que se encontraba. Una visión del exterior le mostró el tejado del apartamento azotado por la lluvia, y pudo verse a través de la ventana de acero transparente.

Continuó mirando, ampliando la lente y examinando cualquier cosa sospechosa.

Entonces llegó a una vista de una plataforma de aterrizaje cercana, donde se hallaba una extraña nave de base plana y ancha que se estrechaba por uno de los lados para acabar en punta y que reducía su anchura a medida que se acercaba al pequeño compartimento situado en lo alto, lo bastante grande como para albergar a dos o tres hombres.

Una figura familiar corría hacia el vehículo estacionado. Boba Fett u otro clon.

Obi-Wan asintió y sonrió mientras seguía los movimientos del chico, dándose cuenta, por su fluidez y lo casual de algunos de sus gestos, de que estaba ante Boba y no ante un clon controlado y condicionado.

Pero la sonrisa de Obi-Wan no duró mucho, pues otra figura apareció tras él. Era Jango, vistiendo una armadura y un aerocohete que el Jedi ya había visto antes, en las calles de Coruscant. Cualquier duda que pudiera tener sobre la identidad de Jango desapareció en ese instante. Salió del apartamento y corrió pasillo abajo buscando una salida.

***

—Sí, te dejaré pilotarla —le dijo Jango a Boba.

Boba alzó un triunfante puño en el aire, emocionado porque su padre le dejara ponerse a los controles del *Esclavo I*. Hacía mucho tiempo, meses, que no le permitía sentarse a los mandos.

—Pero no para despegar —añadió Jango, apagando algo la alegría del niño—. Vamos a salir a toda prisa, hijo, pero adelantaré la salida del hiperespacio para que puedas pasar un tiempo pilotándola.

—¿Podré aterrizarla?

—Ya veremos.

Boba sabía que en realidad su padre quería decir «no», pero no forzó la situación. Comprendía que estaba pasando algo importante y peligroso a su alrededor, así que decidió aceptar lo que su padre le ofrecía y a conformarse con ello. Cogió otra bolsa y subió por la rampa hasta la pequeña bodega. Mientras lo hacía, miró hacia atrás, hacia Jango, y después más allá de él, a la forma humana que salía del turboascensor de la torre, corriendo en dirección hacia ellos a través de la incesante lluvia.

—¡Papá! ¡Mira!

Mientras Jango se daba media vuelta, los ojos de Boba se abrieron más aún. La figura que corría hacia ellos era el visitante Jedi y estaba desenvainando y encendiendo una espada azulada que siseaba en ese diluvio.

—¡Sube a bordo! —le gritó Jango, pero Boba titubeó, viendo cómo su padre desenfundaba la pistola láser y disparaba contra el Jedi.

Obi-Wan giró el sable láser, desviando el disparo de manera inofensiva.

—¡Boba! —gritó Jango, y el chico salió de su trance y subió rampa arriba para meterse en el *Esclavo I*.

***

Obi-Wan saltó en el aire hacia el cazador de recompensas. Le siguió otro disparo láser, y otro más, y el Jedi desvió fácilmente uno, devolviendo el otro contra Jango.

Pero, cuando el disparo rebotó contra el cazador de recompensas, éste se apartó gracias a su aerocohete que lo proyectó a lo alto de la cercana torre.

Obi-Wan saltó hacia adelante, girando mientras rodaba y Jango volvió a dispararle. Sin pararse a pensar en sus movimientos, dejando que la Fuerza guiara su mano, el Jedi movió el sable láser a la izquierda y hacia abajo, desviando el rayo de energía.

—¡Vas a venir conmigo, Jango! —le gritó.

El hombre respondió con una nueva serie de disparos, una serie de rayos que volaron hacia el Jedi. El sable láser se movió alternativamente a izquierda y derecha, parando cada uno de ellos, y cuando Jango alteró la pauta, izquierda, derecha, izquierda derecha y otra vez derecha, la Fuerza guió con certeza la mano de Obi-Wan.

—¡Jango! —empezó a gritar. Pero entonces se dio cuenta de que el último disparo del cazador de recompensas no había sido un rayo, sino un proyectil explosivo, por lo que un instante después se tiraba al suelo, reforzando su salto con la Fuerza.

***

Todo el *Esclavo I* reculó ante la explosión, y la descarga derribó a Boba por el suelo.

—¡Papá! —gritó. Corrió hacia las pantallas, y orientó las cámaras hacia la escena de fuera.

Localizó a su padre de inmediato, y rompió a llorar aliviado. Pero se calmó con rapidez, explorando la zona para localizar al enemigo Jedi, y ver cómo Obi-Wan salía de una voltereta, se ponía en pie y bloqueaba otra serie de disparos con aparente facilidad.

Boba examinó el panel de control, intentando recordar las lecciones aprendidas sobre el *Esclavo I*, alegrándose de haber sido tan diligente en su aprendizaje. Con una malévola sonrisa que habría hecho que su padre se sintiera orgulloso de él. Boba conectó la energía y puso en marcha el mecanismo de puntería del láser principal.

—Esquiva esto, Jedi —susurró.

Apuntó a Obi-Wan y apretó el gatillo.

***

—¡Tienes que responder por muchas cosas! —le gritó Obi-Wan a su enemigo, con voz ahogada por el atronador diluvio y el azote del viento—. ¡Nos portaremos bien contigo y con tu hijo!

Se detuvo bruscamente, al registrar en alguna parte de su subconsciente la presencia de un láser de artillería pesada. La Fuerza le permitía moverse por instinto, antes de comprender siquiera qué era lo que sucedía y dio un salto, volando por el aire en una doble voltereta.

Aterrizó para descubrir que el suelo temblaba violentamente bajo sus pies, agitándose ante el tronar de los cañones láser del *Esclavo I*, los cuales giraron para seguirle.

Tuvo que volver a saltar, pero esta vez cayó de bruces, y su sable láser se le escapó de la mano, escurriéndose por el suelo resbaladizo por la lluvia.

Por fortuna, el cañón del *Esclavo I* se silenció, con su carga momentáneamente agotada, y Obi-Wan no perdió tiempo en ponerse en pie y cargar contra Jango Fett, que se dirigía a toda velocidad hacia él.

El cazarrecompensas disparó nuevamente y el Jedi saltó sobre el luminoso rayo de energía, volando hacia adelante y girando para arrancar el arma de las manos de Jango con una patada.

Éste no se inmutó. Cargó directamente contra su enemigo cuando aterrizaba, rodeándole con los brazos y empujándole hacia atrás.

Intentó derribarle, tirándole al suelo, pero los pies del Jedi eran demasiado rápidos para eso, consiguiendo recuperar el equilibrio casi de inmediato. Éste deslizó una pierna entre las del cazarrecompensas y se removió a los lados, debilitando la presa con la que le sujetaba los brazos.

Jango sonrió maliciosamente y golpeó con la cabeza la cara de Obi-Wan, aturdiéndole por un momento. A continuación, soltó una mano y le dirigió un puñetazo, pero enseguida se dio cuenta de su error, ya que el Jedi esquivó el golpe con una voltereta hacia atrás, dándole una patada doble con el impulso, golpeándole en el pecho con los pies y haciendo que se tambaleara de espaldas.

Para entonces, quien llevaba la iniciativa era Obi-Wan y la usó para cargar contra el tambaleante cazador de recompensas, embistiéndole, buscando derribarle al suelo, donde la aparatosa armadura del hombre actuaría en su contra.

Pero Jango demostró por qué había sido elegido como modelo de los clones. Se dejó llevar por el impulso del golpe, para a continuación invertir pies e inercia, parando en seco los avances de Obi-Wan.

Jango le lanzó un gancho izquierdo. Obi-Wan lo esquivó, respondiendo con un directo. Jango echó la cabeza a un lado, por lo que el golpe apenas le rozó. Una breve descarga de su aerocohete lo levantó en el aire y le permitió dar una patada circular a Obi-Wan, que cayó de rodillas, encogido, antes de volver a saltar para esquivar la segunda patada de Jango.

Entonces fue el Caballero Jedi quien dio una patada a su enemigo, pero éste encajó el golpe con la cadera y atacó la barbilla del Jedi con un izquierdazo, sujetándole la pierna lo bastante como para golpearle con la derecha en la parte interna del muslo.

El Jedi echó hacia atrás la cabeza y el torso, cayendo al suelo y levantando la pierna izquierda al hacerlo, dando una patada en las costillas a su contrincante. Una repentina llave de tijeras, bajando la pierna derecha y cruzando la izquierda por debajo ella, hizo que los contendientes giraran de lado. Obi-Wan se encontró con los brazos extendidos y boca abajo, desecha la llave con la que había cogido a Jango, y le dio con el pie a su enemigo, el cual cayó hacia atrás. A continuación se puso en pie de un salto y se lanzó hacia adelante, ganando cierta ventaja sobre el desequilibrado Jango.

Un directo de derecha se estrelló en pleno rostro del cazador de recompensas, seguido de un gancho de izquierda que debía haber dejado inconsciente al hombre. Pero, nuevamente, los cegadores reflejos de Jango le permitieron esquivar la mayor parte del golpe y contraatacar propinando con todas sus fuerzas un repentino y potente golpe en el estómago del sorprendido Jedi.

La mano derecha de éste se agitó entre su rostro y el de Jango y usó un empujón de la Fuerza para apartar al hombre, mientras se recuperaba y asumía nuevamente una pose defensiva.

Jango continuó atacando, feroz y salvajemente, dando patadas y puñetazos con saña.

Las manos de Obi-Wan se colocaron verticalmente ante él, moviéndose apenas, asombrosamente precisas, apartando, inofensivos, un golpe tras otro. Adelantó una mano y la bajó para quitarle impulso a una patada, alzándola a continuación para desviar hacia arriba un gancho de Jango. Después abrió la mano de golpe, y con los dedos rígidos golpeó una juntura de la armadura del cazador de recompensas. Éste se sobresaltó y cayó hacia atrás. El Maestro Jedi siguió atacando, lanzándose hacia el hombre, buscando la victoria.

Pero Jango tenía una treta a mano: conectar los cohetes y elevarse por los aires, junto con ese contrincante que en ese momento lo agarraba con fuerza. Un empuje de un propulsor lateral los sacó a los dos fuera de la plataforma de aterrizaje propiamente dicha, hasta sobrevolar la inclinada ladera del lugar.

Las manos de Jango se movían de forma casi imperceptible, tirando de los brazos y manos del Jedi, aflojando el abrazo de Obi-Wan. A continuación encendió los propulsores, yendo a la izquierda y a la derecha, provocando un temblor repentino que acabó liberándole del abrazo de su enemigo.

El Caballero cayó con fuerza contra la ladera, deslizándose peligrosamente cerca del borde, lo bastante como para oír bajo él a las grandes olas romper contra los pilotes de la plataforma. Se agarró a un saliente y recurrió a la Fuerza, usándola para coger el sable láser, dándose cuenta de pronto de que era vulnerable.

Oyó un disparo a un lado, no el chirrido de una pistola, sino un «pfizzt», y rodó todo lo lejos que le fue posible.

Pero no lo bastante lejos. Un delgado cable se deslizó bajo sus muñecas y se enrolló a ellas, sujetándolo con fuerza, haciéndole perder la concentración, y con ella su control del sable láser.

Se vio arrastrado por el hombre cohete, resbalando hacia arriba por la inclinada ladera hasta llegar a la plataforma de aterrizaje. Los reflejos aguzados a lo largo de años de entrenamiento intensivo, y el poder de la Fuerza inherente a un Maestro Jedi, le permitieron rodar hacia adelante, por encima de sus alargados brazos, cayendo de pie, para saltar nuevamente cuando el cable volvió a ponerse tirante, arrastrándole consigo. Corrió a rodear un pilar y volvió a ponerse en pie, teniendo esta vez el refuerzo de la barra de metal para ayudarle a no moverse de donde estaba.

Volviendo a recurrir una vez más a la Fuerza, se ancló al suelo, fundiéndose por un instante a la plataforma.

Inamovible.

El cable se puso tirante, pero Obi-Wan no se movió.

Notó que el ángulo del cable cambiaba de forma dramática cuando Jango Fett se precipitó a la plataforma, separado del aerocohete.

Obi-Wan se dispuso a rodear el pilar, pero se detuvo para protegerse los ojos cuando el cohete explotó con un fogonazo de luz y un tremendo impacto.

***

—¡Papá! —gritó Boba Fett pegando la cara a la pantalla cuando el cohete se hizo pedazos. Pero, entonces vio a Jango a un lado, aparentemente ileso, aunque luchando frenéticamente contra el tirón del cable que para entonces controlaba el Jedi.

—¡Papá! —gritó una y otra vez Boba, golpeando impotente el monitor, haciendo una mueca cuando el Jedi embistió contra su padre, dándole patadas y enzarzándose los dos en un abrazo que les hizo rodar hasta el borde de la plataforma de aterrizaje, deslizándose rápidamente ladera abajo en dirección al furioso océano.

***

Obi-Wan pateaba e intentaba encontrar el camino de vuelta a la Fuerza, pero Jango le golpeaba repetidamente. Apenas podía creer que el cazador de recompensas siguiera forcejeando así, estando la muerte para los dos al final de la pendiente. Se las arregló para apartarse un poco de él y vio que Jango levantaba el antebrazo con una extraña sonrisa pintada en el rostro. El cazarrecompensas cerró el puño y una hilera de garras brotó de su armadura.

Obi-Wan retrocedió instintivamente cuando Jango levantó más aún el brazo, pero no era para golpearlo a él, sino a la ladera de la plataforma. Al mismo tiempo, Jango usó la otra mano para soltarse del brazo el mecanismo del brazalete lanzacables.

El se paró en seco, mientras el Caballero Jedi resbalaba por su lado.

—¡Coge un pez giratorio por mí! —oyó que le gritaba Jango, mientras caía hacia las encrespadas olas.

***

—¡Papá! ¡Oh, papá! —gritó aliviado Boba Fett cuando localizó a su padre volviendo a subir ladera arriba hasta llegar a la plataforma. Jango se puso en pie y se tambaleó hacia *Esclavo I*, y Boba corrió a la escotilla, abriéndola y bajando para ayudar a su padre a subir a bordo.

—Sácanos de aquí —dijo el aturdido y castigado Jango, y Boba sonrió y corrió a los controles, encendiendo los motores.

—¡La pondré a la velocidad de la luz!

—¡Limítate a salir de la atmósfera y a hacerlo en línea recta! —ordenó Jango, y sus palabras salieron mezcladas con un aullido de dolor mientras se sujetaba el costado herido. Entonces notó la dolorida mirada de su hijo—. Conecta el ordenador de navegación e inserta las coordenadas para el salto —concedió.

La sonrisa de Boba fue más luminosa que nunca.

—¡Despegando! —gritó.

***

Obi-Wan usó la Fuerza para agarrar el extremo suelto del cable que seguía sujetándole por las muñecas, y arrojar dicho extremo de modo que se enredara alrededor de uno de los raíles de la plataforma. Su descenso se detuvo con un tirón repentino.

Miró a su alrededor, y empezó a columpiarse, a uno y otro lado, ganando velocidad hasta estar lo bastante alto como para liberarse de las ataduras y caer suavemente en una pequeña plataforma de servicio, apenas por encima de las rompientes olas.

Sólo necesitó un instante para recuperar el aliento, y abrir luego con un gesto de la mano la puerta de un turboascensor de servicio. Oyó cómo los motores de la nave del cazarrecompensas rugían cobrando vida antes incluso de que la puerta se abriera en la plataforma de despegue.

Se acercó al borde, localizando enseguida el sable láser y llamándolo con la Fuerza.

Pero ya era demasiado tarde. La nave vibraba, a punto de despegar.

Obi-Wan sacó un pequeño transmisor de su cinturón, y lo arrojó en dirección a la nave. El cierre magnético del rastreador se pegó a su casco justo a tiempo.

La lluvia y el vapor envolvieron a Obi-Wan Kenobi, que se quedó allí inmóvil durante un largo rato, hasta que el *Esclavo I* desapareció de la vista.

Miró a su alrededor, repasando mentalmente la batalla, y el respeto que sentía por el cazador de recompensas aumentó considerablemente. Comprendía que Sifo-Dyas, o Tyranus o quien fuera, lo hubiera elegido. El hombre era bueno, estaba lleno de trucos y era muy hábil.

Había llevado al borde del desastre a Obi-Wan Kenobi, un Caballero Jedi, el hombre que había derrotado al Lord Sith Darth Maul.

Pero, aun así, estaba complacido por la manera en que había acabado todo. Ahora podría seguir a Jango. Puede que al final del viaje que se avecinaba, consiguiera alguna explicación en vez de nuevos enigmas.

Capítulo 19

Boba se sentaba muy callado, consciente de la tensión reinante, mientras el *Esclavo I* se alejaba de Kamino a toda velocidad. Quería hablar de su disparo con el cañón láser, de la manera en que había derribado al Jedi, separándolo de su sable láser. Pero sabía que no era el momento, pues Jango tenía en el rostro una expresión concentrada que él conocía demasiado bien, y que le indicaba claramente que no era momento para hablar.

El muchacho se recostó contra la pared más alejada de su padre, mientras éste accionaba los controles, introduciendo las coordenadas del salto al hiperespacio.

—Vamos, vamos —repetía, balanceándose adelante y atrás como dando prisa a la nave y mirando cada pocos segundos a los sensores como esperando ver una flota de naves estelares en su persecución.

Entonces, lanzó un grito de victoria y conectó el hiperimpulso, y Boba volvió a pegarse contra la pared, viendo cómo las estrellas se alargaban.

Jango Fett se hundió en su asiento y lanzó un suspiro de alivio, suavizándose su expresión casi de inmediato.

—Bueno, eso estuvo demasiado cerca —dijo con una carcajada.

—Le sacudiste bien fuerte —replicó Boba, volviendo a bullir de excitación—. ¡Nunca tuvo ninguna posibilidad contra ti, papá!

Jango sonrió y asintió.

—La verdad es que llegó a ponerme en un verdadero aprieto, hijo. Me quedé sin trucos en cuanto esquivó el paquete explosivo.

Boba frunció el ceño, queriendo discutir la idea de que alguien pudiera vencer a su padre, pero entonces, pensando en el momento mencionado por Jango, su ceño se trocó con una amplia sonrisa.

—¡Le di de lleno con el cañón láser!

—¡Lo hiciste muy bien! Le disparaste en el momento adecuado, y estuviste allí, dispuesto a ayudarme cuando era mejor irse. Estás aprendiendo mucho y bien, Boba. Mejor de lo que yo había creído posible.

—Eso es porque soy un poco como tú —razonó el muchacho, pero Jango negó con la cabeza.

—Eres mejor que yo a tu edad, con mucho. Y si sigues aprendiendo y esforzándote serás el mejor cazador de recompensas que se haya visto en esta galaxia.

—Eso era lo que querías hacer con los kaminoanos, ¿verdad, papá? ¡Por eso me quisiste!

Jango Fett se acercó a él y le revolvió el pelo con la mano.

—Por eso y por otras muchas razones —dijo en voz queda, reverencial—. Y en todos los aspectos, en mis sueños y esperanzas, te has portado mejor de lo que esperaba.

Nada de lo que hubiera podido decirle alguien en toda la galaxia habría hecho que se sintiera mejor que oyendo esas palabras de su padre.

Jango sacó el *Esclavo I* del hiperespacio un poco antes de lo debido, para que el niño pudiera pasar algo de tiempo pilotando la nave en el acercamiento a Geonosis. Para Boba no podía haber mejor momento que ése, sentado junto a su padre, manejando diestramente los controles, e incluso exhibiéndose un poco, y se entristeció al ver el planeta rojo y los cinturones de asteroides que lo rodeaban.

—Aquí la seguridad es muy estricta —explicó Jango, cogiendo el timón—. Será mejor que la aterrice yo.

Boba se recostó en su asiento sin una queja. Sabía que su padre tenía razón, y en caso de estar en desacuerdo nunca lo manifestaría abiertamente.

Concentró su atención en las pantallas que mostraban la composición del cercano campo de asteroides, y parte del lejano tráfico que había al otro lado del planeta.

Se fijó en una señal en particular, que se separaba del cinturón de asteroides y se desplazaba tras ellos. Al principio no le prestó mucha atención, hasta que apareció una segunda señal, justo detrás del *Esclavo I*, pero no lo bastante grande como para ser una nave independiente.

—Ya casi hemos llegado, hijo.

—Papá, creo que nos sigue. Mira la pantalla. ¿Eso no es una sombra de invisibilidad en nuestra nave?

Jango le miró dubitativo, antes de volver su expresión escéptica a la pantalla. Boba observó con creciente excitación que la mirada de su padre se volvía intensa y asentía lentamente.

—Ese Jedi debió colocarnos un rastreador en el casco antes de salir de Kamino. Pero, ¿cómo? Creí que había muerto.

—Alguien nos sigue.

—Vamos a arreglar eso. ¡Agárrate, hijo! Observa cómo entramos en ese campo de asteroides; no podrá seguirnos allí dentro. —Miró a Boba y le guiñó un ojo—. Y si lo hace, le dejaremos un par de sorpresas.

Abrió un panel lateral y tiró de una palanca, liberando una carga eléctrica en el casco pensada para destruir cualquier dispositivo localizador. Una rápida mirada a la pantalla le mostró que la sombra de invisibilidad había desaparecido.

—Vamos allá —dijo y sumergió la nave en el campo de asteroides, rodeando a toda velocidad una roca cercana y desviándose rápidamente a un lado, sobrevolando un peñasco giratorio y atajando entre otros dos. Se movía a un lado y a otro, sin pauta aparente, y unos momentos después, el muchacho, que seguía estudiando la pantalla, anunció:

—Ya no lo veo.

—Igual es más listo de lo que pensaba y se ha dirigido a la superficie del planeta —dijo Jango con una sonrisa y otro guiño.

Pero el escáner volvió a pitar apenas dijo eso.

—¡Mira, papá! —gritó Boba, señalando al punto luminoso, esta vez situado dentro del campo de asteroides—. ¡Ha vuelto!

—¡Agárrate! —dijo su padre, haciendo pasar a su nave por una frenética serie de ascensos, descensos y giros, acabando con un recorrido en línea recta mientras destapaba el disparador y abría la escotilla de eyección.

—Una carga sísmica —le explicó a Boba, que sonrió en respuesta.

Pero entonces el chico lanzó un grito de aviso cuando la pantalla delantera se llenó con un asteroide.

Jango ya estaba en ello, haciendo girar sobre sí mismo el asombrosamente maniobrable *Esclavo I* y sorteando por arriba la gigantesca roca espacial.

—Mantén la calma, hijo. No pasa nada. El Jedi no será capaz de seguirnos a través de esto.

Su declaración se vio acentuada por un fogonazo repentino y un traqueteo, cuando la carga sísmica estalló muy detrás de ellos.

—¡Ha conseguido sortearla! —gritó el chico un momento después, al ver reaparecer en la pantalla la nave del Jedi.

—Ese tipo no sabe coger las indirectas —dijo Jango, que permanecía inmutable—. Pues si no podemos despistarlo, habrá que acabar con él.

Boba volvió a gritar, pero su padre seguía al control. Metió la nave por un estrecho túnel que horadaba uno de los asteroides más grandes. Tuvo que aminorar un poco la marcha para poder maniobrar, y cuando salieron por el otro extremo, vieron que el caza estelar del Jedi pasaba sobre ellos. El cazado se había convertido en el cazador.

—¡A por él, papá! ¡Cógelo! ¡Fuego!

Los rayos láser brotaron del *Esclavo I*, pasando alrededor del caza, que hizo un movimiento de tonel rápido a la derecha y hacia abajo.

Jango fue tras él, intentando colocarlo en la mira, pero el Jedi era bueno y hacía un movimiento tras otro, saliendo siempre de ellos junto a un asteroide que utilizaba para cubrirse.

Boba continuó acicateando a su padre, pero éste mantuvo la calma, pensando que tarde o temprano el Jedi acabaría por quedar al descubierto.

Una caída rápida, seguida de un repentino giro hacia atrás y de un movimiento de tonel a la derecha, puso al Jedi detrás de otro asteroide, pero, esta vez, en vez de ir tras él, atajó por encima de esa roca, disparando ciegamente en dirección al otro lado.

El caza apareció por allí, situándose justo en la línea de tiro, haciendo una cabriola y esparciendo piezas suyas al ser acertado por el láser.

—¡Le has dado! —gritó Boba victorioso.

—Y ahora hay que rematarlo —explicó Jango sin perder la sangre fría—. Ya no podrá esquivarnos.

Pulsó una serie de botones, armando un torpedo y deslizándolo al tubo. Se dispuso a apretar el botón rojo, pero hizo una pausa y sonrió, haciendo un gesto a su hijo para que se acercase más a él.

Boba apenas podía respirar cuando su padre le cogió la mano y se la puso en el liso disparador, asintiendo luego con la cabeza.

El muchacho apretó el disparador y el *Esclavo I* dio un salto cuando partió el torpedo en dirección al caza del Jedi, y saliendo en su persecución cuando se alejó intentando evadirlo.

Unos momentos después, el monitor se iluminaba con la luz de una tremenda explosión, obligando a que Boba y Jango se protegieran los ojos con las manos. Cuando se recuperaron y miraron atrás, fueron saludados por trozos de metal y, piezas de la nave. La pantalla del escáner estaba despejada.

—¡Le dimos! —gritó Boba—. ¡Síííí!

—Buen disparo, chaval —dijo Jango, y volvió a revolverle el pelo—. Éste ha sido tuyo. No volveremos a verlo.

Unos pocos giros sacaron la nave de los asteroides, dirigiéndola hacia Geonosis y, pese a su anterior razonamiento. Jango Fett dejó que su hijo efectuase el aterrizaje. Si bien era cierto que no era un recorrido adecuado para un niño, también lo era que Boba Fett no era un niño corriente.

***

Anakin atravesó desfiladeros de piedra multicolor, cruzando por dunas de cambiante arena y por el largo y antiguo lecho seco de un río. Su único guía era la sensación que percibía de Shmi, su dolor. Pero no era una guía definida, y pese a tener la sensación de que se movía en la dirección adecuada, el paisaje de Tatooine era vasto y vacío, y nadie se escondía entre la arena y las piedras mejor que los guerreros tusken.

Paró en lo alto de una colina y estudió el horizonte. Al sur vio un enorme vehículo, semejante a una caja torcida, dejando una única y enorme huella. Asintió reconociendo a los jawas y, al ser muy consciente de que nadie conocía mejor que ellos los movimientos de todas las criaturas del desierto, encaminó la moto speeder en su dirección.

Los alcanzó poco después, metiéndose entre un grupo de criaturas vestidas con ropajes negros y marrones, de inquisitivos ojos rojos que le miraban desde la sombra de sus enormes capuchas, y cuya incesante cháchara zumbaba a su alrededor como una extraña música.

Le llevó un buen rato convencer a los jawas de que no estaba interesado en comprar ningún droide, y más tiempo aún en hacerles comprender que sólo buscaba información sobre los guerreros tusken.

Los jawas hablaron excitados entre ellos, señalando a un lado y a otro, saltando a su alrededor. Los jawas no eran amigos de los tusken, que los atacaban como a todo el que considerasen vulnerable. Y, lo que era aún peor para la mentalidad vendedora de los jawas, ¡los tusken nunca compraban droides!

El grupo acabó alcanzando un consenso y señalaron al unísono en dirección al este. Anakin asintió y partió en esa dirección. La ausencia de compensación monetaria pareció indignarlos, pero Anakin no tenía tiempo para preocuparse de eso.

***

Los asteroides giraban silenciosos, sin ser molestados, aparentemente incólumes ante las explosiones y los zigzagueantes vehículos.

En una profunda depresión de uno de esos peñascos se refugiaba un pequeño caza, cuya silueta definida y brillantes colores contrastaban con los bordes ásperos y las sangrientas vetas de mineral del asteroide.

—Maldición. Por esto odio volar —le dijo Obi-Wan a R4, y los pitidos de respuesta del droide le indicaron que estaba de acuerdo con él. Pocas cosas podían alterar al Caballero Jedi, pero enzarzarse en una batalla aérea con un piloto tan claramente hábil como Jango Fett debía ser una de ellas. A diferencia de sus colegas Jedi, Obi-Wan nunca disfrutaba mucho con el viaje espacial, y mucho menos con el pilotaje.

Hizo una mueca cuando su asteroide giró, volviendo a mostrarle el brillante trozo de metal roto que se había puesto en órbita dentro del cinturón. Tenía la nave averiada por el rayo láser —aunque no era grave, sólo un propulsor—, y se había dado cuenta de que no podía esquivar el torpedo inteligente. Por tanto, ordenó a R4 que expulsara todos los contenedores con piezas de repuesto, y, por fortuna, bastaron para detonar el proyectil. Pese a su éxito, Obi-Wan sintió alivio al ver que su nave permanecía entera tras soportar la onda de choque y el aterrizaje rápido y forzoso efectuado en el asteroide para completar la estratagema.

No quería más batallas espaciales con Jango y su extraña pero eficiente nave, así que optó por quedarse allí mientras dejaba que pasasen los minutos.

—¿Has registrado su última trayectoria? —preguntó al droide, y R4 le aseguró que lo había hecho—. Bien, creo que ya hemos esperado bastante. Vamos. —Obi-Wan hizo una pausa momentánea, intentando digerir todas las cosas asombrosas que había visto al ir tras la pista de Jango Fett—. Este misterio se complica cada vez más, R4. ¿Tú crees que encontraremos alguna explicación?

R4 emitió un sonido que Obi-Wan sólo pudo identificar como un encogimiento de hombros verbal.

Al seguir la ruta del *Esclavo I*, Obi-Wan no se sorprendió al ver que llevaba directamente al planeta rojo, Geonosis. Lo que sí le sorprendió fue descubrir que no eran los únicos que se dirigían a él.

Una serie de pitidos y silbidos de R4 lo alertaron, y ajustó los monitores para localizar una enorme flota de naves estacionada al otro lado del cinturón de asteroides.

—Naves de la Federación de Comercio —musitó mientras se inclinaba para obtener mejor visión—. ¿Tantas?

Meneó la cabeza confundido, al ver en el grupo varios de sus grandes cargueros, fácilmente reconocibles por su peculiar diseño: una esfera rodeada por un anillo que no acababa de cerrarse. Si el ejército clon era para la República, había sido encargado por un Maestro Jedi, y Jango Fett había sido la base para los clones, ¿qué relación tenía Jango Fett con la Federación de Comercio? Y si Jango estaba tras los atentados contra la

senadora Amidala, principal voz de la oposición a que la República tuviera un ejército, ¿por qué iba a aprobar ese acto la Federación de Comercio?

Le dio por pensar que igual había juzgado mal a Jango, o al menos sus motivos. Puede que, al igual que Obi-Wan y Anakin, sólo persiguiera a la cazarrecompensas que intentó matar a Amidala. Puede que no disparase el dardo tóxico para silenciar a la presunta asesina, sino para castigarla por atentar contra la vida de Amidala.

Pero el Jedi no pudo convencerse de eso. Seguía considerándole como el hombre que había tras los atentados, y que había matado a la metamorfa para que ésta no le delatara. Pero, ¿y el ejército clon? ¿Y qué pintaba la Federación de Comercio? No parecía haber una lógica en la situación.

Sabía que no obtendría una respuesta allí arriba, así que hizo descender la nave hacia Geonosis, manteniendo todo el tiempo el cinturón de asteroides entre la flota de la Federación y él.

Apenas atravesó la atmósfera del planeta, voló a ras de tierra, por debajo de cualquier sistema rastreador que pudiera estar vigilando, sobrevolando rojas llanuras y piedras estriadas, rodeando montes y mesetas. Todo el planeta parecía ser una meseta roja, árida y muerta, pero sus escáneres captaban cierta actividad en la distancia. Obi-Wan siguió en vuelo rasante, ascendiendo por una meseta para bajar por el otro extremo. Deslizó la nave bajo una cornisa rocosa y la estacionó allí, saliendo a continuación de ella para caminar hasta el borde de la depresión.

El aire de la noche tenía un curioso sabor metálico, y la temperatura era suave. Una fuerte brisa golpeó el rostro de Obi-Wan, llevándole ese olor y sabor metálicos, así como un ocasional y extraño chillido.

—Volveré, R4.

El droide emitió un largo «ooooo».

—Estarás bien —le aseguró Obi-Wan—. Y no tardaré mucho.

Contento de volver a pisar tierra firme, Obi-Wan comprobó que llevaba encima todo lo que podía necesitar, miró hacia el lugar donde había notado la actividad y echó a andar, desplazándose por una vereda rocosa.

***

Las horas transcurrían insoportables para Padmé, Owen y Beru eran bastante agradables, y era evidente que Cliegg se alegraba de tener compañía en esos momentos de gran preocupación y profunda pena, pero estaba tan preocupada por Anakin que apenas podía hablar con ellos. Nunca le había visto esa actitud con la que se alejó de la granja de humedad, con esa determinación tan palpable, tan avasalladora, que parecía casi destructiva. Al despedirse había notado el poder de Anakin, una fortaleza interior que superaba todo lo que había conocido antes.

Si de verdad su madre seguía viva, y ella creía que sí lo estaba, dado que Anakin así lo había afirmado, Padmé sabía que no habría ejército lo bastante poderoso como para apartar al joven Jedi de ella.

Aquella noche no durmió, levantándose de la cama para pasear por el complejo. Se metió en la zona del garaje para poder quedarse a solas con sus pensamientos. O eso pensaba ella.

—Hola, señorita Padmé —dijo una voz alegre.

En cuanto se recuperó de la sorpresa, reconoció a quien le hablaba.

—¿No puede dormir? —preguntó C-3PO.

—No, supongo que tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Está preocupada por su trabajo en el Senado?

—No, estoy preocupada por Anakin. Le dije cosas… Temo haberle hecho daño. No lo sé. Puede que sólo me hiciera daño a mí misma. Por primera vez en mi vida, estoy confusa.

—No sé si esto hará que se sienta mejor, señorita Padmé, pero no creo que haya habido ni un solo momento de mi vida en que no me haya sentido confuso.

—Quiero que sepa que me preocupo por él, C-3PO. Que me importa. Y ahora está ahí fuera, en peligro…

—No se preocupe por el amo Annie —le aseguró el droide, acercándose hasta ella para darle unas palmaditas en el hombro—. Sabe cuidarse solo. Incluso en este horrible lugar.

—¿Horrible? ¿Es que no eres feliz aquí?

C-3PO dio un paso hacia atrás y le mostró las manos, enseñándole las castigadas cubiertas y los aislamientos mellados en zonas donde asomaba parte del cableado. Padmé se inclinó hacia adelante para mirar, y notó que había arena en muchas de las junturas del droide.

—Me temo que éste es un entorno muy duro —explicó el droide—. Y cuando el amo Annie me construyó, nunca encontró tiempo para proporcionarme otras cubiertas. La señora Shmi hizo bien al terminarme, pero el viento y la arena me castigan mucho, incluso con estas cubiertas. Se me meten bajo los soportes y… pican.

—¿Pican? —repitió Padmé con una risa, una risa muy reconfortante.

—No sé de qué otra manera describirlo, señorita Padmé. Y temo que la arena me esté estropeando el cableado.

Padmé miró a su alrededor, deteniéndose al ver unas poleas sobre una bañera abierta y llena de un líquido oscuro.

—Necesitas un baño de lubricante.

—Oh, me vendría bien el baño.

Alegre por la distracción, Padmé se desplazó a la bañera y colocó la polea y las cadenas. Poco después lo había preparado todo y tenía a C-3PO bien sujeto, procediendo a bajar al droide hasta el lubricante.

—¡Ooooh! —exclamó el droide—. ¡Hace cosquillas!

—¿Cosquillas? ¿Seguro que no son picores?

—Conozco la diferencia entre las cosquillas y los picores —respondió C-3PO. Padmé se rió y, por un momento, olvidó sus preocupaciones.

***

En cuanto llegó a la siniestra escena, Anakin supo que había sido obra de los tusken. Tres granjeros, probablemente de los que habían acompañado a Cliegg antes de que se viera forzado a volver a casa, yacían muertos alrededor del fuego de un campamento, con el cuerpo destrozado y mutilado. Una pareja de eopis, dromedarios de largas patas con grandes pies acolchados y un rostro equino que evidenciaba su escasa inteligencia, estaban parados cerca de allí, mugiendo lastimosamente, hallándose más allá los humeantes restos de un speeder.

Anakin se pasó los dedos por el pelo rubio.

—Calma —se dijo—. Búscala.

Se sumió en su interior, en la Fuerza, y envió lejos a sus sentidos. Necesitaba confirmar que su madre no había encontrado aún un destino similar.

Sintió una punzada de dolor, y a su mente llegó un grito que era a la vez de esperanza y de desesperación.

—Mamá —dijo sin aliento, y supo que el tiempo se le acababa, que Shmi sufría terribles dolores y que apenas podía aguantar.

No tenía tiempo para enterrar a los pobres granjeros, pero decidió que después volvería para hacerlo. Saltó a horcajadas sobre la moto speeder y la puso en marcha, cruzando el oscuro paisaje del desierto tras la llamada de Shmi.

***

El camino era estrecho y escarpado, pero Obi-Wan se alegraba de volver a pisar suelo firme.

O casi firme, pensó, cuando un agudo chillido cortó el aire, sobresaltándolo. Su pie resbaló. Estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio, mientras un montón de piedras rebotaban por el barranco en el costado de la meseta.

El Jedi sacó el sable láser, pero no lo encendió. Dobló una curva del rocoso sendero moviéndose con precaución.

Una gran criatura lagartoide fue a por él, con las enormes fauces goteando baba. Se alzaba sobre las fuertes patas traseras, removiendo ansiosa las pequeñas extremidades delanteras. El sable láser zumbó al cobrar vida y Obi-Wan saltó a un lado, dando un mandoble al aterrizar, abriendo el costado de la criatura desde la pata delantera a la trasera. La criatura cayó al suelo e intentó volverse, pero se retorció de dolor y, al estar desequilibrada, cayó fuera del camino, chillando en su descenso por el precipicio de centenares de metros de altura.

Pero Obi-Wan no tuvo tiempo para observar su caída, pues le atacaba otra de las bestias, cargando velozmente contra él, con las fauces abiertas.

El Jedi llenó esas fauces con el sable láser, cortando colmillos y encías, hundiendo la hoja en la cabeza de la criatura. Se echó a un lado, la hoja de energía se abrió paso lateralmente por el cráneo de la bestia, y se volvió para enfrentarse a otra que saltaba hacia él. Se echó para atrás, dejando que la bestia pasase por su lado, pero ésta se volvió de inmediato y se dispuso a perseguirlo. Él se paró de pronto, y golpeó hacia atrás con el sable láser, empalando a una cuarta criatura. Giró sobre sí mismo, pasándose el arma de la mano derecha a la izquierda, y cortó el costado de la bestia moribunda, completando el giro para enfrentarse a la que había pasado de largo junto a él.

La criatura se movió a su alrededor, midiéndole, y Obi-Wan se movió con ella, pero sin apartar los ojos y los oídos de la situación.

Intentó asustar a la criatura, esperando que huyera, dado que dos de sus compañeras yacían muertas entre las rocas y la tercera se había despeñado.

Pero no sucedió así. La bestia cargó de pronto, abriendo las fauces.

Un paso lateral, otro adelante y un corte por debajo de su cabeza envió la testa al suelo, donde rebotó libremente.

—Un lugar divertido —comentó al rato el Jedi, cuando estuvo seguro de que no había más criaturas. Guardó el arma y continuó el camino, no tardando mucho en rodear la meseta.

Una gran llanura se extendía ante él, al igual que muchas formas elevadas que destacaban en la distancia, indefinibles en la oscuridad. Obi-Wan cogió sus electrobinoculares y estudió la llanura. Vio un grupo de grandes torres, no estalagmitas naturales como las que salpicaban el paisaje, sino estructuras artificiales. Un giro de sus dedos aumentó la visión tanto en tamaño como en luz disponible, y siguió explorando.

Había naves de la Federación de Comercio, a decenas, estacionadas en plataformas. El Jedi vio asombrado que una plataforma menor se alzaba junto a un transporte y miles de droides de combate bajaban de ella para entrar en la nave, que se elevó a continuación. Y ésta fue rápidamente reemplazada por otro vehículo estelar.

Otra plataforma pequeña se elevó a su lado, y nuevamente miles de droides bajaron de ella para subir a bordo de la nave, y ésta, una vez llena de soldados droides, se elevó a su vez.

—Increíble —murmuró el Jedi, y miró al horizonte oriental, intentando calcular la cantidad de tiempo que tendría antes de que amaneciera, preguntándose si podría llegar hasta ese lugar antes de que lo sorprendiera la luz del sol.

Se dio cuenta de que no podría hacerlo si debía bajar la meseta por sus propios medios, así que se encogió de hombros y dio un paso adelante, cerrando los ojos y encontrando poder en la Fuerza. Entonces, saltó, elevándose con la Fuerza para aminorar su descenso. Dio con una colina situada muchos metros más abajo, para saltarse a continuación sobre ella y volver a caer una y otra vez, medio rebotando y medio volando en dirección a la oscura llanura.

Para cuando llegó a la torre más alta del complejo, el sol seguía estando por debajo del horizonte oriental, pero la tierra empezaba a iluminarse ya. La entrada estaba fuertemente custodiada por droides de combate, pero Obi-Wan no tenía ninguna intención de entrar por allí. Usando la Fuerza, y su propio entrenamiento, el Jedi escaló la torre hasta alcanzar una pequeña ventana.

Entró por ella en silencio, moviéndose de sombra en sombra, agachándose tras una cortina cuando oyó que se acercaba una pareja de criaturas de extraño aspecto. Supuso que serían geonosianos. Vestían poca ropa y su piel era tan rojiza como el aire que les rodeaba, y colgajos de piel pendían de varias partes de su esbelto cuerpo. Tras los huesudos hombros destacaban correosas alas. Tenían la cabeza grande y alargada, con crestas en la parte superior y en los costados del cráneo, labios gruesos y ojos bulbosos. Su expresión parecía una mueca de constante desprecio.

—Demasiados seres inteligentes —oyó decir a uno.

—No te corresponde cuestionar al archiduque Poggle el Menor —le regañó el otro. La pareja se alejó gruñendo.

Obi-Wan tomó por su mismo camino, pero para ir en dirección contraria. Se movió de una sombra a otra por un estrecho pasillo con columnas. No podía dejar de pensar en el contraste que había entre Ciudad Tipoca y ese sitio. Si Tipoca era una obra de arte, toda lisa y redondeada, toda luz y cristal, ese lugar era basto, de cortantes esquinas y rasgos utilitarios.

Siguió andando, hasta llegar a un túnel abierto del que brotaban ruidos secos y constantes. Se dejó caer al suelo y miró a su alrededor, antes de arrastrarse y observar por encima del borde.

Abajo, en una gran zona abierta, había una fábrica, una enorme serie de líneas de montaje. Miró asombrado cómo muchos, muchos geonosianos, carentes de las alas que llevaba la pareja que había visto antes, trabajaban en diversos puntos ensamblando droides. Los droides completados empezaban a moverse por sus propios medios al final de la cinta continua, alejándose por un pasillo distante.

Hacia plataformas que los subirán a naves de la Federación de Comercio, pensó el Jedi.

Obi-Wan Kenobi negó con la cabeza y siguió moviéndose hasta que sintió algo, fugaz pero definido. Siguió sus instintos por el laberinto de pasillos, llegando finalmente a una vasta cámara subterránea, de enormes techos abovedados y arcadas a medio construir. Empezó a desplazarse de columna en columna, sintiendo que había algo o alguien cerca.

Oyó sus voces antes de verlos, y se pegó a la pared de piedra.

Un grupo de seis figuras pasó ante él, cuatro delante y dos detrás. En primera fila iban dos geonosianos, junto a un virrey neimoidiano que Obi-Wan conocía demasiado bien, y un hombre cuyos rasgos también reconoció, por el busto del Templo Jedi de Coruscant.

—Ahora debemos convencer a los Gremios de Comercio y a la Alianza Corporativa para que firmen el tratado —iba diciendo el Conde Dooku.

El hombre era alto y regio, de perfecta pose y elegante paso. Tenía los cabellos plateados y bien cortados, y sus elegantes rasgos, mandíbula sólida y penetrantes ojos completaban el aspecto de un hombre que una vez estuvo considerado como uno de los Jedi más grandes. Vestía una capa negra, abrochada al cuello por una cadena de plata, y camisa y pantalones negros de la más fina de las telas. Al mirarlo, al sentir su presencia, Obi-Wan comprendió que no podría vestir algo de peor calidad.

—¿Qué hay de la senadora de Naboo? —preguntó el neimoidiano, Nute Gunray, cuyos ojillos y finos rasgos parecían más pequeños aún bajo la tiara tricorne que siempre llevaba—. ¿Ha muerto ya? No pienso firmar ese tratado mientras no tenga su cabeza sobre mi mesa.

Obi-Wan asintió; ya empezaban a encajar muchas piezas del rompecabezas. Tenía su lógica que Nute Gunray quisiera ver muerta a Amidala, aunque la oposición de ella a crear un Ejército de la República lo beneficiara. Después de todo, Amidala había avergonzado gravemente a los neimoidianos durante la batalla de Naboo.

—Soy hombre de palabra, virrey —respondió uno de los separatistas.

—Con estos nuevos droides de combate que estamos construyéndole, tendrá el mejor ejército de la galaxia, virrey —dijo el geonosiano que Obi-Wan supuso era Poggle el Menor.

No se parecía a los trabajadores o a los alados que había visto. Su piel tenía un tono más claro, más grisáceo que rojizo, y tenía una cabeza enorme, de la que sobresalían una enorme boca despectiva que le daba un aspecto feroz y una barbilla alargada semejante a una barba que le llegaba hasta medio torso.

Continuaron hablando, pero para entonces Obi-Wan no podía oírles y no se atrevió a mover un paso para seguirles. Atravesaron la sala, cruzaron una arcada y subieron un tramo de escaleras.

Tras una larga pausa para asegurarse de que estaban a bastante distancia, Obi-Wan salió tras ellos, miró por las escaleras y las subió con precaución, llegando a una estrecha balconada que daba a una pequeña sala donde se situaba una mesa. En ella vio a los seis que habían pasado junto a él, al lado de otros tantos, entre los que destacaban tres senadores de la oposición a los que pudo identificar. El primero era Po Nudo de Ando, un aqualish que parecía llevar un casco con grandes anteojos, pero que, por supuesto, no era así. A su lado se sentaban Toonbuck Toora de Sy Myrth, con su cabeza de roedor y su gran boca, y el senador quarren Tessek, cuyos tentáculos faciales se agitaban impacientes. Obi-Wan había visto antes a ese trío, en Coruscant.

Sí, parecía haberse metido en el centro de un avispero.

—¿Ya conocen a Shu Mai? —preguntó a los tres senadores el Conde Dooku, sentado a la cabecera de la mesa—. Representa a los Gremios de Comercio.

Ante él, Shu Mai asintió deferente. Su delicada y arrugada cabeza gris asomaba en lo alto de un largo cuello, y su rasgo más acusado, aparte de las largas y puntiagudas orejas horizontales, era un peinado que parecía un cuerno cubierto de piel que sobresalía de su nuca, alzándose hacia arriba para después curvarse hacia adelante.

—Y éste es San Hill, distinguido miembro del Clan Bancario Galáctico —continuó Dooku, indicando a una criatura con la cara más larga y estrecha que Obi-Wan había visto nunca.

Los reunidos en torno a la mesa murmuraron un saludo, asintiendo el uno al otro, durante algunos instantes, antes de guardar silencio con los ojos fijos en el Conde Dooku, que parecía estar al mando, incluso por encima del archiduque del planeta.

—Como ya les expliqué antes, estoy convencido de que, gracias al apoyo de ustedes, diez mil sistemas más se unirán a nuestra causa —dijo el Conde—. Y dejen que les recuerde que tenemos un compromiso absoluto con el capital… que deseamos la anulación de impuestos, la reducción de tarifas y la eventual abolición de todas las barreras comerciales. La firma de este tratado les proporcionará unos beneficios que superaran todo lo imaginable. Lo que les proponemos es un sistema de comercio completamente libre.

Miró a Nute Gunray, el cual asintió ante estas palabras.

—Nuestros amigos de la Federación de Comercio nos han prometido ya su apoyo —continuó el antiguo Jedi—. Si sumamos sus droides de combate a los que ya tenemos obtendremos un ejército muy superior a cualquier otro que pueda haber en la galaxia. La República será arrollada.

—Quisiera decir algo, Conde —dijo uno de los otros, uno de los que habían seguido a Dooku hasta la sala.

—Sí, Passel Argente. Siempre nos interesa oír a la Alianza Corporativa.

—La Alianza Corporativa me ha autorizado a firmar el tratado —repuso el encogido y nervioso hombre tras hacer una pequeña reverencia.

—Estamos muy agradecidos por su cooperación, magistrado —dijo Dooku.

Obi-Wan reconoció este intercambio de frases corteses como lo que era: una representación de cara a los miembros menos entusiastas de la mesa. El Conde Dooku intentaba crear cierta tensión.

Un momento después, esa tensión tropezaba con un bache al hablar Shu Mai.

—De momento, los Gremios de Comercio no desean implicarse abiertamente en esto —dijo, suavizando sus palabras casi de inmediato—. Pero les apoyaremos en secreto y esperaremos impacientes el momento de hacer negocios con ustedes.

En la mesa se oyeron varias risitas, y el Conde Dooku se limitó a sonreír.

—No pedimos más —aseguró a Shu Mai, mirando a continuación al distinguido miembro del Clan Bancario, y las miradas de todos se posaron también en San Hill.

—El Clan Bancario Intergaláctico les apoyará en todo, Conde Dooku. Pero sólo con un acuerdo no exclusivo.

Obi-Wan se echó hacia atrás, intentando tener claras las implicaciones de todo lo que estaba oyendo. El Conde Dooku los había reunido aquí a todos, creando la mayor amenaza que podía temerse la República. Con el dinero de los banqueros y los gremios comerciales respaldándole, y con esta fábrica, y probablemente muchas más como ésta,

produciendo un ejército de droides de combate tras otro, el peligro potencial resultaba abrumador.

¿Habría encargado Sifo-Dyas un ejército clon por esto? ¿Habría sentido el Maestro la cercanía de este peligro? Pero, si eso era cierto, ¿cuál era la conexión que había entre Jango Fett y este grupo que estaba en Geonosis? ¿Sería una simple coincidencia que el hombre elegido como base para el ejército clon, que debía defender la República, también hubiera sido contratado por la Federación de Comercio para asesinar a la senadora Amidala?

Resultaba una coincidencia excesiva, pero tenía poco más con lo que continuar. Quería quedarse más tiempo y oír un poco más, pero sabía que debía salir de allí, volver a su nave y hacer que R4 le comunicase con el Consejo Jedi, al otro lado de la galaxia.

En las últimas horas, Obi-Wan sólo había visto ejércitos, clones y droides, y sabía que todo ello no tardaría en juntarse en una explosión que superaría todo lo se había podido ver en la galaxia en muchos, muchos siglos.

Capítulo 20

No veía gran cosa con los ojos. Apenas podía abrirlos de lo hinchados y llenos de costras que los tenía por las palizas. Tampoco oía muy bien, pues los sonidos que la rodeaban eran incesantemente cortantes y amenazadores. Y tampoco sentía con el cuerpo, pues sólo encontraba dolor en él.

No, Shmi se había refugiado en su interior, y revivía aquellos momentos del pasado en los que Anakin y ella eran esclavos de Watto. No era una vida fácil, pero tenía a Annie con ella, y eso hacía que Shmi pudiera recordar aquellos tiempos con agrado. Sólo ahora, estando tan distante la posibilidad de volver a ver a su hijo, apreciaba de verdad lo mucho que había echado de menos al muchacho en los últimos diez años. Todas las veces en que había mirado el cielo nocturno, lo había hecho pensando en él, imaginándoselo surcando la galaxia, rescatando a los oprimidos, salvando a planetas enteros de terribles monstruos y malvados tiranos. Pero siempre había esperado volver a ver a Annie, siempre había esperado que un día apareciese en la granja de humedad, con esa sonrisa traviesa que podía iluminar una habitación, saludándola como si nunca se hubieran separado.

Shmi había querido a Cliegg y a Owen. Y mucho. Cliegg había sido su rescatador, su caballero de brillante armadura, y Owen el hijo que había perdido, siempre compasivo, siempre feliz de escuchar sus interminables historias de las hazañas de Anakin. Y Shmi estaba empezando a querer a Beru. ¿Quién podría dejar de hacerlo? Beru era una combinación muy especial de compasión y tranquila fuerza interior.

Pero, pese a la buena fortuna que había llevado a esas tres personas a su vida, mejorándola un millón de veces, Shmi Skywalker siempre se reservó un lugar especial en su corazón para Annie, su hijo, su héroe. Y ahora, pareciéndole que el fin de sus días era inminente, los pensamientos de Shmi se concentraban en los recuerdos que tenía de Anakin, al tiempo que lo buscaba con el corazón. Él siempre había sido distinto a los demás, con esas sensaciones que tenía, siempre conectado con esa misteriosa Fuerza. Los Jedi que fueron a Tatooine habían visto eso en él con mucha claridad.

Puede que Annie fuera capaz de sentir su amor por él. Ella lo necesitaba, necesitaba completar el ciclo, hacer que su hijo viera que, a pesar de todo, a pesar de los años perdidos y de la gran distancia que los había separado, ella siempre le había querido de forma incondicional, y que pensaba en él de forma constante.

Annie era su consuelo, su lugar donde esconderse del dolor que los tusken le causaban, y seguirían causándole, en su castigado cuerpo. Todos los días la torturaban un poco más, clavándole aguzadas lanzas o golpeándola con palos romos y látigos cortos. Aunque no sabía hablar su áspero lenguaje, Shmi se daba cuenta de que les movía algo más que el simple deseo de infligir daño. Ésa era la manera que tenían los tusken de medir a sus enemigos, y sus gestos y el tono de su voz mostraban que ella los había impresionado.

No sabían que su resistencia nacía del amor de una madre. Que sin el recuerdo de Annie, y la esperanza de que él podría sentir el amor que le profesaba, seguramente se habría rendido mucho antes, y se habría permitido morir.

***

Anakin frenó la moto speeder en la cresta de una enorme duna y estudió el desierto de Tatooine a la pálida luz de la luna llena. No muy lejos, bajo él, vio un campamento levantado alrededor de un pequeño oasis, y supo al instante, antes de ver una sola figura, que era un campamento tusken. Podía sentir a su madre en él, podía sentir su dolor.

Se acercó más, estudiando las cabañas de paja y pieles en busca de señales que le indicaran cuál era la finalidad de cada una. Le llamó la atención una especialmente sólida al borde del oasis. Parecía menos cuidada que las demás, pero estaba construida de forma más resistente. Cuando se acercó un poco, eso le intrigó aún más, y notó que era la única choza vigilada, habiendo dos tusken flanqueando la entrada.

—Oh, mamá —murmuró Anakin.

Cruzó el campamento silencioso como una sombra, yendo de choza en choza, pegándose a las paredes y arrastrándose por los espacios abiertos, acercándose poco a poco a la tienda donde sentía que tenían a su madre. Por fin estuvo ante ella, y posó las manos contra la suave pared de pieles. Sintiendo las emociones y el dolor de la persona que estaba dentro. Una rápida mirada a la parte delantera le mostró que los dos guardias tusken estaban sentados a corta distancia de la puerta.

Anakin sacó y conectó el sable láser, y se agachó, tapando su brillo todo lo que le era posible. Hundió la hoja de energía en la tienda y cortó el material con facilidad, arrastrándose dentro sin parar siquiera a comprobar si había algún tusken dentro.

—Mamá —volvió a decir, y las piernas le flaquearon.

El lugar estaba iluminado por docenas de velas y por un rayo de la pálida luz de la luna que brotaba de un agujero en el techo, iluminando la figura de Shmi, atada contra una reja de un lado de la choza. Tenía los brazos estirados, atados por las ensangrentadas muñecas, y su rostro, cuando lo movió, evidenciaba señales de semanas de tortura.

Anakin la liberó rápidamente y la cogió suavemente en brazos para depositarla en el suelo.

—Mamá… Mamá… Mamá —susurró.

Sabía que estaba viva, aunque ella no respondiera de inmediato y su cuerpo estuviera tan flácido. Podía sentirla con la Fuerza, pero era una sensación muy, muy débil.

Le acunó la cabeza y siguió repitiendo su nombre, con suavidad, y por fin, los párpados de Shmi se movieron, abriéndose todo lo que podían con la hinchazón y la sangre seca.

—¿Annie? —susurró ella. Él notó que silbaba cuando intentaba hablar, y supo que tenía varias costillas rotas—. ¿Annie? ¿Eres tú?

Poco a poco, sus ojos empezaron a enfocarle, y él pudo ver que en su castigado rostro se formaba una débil sonrisa de reconocimiento.

—Estoy aquí, mamá —le dijo—. Ya estás a salvo. Aguanta. Voy a sacarte de aquí.

—¿Annie? ¿Annie? —respondió ella, e inclinó la cabeza como solía hacerlo cuando Anakin era un niño, pareciendo divertida con él—. Estás muy guapo.

—Conserva tus fuerzas, mamá —dijo, intentando calmarla—. Tenemos que salir de aquí.

—Hijo mío —siguió diciendo Shmi, y no parecía estar en el mismo lugar que Anakin, sino en otro más seguro—. Mi hijo… crecido. Sabía que volverías conmigo. Siempre lo supe.

Anakin intentó decirle que no se moviera y que ahorrase fuerzas, pero las palabras no llegaron a salir de su boca.

—Estoy muy orgullosa de ti, Annie. Muy orgullosa. Te he echado mucho de menos.

—Yo también te he echado de menos, mamá, pero ya hablaremos luego…

—Ahora estoy completada —anunció Shmi, y miró fijamente, más allá de Anakin, más allá del agujero del techo, tal vez a la brillante luna.

Anakin, en algún lugar de su interior, lo comprendió.

—Sigue conmigo, mamá —suplicó, y tuvo que esforzarse para que la desesperación no se reflejara en su voz—. Haré que te pongas bien. Todo… saldrá bien.

—Te quiero… —empezó a decir Shmi, pero después se quedó muy inmóvil, y Anakin vio que la luz abandonaba sus ojos.

Anakin apenas podía contener el aliento. Con la mirada desencajada, incrédulo, abrazó a Shmi contra su pecho y la acunó durante un largo rato. ¡No podía haber muerto! ¡No podía! Volvió a apartarla, mirándola a los ojos, rogando en silencio que le respondiera. Pero en ellos seguía sin haber luz, ni vida. La abrazó con más fuerza, meciéndola.

Entonces, la depositó en el suelo y le cerró suavemente los ojos.

Anakin no sabía qué hacer. Permaneció allí, inmóvil, observando a su madre muerta, y después alzó la mirada, sus ojos azules refulgiendo por el odio y la rabia. Por su cabeza pasaron todos los acontecimientos recientes de su vida, preguntándose si podría haber hecho las cosas de otro modo, haberlas hecho mejor, para que Shmi siguiera con vida. Se daba cuenta de que, para empezar, nunca debería haberla dejado allí, nunca debería haber permitido que Qui-Gon se lo llevara de Tatooine sin llevarse también a su madre. Ella dijo que estaba orgullosa de él, pero ¿cómo podía ser merecedor de ese orgullo si ni siquiera había podido salvarla?

Quería que Shmi estuviera orgullosa de él, quería contarle todo lo que le había pasado en la vida, su entrenamiento de Jedi, todas las buenas obras que había hecho y, sobre todo, quería hablarle de Padmé. Oh, ¡cómo le habría gustado que su madre conociera a Padmé! La habría querido mucho. ¿Cómo no iba a quererla? Y Padmé la habría querido a ella.

¿Qué iba a hacer ahora?

Pasaron los minutos y Anakin seguía allí, inmóvil por la confusión, por una rabia que iba en aumento y por el sentimiento más profundo de vacío que había conocido nunca. Sólo cuando empezó a bañarlo la pálida luz de la luna, haciendo que la luz de las velas pareciera aún más débil, recordó dónde se hallaba.

Miró a su alrededor, preguntándose cómo podría sacar de allí el cuerpo de su madre, pues no pensaba dejarlo con los guerreros tusken. Pero, apenas podía moverse. Todo parecía carecer de sentido, todos sus gestos eran absurdos.

En ese momento, el único sentido, el único objetivo, que se le ocurrió a Anakin era el de desahogar la rabia que se acumulaba en él, una rabia por perder a alguien a quien no deseaba renunciar.

Una pequeña parte de él le avisó que no cediera a esa rabia, advirtiéndole que esas emociones pertenecían al Lado Oscuro.

Entonces miró a Shmi, inmóvil, pareciendo en paz, pero cubierta con las pruebas del dolor padecido por su pobre cuerpo en los últimos días.

El padawan de Jedi se puso en pie y cogió el sable láser, volviéndose luego resueltamente para salir por la entrada.

Los dos guardias tusken lanzaron un grito y alzaron sus lanzas, corriendo hacia él, pero la hoja azulada se encendió y Anakin acabó con ellos en un fogonazo de luz asesina, a la izquierda y a la derecha.

La rabia no estaba saciada.

***

El Maestro Yoda estaba sumido en su meditación, mirando en el Lado Oscuro, cuando sintió una repentina descarga de rabia, de ultraje más allá de todo control. Los ojos del diminuto Maestro se abrieron de golpe ante la abrumadora fuerza de esa ira.

Y entonces oyó una voz, una voz familiar, gritando: «¡No, Anakin! ¡No! ¡No lo hagas!».

Era Qui-Gon. Yoda sabía que era Qui-Gon. Pero él estaba muerto. ¡Se había convertido en uno con la Fuerza! En ese estado no se podía retener la consciencia y el sentido del yo, pero tampoco se podía hablar.

Sin embargo, Yoda había oído esa llamada fantasmal, y en ese profundo estado de meditación, sus pensamientos estaban tan claros como lo estaban siempre; el Maestro Jedi sabía que no se había equivocado.

Entonces quiso concentrarse en eso, quizá intentar seguir esa llamada hasta su fantasmal origen, pero no pudo hacerlo, otra vez abrumado por ese arrebato de rabia y dolor y… poder.

Hizo un ruido y se inclinó hacia adelante, saliendo de su trance cuando se abrió la puerta y entró Mace Windu.

—¿Qué pasa? —preguntó Mace.

—Dolor. Sufrimiento. ¡Muerte! Algo terrible ha pasado, me temo. El joven Skywalker sufre. Terriblemente sufre.

No le contó a Mace el resto, que el sufrimiento de Anakin al manifestarse en la Fuerza había despertado de algún modo el espíritu del Maestro Jedi muerto, que le había descubierto. Estaban pasando demasiadas cosas.

Esa incorpórea voz familiar estaba en los pensamientos de Yoda. Pues, si era cierto, si había oído lo que estaba seguro de haber oído…

***

Anakin también había oído la voz de Qui-Gon, suplicándole que se contuviera, que rechazara la ira. Pero no la había reconocido, pues estaba demasiado lleno de dolor. Vio a una hembra tusken a un lado, ante otra de las chozas, llevando un cubo de agua sucia, y vio una cría a la sombra de otra choza cercana, mirándole con expresión incrédula.

Entonces se movió, aunque apenas era consciente de sus actos. Y con su hoja centelleante corrió. La hembra tusken gritó empalada.

Todo el campamento pareció avivarse entonces, saliendo tusken de cada choza, muchos de ellos armas en mano. Pero Anakin ya se había sumido en la danza de la muerte, en la energía de la Fuerza. Saltaba a grandes distancias, de una choza a otra, moviendo su arma antes incluso de aterrizar, antes incluso de que los tusken se dieran cuenta de que había saltado entre ellos.

Otro llegó hasta él, atacándole con una lanza, pero Anakin alzó una mano y levantó una pared de energía con la Fuerza, sólida como la piedra. A continuación lo empujó con esa mano, y el lancero tusken voló lejos, a treinta metros, atravesando la cubierta de otra choza.

Anakin corría, y saltaba, moviendo su arma a izquierda y derecha como una figura borrosa, derribando a un tusken con cada golpe, clavándolos temblorosos en el suelo, dejando en cada estocada un despojo de tusken en el terreno.

Pronto no quedó nadie para enfrentarse a él; intentaron huir, pero Anakin no pensaba permitirlo. Vio que un grupo se metía corriendo en una tienda y buscó en la distancia, hasta encontrar un gran peñasco. Éste voló ante su llamada, atravesando la arena, aplastando a un tusken que huía.

Anakin soltó el peñasco sobre la choza llena de tusken, aplastándolos a todos.

Y entonces echo a correr, cada zancada aumentada por la Fuerza, adelantando a las criaturas que huían, matándolas a todas, hasta la última.

Ya no se sentía vacío. Sentía una oleada de energía y poder superior a todo lo que había conocido antes, lleno en la Fuerza, lleno de poder, lleno de vida.

Y entonces todo terminó, bruscamente, y Anakin se vio en medio de las ruinas del campamento, rodeado de docenas y docenas de guerreros tusken muertos, y sólo quedaba una única choza en pie.

Apartó el sable láser y caminó hasta la choza, donde cogió en sus brazos, delicada y reverencialmente el cuerpo de su madre.

Capítulo 21

—¡Ya está! —anunció Padmé, mientras sacaba a C-3PO del baño de lubricante.

Tuvo que esforzarse para no reír, pues, sin darse cuenta, había bajado demasiado al droide en la cuba y ahora agitaba enloquecido los brazos, gritando que se había quedado ciego.

Padmé le movió a un lado y cogió un pedazo de tela para limpiarle el exceso de lubricante de la cara. Una vez hecho esto, bajó al droide hasta el suelo y lo soltó.

—¿Mejor? —preguntó ella.

—Oh, mucho mejor, señorita Padmé —repuso él, agitando los brazos y pareciendo muy complacido.

—¿Ya no tienes picores? —preguntó ella, inspeccionando su trabajo.

—No tengo picores.

—Muy bien —dijo ella con una sonrisa.

Pero la sonrisa se desvaneció al darse cuenta de que había acabado. Empleado su tiempo en el droide se había protegido de sus miedos por unas horas, sin percibir que el sol había salido ya, y ahora volvía a asaltarle el miedo por Anakin.

Desaparecían los lugares donde refugiarse.

—¡Oh, señorita Padmé, gracias! —dijo C-3PO, y avanzó hacia ella, alargando los brazos como para abrazarla, pero entonces retrocedió de pronto, pareciendo recordar su posición y su repentina falta de protocolo.

—Gracias —volvió a decir, con un poco más de dignidad—. Muchas gracias.

Owen Lars entró en el garaje.

—Ah, estabas aquí —le dijo a Padmé—. Te hemos buscado por todas partes.

—He estado aquí todo el rato, dando a C-3PO un baño que necesitaba.

—Bueno, Padmé —dijo él, y cuando ella se volvió para mirarle vio que estaba sonriendo—. Voy a devolverle este droide a Anakin. Sé que es lo que habría querido mi madre.

Padmé sonrió y asintió.

—¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto! —les llamó Beru desde fuera del garaje. Padmé y Owen perdieron la sonrisa y salieron corriendo.

Se reunieron fuera con Beru, y Cliegg no tardó en unirse a ellos en su silla deslizadora, chocando y tropezando con las puertas y los muebles mientras salía de la casa.

—¿Dónde? —preguntó Padmé.

Beru señaló al desierto.

Protegiéndose los ojos contra el resplandor del sol, Padmé vio por fin la forma negra que era Anakin, viajando hacia ellos. A medida que la figura iba creciendo, asumiendo una forma identificable, se dio cuenta de que no iba solo, y que llevaba a alguien atado al respaldo del speeder.

—Oh, Shmi —dijo Cliegg Lars sin aliento. Temblaba visiblemente.

Beru sorbía y se esforzaba por no llorar. Owen permaneció a su lado, aferrado a sus hombros, y cuando Padmé les miró, notó que una lágrima corría por la mejilla de Owen.

Anakin atravesó el complejo unos instantes después, deteniéndose ante el conmocionado grupo. Desmontó sin mediar palabra y desató a su madre muerta, levantándola y acunándola en sus brazos. Caminó hasta Cliegg y se detuvo un momento ante él, dos hombres compartiendo un momento de pena.

Entonces, todavía sin decir nada, Anakin pasó junto al hombre y entró en la casa.

Y durante todo el tiempo, lo que más afectó a Padmé fue la mirada que tenía Anakin, una expresión que no se parecía a ninguna otra que hubiera visto antes en el padawan: rabia, pena, culpabilidad y resignación, derrota incluso. Sabía que Anakin la necesitaría, y pronto.

Pero no tenía ni idea de lo que podría hacer por él.

***

Aquel día no se habló mucho en el hogar de los Lars. Todo el mundo se enfrascó en sus tareas, en cualquier tarea, en un intento evidente de evitar el aluvión de pena que todos sabían inevitable.

Mientras preparaba algo de comer para Anakin. Padmé se sorprendió cuando Beru acudió en su ayuda, y más aún cuando la mujer empezó a hablar con ella.

—¿Cómo es aquello? —preguntó Beru.

Padmé la miró con curiosidad.

—¿Perdona?

—Naboo. ¿Cómo es?

Padmé apenas entendió la pregunta, ya que sus pensamientos seguían con Anakin. Le llevó un largo rato responder.

—Oh, es muy… muy verde —consiguió hablar al fin—. Ya sabes, con mucha agua, y árboles y plantas por todas partes. No se parece en nada a esto.

Se alejó en cuanto concluyó, y sabía que estaba siendo algo descortés, pero lo único que quería hacer era estar con Anakin. Empezó a llenar la bandeja con la comida.

—Creo que me gusta más esto —recalcó Beru.

—Igual puedes venir a verlo algún día —dijo Padmé, más por educación que por otra cosa.

Pero Beru respondió con toda seriedad.

—No lo creo. No me gusta viajar.

Padmé recogió la bandeja y se volvió.

—Gracias, Beru —dijo con una sonrisa lo más amplia que pudo formar.

Descubrió a Anakin ante una mesa de trabajo del garaje, apretando con una llave una pieza de la moto deslizadora.

—Te he traído algo de comer.

Anakin la miró, pero volvió enseguida a su trabajo. Ella notó que él exageraba cada movimiento, evidentemente frustrado, distraído de la tarea que estaba realizando.

—Se le ha roto el decalador —explicó, demasiado concentrado—. La vida parece mucho más simple cuando arreglas las cosas. Soy bueno arreglando cosas. Siempre lo fui. Pero yo…

Finalmente, dejó en la mesa la llave que estaba usando y se quedó allí, inmóvil, con la cabeza gacha.

Padmé se dio cuenta de que estaba al borde del colapso.

—¿Por qué tuvo que morir? —dijo con un susurro.

Padmé dejó la bandeja en la mesa y se puso tras él, rodeándole la cintura con los brazos, apoyando la cabeza en su espalda.

—¿Por qué no pude salvarla? ¡Sé que podía salvarla!

—Lo intentaste, Annie —dijo, abrazándole con más fuerza—. A veces hay cosas que no puede arreglar nadie. No eres todopoderoso.

Permaneció tenso ante esas palabras, apartándose repentinamente de ella. Estaba furioso, percibió Padmé.

—¡Pero debería serlo! —gruñó y después la miró, su rostro era una máscara de hosca determinación—. ¡Y un día lo seré!

—Annie, no digas esas cosas —replicó Padmé, temerosa, pero él no parecía oírla.

—¡Seré el Jedi más poderoso que exista! ¡Te lo prometo! ¡Impediré que la gente muera!

—Anakin…

—¡Todo ha sido culpa de Obi-Wan! —gritó, moviéndose por el cuarto, golpeando la mesa con el puño, a punto de tirar la bandeja de comida—. Me dejó al margen.

—Para protegerme —dijo ella con un susurro.

—¡Yo debía estar con él, persiguiendo a los asesinos! ¡Yo los habría encontrado mucho antes, habría podido venir aquí a tiempo y mi madre aún seguiría con vida!

—No puedes saberlo…

—Está celoso de mí —siguió desvariando Anakin, sin prestar atención a Padmé, la cual se dio cuenta de que no hablaba con ella, que sólo hablaba para sí mismo. No podía creer lo que decía—. ¡Me quitó de en medio porque sabe que soy más poderoso que él! ¡Me está conteniendo!

Acabó su diatriba cogiendo la llave y arrojándola al otro lado del garaje, donde chocó contra la pared y cayó con estrépito entre las piezas de repuesto.

—Annie, ¿qué te pasa? —le gritó ella, pudiendo por fin levantar la voz para llamar su atención.

—Acabo de decírtelo.

—¡No! —le gritó Padmé—. No. ¿Qué te pasa *de verdad*?

Anakin se limitó a mirarla, y ella supo que había acertado.

—Sé que duele, Annie. Pero es algo más que eso. ¿Qué te pasa de verdad?

Él se limitó a mirarla.

—¿Annie?

Entonces, su cuerpo pareció encogerse, hundiéndose hacia adelante.

—Yo… yo los maté —admitió, y si Padmé no hubiera corrido hasta él, se habría derrumbado en el suelo—. Los maté a todos. Están muertos. Hasta el último de ellos.

Entonces la miró, y a ella le pareció como si de pronto volviera de algún lugar muy, muy lejano.

—Tú combatías… —empezó ella a razonar.

Él la ignoró.

—No sólo a los hombres. Y entre los tusken los hombres son los únicos que combaten. No, no sólo a ellos. También maté a las mujeres y a los niños. —Su rostro se contorsionó, como si oscilara entre la rabia y la culpa—. ¡Son como animales! —dijo de pronto—. ¡Y los maté como a animales! ¡Los odio!

Padmé retrocedió un poco, demasiado conmocionada para responder. Sabía que Anakin necesitaba que ella dijera o hiciera algo, pero estaba paralizada. Él ni siquiera la miraba, limitándose a mantener la vista fija en la distancia. Pero entonces, bajó la cabeza y empezó a llorar, agitando los delgados y fuertes hombros.

Padmé tiró de él y lo abrazó con fuerza, sin querer soltarle. Seguía sin saber qué decir.

—¿Por qué los odio? —le preguntó Anakin.

—¿Los odias a ellos u odias lo que le hicieron a tu madre?

—¡Los odio a ellos!

—Y se han ganado tu ira, Anakin.

Él la miró, con ojos húmedos por las lágrimas.

—Pero fue más que eso —empezó a decir, y entonces negó con la cabeza y volvió a enterrar el rostro en la calidez del pecho de ella.

Un momento después volvía a mirarla, y su expresión indicó que estaba decidido a explicarse.

—Yo no… No podía… —alargó una mano, y la cerró en un puño—. No podía controlarme —admitió—. No… no quería odiarlos… Sé que no hay lugar para el odio. ¡Pero no podía perdonarlos!

—Enfurecerse es de humanos —le aseguró Padmé.

—Controlar tu ira es ser un Jedi —fue la rápida respuesta de Anakin, y se apartó de ella, volviendo el rostro a la puerta abierta y al desierto que había más allá.

Padmé estaba allí, a su lado, envolviéndole en sus brazos.

—Shhh —dijo en voz baja, besándole suavemente en la mejilla—. Eres humano.

—No, soy un Jedi. Sé que soy mejor que esto. —La miró a los ojos, negando con la cabeza—. Lo siento. Lo siento mucho.

—Eres como todos los demás —dijo Padmé, intentando atraerle hacia ella, pero Anakin se mantuvo firme, dándole la espalda.

Pero no pudo mantener mucho tiempo esa pose retadora, sin volver a romper en sollozos.

Padmé permaneció a su lado, abrazándole, acunándole hasta decirle que todo saldría bien.

***

Obi-Wan Kenobi se sentó en el asiento de su caza estelar, meneando la cabeza por la frustración. Le había llevado demasiado tiempo salir de la fábrica ciudad, y creyó que los problemas terminarían en cuanto volviese a su caza. Pero no era así.

—El transmisor funciona —le dijo a R4, que silbó para manifestarle su acuerdo—. Pero no recibimos señal de respuesta. Coruscant está demasiado lejos. —Se volvió para mirar al droide—. ¿Puedes aumentar la señal?

Los pitidos que le respondieron no eran reconfortantes.

—Bueno, entonces habrá que intentar otra cosa.

Obi-Wan miró a su alrededor en busca de una respuesta. No quería despegar del planeta y arriesgarse a ser detenido, pero al estar tan lejos y dentro de la espesa y metálica atmósfera de Geonosis, no tenía ninguna posibilidad de llegar a la distante Coruscant.

—Naboo está más cerca —dijo de pronto, y R4 lanzó un pitido—. Igual podemos contactar con Anakin y hacer que él reenvíe la información.

R4 replicó entusiasmado y Obi-Wan volvió a salir de la carlinga, repitiendo el mensaje en la frecuencia de Anakin.

Pero unos momentos después, el droide le indicaba que algo iba mal.

El Jedi volvió a subir a la nave con un gruñido de frustración.

—¿Cómo puede no estar en Naboo? —preguntó, y R4 emitió un «oooo».

En vez de discutir con el droide, Obi-Wan prefirió comprobar personalmente los instrumentos. Y desde luego, no encontraba ninguna señal de Anakin proveniente de Naboo.

—¿Anakin? ¿Anakin? ¿Me recibes? Aquí Obi-Wan Kenobi —dijo, levantando directamente el comunicador de la nave, y lanzando la llamada a toda la zona de Naboo.

Tras varios minutos sin respuesta, el Jedi devolvió el comunicador a su sitio y se volvió a R4.

—No está en Naboo, R4. Vamos a ampliar el radio de búsqueda. Espero que no le haya pasado nada.

Volvió a sentarse mientras pasaban los minutos. Sabía que estaba perdiendo un tiempo precioso, pero sus opciones eran limitadas. No podía volver a la ciudad y arriesgarse a ser capturado, no, habiendo tantas noticias importantes que comunicar al Consejo Jedi, y por el mismo motivo tampoco podía despegar. Aún quedaba allí mucho por descubrir.

Así que esperó y, por fin, un tiempo después, R4 lanzó un pitido. Obi-Wan se desplazó hacia los controles, abriendo mucho los ojos al recibir la confirmación.

—Es la señal localizadora de Anakin, sí, ¡pero proviene de Tatooine! ¿Qué rayos está haciendo allí? ¡Le dije que se quedara en Naboo!

R4 emitió otro «ooooo».

—De acuerdo, todo listo, ya nos enteraremos luego de eso. —Volvió a salir de la carlinga y saltó al suelo. Transmite, R4. No tenemos mucho tiempo.

El droide conectó con él de inmediato.

—¿Anakin? —preguntó Obi-Wan—. ¿Me recibes, Anakin? Aquí Obi-Wan Kenobi.

R4 transmitió la respuesta, una serie de pitidos y silbidos que no solía usar el R4-P, pero que resultaban muy familiares a Obi-Wan.

—¿R2? Bien, ¿me recibes con claridad?

El silbido de respuesta era afirmativo.

—Graba este mensaje y entrégaselo al Jedi Skywalker.

Otro pitido afirmativo.

—Anakin, mi transmisor a larga distancia no funciona. Retransmite este mensaje a Coruscant.

Entonces, el Jedi empezó a contar su historia. No sabía que los geonosianos habían captado sus transmisiones y las habían triangulado para localizar el caza. Tan concentrado estaba en su historia que no notó la cercanía de los droidekas armados que le rodearon hasta situarse cerca de él, y se desplegaron luego en una posición de ataque.

***

Ni siquiera los brillantes soles gemelos de Tatooine podían iluminar el ambiente sombrío, el gris tangible que llenaba el aire, alrededor de la nueva tumba que había en el complejo de Lars. Dos viejas lápidas marcaban el terreno cercano a la nueva, conmovedor recordatorio de lo difícil que era vivir en el duro mundo de Tatooine. Los cinco se habían reunido al lado de C-3PO para despedirse de Shmi.

—Sé que donde estés, va a ser un lugar mejor —dijo Cliegg Lars, cogiendo un puñado de arena y arrojándolo a la nueva tumba—. Fuiste la compañera más cariñosa que puede tener un hombre. Adiós, mi querida esposa. Y gracias.

Miró brevemente a Anakin, bajando luego la cabeza para combatir las lágrimas.

Anakin dio un paso adelante, arrodillándose ante la lápida. Cogió un puñado de arena y dejó que resbalara entre sus dedos.

—No fui lo bastante fuerte para salvarte, mamá —dijo el joven, sintiéndose de pronto como un niño. Sus hombros se estremecieron una o dos veces, pero luchó por recuperar el control, y respiró hondo—. No fui lo bastante fuerte. Pero te prometo que no volveré a fallarte. —Respiraba a cortos intervalos cuando volvió a sentir el peso de otra oleada de pena. Pero el joven padawan irguió los hombros y se levantó con decisión—. Te echo mucho de menos.

Padmé se acercó a Anakin y posó una mano en su hombro, y todos guardaron silencio ante la tumba.

Pero el momento duró poco. Una serie de pitidos y silbidos urgentes lo rompieron. Todos se volvieron a la vez para ver a R2-D2 rodar hacia ellos.

—¿Qué haces aquí, R2? —preguntó Padmé.

El droide silbó frenéticamente.

—Parece ser que lleva un mensaje de alguien llamado Obi-Wan Kenobi —tradujo enseguida C-3PO—. ¿Le dice eso algo, amo Anakin?

Anakin irguió los hombros.

—¿Qué mensaje?

R2 pitó y silbó.

—¿Retransmitir? —preguntó Anakin—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Dice que es muy importante —observó C-3PO.

Tras mirar a Cliegg y a los otros dos, solicitando su permiso en silencio, Anakin, Padmé y C-3PO siguieron al excitado droide de vuelta a la nave de Naboo. En cuanto entraron, R2 silbó y giró sobre sí mismo, y proyectó en el suelo ante ellos una imagen de Obi-Wan.

—Anakin, mi transmisor a larga distancia no funciona —explicó el holograma del Jedi—. Retransmite este mensaje a Coruscant.

R2 interrumpió ahí el mensaje, y Obi-Wan pareció quedarse congelado en el sitio.

Anakin miró a Padmé.

—Envíalo a las salas del Consejo Jedi.

Padmé se movió y apretó una palanca, esperando luego la confirmación de que la señal llegaba sin problemas. Asintió a Anakin, el cual se volvió hacia R2.

—Adelante, R2.

El droide lanzó un pitido, y el holograma de Obi-Wan volvió a moverse.

—He seguido al cazador de recompensas Jango Fett hasta las fundiciones de droides de Geonosis. La Federación de Comercio está recogiendo aquí un ejército droide, y es evidente que el virrey Gunray está detrás de los atentados contra la senadora Amidala.

Anakin y Padmé intercambiaron una mirada, ninguno de ellos se sorprendía mucho ante esa información. Padmé pensó en la reunión que tuvo con Typho y Panaka en Naboo, antes de salir para Coruscant, escoltando secretamente la aciaga nave estelar.

—Los Gremios de Comercio y la Alianza Corporativa van a entregar sus ejércitos al Conde Dooku y están formando un…

El holograma dio un giro.

—¡Espera! ¡Espera!

Anakin y Padmé se sobresaltaron cuando dos droidekas aparecieron en el holograma al lado de Obi-Wan, cogiéndole preso. El holograma fluctuó antes de desintegrarse.

Anakin dio un salto y corrió hacia R2-D2, pero frenó en seco, al darse cuenta de que no había nada que pudiera hacer.

Nada en absoluto.

***

En la distante Coruscant, Yoda y Mace Windu y los demás miembros del Consejo Jedi observaban la transmisión holográfica con exaltación y tristeza.

—Vivo está —anunció Yoda tras verla nuevamente—. En la Fuerza lo siento.

—Pero lo han capturado —añadió Mace—. Y los engranajes se mueven de forma cada vez más peligrosa.

—Más de lo que se ha revelado en Geonosis, siento que sucede.

—Estoy de acuerdo. No podemos quedarnos ociosos —dijo Mace, y miró a Yoda, igual que a todos los demás en la habitación, y el pequeño Maestro Jedi cerró los ojos, pareciendo muy cansado y dolorido por todo lo que sucedía.

—El Lado Oscuro, siento —dijo—. Y todo nublado está.

Mace asintió y miró a los demás con expresión hosca.

—Reunión —ordenó. Era una orden que hacía muchos, muchos años que no se oía en el Consejo Jedi.

—Nos ocuparemos del Conde Dooku —dijo Mace a Anakin a través del comunicador—. Lo más importante para ti, Anakin, es que te quedes donde estás. Protege a la senadora cueste lo que cueste. Ésa es tu principal prioridad.

—Entendido, Maestro —replicó Anakin.

Su tono, lleno de resignación y derrota, afectó profundamente a Padmé. A la feroz senadora le exasperó la idea de que Anakin se viera atrapado en ese lugar, cuando era evidente que su Maestro corría peligro.

Cuando el holograma se apagó, se movió hacia la consola de la nave y empezó a apretar botones y a comprobar coordenadas, confirmando lo que ya sabía.

—Tendrán que recorrer media galaxia —dijo, volviéndose hacia Anakin, al que parecía no importarle—. Nunca llegarán a tiempo de salvarle.

Seguía sin reaccionar.

—¡Mira, Geonosis está a menos de un pársec de distancia! —anunció ella, manipulando más controles para mostrarle un rumbo de vuelo en la pantalla—. ¿Anakin?

—Ya le has oído.

—¡No podrán llegar desde Coruscant a tiempo de salvarlo! —repitió Padmé, alzando la voz. Empezó a mover más mandos del panel de control, preparando los motores para el despegue, pero Anakin posó suavemente una mano sobre las de ella, deteniéndola.

—Si es que sigue con vida —respondió sombrío el joven Jedi.

Padmé le miró con dureza, y él se volvió y se alejó.

—Annie, ¿vas a quedarte aquí y dejar que muera? —gritó ella, yendo tras él para cogerle bruscamente del brazo—. ¡Es tu compañero! ¡Tu mentor!

—¡Es como mi padre! —respondió él—. Pero ya oíste al Maestro Windu. Me dio órdenes estrictas de que me quedara aquí.

Padmé comprendía lo que le pasaba. Anakin dudaba de sí mismo. Se sentía un fracasado por no haber podido salvar a su madre y, quizá por primera vez en su vida, dudaba de su voz interior, de sus instintos. Tenía que encontrar el modo de sortear eso, tanto por el bien de Anakin como por el de Obi-Wan. Pensó que si se quedaban allí y no

hacían nada, perdería dos compañeros, a Obi-Wan a manos de los geonosianos y a Anakin ante su culpa.

—Te dio órdenes estrictas de quedarte aquí para que así pudieras protegerme —le corrigió Padmé con una sonrisa, esperando poder recordarle con claridad que sus órdenes previas, que ya había ignorado, exigían que se quedase en Naboo. Se apartó de él y volvió a la consola a mover más palancas. Los motores rugieron a la vida.

—¡Padmé!

—Te dio órdenes estrictas de protegerme —volvió a decir—. Y yo me voy a salvar a Obi-Wan. Así que si piensas protegerme, tendrás que venir conmigo.

Anakin la miró unos instantes, y ella mantuvo la mirada, con la cabeza inclinada, el pelo suelto y caído tapándole media cara, pero apagando apenas la luz de su determinación.

Anakin sabía que contravenían las órdenes de Mace Windu, fuera cual fuera la justificación de Padmé. Sabía que eso no era lo que se esperaba de él como padawan de Jedi.

¿Y cuándo le había detenido eso?

Imitando la determinación de Padmé, se puso a los controles y unos momentos después, la nave estelar de Naboo rugía por los cielos de Tatooine.

Capítulo 22

La reposada belleza del Edificio de Autoridades de la República, en Coruscant, con sus fuentes y estanques, sus adornadas columnas y abundantes estatuas, enmascaraba la agitación de su interior. La noticia de que la República se desmoronaba había pasado de Obi-Wan a Yoda y al Consejo Jedi, y ahora de ellos al Canciller y a los líderes del Senado. El ambiente en el despacho del Canciller Palpatine era tan sombrío como frenético, sintiéndose todos abrumados por una sensación de desesperanza y una necesidad de actuar, frustrada por la aparente falta de opciones.

Yoda, Mace Windu y Ki-Adi-Mundi representaban a los Jedi y contrarrestaban con su calma la nerviosa energía de los senadores Bail Organa y Ask Aak, y del representante Jar Jar Binks. Tras su gran escritorio Palpatine escuchaba con aparente desespero, mientras, a su lado, su consejero, Mas Amedda, parecía al borde de las lágrimas.

El silencio pendió en la sala durante largos momentos, después de que Mace Windu terminara de relatar el mensaje recibido desde Geonosis.

Yoda, apoyándose en su pequeño bastón, miró a Bail Organa, hombre siempre competente y de confianza, e hizo un pequeño gesto con la cabeza. Captando la indicación, el senador de Alderaan inició el debate.

—Los Gremios de Comercio se preparan para la guerra. De eso ya no queda duda tras el informe del Jedi Obi-Wan Kenobi.

—Siempre que ese informe sea exacto —replicó prontamente el feroz Ask Aak.

—Lo es, senador —le aseguró Mace Windu, y Ask Aak, propenso a la acción, lo aceptó.

De hecho, Yoda comprendió que Ask Aak había hecho ese comentario sólo porque quería que los Jedi respaldaran abiertamente el informe, para dejar bien claro a los demás que la situación estaba al borde del desastre.

—El Conde Dooku debe haber firmado un tratado con ellos —razonó el Canciller Palpatine.

—Debemos detenerles antes de que estén listos —dijo Bail Organa.

Jar Jar Binks se puso en el centro, algo tembloroso pero manteniendo al menos la lengua dentro de la boca.

—Perdona, vosa honorable Canciller Supremo, señor —empezó a decir el gungan—. Quizá esos Caballeros Jedi pudieran detener ejército rebelde.

—Gracias, Jar Jar —replicó Palpatine educadamente, y se volvió hacia Yoda—. Maestro Yoda, ¿cuántos Jedi hay disponibles para ir a Geonosis?

—Por toda la galaxia, miles de Jedi hay —replicó el diminuto Maestro—. Para enviar en misión especial, sólo doscientos disponemos.

—Con el debido respeto a la Orden Jedi, no son bastantes —dijo Bail Organa.

—La paz mediante la negociación los Jedi mantienen —replicó Yoda—. Empezar una guerra no pretendemos.

Su calma constante sólo pareció provocar al frenético Ask Aak.

—¡Ya ha pasado la hora de los debates! Lo que necesitamos ahora es ese ejército clon…

Yoda cerró despacio los ojos, dolorido por el peso del razonamiento que había tras esas temidas palabras.

—Desgraciadamente, esos debates siguen presentes —dijo Bail Organa—. El Senado nunca aprobará el uso de ese ejército antes de que ataquen los separatistas. Y para entonces ya será demasiado tarde.

—Esto es una crisis —se atrevió a intervenir Mas Amedda—. ¡El Senado debe votar para otorgar poderes extraordinarios al Canciller Supremo! Así podría autorizar el uso de los clones.

Palpatine se echó hacia atrás ante la sugerencia, pareciendo profundamente afectado.

—Pero, ¿qué senador tendría el valor de proponer una enmienda tan radical? —preguntó dubitativo.

—¡Yo lo haré! —declaró Ask Aak.

A su lado, Bail Organa lanzó un profundo suspiro y meneó la cabeza.

—Me temo que no le harían caso. Como tampoco a mí —añadió raudo, cuando Ask Aak le miró fijamente—. Ya hemos gastado gran parte de nuestro capital político debatiendo las filosofías de los separatistas y pidiendo acción. El Senado sólo verá nuestra petición como una actitud claramente alarmista. Necesitamos la voz de la razón, la de alguien dispuesto incluso a cambiar de actitud, dada la gravedad de la actual situación.

—Ojalá la senadora Amidala estuviera aquí —razonó Mas Amedda.

Jar Jar Binks volvió a ponerse en medio sin dudarlo.

—Misa mosto Canciller Supremo —dijo el gungan, echando hacia atrás los hombros caídos—. Misa gust pallos —dijo deferente a los demás—. Misa orgulloso de proponer la moción para dar a vosa honor poderes extraordinarios.

Palpatine miró al tembloroso gungan y después a Bail Organa.

—Habla por Amidala —dijo el senador de Alderaan—. Para todos los del Senado, las palabras de Jar Jar Binks son un reflejo de los deseos de la senadora Amidala.

Palpatine asintió con tristeza, y Yoda sintió un miedo profundo en ese hombre, como si supiera que iba a verse en la posición más peligrosa en que podían haberse visto tanto la República como él.

***

Obi-Wan Kenobi se retorcía lentamente en el campo de fuerza, sujeto por restallantes relámpagos de energía azul, y sólo pudo mirar impotente cómo el Conde Dooku entraba en la sala. Cuando el hombre se acercó al Jedi, lo hizo con una expresión que evidenciaba una gran compasión, pero en la que Obi-Wan no confiaba.

—Traidor —dijo Obi-Wan.

—Hola, amigo mío —replicó Dooku—. Esto es un error. Un terrible error. Han ido demasiado lejos. ¡Es una locura!

—Creía que eras el jefe aquí, Dooku —replicó Obi-Wan, manteniendo la voz tan firme como le era posible.

—Te aseguro que yo no he tenido nada que ver con esto —insistió el antiguo Jedi. Parecía casi dolido por la acusación—. Te prometo que solicitaré de inmediato que te liberen.

—Bueno, espero que eso no lleve mucho tiempo. Tengo algo que hacer.

Obi-Wan notó una pequeña grieta en la expresión arrepentida de Dooku, una pequeña nota de… ¿ira?

—¿Puedo preguntar qué es lo que hace un Caballero Jedi en Geonosis?

Tras reflexionar un momento, Obi-Wan decidió que tenía poco que perder, y que si continuaba presionando a Dooku, igual conseguía sacarle la verdad.

—Sigo el rastro de un cazador de recompensas llamado Jango Fett. ¿Lo conoces?

—Que yo sepa, aquí no hay cazadores de recompensas. Los geonosianos no confían en ellos.

Confianza. Una buena palabra, pensó Obi-Wan.

—Bueno, ¿quién puede culparlos de eso? —fue su desconcertante réplica—. Pero te aseguro que está aquí.

El Conde Dooku hizo una pausa momentánea, asintiendo luego, pareciendo que concedía esa cuestión.

—Es una lástima que nuestros caminos no se cruzaran antes, Obi-Wan —dijo, con voz cálida e invitadora—. Qui-Gon siempre te tuvo en muy alta estima. Ojalá él siguiera con vida. En estos momentos me vendría muy bien su ayuda.

—Qui-Gon Jinn nunca se habría unido a ti.

—No estés tan seguro, mi joven Jedi —replicó de inmediato Dooku, con una desconcertante sonrisa, de confianza y tranquilidad—. Olvidas que Qui-Gon fue una vez mi aprendiz como tú lo fuiste suyo.

—¿Crees que eso le habría hecho ser leal a ti por encima de su lealtad al Consejo Jedi y a la República?

—Sabía que el Senado está corrupto —continuó él, sin perder el ritmo—. Todos lo saben, por supuesto. Yoda y Mace Windu incluidos. Pero Qui-Gon nunca habría aceptado esta situación, esta corrupción, de haber sabido cuál era la verdad.

Hizo una pausa dramática, dando pie a que Obi-Wan interviniera.

—¿La verdad?

—La verdad —dijo un confiado Dooku—. ¿Y si te dijera que la República está bajo el control de los Oscuros Señores Sith?

Eso afectó a Obi-Wan más profundamente de lo que podían afectarle cualquiera de los relámpagos eléctricos que lo sujetaban.

—¡No! Eso no es posible. —La mente le daba vueltas, necesitando rechazarlo. De todos los Jedi que vivían, él había sido el único que se había enfrentado a un Lord Sith, y

en un combate que le había costado la vida a su querido Maestro Qui-Gon—. Los Jedi estarían al tanto de ello.

—El Lado Oscuro de la Fuerza les ha nublado la visión, amigo mío. Cientos de senadores están ahora bajo la influencia del Lord Sith llamado Darth Sidious.

—No te creo —dijo Obi-Wan resueltamente. Deseó creer lo que decía con la misma seguridad con que lo proclamaba.

—El virrey de la Federación de Comercio fue una vez cómplice de Darth Sidious —explicó Dooku, y parecía una información razonable, dados los acontecimientos de diez años antes—. Pero el Señor Oscuro le traicionó hace diez años, y acudió a mí solicitándome ayuda. Me lo contó todo. El Consejo Jedi no quiso creerme. Intenté avisarles muchas veces, pero no quisieron escucharme. Para cuando noten la presencia del Señor Oscuro y se den cuenta de su error, ya será tarde. Debes unirte a mí, Obi-Wan, juntos destruiremos al Sith.

Todo ello parecía muy razonable, muy lógico, muy en consonancia con la leyenda del antiguo Jedi, tal y como se la habían contado a Obi-Wan. Pero bajo ese tono y esas palabras aterciopeladas sentía algo que contradecía esa lógica.

—¡Nunca me uniré a ti, Dooku!

El regio y cultivado hombre lanzó un gran suspiro de decepción y se volvió para irse.

—Puede que me sea difícil conseguir que te liberen —dijo mientras salía del cuarto.

***

En su acercamiento a Geonosis, Anakin empleó la misma táctica que Obi-Wan, utilizando el anillo de asteroides para ocultar la nave de Naboo a la flota de la Federación de Comercio. Y al igual que su mentor, el padawan reconoció la inusual y amenazadora presencia de la inesperada flota.

Tras atravesar la atmósfera puso la nave en vuelo rasante, rozando la superficie, volando por valles, rodeando mesetas y enormes formaciones rocosas. Padmé se mantuvo a su lado, examinando la línea del cielo en busca de algún indicio.

—¿Ves esas columnas de vapor que hay delante? —preguntó ella, señalando—. Son salidas de ventilación de alguna clase.

—Eso servirá —concedió Anakin, y desvió la nave en dirección a las distantes columnas de vapor blanco. Detuvo la nave sobre una de las nubes de vapor y la hizo descender con suavidad por el conducto de ventilación.

Cuando se posaron sobre suelo firme, Padmé y él se dispusieron a dejar la nave.

—Mira, pase lo que pase ahí, sígueme —le dijo Padmé—. No estoy interesada en meterme en una guerra. Puede que, por ser miembro del Senado, consiga encontrar alguna solución diplomática a la situación.

Para Anakin, que hacía muy poco que había usado la diplomacia del sable láser con efectos devastadores, las palabras sonaron certeras y dolorosas.

—¿Confías en mí en esta situación? —añadió Padmé, y supo que ella había reconocido el dolor que reflejaba su rostro.

—No te preocupes —dijo, forzándose a sonreír—. Ya he renunciado a intentar discutir contigo.

Cuando se dirigían a la rampa de descenso, R2-D2 emitió un gemido triste.

—Quedaos en la nave —ordenó Padmé a los dos droides.

A continuación Anakin y ella llegaron a un complejo subterráneo, notando de inmediato que habían entrado en una enorme fábrica de droides.

Poco después de que la pareja se fuera, R2-D2 estiró las ruedas, levantándose de la plataforma de seguridad, empezando a rodar en dirección a la salida de la nave.

—Mi triste amiguito, de necesitar nuestra ayuda, nos la habrían pedido —le explicó C-3PO—. Tienes mucho que aprender sobre los humanos.

R2 pitó en respuesta y continuó rodando.

—Parece que piensas en exceso para ser un mecánico —contrarrestó el droide de protocolo—. Yo estoy programado para comprender a los humanos.

La respuesta de R2 fue un estallido de pitidos cortos y lacónicos.

—¿Qué… qué significa eso? ¡Significa que yo estoy aquí al mando!

R2 ni se molestó en responder. Se limitó a seguir rodando hacia la rampa de descenso, saliendo de la nave.

—¡Espera! ¿Adónde vas? ¿Es que has perdido la cabeza?

El pitido de respuesta era bastante discordante.

—¡Qué grosero!

R2 se limitó a ganar velocidad, alejándose rodando.

—¡Por favor, espera! ¿Sabes a dónde vas?

Aunque la respuesta estaba lejos de sonar muy segura, lo último que quería el droide de protocolo era quedarse solo. Se apresuró a alcanzar a su pequeño compañero y le siguió moviéndose nervioso.

***

Anakin y Padmé se movieron por los enormes pasillos columnados de la fábrica ciudad, sus pisadas quedaban amortiguadas por el zumbido y el golpetear de las muchas máquinas que había en funcionamiento. El lugar parecía desierto. Demasiado desierto, pensó Anakin.

—¿Dónde están todos? —susurró Padmé, haciéndose eco inconsciente de sus pensamientos.

Anakin alzó una mano para acallarla, e inclinó la cabeza para sentir… algo.

—Espera dijo.

Anakin alzó aún más la mano, y siguió escuchando, no con los oídos, sino con su sensibilidad para con la Fuerza. Allí había algo, algo cercano. Sus instintos le hicieron

mirar al techo, y vio con asombro y horror que las vigas parecían latir como si estuvieran vivas.

—¡Anakin! —gritó Padmé, viendo también que de las vigas parecían crecer varias formas aladas, que se soltaban, dejándose caer. Eran altas y esbeltas, pero no delgadas, de tendones fuertes, piel anaranjada y correosas alas.

El sable láser de Anakin se encendió. Giró movido por el instinto y los reflejos, y dio un mandoble, cortando parte del ala de una criatura que descendía hacia él. La criatura cayó dando tumbos, rebotando por el suelo, pero otra tomó su lugar, y después otra, atacando osadamente al padawan.

Anakin cortó a la derecha, y retrajo inmediatamente la hoja de la carne humeante, haciéndola girar sobre su cabeza, cortando a la izquierda. Cayeron dos criaturas más.

—¡Corre! —le gritó a Padmé, pero ella ya se movía por el pasillo en dirección a una puerta distante. Anakin corrió tras ella, agitando el sable láser para mantener a raya a esas tenaces criaturas. Cruzó la puerta y estuvo a punto de caerse al final de la pequeña pasarela que se extendía desde la puerta para interrumpirse en el centro de un profundo foso.

—Atrás —empezó a decir Padmé, pero una puerta se cerró de golpe tras ellos cuando la pareja empezó a retroceder, dejándoles atrapados en la precaria pasarela. Sobre ellos aparecieron más criaturas aladas y, lo que era peor aún, la pasarela empezó a retraerse.

Padmé no titubeó y salto a una cinta continua que había más abajo.

—¡Padmé! —gritó frenético Anakin, y saltó tras ella, aterrizando también en la movediza cinta. Y entonces, los geonosianos alados atacaron, y tuvo que mover desesperadamente el sable láser para mantenerlos a raya.

***

—Oh, cielos —dijo C-3PO, girando a su alrededor mientras escaneaba la inmensa fábrica. R2 y él llegaron a un saledizo desde el que podía verse la sala principal—. Máquinas creando máquinas. ¡Qué perversión!

R2 emitió un pitido de empatía.

—Cálmate —dijo su compañero—. ¿Qué estás diciendo? ¡Yo no estoy en tu camino!

El pequeño droide no se molestó en discutir. Rodó hacia adelante, empujando a 3PO fuera del saledizo. El droide cayó gritando y rebotando en un desafortunado droide de transporte, cayendo después en la cinta transportadora situada a un lado. R2 saltó a continuación, voluntariamente, con sus pequeños cohetes transportándole hasta una distante consola.

—Oh, maldito seas, R2 —gritó 3PO, intentando levantarse—. Podrías haberme avisado, o haberme contado tu plan.

Mientras hablaba, consiguió levantarse por fin, justo a tiempo de verse ante una cortadora horizontal.

3PO sólo pudo lanzar un único grito pidiendo ayuda antes de que la hoja giratoria le separara la cabeza de los hombros, cayendo su cuerpo en la cinta, y su cabeza, tras rebotar, en otra más alejada que transportaba más cabezas, pero de droides de combate.

Una parada más tarde, C-3PO se descubrió con la cabeza unida al cuerpo de un droide de combate.

—¡Qué feo! —exclamó—. ¿Por qué querría nadie construir droides tan poco atractivos?

Se las arregló para mirar a un lado, y ver a su cuerpo aún erguido rodando con los de otros droides, para que se le insertara la cabeza de un droide de combate.

—Estoy muy confuso —gimió el pobre 3PO.

Encima de él, R2-D2 no miraba a su amigo mecánico. Había visto a su señora Padmé y había ido tras ella.

Padmé rodó por la cinta, luchando para ponerse en pie, y luego dando marcha atrás y tumbándose para evitar los descendentes estampadores, máquinas que golpeaban moldes de metal con la fuerza suficiente como para dar forma a un pesado droide medidor. Saltó bajo un estampador, poniéndose luego en pie justo delante del siguiente, retrocediendo rápidamente, esperando el momento preciso en que la pesada máquina volviera a levantarse.

Entonces apareció un geonosiano alado que la agarró, haciéndola perder el equilibrio. Se liberó lo suficiente para saltar hacia adelante, rezando por haber calculado bien, arrastrándose por la cinta y saliendo al otro lado justo cuando caía el estampador. Justo en la cabeza del geonosiano que la perseguía, aplanándolo.

Padmé aún tenía que sortear otro estampador que no había visto. Se las arregló para rodar bajo él y ponerse a salvo, cuando una criatura alada aparecía delante de ella, envolviéndola en sus correosas alas y sujetándola con sus fuertes brazos.

Forcejeó valientemente, pero la criatura era demasiado fuerte. Voló junto a la cinta transportadora y la soltó sin más ceremonias. Padmé aterrizó duramente dentro de una gran cuba vacía. Se recuperó con rapidez e intentó salir de allí, pero era demasiado honda y sin nada a lo que agarrarse, por lo que no podía salir de allí.

Mientras tanto, Anakin luchaba furiosamente con un enjambre de geonosianos alados, al tiempo que intentaba evitar las letales máquinas estampadoras, consiguiendo todavía ver una imagen de lo que le rodeaba.

—¡Padmé! —gritó en cuanto cruzó bajo un estampador y vio su apurada situación. Se dio cuenta de que no tenía modo de llegar hasta ella, y que la cuba en la que había caído se desplazaba con rapidez hacia un dosificador que soltaba un chorro de metal fundido—. ¡Padmé!

Y se vio luchando, apartando a otra de las criaturas aladas, mientras debía mirar horrorizado e impotente cómo su amor se dirigía a su muerte.

Luchó con renovada fuerza, alejando a las criaturas, saltando desesperadamente en dirección a Padmé y gritando su nombre. Cayó en otra cinta transportadora, enviando piezas de droide por todas partes, y desde allí saltó a otra, cruzando poco a poco toda la

sala de la fábrica en dirección a Padmé, que seguía forcejeando impotente mientras se acercaba al chorro de metal fundido. Pensó que podría llegar hasta ella, que podría saltar con la Fuerza, pero pasó demasiado cerca de otra máquina y una prensa de tornillo se cerró sobre su brazo, desplazándole ante su correspondiente máquina cortadora programada.

Anakin dio una patada golpeando con los dos pies a una criatura alada que le perseguía, dejándola fuera de combate. Forcejeó contra el inamovible abrazo de la máquina y consiguió desplazarla lo bastante, y justo a tiempo, de evitar la hoja cortadora, pero viendo con horror cómo la máquina cortaba el sable láser por la mitad.

Y entonces, miró hacia atrás, dándose cuenta en un momento de que el sable láser era la menor de sus pérdidas.

—¡Padmé! —gritó.

Al otro lado, R2-D2, que había aterrizado cerca de la cuba de Padmé, trabajaba frenéticamente, introduciendo su brazo controlador en la conexión de acceso del ordenador y examinando rápidamente los archivos.

Continuó con su labor, intentando apartar su comprensión de que Padmé estaba a punto de verse dentro de un bloque de metal fundido.

Por fin consiguió parar la cinta de transporte adecuada. Ésta se detuvo en seco, a menos de un metro del chorro de metal. Padmé apenas tuvo tiempo de sentir alivio, ya que un grupo de criaturas aladas descendió hacia ella y la cogía con sus fuertes brazos.

Anakin dio una patada a otra de las criaturas, mientras seguía forcejeando con la máquina que lo tenía sujeto, y sólo pudo mirar desazonado cómo un grupo de letales droidekas rodaba hasta él y se desplegaba a su alrededor en posición de combate.

Y entonces, un hombre con un aerocohete descendió hasta él, apuntándole con un láser.

—¡No te muevas, Jedi! —ordenó el hombre.

***

La senadora Amidala estaba sentada a un lado de la gran mesa de reuniones, con Anakin en pie, detrás de ella, con aire protector. Ante ellos se sentaba el Conde Dooku, con Jango Fett parado detrás de él. Pero no era un encuentro equilibrado, ya que Jango Fett iba armado, mientras que Anakin no, y la sala estaba llena de guardias geonosianos.

—Retiene a un Caballero Jedi, Obi-Wan Kenobi —dijo Padmé con calma, usando el tono que le había hecho ganar tantas negociaciones senatoriales—. Solicito formalmente que me lo entregue.

—Ha sido acusado de espionaje, senadora, y será ejecutado. Creo que dentro de unas horas.

—Es un oficial de la República —replicó ella, elevando la voz—. No puede hacer eso.

—Aquí no reconocemos a la República —dijo Dooku—. Pero si Naboo se uniera a nuestra alianza, quizá podría aceptar una petición de clemencia.

—Y si no me uno a su rebelión, supongo que también morirá el Jedi que está conmigo.

—No deseo que se una a nuestra causa contra su voluntad, senadora, pero es usted una representante racional y honesta de su pueblo, así que supongo que cualquier cosa que haga lo hará por los intereses de su pueblo. ¿No está usted harta de la corrupción, de los burócratas, de toda esa hipocresía? ¿No lo está? Sea honesta, senadora.

Sus palabras la afectaron, porque sabía que había cierta verdad en ellas. La suficiente como para dotarlas de un mínimo de credibilidad, la suficiente como para convencer a muchos sistemas a unirse a su alianza. Y, por supuesto, la realidad de la situación en que se encontraba la afectaba todavía más profundamente. Sabía que tenía razón, que sus ideales eran válidos, pero ¿cómo podía conciliar eso con el hecho de que la ejecutaran por defenderlos? Y lo que era más, ¿cómo podía conciliarlos con el hecho de que también Anakin moriría por ellos? En ese momento supo cuánto quería al padawan, pero también supo que no podía darle la espalda a todo aquello en lo que había creído toda su vida, ni siquiera por la vida de él o la de ella.

—Por mucho que flaquee la institución, los ideales aún están vivos, Conde.

—¡Usted cree en los mismos ideales que nosotros! —replicó Dooku enseguida, aprovechando esa aparente oportunidad—. Los mismos ideales por los que nosotros luchamos.

—Si lo que dice es cierto, debería quedarse en la República y ayudar al Canciller Palpatine a arreglar la situación.

—El Canciller tiene buenas intenciones, milady, pero es un incompetente. Prometió reducir la burocracia, pero los burócratas son ahora más fuertes que nunca. La República no tiene arreglo, milady. Es hora de empezar de cero. El proceso democrático no existe en la República. Sólo es una representación teatral de cara a los votantes. Llegará un día en que ese culto a la ambición llamado República renunciará incluso al pretexto de la democracia y la libertad.

Padmé apretó la mandíbula ante ese asalto verbal, recordándose conscientemente que el hombre exageraba, que manipulaba la situación para otorgarse alguna credibilidad. Sólo tenía que mirar más allá de las mentiras para ver los colmillos que se ocultaban debajo y que delataban las tentaciones de la serpiente, recordándose que había cogido prisionero a Obi-Wan y que pretendía ejecutarle. ¿Habría hecho prisionero la República a alguien así, disponiendo de paso su ejecución? ¿Lo habría hecho ella?

—No puedo creer eso —dijo con renovada determinación—. Estoy al tanto de sus tratados con la Federación de Comercio, los Gremios de Comercio y todos los demás. Lo que está pasando aquí no es que el dinero haya comprado un gobierno, ¡sino que el dinero quiere convertirse en gobierno! No renunciaré a todo aquello que he honrado, y por lo que he trabajado tanto, para traicionar a la República.

—Entonces, ¿traicionará a sus amigos Jedi? Si no coopera, no podré hacer nada para detener su ejecución.

—En esa afirmación está la verdad de sus teóricas mejoras —dijo ella cortante, con palabras que se mantuvieron firmes contra el caos y la agonía que atormentaban su alma y su corazón.

En el silencio que reinó a continuación, la mirada de Dooku pasó de ser la de un dignatario educado a la de un enemigo enfurecido, antes de volver a su habitual calma y su porte real.

—¿Y qué pasará conmigo? —continuó Padmé—. ¿También seré ejecutada?

—A mí nunca se me ocurriría cometer semejante ofensa. Pero hay individuos que están muy interesados en su fin, milady. Pero me temo que esto no tiene nada que ver con la política. Es una cuestión puramente personal, y ya han pagado grandes sumas para que la asesinaran. Estoy seguro de que influirán para que se la incluya entre las ejecuciones. Lo siento, pero si no coopera, deberé entregarla a la justicia de los geonosianos. Sin su cooperación, no puedo hacer nada más por usted.

—Su justicia —repitió Padmé incrédula, meneando la cabeza y sonriendo irónica.

Y entonces reinó el silencio.

Dooku esperó unos momentos, antes de volverse y hacer un gesto a Jango Fett.

—¡Lleváoslos de aquí! —ordenó el cazador de recompensas.

***

C-3PO descubrió para su pesar lo que el geonosiano había querido decir exactamente cuando dijo: «Poneos en fila».

Se encontraba en un grupo de droides de combate haciendo la instrucción, una docena de filas de a veinte en formación rectangular, que pasaban por una extensa prueba de programación antes de ser conducidos a la gran plataforma que se elevaría hasta las naves de guerra de la Federación de Comercio.

Tan confuso y fuera de lugar estaba el droide de protocolo, y tan poco familiarizado con su nuevo cuerpo, que cuando el geonosiano ordenó «cara a la izquierda», él se volvió a la derecha, y cuando ordenó «marchen», el droide de combate que ahora le miraba chocó con él, haciéndole caminar hacia atrás, mientras seguía sus órdenes al pie de la letra sin capacidad de improvisación.

—¡Oh, para ya! —suplicó 3PO—. ¡Me estás arañando! ¡Te suplico que pares!

No obtuvo ninguna respuesta porque los droides habían sido programados para responder sólo a su jefe de pelotón.

—¡Oh, para ya! —volvió a suplicar, temiendo verse arrollado y pisoteado por el droide de combate y los cuatro que desfilaban tras él. Sus sensores conectados a su nuevo torso le mostraron una solución efectiva a su problema. Sin darse cuenta de lo que hacía, 3PO disparó a quemarropa el láser de su brazo derecho contra el pecho del droide de combate que lo empujaba, haciéndole pedazos.

—¡Oh, cielos! —gritó 3PO.

—¡Alto! —gritó el geonosiano encargado del pelotón, y todos los droides se pararon en seco.

Salvo el pobre 3PO, que se quedó allí completamente desconcertado, con su torso rotando de lado a lado mientras intentaba pensar en lo que hacía a continuación. Oyó que el jefe de pelotón decía «lleven a cuatro punto siete a reprogramación», y cuando pensó cuál era su posición en las filas, supo que se refería a él.

—¡Esperen, no, es un error! —gritó, mientras dos robustos droides de mantenimiento rodaban hasta él y lo cogían con sus pinzas—. Oh, esto es un error. Estoy programado para hablar más de tres millones de lenguajes, ¡no para desfilar!

Capítulo 23

Mace Windu sintió la gran tristeza de Yoda incluso antes de llegar al final del pasillo. El Maestro estaba sentado ante una balaustrada que daba al gran Senado Galáctico. Abajo reinaba el caos. Griterío y escándalo, opiniones y disensiones a voz en grito. Ese tumulto generalizado afectó profundamente a Mace Windu, que comprendió la tristeza de Yoda, y la compartió. Ese era el gobierno que habían jurado proteger tanto su orgullosa Orden como él mismo, pero en ese momento había muchos senadores que difícilmente parecían dignos de esa protección.

En ese momento y lugar quedaban al descubierto ante Mace Windu y Yoda todos los defectos de la República, toda la absurda burocracia que parecía interponerse inevitablemente en el camino del auténtico progreso. Ese era el caos que había acabado por crear al Conde Dooku y al movimiento separatista. Esa era la locura que daba crédito a lo que en otro tiempo habrían sido absurdas manifestaciones, y que había permitido que intereses especialmente ambiciosos como los de la Federación de Comercio pudieran acabar explotando la galaxia.

El Maestro Jedi se desplazó hasta el final del pasillo y se sentó junto a Yoda. No dijo nada, porque en esos momentos no había nada que decir. Lo que le correspondía hacer era observar y luchar en defensa de la República.

Por muy ridículos que pudieran parecer allí abajo muchos de sus representantes.

Mace y Yoda observaron cómo los senadores se gritaban furiosos unos a otros, agitando en el aire los puños u otros apéndices. Mas Amedda estaba en pie, en el podio del centro, mirando a su alrededor y llamando al orden.

Por fin, el griterío se apagó tras largos minutos.

—¡Orden! ¡Orden! —repitió muchas veces Mas Amedda, en un evidente intento de que las cosas no volvieran a descontrolarse.

El Canciller Palpatine se desplazó al centro del palco, y paseó la mirada por todo el anfiteatro, encontrándose con multitud de ojos, e hizo un esfuerzo por transmitir la gravedad del momento.

—Dada la lamentable ausencia de la senadora Amidala —dijo por fin, hablando lenta y deliberadamente—, cedemos la palabra a Jar Jar Binks, representante de Naboo.

Mace miró a Yoda, el cual cerró los ojos ante el subsiguiente embate de aclamaciones y abucheos que parecía igualado en intensidad. Todo el mundo en el Senado sabía lo que se avecinaba, y era tan importante que amenazaba con acabar con la institución.

Mace miró al suelo y por fin localizó a Jar Jar, flotando en dirección al podio a bordo de su plataforma, flanqueado por sus consejeros gungan.

—¡Senadores! —llamó Jar Jar—. ¡Damigos elegados!

Las carcajadas fueron casi tan ensordecedoras como las discusiones, pero el buen humor desapareció con la misma rapidez con que reaparecieron las burlas.

—Sé fuerte, Jar Jar —dijo Mace en voz queda, mirando al gungan, cuyo rostro y orejas habían enrojecido por la vergüenza.

—¡Orden! —gritó Mas Amedda desde el podio—. ¡El Senado concederá al representante la cortesía de hacerse oír!

El lugar se silenció, y Mas Amedda volvió a señalar a Jar Jar, que para entonces se aferraba con fuerza al frontal de su plataforma.

—En respuesta a esta amenaza directa contra la República —empezó a decir el gungan, hablando con claridad—. Misa propone al Senado que conceda poderes extraordinarios al Canciller Supremo.

Tras esto reinó un breve silencio, durante el cual todos miraron a todos. Poco a poco, empezó a oírse un aplauso, y cuando se oyeron las burlas de las facciones que se oponían, el aplauso aumentó más aún, no tardando en ahogar a la oposición. Mace comprendió que, pese a no estar presente, aquello había sido obra de Amidala. Que todos los años que llevaba trabajando para ganarse la confianza de los demás habían conducido a esta victoria crucial. El debate nunca se habría decidido de forma tan clara, de haber propuesto esa medida tan drástica alguien que no fuera un representante de Naboo, alguien que no hablase en nombre de Amidala. Los partidarios de ambos bandos, los que apoyaban la creación de un ejército y los que se oponían del lado de la senadora, se habrían enfrentado irremisiblemente.

El tumulto todavía duró varios minutos, pero mientras las burlas disminuían, las aclamaciones ganaban fuerza. Finalmente, el Canciller Palpatine levantó las manos y pidió silencio.

—Acepto esta petición con gran reticencia —empezó a decir—. Amo la democracia. Amo la República. Soy de carácter apacible y no deseo ver el fin de la democracia. Una vez acabe esta crisis, renunciaré al poder que se me concede hoy. Lo prometo. Y mi primer acto con esta nueva autoridad será la creación de un gran ejército de la República para contrarrestar la creciente amenaza de los separatistas.

—Está hecho —le dijo Mace a Yoda, y el diminuto Maestro Jedi asintió con hosquedad—. Cogeré a los Jedi que nos quedan e iré a Geonosis a ayudar a Obi-Wan.

—A los clonadores de Kamino yo visitaré, para ver ese ejército que para la República han creado —dijo Yoda.

Los dos Jedi se alejaron juntos de la sala del Senado.

***

El lugar era como cualquier otro de los muchos tribunales que había en la galaxia, una sala redonda dividida por barandillas curvas y zonas con altos palcos en los que había asientos para los curiosos. Pero el aspecto de los actores principales le dijo a Padmé que ahí acababa cualquier semejanza con un tribunal de justicia. Poggle el Menor, archiduque de Geonosis, presidía la reunión, acompañado de Sun Fac, su consejero geonosiano, y resultaba evidente que no habría posibilidad alguna de imparcialidad. Padmé reconoció a los demás como senadores separatistas, dignatarios de los diferentes gremios comerciales y representantes del Clan Bancario Intergaláctico.

Los observó con cuidado, fijándose en el odio visceral que brillaba en sus ojos. Eso no era una audiencia, un juicio. Sólo una proclamación de su odio.

Por ello, Padmé apenas se sorprendió cuando Sun Fac dio un paso adelante y anunció:

—Ha sido acusada y declarada culpable de espionaje.

Ahí van las pruebas, pensó Padmé.

—¿Tiene algo que decir antes de que se lleve a cabo la sentencia? —preguntó el archiduque Poggle el Menor.

La senadora miró impasible a los ojos del geonosiano.

—Está cometiendo un acto de guerra, archiduque. Espero que esté preparado para afrontar las consecuencias.

El geonosiano lanzó una risita.

—Construimos armas, senadora. ¡Es nuestro trabajo! ¡Por supuesto que estamos preparados!

—¡Acaben de una vez! —dijo la voz de Nute Gunray desde un palco—. Que se cumpla la sentencia. Quiero verla sufrir.

Padmé se limitó a menear la cabeza. Y todo eso por frustrar los planes del neimoidiano de saquear su planeta cuando ella era Reina. Todo eso porque se había negado a ceder ante el poder de Gunray y sus esbirros. ¡Y pensar que había estado de acuerdo en mostrarse compasiva con los neimoidianos tras haberles derrotado en Naboo!

—Su otro amigo Jedi la espera, senadora —anunció el archiduque, e hizo un gesto a los guardias—. ¡Llevadlos al circo!

***

Al fondo de la sala, el muchacho observaba con atención la escena y miró a su padre, una versión más madura de él mismo.

—¿Van a dar de comer a las bestias? —preguntó Boba Fett.

Jango Fett miró a su impaciente hijo y sonrió.

—Sí, Boba —respondió. Le había contado muchas historias sobre el circo geonosiano.

—Oh, espero que usen un acklay. Quiero ver si es tan fuerte como dicen los libros.

Jango se limitó a sonreír y asentir, divertido porque a su hijo le interesaran ya esas cosas, y alegre por la falta de pasión en su tono. Boba se limitaba a ser pragmático, incluso ante la ejecución de tres personas. Lo presenciaba todo con la frialdad y el pragmatismo que le permitirían sobrevivir en la dura galaxia.

Era un buen aprendiz.

***

Sin duda, la mezcolanza de información que estaban descargando en C-3PO habría sobrecargado al droide, condicionándolo tal y como se pretendía, de no estar ya sus

circuitos cargados al máximo de su capacidad con información lingüística. 3PO inició una traducción múltiple de cada una de las pautas de instrucción que le introducían, consiguiendo así desleerlas lo bastante como para que perdieran cualquier efecto real.

Una sutileza que no parecieron notar las criaturas que le estaban programando y, pocas horas después, lo conducían fuera del cuarto hasta la gran sala de ensamblaje.

Fue allí donde escuchó un gemido familiar.

—¡R2! —llamó, girando la cabeza.

Su pequeño compañero trabajaba en una consola. R2-D2 giró la cabeza y emitió otro «ooooo».

—¡Oh, R2! —gimió el droide de protocolo, y antes de que pudiera pensarlo se llevó una mira láser a los ojos y apuntó al tornillo que sujetaba a su amigo al sitio en que se encontraba.

Realizó un único disparo, que acertó al tornillo de R2, procediendo a rebotar luego por todo el lugar.

—¡Eh! —gritó uno de los droides instructores, yendo hacia 3PO.

—Parece que necesita más programación —dijo otro.

El droide jefe de mantenimiento examinó la totalidad de la sala y meneó la cabeza.

—No. No ha causado daños. ¡Sacadlo fuera de aquí!

Se llevaron a 3PO.

Poco después de que se hubieran ido, R2-D2 rodó apartándose de su consola sin ser visto. Después de todo, los droides relativamente benignos que trabajaban allí también estaban sujetos por tornillos, así que no había guardias en la sala.

El pequeño droide no tardó en salir de allí, libre.

***

El túnel estaba oscuro y era adecuadamente siniestro, y silencioso, a excepción del ocasional eco de los aplausos de la multitud congregada en el circo que había al final del mismo. Allí les esperaba un único carro de ejecución que era como un óvalo abierto, con un frontal inclinado que recordaba de algún modo la cabeza de un insecto al que se le hubiera cortado su parte superior. Anakin y Padmé fueron arrojados a su interior sin ceremonia alguna, y maniatados a él frente a frente.

Los dos se tambalearon cuando el carro se puso en marcha, deslizándose por el oscuro túnel, tirado por un animal controlado por un conductor.

—No tengas miedo —susurró Anakin.

Padmé le sonrió, con una expresión completamente calmada.

—No tengo miedo de morir —replicó ella con voz suave—. Cada día muero un poco desde que volviste a mi vida.

—¿De qué estás hablando?

—Te quiero —dijo ella, y lo dijo con sinceridad y calor.

—¿Me quieres? —repuso él, abrumado—. ¡Me quieres! Creía que habíamos decidido no enamorarnos. Que así nos veríamos obligados a vivir una mentira. Que eso acabaría con nuestras vidas.

Pero sus palabras producían en él una oleada de satisfacción.

—Creo que nuestras vidas van a acabarse de todos modos —replicó Padmé—. Mi amor por ti es un enigma para el que no tengo respuestas, Annie. No puedo controlarlo, y ya no me importa. Te amo profundamente y quiero que lo sepas antes de que muramos.

Padmé tiró de sus ligaduras y echó la cabeza hacia adelante, y Anakin hizo lo propio, acercándose los dos lo bastante como para que sus labios se unieran en un beso delicado y dulce, un beso prolongado y profundo, que dijo todo lo que los dos sabían que debían haberse dicho antes. Un beso que se burlaba de sus falsos compromisos al negar los sentimientos que siempre habían sentido el uno por el otro.

Pero ese dulce instante fue sólo eso, un instante, pues el chasquido del látigo del conductor hizo que el carro de ejecución saliera del túnel a la cegadora luz del día, rodando hasta el interior de un gran estadio lleno de espectadores geonosianos.

En el centro de la arena había cuatro sólidos postes de un metro de diámetro, cada uno con cadenas, y uno de ellos retenía ya a una figura familiar.

—¡Obi-Wan! —gritó Anakin cuando fue arrastrado fuera del carro y encadenado al poste situado junto a su Maestro.

—Empezaba a preguntarme si habías recibido mi mensaje —replicó Obi-Wan.

Tanto él como su discípulo hicieron una mueca cuando Padmé fue arrastrada con la misma dureza hasta el poste situado junto a Anakin y encadenada a él. La vieron encogerse un poco, a la defensiva, en lo que parecía una resistencia inútil. Pero lo que no vieron fue que la hábil Padmé se las arreglaba para sacar un alambre que llevaba oculto en el cinturón.

—Retransmití tu mensaje como pediste, Maestro —explicó Anakin—. Y después decidimos venir a rescatarte.

—¡Buen trabajo! —fue la rápida y sarcástica réplica de Obi-Wan que acabó con un gruñido cuando le levantaron las manos por encima de la cabeza, inmovilizándole, permaneciendo indefenso.

Anakin y Padmé estaban recibiendo un tratamiento similar, aunque podían moverse un poco a cada lado. Los tres pudieron presenciar la llegada de los dignatarios, Maestros de ceremonias cuyo rostro habían acabado conociendo demasiado bien.

—Los felones que están ante nosotros han sido condenados por espionaje contra el sistema soberano de Geonosis —anunció el lacayo Sun Fac—. Su sentencia de muerte se ejecutará de inmediato en esta arena.

El griterío que siguió a estas palabras ensordeció al trío de condenados.

—Les gustan las ejecuciones —dijo secamente Obi-Wan.

En el palco de dignatarios, Sun Fac cedió la palabra al archiduque Poggle el Menor, que agitó las manos en el aire pidiendo silencio.

—He decidido que en este día tendremos un concurso especialmente entretenido —anunció, ante un rugido aún más entusiasta—. ¿Cuál de nuestras mascotas será la más adecuada para llevar a cabo la ejecución de tan distinguidos criminales? Me lo he preguntado una y otra vez, durante muchas horas, sin encontrar la respuesta adecuada. Y por fin me decidí por… —hizo una pausa dramática y la multitud se calló—. ¡El reek!

Poggle lanzó un gritó y una puerta se alzó en un lado de la arena para dar paso a un enorme cuadrúpedo de enormes hombros, cara alargada y tres letales cuernos, uno de los cuales le salía del hocico, mientras que los otros dos sobresalían a ambos lados de su ancha boca. El reek era de la estatura de un wookiee, tan corpulento como alto era un macho humano, y tenía más de cuatro metros de largo. Una hilera de picadores, llevando largas lanzas y cabalgando criaturas de tamaño bovino y morro alargado, lo aguijoneaban para hacerlo entrar en la arena.

En cuanto se acallaron los aplausos, Poggle sorprendió a la multitud con otro anuncio.

—¡El nexu!

Una segunda puerta se alzó para revelar a una gran criatura felina. Su cabeza era algo extraordinario, de un tamaño que era la mitad de su cuerpo y con una boca llena de colmillos que podía abrirse lo bastante como para partir en dos a un hombre de un bocado. Una crin de vello se mantenía erguida en una línea que iba de la cabeza a los cuartos traseros, interrumpiéndose justo delante de su cola felina.

Y antes de que la sorprendida multitud pudiera volver a estallar, Poggle volvió a gritar:

—¡Y el acklay!

Una tercera puerta se levantó dando paso a la criatura más horrenda de todas. Se movía como una araña, sobre cuatro patas, cada una de las cuales terminaba en grandes pinzas alargadas. Las demás extremidades se agitaban amenazadoras, también rematadas en pinzas que chasqueaban en el aire. Su cabeza, rematada en un cuerno largo y retorcido, se alzaba a más de dos metros del suelo y miraba hambrienta a su alrededor, y mientras las otras dos criaturas parecían necesitar el acicate de los picadores, con ésta no sucedía lo mismo.

La bestia, el acklay, parecía ser la favorita del público, sobre todo del hijo clon de Jango Fett, que se sentaba entre los dignatarios. Boba sonreía, y empezó a recitar todo lo que había leído sobre las hazañas de la mortífera criatura.

—Bueno, esto va a ser divertido… al menos para ellos —se lamentó Obi-Wan, viendo cómo el frenesí aumentaba a su alrededor.

—¿Qué? —preguntó Anakin.

—No importa —replicó Obi-Wan—. ¿Preparado para luchar?

—¿Luchar? —preguntó Anakin escéptico, mirando primero a sus muñecas encadenadas y después a los tres monstruos que habían estado dando vueltas por la plaza, dándose cuenta sólo entonces de que la comida ya estaba servida.

—Querrás dar el espectáculo por el que ha pagado este público, ¿no? —preguntó Obi-Wan—. Tú ocúpate del de la derecha. Yo me encargaré del de la izquierda.

—¿Qué pasa con Padmé?

Los dos se volvieron para ver que su inteligente compañera ya había usado el alambre oculto para abrir el cierre de uno de sus grilletes y que se había vuelto de cara al poste. Trepó por la cadena hasta lo alto del mismo y se puso a manipular el otro grillete.

—Parece estar por encima de la situación —comentó secamente Obi-Wan.

Anakin miró hacia atrás justo a tiempo de reaccionar ante la carga del reek. Moviéndose por puro instinto, el joven Jedi saltó hacia arriba, y la bestia embistió contra el poste que había bajo él. Aprovechando la oportunidad, Anakin se dejó caer sobre el lomo de la bestia y envolvió la cadena alrededor de su cuerno. El reek saltó y tiró, arrancando la cadena del poste, y los dos se alejaron de él, el reek dando saltos furioso y Anakin agarrándose a él para salvar la vida. Cogió el extremo libre de la cadena y golpeó al reek en un lado de la cabeza, pero la bestia la mordió sin soltarla. Su tenacidad proporcionó a Anakin una improvisada brida.

***

Al haber descargado antes los planos en su sistema, R2-D2 no tuvo problemas para cruzar la enorme fábrica. El pequeño droide rodaba por el lugar, silbando casualmente para desviar cualquier sospecha por parte de los muchos geonosianos del edificio.

Pero ninguno de ellos parecía muy interesado en él, y creía saber por qué. Se había enterado de que tenía lugar un gran acontecimiento: una ejecución triple. Podía adivinar con facilidad cuál era la identidad de los desafortunados prisioneros.

Recorrió el complejo evitando a todos los geonosianos que le fue posible, pasando con aire despreocupado ante los que encontraba en su camino, procurando no parecer fuera de lugar.

Sabía que cuanto más se acercase al circo, con más gente se encontraría, y sólo podía esperar que los geonosianos que encontrase allí estuvieran demasiado distraídos por el emocionante espectáculo como para fijarse en un pequeño droide de navegación.

***

Obi-Wan no tardó en descubrir por qué el acklay era el favorito de la multitud. La criatura se irguió y cargó directamente contra él. Cuando Obi-Wan corrió para ponerse detrás de la columna, el acklay tomó un camino más recto, estrellándose contra el poste, atacando la madera y la cadena con sus gigantescas pinzas. Liberado por la furia de la bestia, Obi-Wan dio media vuelta y echó a correr en dirección al picador más cercano, con el acklay persiguiéndole de cerca. El geonosiano bajó la lanza contra el Jedi, pero éste la esquivó y la cogió, quitándosela con un tirón brusco y usándola contra él, haciéndole recular. Sin parar ni un instante, Obi-Wan clavó en el suelo el extremo de la lanza y la usó de pértiga para saltar por encima del picador y su montura.

El acklay volvió a tomar el camino más corto, embistiendo contra jinete y montura, tirando por tierra al geonosiano. El monstruo, tras coger al picador con su pinza, lo aplastó quitándole la vida.

***

En lo alto del poste, Padmé trabajaba frenéticamente para liberarse de la cadena. Pero el felino nexu saltaba ya hacia ella buscando alcanzarla con sus letales garras. Esquivó a la criatura, pero ésta atacó de nuevo.

Padmé la golpeó con la cadena.

La bestia no se detuvo por ello, clavando las garras en el poste a medida que trepaba. Entonces, de pronto, saltó a la cima enfurecida, ante Padmé, y lanzó un rugido victorioso.

La multitud calló, sintiendo la primera muerte.

Cuando el nexu dio el zarpazo, Padmé giró en círculo, en dirección contraria al golpe, consiguiendo que las garras sólo le rasgaran la túnica, arañándola superficialmente la espalda. Ella contraatacó con fuerza, propinando a la bestia un sólido golpe en medio de la cara con el extremo libre de la cadena. El nexu bajó del poste, Padmé saltó hacia atrás y a un lado, alejándose de la criatura, y la cadena tiró de ella, haciéndola girar alrededor de la columna. Ella encogió las piernas mientras giraba, aprovechando el impulso para darle una doble patada al nexu y arrojarlo al suelo.

Sin pararse apenas a reflexionar en lo que había hecho, volvió a subir al poste para seguir trabajando frenéticamente para liberarse del todo.

***

La multitud gritó al unísono.

—¡Trampa! —gritó Nute Gunray en el palco de los dignatarios—. ¡Ella no puede hacer eso! ¡Que le disparen, o lo que sea!

—¡Uauh! —exclamó Boba Fett con evidente admiración. Jango posó una mano en el hombro de su hijo, disfrutando del espectáculo tanto como él.

—El nexu podrá con ella, virrey —aseguró Poggle el Menor al tembloroso neimoidiano.

Gunray permaneció en pie, como todos los demás en el palco, como todo el mundo en el estadio. La multitud volvió a gritar cuando Obi-Wan corrió rodeando la caída montura del picador, para arrojar la lanza robada contra el cuello del enfurecido acklay. La bestia chilló de dolor y apartó de un golpe la forcejeante montura orray.

Al otro lado, Padmé continuaba manejando en sus grilletes cuando el nexu recuperó el equilibrio y volvió a dirigirse hacia el poste. Por fin consiguió liberarse.

Pero el nexu ya estaba debajo de ella, mirando hacia arriba, babeando por las enormes fauces, con la muerte en los ojos. Se agazapó para saltar.

Y fue pisoteado por Anakin en su montura reek.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Claro.

—¡Salta! —le gritó Anakin, pero Padmé ya estaba moviéndose, saltando desde el poste para caer justo detrás del joven.

Después pasaron junto al herido y enfurecido acklay, y Obi-Wan se apresuró a cogerse de la mano de Padmé y subir detrás de ella.

Boba Fett gritó otra vez entusiasmado, al igual que muchos de los geonosianos. Pero Nute Gunray no estaba tan satisfecho.

—¡Eso no va como se suponía que debería ir! —le chilló al Conde Dooku—. ¡Se suponía que debía haber muerto ya!

—Paciencia —replicó el tranquilo Conde.

—¡No! —le gritó Nute Gunray—. ¡Jango, remátala!

Jango miró al neimoidiano con expresión divertida, y asintió con complicidad cuando el Conde Dooku le hizo una señal para que no se moviera.

—Paciencia, virrey —le dijo Dooku al enfurecido Gunray—. Morirá.

Mientras hablaba, y su interlocutor parecía a punto de estallar de rabia, el Conde hizo un gesto en dirección a la arena, y el neimoidiano se volvió para ver a un grupo de droidekas salir rodando por una puerta lateral. Rodearon al reek y a los tres prisioneros y se desplegaron para situarse en posición de combate, obligando a Anakin a tirar con fuerza de la improvisada brida y a detener a la criatura.

—¿Lo ve? —repuso Dooku con calma.

Pero su expresión cambió, aunque sólo fuera por un momento, cuando oyó un zumbido familiar detrás de él. Miró rápidamente hacia su derecha para ver la hoja púrpura de un sable láser junto al cuello de Jango Fett, y después se volvió para ver quién la empuñaba.

—Maestro Windu —dijo con su típico encanto—. ¡Qué agradable resulta que te unas a nosotros! Llegas a tiempo de presenciar el momento de la verdad. Yo diría que a esos dos chicos tuyos no les vendría mal un poco más de entrenamiento.

—Siento decepcionarte, Dooku —replicó Mace con frialdad—. El espectáculo ha terminado.

Al decir eso, hizo un rápido saludo con su brillante sable láser, una señal acordada, y volvió a situarlo junto a Jango Fett.

A lo largo de todo el estadio tuvo lugar un fogonazo repentino y sincronizado cuando un centenar de Caballeros Jedi encendieron a la vez los sables láser.

La multitud se calló por completo.

Tras reflexionar un momento, el Conde Dooku se volvió sólo un poco, mirando a Mace Windu por el rabillo del ojo.

—Valiente, pero imprudente, mi viejo amigo Jedi. Os superamos en número de forma aplastante.

—Yo no lo creo así —contrarrestó Mace—. Los geonosianos no son guerreros. Un Jedi debe valer por un centenar de ellos.

El Conde Dooku miró por todo el estadio, sonriendo más aún.

—Yo no pensaba en los geonosianos. ¿Cómo crees que acabará un Jedi si se enfrenta a mil droides de combate?

Lo había calculado a la perfección. Mientras acababa de hablar, una hilera de droides de combate bajó por el pasillo situado detrás de Mace Windu, disparando sus láser. El Jedi reaccionó al instante, girando y moviendo el sable láser para desviar los muchos disparos, volviéndolos contra sus atacantes. Sabía que esos pocos droides eran la menor de sus preocupaciones, pues al mirar a su alrededor vio por qué estaba Dooku tan tranquilo: miles de droides de combate apareciendo por cada rampa y palco, así como en la arena de abajo.

La lucha no tardó en comenzar, y todo el estadio se llenó del aullido de los láser, de los Jedi saltando y girando, intentando agruparse en formaciones defensivas, desviando frenéticamente los disparos con sus armas. Los geonosianos se dispersaron, algunos intentando atacar a los Jedi y muriendo en el intento, y otros sólo escapando del tiroteo.

Mace Windu giró sobre sí mismo, dándose cuenta de que tenía detrás a sus enemigos más peligrosos. Se enfrentó a Jango Fett y se descubrió frente al cañón de un lanzallamas.

Un chorro de fuego buscó al Maestro Jedi, prendiendo en sus holgadas ropas. Al tener tan cerca, tanto a Dooku como al cazarrecompensas, y estando en una posición tan vulnerable, el Maestro Jedi se alejó de un salto, empleando la Fuerza para salir del palco y aterrizar en la arena. Se quitó la túnica y la tiró al suelo.

La lucha se intensificaba a su alrededor, combatiendo algunos Jedi con docenas de geonosianos en los palcos, mientras otros muchos bajaban a la arena para unirse al combate contra la principal concentración de droides de combate. Mace dio un respingo al ver que el aterrado y encabritado reek lanzaba por los aires a Obi-Wan, Anakin y Padmé. Hizo una señal a los demás Jedi, pero no era necesario, pues los más cercanos ya corrían hacia sus vulnerables compañeros, arrojándoles sendos sables láser.

Cuando estos dos encendieron sus armas, la de Anakin verde y la de Obi-Wan azul, y Padmé se puso entre ellos empuñando una pistola abandonada, Mace respiró un poco más tranquilo.

Pero sólo por un momento. El Maestro Jedi volvió a ser una figura borrosa en movimiento, girando enérgicamente su hoja para desviar la lluvia de rayos láser que partía hacia él desde una multitud de droides de combate. Poco después se unía a Obi-Wan en el centro de la arena, y los dos se pusieron en movimiento, espalda contra espalda, desplazándose hacia una multitud de droides, derribándolos primero con disparos desviados y después cortándolos con los sables láser, girando al unísono en medio de ellos. Obi-Wan atacaba la parte superior de los droides, pero cuando alzaban sus defensas de la manera adecuada, los dos Jedi giraban y Mace atacaba por debajo, cortando a los droides en dos.

Tras ellos, Anakin y Padmé luchaban de forma similar, espalda contra espalda, con Anakin moviéndose de forma defensiva, desviando todos los disparos que llegaban hasta

ellos, mientras Padmé elegía sus objetivos con cuidado y derribaba droide tras droide y geonosiano tras geonosiano.

Pero pese a sus valientes esfuerzos, pese a los montones de enemigos derribados, tanto geonosianos como droides, empezó a ser evidente cuál sería el resultado final, ya que los Jedi empezaban a retroceder ante la aplastante superioridad numérica. La retirada general se realizaba hacia la arena, aunque era una zona que les proporcionaría muy poco respiro. Además de los droides y los Jedi, en la arena estaban los dos monstruos supervivientes campando enloquecidos, atacando todo lo que encontraban a su paso.

***

C-3PO entró en ese torbellino, o al menos lo hizo su cuerpo con la cabeza de un droide de combate firmemente sujeta a él. Pero el heterogéneo droide no tardó en recibir un disparo justo en el cuello. Cayó al suelo, y la cabeza del droide de combate rebotó alejándose del cuerpo.

Al otro lado de la arena, en un túnel, y dirigiéndose hacia la luz del sol, estaba la cabeza de 3PO unida al cuerpo de un droide de combate, y en ese momento notó una sensación distante.

—¡Mis piernas no se mueven! —gritó, aunque sus piernas actuales se estaban moviendo—. Debo necesitar lubricante.

***

Ese escenario demasiado caótico, para realizar movimientos coordinados y predeterminados, era el ideal para improvisar algo.

Justo el tipo de combate en el que Padmé destacaba. Disparando la pistola a cada paso que daba, corrió hasta el mismo carro de ejecución que había conducido a la arena a Anakin y a ella, y se subió encima de la confusa bestia orray que tiraba de él.

Detrás de ella iba Anakin, moviendo el sable láser como un borrón en movimiento, desviando los disparos que les hacían contra los droides de combate. Saltó al carro y Padmé le dio una patada al orray.

Empezaron a recorrer la arena, bordeándola, pasando por encima de los droides y geonosianos caídos, con Padmé disparando una y otra vez, mientras Anakin era más devastador aún al desviar todos los disparos que dirigían contra ellos.

***

C-3PO entró en ese torbellino, y de habérsele podido desorbitar los ojos por la sorpresa y el terror, seguramente hubiera sido así.

—¿Dónde estamos? —gritó—. ¡Una batalla! ¡Oh, no! Sólo soy un droide de protocolo. No me construyeron para esto. ¡No puedo hacerlo! ¡No quiero acabar destruido!

El parcheado droide duró casi tanto tiempo como su otra mitad, caída al otro lado de la plaza. Se volvió para ver al Maestro Jedi Kit Fisto, que le empujó con la Fuerza, derribándolo al suelo. A continuación, el ágil Jedi hizo una pirueta y derribó de un salvaje giro de su sable láser al droide de combate situado justo detrás de 3PO. Éste se derrumbó encima de la caída forma de 3PO.

—¡Socorro! ¡Estoy atrapado! ¡No puedo levantarme! —gimió, sin conseguir llamar la atención de nadie.

Salvo de uno solo.

R2-D2 rodó dentro del circo y fue sorteando la carnicería y el peligro.

***

Ningún número de droides de combate podía separar a Mace y Obi-Wan, de tan perfectos que eran sus movimientos, tan en sintonía el uno con el otro. Pero el cuerpo del reek era excesivo hasta para dos sables láser, y cuando la furiosa bestia cargó contra los dos Jedi, no les quedó más remedio que separarse.

El reek siguió a Mace, y éste tuvo que mover el sable a ciegas para mantenerlo a raya. Consiguió que retrocediera, hasta que lo embistió haciéndole soltar el sable láser. Volvió a enfrentarse a la bestia, y supuso que podría sortearlo con facilidad y recuperar de paso el arma, pero entonces un hombre con un aerocohete se interpuso en su camino, apuntándole con un láser.

Mace recurrió a la Fuerza y recuperó el sable láser, moviéndose como el relámpago para bloquear el primer disparo de Jango. Cuando éste hizo el segundo disparo, el Jedi controlaba más la situación y pudo desviarlo hacia el propio cazador de recompensas. Pero Jango se había movido ya, desviándose a un lado y efectuando una serie de disparos en dirección a su enemigo.

Pero se vio interrumpido por el reek. Incapaz de distinguir entre amigos y enemigos, la criatura cargó contra Jango, que consiguió acertarle varias veces, deteniendo apenas a la bestia, que finalmente lo embistió. El reek continuó atacándole, intentando pisotearlo mientras rodaba desesperado por la arena. Pero Jango era rápido, y cada vez que la bestia se le acercaba, él disparaba una y otra vez contra el vientre del enfurecido reek.

Por fin, la enorme criatura se tambaleó y, cuando se desplomó, Jango rodó hacia un lado, situándose frente a Mace.

El Jedi fue inmediatamente a por él, moviendo el sable láser. Jango lo esquivó y se elevó en el aire usando los cohetes, intentando mantener las distancias con la mortífera hoja y efectuando algún disparo ocasional contra Mace.

Mace tuvo que admitir que el hombre era bueno. Muy bueno. Más de una vez tuvo el Jedi que bloquear y desviar alguno de sus disparos hechos a la desesperada. Pero se mantuvo a la ofensiva, obligando a Jango a defenderse de las sucesivas estocadas.

Un paso en falso y…

Y entonces sucedió, de repente. Mace dio una estocada larga a la izquierda, frenándola para dar otra hacia adelante, antes de girar el arma y cogerla al revés para dar un tajo de izquierda a derecha. Dio una vuelta completa para bloquear el siguiente disparo, pero no llegó ningún disparo.

El último tajo invertido de izquierda a derecha había sido un corte limpio. La cabeza de Jango Fett voló separándose de sus hombros y cayó fuera de su casco para detenerse en el polvo.

***

—En línea recta —se dijo Obi-Wan cuando el acklay cargó contra él, cortando el aire con sus enormes pinzas.

Saltó a la izquierda, a la derecha y rodó hacia adelante, hacia la bestia, entre sus poderosas patas y las chasqueantes pinzas, levantándose para abrir un agujero en el pecho de la criatura con su sable láser prestado.

El acklay se echó hacia adelante, intentando aplastarlo con su masa, pero el Jedi saltó hacia arriba, aterrizó en su lomo sin problemas y le clavó el arma repetidas veces antes de volver a alejarse de un salto.

—En línea recta —volvió a decirse, mientras la furiosa bestia volvía a cargar contra él.

Obi-Wan notó en el último segundo el disparo láser que iba hacia él desde un costado, y bajó el sable para desviarlo en dirección a la cara del acklay.

La criatura apenas aminoró el paso y el Jedi tuvo que arrojarse al suelo para esquivar una chasqueante pinza.

Rodó a un lado para evitar una de sus patas y se las arregló para darle otro tajo, abriéndole una herida profunda.

El acklay aulló y volvió a atacar, y más disparos láser buscaron al Jedi.

Su sable se movió furiosamente, cegadoramente, redirigiendo contra la bestia un disparo tras otro, consiguiendo ralentizarla y al final atontarla.

El Jedi corrió hacia ella y saltó para hundirle el arma en pleno rostro. Apoyó el pie en el hombro de la criatura y corrió sobre ella. Oyó cómo ésta se desplomaba bajo él, removiéndose en las fauces de la muerte, pero supo que la lucha había terminado y corrió a enfrentarse con los droides de combate.

Pero esa batalla estaba lejos de ser ganada, y lejos del triunfo. Mace Windu había acabado para entonces con Jango Fett y, más allá, Anakin y Padmé continuaban con su brillante trabajo en equipo tras el derribado carro de ejecución. Anakin desviaba todos los disparos que les llegaban y Padmé abatía un droide tras otro. Aun así, y pese a que todos

los Jedi que quedaban seguían luchando con brillantez, los droides continuaban avanzando, empujándoles hasta una posición sin esperanzas.

***

—R2, ¿qué haces aquí? —preguntó C-3PO cuando su pequeño amigo pasó rodando junto a su cuerpo atrapado.

Por toda respuesta, R2-D2 lanzó una ventosa desde uno de sus compartimentos, sujetándola con fuerza a la cabeza del droide de protocolo.

—¡Espera! —gritó éste cuando el robot de navegación empezó a tirar. ¡No! ¿Cómo te atreves? ¡Tiras demasiado fuerte! ¡Deja de arrastrarme, cabeza de plomo!

Notó las chispas cuando su cabeza se soltó del cuerpo del droide de combate, y entonces R2-D2 la arrastró hasta donde estaba su verdadero cuerpo. R2 sacó su brazo soldador y empezó a unir la cabeza del droide de protocolo.

—¡Ten cuidado, R2! Podrías quemarme los circuitos. ¿Seguro que me estás poniendo la cabeza derecha?

***

Más Jedi cayeron bajo la abrumadora cortina de disparos. Menos de la mitad de ellos seguían en pie.

—Nos quedan pocas salidas —le dijo Ki-Adi-Mundi al cansado y ensangrentado Mace Windu.

Pronto se vieron reducidos a poco más de veinte, todos ellos agrupados, mientras filas y filas de droides de combate en posición de ataque descendían por todo el estadio.

Y entonces, todo movimiento se detuvo.

—Maestro Windu —gritó el Conde Dooku desde el palco de los dignatarios. Su expresión evidenciaba que había disfrutado con el espectáculo del combate—. Habéis luchado valientemente. Esto será algo digno de recordarse en los archivos históricos de los Jedi. Pero se acabó.

Hizo una pausa y miró a su alrededor, conduciendo las miradas de los atrapados Jedi a las filas y filas de enemigos todavía parados en posición de ataque.

—Rendíos —ordenó Dooku—, y se os perdonará la vida.

—No nos convertiremos en rehenes para que negocies con nosotros, Dooku —dijo Mace sin el menor titubeo.

—Entonces lo siento, viejo amigo —dijo el Conde Dooku, en un tono con el que no parecía sentirlo mucho—. Habrá que mataros.

Alzó la mano disponiéndose a dar la señal, y miró a su ejército allí reunido.

Pero, entonces, Padmé, agotada, sucia y ensangrentada, alzó la mano hacia el cielo y gritó:

—¡Mirad!

Todos los ojos se volvieron para ver a media docena de fragatas que descendían sobre la arena, en una estridente nube de polvo que envolvió a los Jedi, y de cuyos costados desembarcaban soldados clon.

Una lluvia de disparos láser acabó con los recién llegados, pero las naves tenían los escudos levantados, y protegían el desembarco de sus guerreros.

El Maestro Yoda apareció en la compuerta de descenso, en medio de la repentina confusión y el fogonazo de los disparos láser, y saludó a Mace y a los demás.

—¡Jedi, en marcha! —gritó Mace, y los supervivientes corrieron a las naves más cercanas, subiendo a bordo de ellas. Mace subió junto a Yoda, y su nave se elevó de inmediato, disparando los cañones, destruyendo y dispersando a los droides de combate a medida que se alejaba de la arena.

Mace apenas podía creer el increíble espectáculo que se desplegaba ante él, en el que miles de naves de la República cargaban contra la flota de la Federación de Comercio, al tiempo que desembarcaban a decenas de miles de soldados clon en la superficie del planeta. Detrás de él, Yoda continuaba dirigiendo el combate.

—Más batallones a la izquierda —instruyó a su asistente, que lo transmitía a los comandantes de campo—. Rodearlos debemos, y dividirlos luego.

***

Tras muchos minutos de un fulgor tan brillante que hacía daño a los ojos de C-3PO, R2-D2 retrajo su brazo fundidor y lanzó un pitido indicando que había terminado el trabajo, que la cabeza de 3PO volvía a estar donde debía.

—¡Oh, R2, has vuelto a recomponerme! —gritó el droide de protocolo, y se las arregló para levantarse con cierto esfuerzo.

Entonces, se dio cuenta por la lluvia de disparos que se vislumbraba fuera del túnel, y por los muchos impactos que rebotaban hasta el interior, que estaba lejos de estar a salvo, así que se volvió y empezó a alejarse. Desgraciadamente para él, R2-D2 aún no había soltado el proyectil ventosa de su frente. El cordón se tensó, y 3PO se cayó de espaldas.

R2 emitió un silbido de disculpa al rodar hasta él, separando y recogiendo la ventosa al pasar.

—¡No olvidaré esto! —gritó 3PO indignado, y volvió a levantarse para salir tras su irritante amigo.

***

Cuando las fragatas despegaron y los droides de combate salieron tras ellas, Boba encontró por fin una oportunidad de bajar a la arena. Llamó repetidamente a su padre, yendo de un montón a otro de cadáveres. Pasó junto al acklay muerto, y después junto al reek, mientras llamaba a Jango, pero sabiendo en el fondo lo que había pasado, porque su padre, que siempre estaba con él, ya no lo estaba.

Y entonces vio el casco.

—Papá —dijo el niño.

Las piernas le flaquearon y cayó de rodillas junto al casco vacío de Jango Fett.

Capítulo 24

El archiduque Poggle el Menor condujo al Conde Dooku y a los demás al centro de mando geonosiano, una enorme sala con una pantalla circular en el centro y otros muchos monitores en las paredes. Los militares geonosianos controlaban y dirigían la creciente batalla desde ese lugar.

Poggle se dirigió a hablar con un comandante, volviendo luego con gesto furioso al lado de Dooku y Nute Gunray.

—Han bloqueado todas las comunicaciones —les informó—. ¡Estamos siendo atacados por tierra y por aire!

—¡Los Jedi han reunido un gran ejército! —gritó Nute Gunray.

—¿De dónde lo han sacado? —preguntó Dooku, aparentemente desconcertado—. Eso es imposible. ¿De dónde han podido sacar un ejército tan deprisa?

—Debemos enviar al combate a todos los droides disponibles —exigió Nute Gunray.

Pero Dooku negaba con la cabeza, mientras contemplaba la miríada de escenas de combate, las muchas batallas y explosiones que tenían lugar por toda la zona.

—Son demasiados —dijo el Conde con resignación—. No tardarán en rodearnos.

Mientras hablaba, los tres se sobresaltaron cuando la pantalla central brilló cegadora, mostrando la explosiva destrucción de una importante posición defensiva.

—Esto no va nada bien —admitió Nute Gunray.

—Ordene una retirada —le dijo Poggle, temblando con tanta fuerza que parecía a punto de derrumbarse—. ¡Voy a ordenar a todos mis guerreros que se oculten en las catacumbas!

Mientras terminaba de hablar, hizo una seña a varios de sus comandantes, y éstos se volvieron a sus comunicadores, dando la orden.

—¡Debemos hacer que el grueso de nuestras naves vuelva al espacio! —gritó uno de los asistentes de Gunray, y éste asintió mientras pensaba en esas palabras, en las devastadoras escenas que tenían lugar en las pantallas.

—Yo me voy a Coruscant —anunció Dooku—. Mi Maestro no permitirá que la República salga bien librada de esta traición.

Poggle el Menor cruzó la sala hasta una consola donde tecleó una serie de códigos, haciendo aparecer un plano holográfico de un arma del tamaño de un planeta. Unas teclas más y cargó el plano en un disco que sacó de su tronera y entregó a Dooku.

—Los Jedi no deben encontrar nuestros planos —insistió el archiduque—. Estaremos perdidos si descubren lo que planeamos crear.

—Me llevare los planos conmigo —dijo Dooku cogiendo el disco—. Los planos estarán mucho más seguros con mi Maestro.

Haciendo una reverencia cortés, el Conde salió de la sala.

***

Obi-Wan, Anakin y Padmé se agazaparon en el costado abierto de una de las fragatas a medida que sobrevolaba el creciente campo de batalla que había fuera del circo, disparando los cañones láser y bloqueando el fuego de los droides con sus escudos.

Bajo ellos, los soldados clon cruzaban el campo de batalla en motos speeder, sorteando obstáculos al tiempo que disparaban.

—Son buenos —comentó Obi-Wan, y Anakin asintió.

Pero su atención volvió a su propia situación, pues la fragata se acercaba a una enorme nave de la Unión Tecno, y disparaba sus cañones láser contra el gigante con poco efecto visible.

—¡Apuntad encima de las células de combustible! —le gritó el padawan al artillero, y éste lanzó la siguiente andanada tras realizar unos pequeños ajustes.

Enormes explosiones hicieron temblar la nave estelar que empezó a inclinarse ominosamente a un costado, y tanto la fragata como los demás vehículos cercanos se apartaron cuando cayó la enorme nave.

—¡Buena idea! —felicitó Obi-Wan a su aprendiz, antes de gritar a la tripulación—: ¡Esas naves de la Federación se disponen a despegar! ¡A por ellas, deprisa!

—Son demasiado grandes, Maestro —replicó Anakin—. Tendrán que ocuparse de ellas las tropas de tierra.

***

La fragata rugía sobre el campo de batalla, disparando sus cañones, mientras explosiones estallaban a su alrededor, en una escena de espectacular destrucción y frenesí. Mace Windu meneó la cabeza y miró a Yoda. Los dos eran Maestros Jedi, pero ninguno había visto antes un caos semejante.

—Capturar a Dooku debemos —dijo Yoda, con voz tan tranquila y firme que era todo el asidero que necesitaba Mace en ese tumultuoso momento—. Si escapar consigue, más sistemas a su causa se unirán.

Mace miró al diminuto Maestro y asintió hoscamente.

—Capitán, aterrice en ese punto de allí —ordenó al clon que pilotaba la fragata, y el obediente piloto aterrizó rápidamente la nave, de la que saltaron Mace, Ki-Adi-Mundi y una tropa de soldados clon, pero Yoda no fue con ellos.

—Al centro de mando de vanguardia, llévame —pidió, y la fragata se elevó para descender luego, en la relativa seguridad de la posición establecida como centro de mando. El comandante clon corrió a la abierta puerta de desembarco.

—Maestro Yoda, todas las posiciones de vanguardia siguen avanzando.

—Muy bien, muy bien —dijo Yoda—. En la nave estelar más cercana todo el fuego concentrad.

—¡Sí, señor!

El comandante clon echó a correr, organizando a sus hombres a medida que se alejaba. Poco después, los grupos de vanguardia elegían sus blancos de una manera más

coordinada, y el fuego concentrado tuvo éxito allí donde no lo habían obtenido las descargas esporádicas, derribando una nave estelar tras otra.

***

La fragata aminoró la marcha y descendió bruscamente, rodeando el emplazamiento de un droide de artillería, saliendo por detrás de él lo bastante rápido como para que el sistema estacionario pudiera rotar y atacarlo. Una furiosa andanada destruyó por completo la posición defensiva, pero ésta consiguió lanzar un único disparo al acorazado que hizo que se tambaleara con fuerza.

—¡Agarraos! —gritó Obi-Wan, cogiéndose al borde de la abierta puerta de desembarco.

—¡No se me ocurre una idea mejor! —le chilló Padmé en respuesta.

Obi-Wan sonrió en su dirección, o empezó a hacerlo, cuando vio a un speeder geonosiano perderse en la distancia, con una figura inconfundible en la abierta cabina. Dos cazas flanqueaban el speeder, y el trío se alejaba del fragor del combate.

—¡Mirad! ¡Allí!

—¡Es Dooku! —gritó Anakin—. ¡Atáquenle!

—Estamos sin munición, señor —replicó el capitán clon.

—¡Sígale! —ordenó Anakin.

El piloto se inclinó a un lado, descendiendo con rapidez para iniciar la persecución del Conde fugado.

—Vamos a necesitar algo de ayuda —remarcó Padmé.

—No, no hay tiempo —dijo Obi-Wan—. Anakin y yo nos encargaremos de esto.

Y a medida que la fragata se acercaba a su objetivo, los cazas que flanqueaban a Dooku se separaron repentinamente de él, uno a la izquierda y el otro a la derecha, dando media vuelta para entablar combate. El piloto clon de la fragata estuvo a la altura, sorteando sus disparos, pero una descarga hizo temblar la nave y el vehículo alzó el morro. Obi-Wan y Anakin tuvieron que agarrarse con fuerza y luchar para no caerse por la puerta abierta.

Padmé no fue tan afortunada. En un instante estaba al lado del padawan y al siguiente ya no estaba, viéndose arrojada al vacío.

—¡Padmé! —gritó Anakin. Todo parecía moverse a cámara lenta, no pudo cogerla, no pudo llegar hasta ella con suficiente rapidez.

Ella golpeó el suelo con fuerza, quedándose inmóvil.

—¡Padmé! —volvió a gritar Anakin, y entonces gritó al piloto clon—. ¡Baje la nave!

Obi-Wan se paró ante él, posando las manos en los hombros de su discípulo, con firmeza y seguridad.

—No dejes que tus sentimientos personales interfieran en tu camino —recordó a su padawan. Se volvió al piloto—. Siga a ese speeder.

—¡Baje la nave! —ladró Anakin, echándose a un lado, mirando por encima del hombro de su Maestro.

Obi-Wan volvió a mirarle, y esta vez su mirada no era compasiva.

—Anakin —dijo con seriedad, dejando claro que no había lugar para discusiones—. Yo no podré vencer solo a Dooku. Si lo alcanzamos podremos acabar esta guerra ahora mismo. Tenemos una misión que hacer.

—¡No me importa! —chilló Anakin. Volvió a echarse a un lado y a gritar al piloto—. ¡Baje la nave!

—Te expulsarán de la Orden Jedi —argumentó Obi-Wan, y su hosca mirada no dejaba sitio para ningún argumento.

Ese argumento golpeó a Anakin con fuerza.

—No puedo abandonarla —dijo, con voz que era poco más que un susurro.

—Recupera los sentidos. ¿Qué crees que haría Padmé de estar en tu situación?

—Cumpliría con su deber —respondió, completamente abatido.

Se volvió para mirar hacia donde había caído Padmé, pero estaban demasiado lejos, y había demasiado polvo para verla.

***

El aullido de las fragatas resonaba a izquierda y derecha, intercambiando disparos con los emplazamientos de artillería láser. En tierra, miles de soldados clon combatían a los droides, y empezaba a ser evidente que esos nuevos soldados eran superiores. Cuerpo a cuerpo, un droide de combate podía ser rival para un soldado clon, mientras que un superdroide de combate era mucho más. Pero luchando en grupo y avanzando en formación, la capacidad de improvisación de los soldados clon, reaccionando al cambiante terreno de combate y siguiendo las órdenes que les daba su comandante Jedi, les permitía apoderarse rápidamente de los puntos estratégicos, de todo el terreno elevado y de la mayoría de las posiciones defendibles.

La batalla no tardó en continuar en el cielo, cuando las fragatas de la República se enzarzaron en el combate con las naves de la Federación de Comercio que habían podido despegar, y contra aquellas que no habían llegado a aterrizar. La mayoría de las naves de la Federación de Comercio, localizadas en el cinturón de asteroides o que se hallaban en el perímetro inmediato a la zona de combate, eran sobre todo transportes de tropas, por lo que también allí ganaba terreno la República.

En el centro de mando, un agotado y sucio Mace Windu se unía al Maestro Yoda, y los dos intercambiaron una mirada que era una mezcla de esperanza por el presente y miedo por el futuro.

—Decidiste traerlos —constató Mace.

—Preocupante es —replicó Yoda, con ojos que parpadeaban lentamente—. Dos caminos abiertos ante mí estaban, y sólo éste el regreso de muchos Jedi ofrecía.

Mace Windu asintió aprobando la elección, pero Yoda se limitó a mirar al caos y la destrucción que rugían a su alrededor y sus grandes ojos parpadearon una vez más.

***

—¡Baje la nave! —gritó Anakin, moviéndose hacia la cabina—. ¡Baje!

—¡No! —chilló Obi-Wan, cogiéndolo con brusquedad y dándole la vuelta—. Olvídala. ¡Tenemos que ir tras Dooku!

Anakin gruñó y retorció los brazos dentro de los de su Maestro, rompiendo su abrazo, y apartándole de su lado.

—¡No, no lo haremos! ¡Aterrice esta nave!

—No permitas que tus sentimientos personales se interpongan en tu camino. Tenemos una misión que hacer.

—¡No me importa! ¡Media vuelta! —dirigió estas últimas palabras al piloto, dotándolas del poder de la Fuerza, y el hombre tiró un poco de la palanca, deteniendo la persecución del Conde Dooku.

—¡Anakin, ella está bien! —gritó Obi-Wan, haciendo que se volviera para ver a Padmé, nuevamente en pie y haciéndoles señas para que continuaran.

Mientras Anakin lanzaba un suspiro de alivio, los soldados clon la rodearon para defenderla, escoltándola a lugar seguro.

Obi-Wan pasó junto a Anakin, dirigiéndose hacia el piloto.

—¡Siga a ese speeder!

La fragata hizo justamente eso, iniciando un vuelo bajo. No tardaron en encontrar al speeder, estacionado junto a una gran torre. La fragata descendió hasta detenerse, bajando un poco más y permitiendo que los dos Jedi saltaran al suelo y corrieran hacia la puerta de la torre. Sin aminorar el paso, Anakin la cruzó sable láser en mano para encontrarse en un enorme hangar, con grúas, paneles de control, remolcadores y mesas de trabajo.

Encontraron al Conde Dooku dentro, ante un panel de control, manipulando algunos instrumentos. Cerca de él había un pequeño velero interestelar, una nave elegante y resplandeciente, con una barquilla circular posada sobre su doble tren de aterrizaje, y las velas recogidas hacia atrás y en punta, como si fueran alas plegadas.

—¡Vas a pagar por todos los Jedi que has matado hoy, Dooku! —le gritó Anakin, moviéndose decidido en su dirección. Otra vez volvió a notar el tirón de un decidido Obi-Wan, reteniéndolo.

—Atacaremos juntos. Tú despacio por la…

—¡No! ¡Acabaré con él ahora! —dijo Anakin apartándose y embistiendo hacia él.

—¡Anakin, no!

El joven Jedi atacó como un reek a la carga, con el sable láser verde dispuesto a partir a Dooku por la mitad. El Conde le miró por el rabillo del ojo, sonriendo como si eso le divirtiera.

Anakin no se dio cuenta. Lo movía la ira, tal y como le había sucedido con los guerreros tusken.

Pero éste no era un simple enemigo. La mano de Dooku se movió hacia el Jedi, enviándole un empujón de la Fuerza tan sólido como podría serlo un muro de ladrillos al tiempo que lo atrapaba, elevándole con un relámpago azul de la Fuerza.

El padawan se las arregló para no soltar el sable láser mientras se elevaba en el aire, sujeto por el poder del Conde. Con un gesto, Dooku envió a su contrincante al otro lado de la sala, estrellándole contra la distante pared, donde cayó al suelo, aturdido.

—Como puedes ver, mis poderes de Jedi son muy superiores a los tuyos —dijo Dooku con absoluta calma y seguridad.

—No lo creo —contrarrestó Obi-Wan, moviéndose hacia él en una pose defensiva y calculada, sosteniendo su prestado sable láser en diagonal hacia abajo, empuñándolo a la altura del hombro.

Dooku sonrió y encendió un sable rojo.

Obi-Wan avanzó, primero despacio, después más deprisa, atacando con un golpe de derecha a izquierda.

Pero la hoja carmesí se situó bajo la azul con un ligero movimiento, levantándola de pronto y desviándola inofensiva hacia arriba. Un ligero movimiento de muñeca, y Dooku lanzó una estocada hacia delante, obligando a Obi-Wan a echarse hacia atrás. Éste intentó parar el golpe, pero para entonces Dooku había retirado la hoja y asumido una perfecta pose defensiva.

La repentina andanada de ataques de Obi-Wan pareció exagerada y poco eficiente contra esa pose, ya que Dooku desvió todos los golpes, uno tras otro, con un ligero movimiento, pareciendo moverse apenas. Pues, aunque Obi-Wan y la mayoría de los Jedi eran espadachines, el Conde Dooku era un esgrimista, que empleaba un estilo de combate más antiguo y efectivo contra armas como el sable láser, pero no contra proyectiles o pistolas láser. Los Jedi en su totalidad habían abandonado ese antiguo estilo de lucha, considerándolo casi desfasado contra los actuales enemigos de la galaxia, pero Dooku se había apegado tenazmente a él, por considerarla la más elevada de las disciplinas de combate.

Y en ese momento, mientras tenía lugar la lucha entre el Conde y Obi-Wan, el viejo estilo demostró su validez. Obi-Wan saltó y giró, cortando de lado a lado, embistiendo y golpeando, pero cualquier movimiento de Dooku parecía mucho más eficiente que los suyos. Éste seguía una línea recta, adelante y atrás, moviendo los pies para mantenerse constantemente en equilibrio ya fuera retrocediendo o atacando de pronto con devastadores envites que hacían retroceder aparatosamente a su enemigo.

—Me decepcionas, Maestro Kenobi —se burló el Conde—. Yoda te tiene en muy alta estima.

Sus palabras acicatearon a Obi-Wan para avanzar con otra serie de golpes, pero el sable de Dooku se movió a izquierda y a derecha, alzándose lo justo para desviar a un

lado la descendente hoja del Jedi. Éste tuvo que retroceder aprisa, jadeando en busca de aire.

—Vamos, vamos, Maestro Kenobi —dijo Dooku, curvando los labios en una malévola sonrisa. Acaba con mis sufrimientos.

Obi-Wan se enderezó, pasándose el arma de una mano a la otra y buscando un asidero mejor. Entonces, entró en acción, atacando ferozmente. Pero esta vez midió mejor sus golpes, invirtiendo a menudo el ángulo, convirtiendo un corte amplio en una acometida repentina, y pronto tuvo a Dooku retrocediendo, moviendo furiosamente la hoja carmesí para mantenerle a raya.

Siguió avanzando, presionando, pero Dooku continuó desviando sus golpes, hasta que su propia inercia le jugó una mala pasada. Obi-Wan estaba demasiado inclinado hacia adelante, mientras que su contrincante mantenía un equilibrio perfecto y estaba constantemente preparado para efectuar un contraataque.

Entonces fue Dooku quien atacó de pronto, adelante y atrás, tan deprisa que la mayoría de los bloqueos y ataques de Obi-Wan sólo golpeaban el aire. Y entonces éste tuvo que saltar hacia atrás, una y otra vez, mientras las estocadas del Conde se acercaban más y más a su blanco.

Dooku avanzó de pronto hacia adelante, buscando el muslo de Obi-Wan. Éste bajó rápidamente la hoja para desviarlo, pero, para su horror, Dooku cambió la estocada para acometer nuevamente, arriba y al otro lado. Obi-Wan no pudo levantar el arma a tiempo de bloqueado, ni tuvo tiempo de retroceder.

El sable de Dooku se hundió con fuerza en el hombro izquierdo de su adversario, echándose luego hacia atrás para retirar la hoja y buscar su objetivo inicial, hundiéndola en el muslo derecho. El Jedi reculó tambaleándose, resbalando y golpeando con fuerza contra el muro, pero incluso mientras caía le atacaba Dooku, moviendo su sable hacia afuera y hacia adentro de la hoja de Obi-Wan, arrancándosela de las manos con un tirón repentino y enviándola lejos, rebotando por el suelo.

—Y así acaba todo —le dijo Dooku al indefenso Obi-Wan.

Encogiéndose de hombros, el elegante Conde alzó la hoja carmesí y lo bajó con fuerza hacia la cabeza de Obi-Wan.

Una hoja verde se interpuso en su camino, deteniéndola con una lluvia de chispas.

El Conde reaccionó de inmediato, retrocediendo y volviéndose para enfrentarse a Anakin.

—Es muy valiente por tu parte, muchacho, pero es una tontería. Suponía que ya habrías aprendido la lección.

—Aprendo despacio —replicó Anakin con frialdad, atacándole tan repentinamente, con tanta fuerza, haciendo girar su hoja a tal velocidad que casi pareció estar envuelto en luz verde.

Por primera vez, la expresión del Conde Dooku perdió su sonrisa confiada y tuvo que esforzarse para mantener a raya la hoja de Anakin, esquivando más que parando. Intentó echarse a un lado, pero se detuvo como si hubiera chocado con una pared, y abrió mucho

los ojos al darse cuenta de que ese joven padawan había usado la Fuerza para bloquear su salida, y en medio de su ataque.

—Tienes poderes inusuales, joven padawan —le felicitó con sinceridad.

Recuperó la sonrisa, al tiempo que mantenía poco a poco el pulso del duelo, situándose de igual a igual con Anakin, intercambiando envite con mandoble y obligando a Anakin a esquivar y bloquear tan a menudo como intentaba atacarlo.

—Es inusual —volvió a decir Dooku—. ¡Pero tampoco bastará para salvarte!

Le atacó con fuerza, pensando en desequilibrarlo y hacerle retroceder como había hecho antes con Obi-Wan. Pero el padawan aguantó tenazmente el terreno, moviendo de forma relampagueante la hoja verde a izquierda, derecha y hacia abajo, con tanta fuerza y precisión que ninguno de los ataques de Dooku consiguió atravesar sus defensas.

***

A un lado, Obi-Wan se daba cuenta de que la situación no duraría. Anakin gastaba mucha más energía que el eficiente Dooku, y en cuanto se cansara…

Sabía que debía hacer algo. Intentó avanzar, pero hizo una mueca de dolor y cayó hacia atrás: el dolor era intenso. Mientras se recuperaba, optó por emplear la Fuerza para coger el sable láser.

—¡Anakin! —llamó, y le arrojó el arma al joven padawan.

Anakin lo cogió sin interrumpir el ritmo del combate, dándole la vuelta y encendiéndolo de inmediato para unirlo al combate.

Obi-Wan observó admirado cómo Anakin manejaba los dos sables láser en perfecta armonía, girándolos a su alrededor con precisión y velocidad cegadoras.

Y observó con un sentimiento similar la manera en que el sable láser rojo del Conde Dooku restallaba hacia adelante y hacia atrás con igual precisión, bloqueando un ataque tras otro y hasta contraatacando una o dos veces para interrumpir la fluidez de la embestida de Anakin.

El corazón le dio un vuelco de esperanza a Obi-Wan cuando Anakin cargó de pronto hacia adelante, levantando la hoja verde por encima del hombro para cargar contra el Conde. Se dio cuenta de cuál era la táctica de su discípulo, antes incluso de ver la hoja azul salir desde el otro lado. La hoja verde apartaría el sable láser del Conde, despejando el camino para el golpe de la victoria.

Dooku retrocedió increíblemente deprisa, y la hoja verde de Anakin sólo golpeó el aire.

Su enemigo contraatacó de inmediato, interceptando la hoja azul. La mano del Conde se movió adentro y afuera, rodeando el sable láser con un giro repentino y arrancándoselo de la mano. Dooku prosiguió con su ofensiva, desequilibrando y haciendo retroceder al sorprendido Anakin.

Éste luchó tenazmente para recuperar el ritmo del combate, pero el ataque de su adversario era incesante, lanzándole repetidas estocadas, haciéndole retroceder continuamente.

Y entonces se paró de pronto, y, casi por instinto, Anakin reaccionó, rugiendo y golpeando con fuerza.

—¡No! —gritó Obi-Wan.

Dooku reaccionó de forma repentina, moviendo el arma para interceptar no sólo la hoja verde del padawan, sino su brazo a la altura del codo. Medio brazo de Anakin voló a un lado, con la mano sujetando aún el sable láser.

El joven cayó al suelo, agarrando agónicamente su brazo cortado.

Dooku volvió a encogerse de hombros con resignación.

—Y así acaba —dijo por segunda vez.

Pero, mientras decía esto, las grandes puertas del hangar de la torre se abrieron de golpe, dando paso al humo de la batalla que se libraba fuera. Y en medio de ese humo entró una figura diminuta, que en esos instantes parecía más alta que todos ellos.

—Maestro Yoda —jadeó Dooku.

—Conde Dooku —dijo Yoda.

Dooku abrió los ojos por la sorpresa y dio un paso hacia atrás, volviéndose para mirar de frente a Yoda. Puso la hoja de su sable láser ante su rostro y lo apagó, llevándoselo a un lado en saludo formal.

—Has interferido en nuestros planes por última vez.

Un gesto de su mano libre envió volando un trozo de maquinaria contra el diminuto Maestro Jedi, pareciendo que iba a aplastarle.

Pero Yoda estaba preparado para ello y gesticuló a su vez, apartando la maquinaria con la Fuerza.

Dooku movió las manos en dirección al techo, liberando grandes piedras que cayeron hacia Yoda.

Pero las pequeñas manos se agitaron y las piedras cayeron a un lado, rebotando por el suelo alrededor del ileso Maestro Yoda.

El Conde profirió un gruñido y extendió la mano, liberando un relámpago azul de la Fuerza contra el diminuto Maestro.

Yoda lo recogió en su propia mano y lo apartó con esfuerzo.

—Poderoso te has vuelto, Dooku —admitió Yoda, y el Conde sonrió, borrándosele esa sonrisa cuando el propio Yoda añadió—: En ti el Lado Oscuro siento.

—Me he hecho más poderoso que cualquier Jedi —replicó él—. Incluso más que tú, mi antiguo Maestro.

De la mano de Dooku brotaron más relámpagos, pero Yoda continuó cogiéndolos y desviándolos, pareciendo cada vez más cómodo en su posición defensiva.

—Mucho que aprender tienes —remarcó Yoda.

Dooku interrumpió el inútil ataque con los relámpagos.

—Es evidente que este encuentro no lo decidirá nuestro conocimiento de la Fuerza, sino nuestra habilidad con el sable láser.

Yoda cogió su sable láser con reverencia, y su hoja verde zumbó a la vida.

Su antiguo aprendiz le dedicó un saludo tenso, encendiendo su sable, pero a continuación, y una vez concluidas las formalidades, saltó hacia Yoda, lanzándole una estocada repentina y devastadora.

Pero fue una estocada que nunca se acercó a su blanco. Yoda apartó la hoja con apenas un gesto.

Dooku se lanzó entonces a un salvaje ataque como no había ejercido contra Obi-Wan o Anakin, derramando golpes contra el diminuto Maestro. Pero éste no pareció moverse. Ni siquiera para dar un paso atrás o a un lado, pero sus sutiles esquives y sus precisos bloqueos volvían inofensivas las cuchilladas y las estocadas que iban en su dirección.

Esto continuó durante unos momentos, pero la andanada de golpes acabó flaqueando eventualmente, y el Conde dio un rápido paso atrás, reconociendo la futilidad de su intento.

Pero no lo bastante rápido.

Con un repentino estallido de Fuerza pura, el Maestro Yoda voló hacia adelante. Movió su sable con tanta velocidad que el rastro que dejaba su brillo ensombreció el de los dos sables láser de Anakin, en el momento álgido de su combate. Dooku no cedió terreno, y su filo rojo bloqueó con brillantez cada golpe, apoyándose en el poder de la Fuerza, pues de no ser así, los golpes de Yoda habrían atravesado sin problemas sus defensas.

Cuando se disponía a iniciar el contraataque, Yoda desapareció de su vista. Con un gran salto, y dando una voltereta, aterrizó en perfecto equilibrio detrás de su adversario, dispuesto a atacarle con fuerza.

Dooku invirtió el sable láser y dio una estocada hacia atrás, interceptando el golpe. Después de eso, soltó el arma hacia arriba, y giró sobre sí mismo, recogiéndola antes de que hubiera podido separarse de la hoja de Yoda.

Rugiendo de rabia, Dooku recurrió a la Fuerza, dejando que ésta fluyera a través de él como si su forma física fuera sólo un mero conducto para su poder. Sus reflejos aumentaron repentina y dramáticamente, y dio tres pasos hacia adelante y dos atrás, siempre en constante equilibrio. Su esgrima se basaba en el equilibrio, en cargar adelante y atrás, en dar una estocada y retirarse de inmediato. Atacó a Yoda con una serie de hábiles movimientos, a izquierda y derecha.

Pero nunca pudo dar un golpe bajo, pues Yoda no parecía estar nunca en el suelo. Él saltaba y giraba, volando alrededor, bloqueando cada golpe y respondiendo con hábiles ataques que hacían retroceder desesperadamente a Dooku.

Éste atacó hacia arriba, cambiando el ángulo del sable láser y esperando que Yoda lo esquivara a la izquierda. Pero Yoda, anticipándose a ese movimiento no fue ni a izquierda ni a derecha, sino que se dejó caer al suelo. El Conde se había retirado de la estocada

fallida, e inició una segunda, esta vez hacia abajo, pero su enemigo también se había anticipado, echándose hacia atrás, lejos del alcance de la hoja.

Un repentino golpe de Yoda hizo retroceder aún más a su contrincante, desequilibrándolo por primera. Entonces, el Maestro Jedi se alejó, saltando hacia arriba y volviendo a atacar.

El enfurecido y acosado Dooku buscó la cabeza de Yoda. Rabioso al fallar el golpe, recurrió a dar un tajo.

La hoja verde de Yoda bloqueó el golpe, sujetando el sable láser rojo, enzarzándose ambos en un duelo de fortaleza, tanto física como en la Fuerza.

—Bien has luchado, mi antiguo padawan —le felicitó Yoda, y su sable láser empezó a moverse, un poco, haciendo retroceder a Dooku.

—¡La batalla no ha acabado todavía! —insistió Dooku testarudo—. ¡Esto es sólo el principio!

Recurriendo a la Fuerza, cogió una de las enormes grúas del hangar y la arrojó contra Obi-Wan y Anakin.

—¡Anakin! —gritó Obi-Wan, y cogió la grúa con la Fuerza, mientras Anakin despertaba con un sobresalto y hacía lo mismo. Pero ni siquiera unidos tenían energías suficientes para detener su descenso.

Pero Yoda sí.

Yoda cogió la grúa y la sostuvo en el aire, pero para poder hacerlo tuvo que soltar a Dooku. El Conde no esperó y se alejó corriendo, subiendo la rampa de su velero. Cuando Yoda empezó a mover a un lado la caída grúa, el motor del velero rugía cobrando vida, y los tres Jedi miraron impotentes cómo se alejaba el Conde Dooku.

Anakin y Obi-Wan se acercaron hasta el exhausto Yoda, y Padmé apareció en ese momento, corriendo hacia Anakin para envolver al joven gravemente herido en un fuerte y desesperado abrazo.

—Un día oscuro éste es —susurró Yoda.

Epílogo

En las cloacas que eran los niveles inferiores de Coruscant, descendió un elegante velero, cuyas alas se plegaron delicadamente. Usaba motores más convencionales y se posó con facilidad en el agrietado pavimento del edificio aparentemente abandonado.

El Conde Dooku bajó de la nave y caminó hasta las sombras situadas junto a la secreta plataforma de aterrizaje, donde le esperaba una figura encapuchada. Llegó ante la figura en sombras e hizo una reverencia.

—La Fuerza es con nosotros, Maestro Sidious.

—Bienvenido a casa, Darth Tyranus —replicó el Lord Sith—. Lo habéis hecho bien.

—Traigo buenas noticias, mi señor. La guerra ha empezado.

—Excelente —dijo Sidious, con voz grave en la que se insinuaba un siseo. La sonrisa del Señor Oscuro se hizo más amplia bajo las profundas sombras de su enorme capucha—. Todo va según lo previsto.

***

Al otro lado de la ciudad, en el sombrío Templo Jedi, muchos lamentaban la pérdida de amigos y compañeros. Obi-Wan y Mace Windu miraban por la ventana de los aposentos del Maestro Yoda, mientras el diminuto Maestro permanecía sentado ante ellos, meditando en los preocupantes acontecimientos que habían tenido lugar.

—¿Crees lo que dijo Dooku de que Sidious controla el Senado? —preguntó Obi-Wan, rompiendo el contemplativo silencio—. No me pareció creíble.

Mace se disponía a responder, pero Yoda se le adelantó.

—Poco de fiar Dooku se ha vuelto. Al Lado Oscuro se ha unido. Las mentiras, el engaño y la discordia sus armas ahora son.

—No obstante, creo que deberíamos vigilar de cerca el Senado —repuso Mace, y Yoda asintió.

Tras unos instantes más de meditación, Mace dirigió a Obi-Wan una mirada de curiosidad.

—¿Dónde está tu aprendiz?

—Camino de Naboo —respondió Obi-Wan—. Escoltando a la senadora Amidala a su casa.

Mace asintió, y Obi-Wan captó un atisbo de preocupación en sus ojos oscuros, una preocupación por Anakin y Amidala que él también compartía. En ese momento lo evitaron, pues había problemas más graves de los que ocuparse. Otra vez fue Obi-Wan quien rompió el silencio.

—Debo admitir que no habría habido una victoria sin los clones.

—¿Victoria? —repitió Yoda con gran escepticismo—. ¿Victoria dices?

Obi-Wan y Mace Windu miraron a la vez al gran Maestro Jedi, sintiendo con claridad la profunda tristeza de su voz.

—Maestro Obi-Wan, victoria no hubo. La mortaja del Lado Oscuro ha caído. ¡Esta guerra de clones sólo ha empezado!

Sus palabras pendieron en el aire que les rodeaba, ya denso por las emociones y la preocupación, como la predicción más terrible que hubiera podido oírse dentro del Consejo Jedi.

***

El senador Bail Organa y Mas Amedda flanqueaban al Canciller Supremo Palpatine cuando éste se asomó al balcón desde el que presenciaban el desfile del ejército de la República. Bajo ellos, decenas de miles de soldados clon desfilaban en formaciones cerradas, en una procesión ordenada que acababa en las rampas de descenso de enormes naves militares de asalto.

Una profunda tristeza marcaba los apuestos rasgos de Bail Organa, pero cuando miró al Canciller Supremo, sólo pudo ver en él una hosca determinación.

***

En la lejana Naboo, en una glorieta cubierta de rosas desde la que se divisaba un resplandeciente lago, Anakin y Padmé se cogían de la mano, él vistiendo su túnica formal de Jedi y ella un hermoso vestido azul de adornos floridos. El nuevo brazo mecánico pendía de su codo, y sus dedos se flexionaban abriéndose y cerrándose con movimientos reflejos.

Ante ellos había un sacerdote de Naboo, elevando las manos por encima de sus cabezas mientras recitaba los antiguos textos matrimoniales.

Y cuando se realizó la proclama, R2-D2 y C-3PO, que actuaban de testigos de la unión, silbaron y aplaudieron.

Y Anakin Skywalker y Padmé Amidala compartieron su primer beso como marido y mujer.